3 1761 08695612 5

Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/obrasescogidas01camp

COLECCION DE AUTORES ESPAÑOLES.

TOMO XLIV.

198nz

OBRAS ESCOGIDAS

DE

D. RAMON DE CAMPOAMOR

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA).

TOMO I.

TERNEZAS Y FLORES. — SONETOS. — FÁBULAS. — CANTARES. — DOLORAS.

Única edición autorizada para el extranjero.

LEIPZIG:

F. A. BROCKHAUS.

1885.

166
17/8/1890

ADVERTENCIA PRELIMINAR.

El Excmo. Señor Don Ramon María de las Mercedes de Campoamor y Campoosorio, nació en Navia (provincia de Oviedo), el dia 24 de Setiembre de 1817; descendiente de una familia noble, Campoamor pertenece á esa raza de hombres privilegiados que no heredan la nobleza, sino que la crean. Por la alteza de su pensamiento, por la generosidad de su carácter, por la bondad de su corazon, por su ingénio original, por su mérito eminente como poeta intencionado y pensador profundo, nadie como él sabe captarse la admiración de aquellos que solo le conocen por sus obras, y el cariño de los que hemos tenido la dicha de tratarle personalmente.

Uno de los críticos mas distinguidos de nuestros dias, — Don Manuel de la Revilla — traza el siguiente retrato de Campoamor, que, á pesar de no ser enteramente fotográfico en cuanto á la exactitud de su parecido, tiene los encantos de un colorido seductor, y creémos que nuestros lectores agradecerán, sin duda, conocer el bosquejo debido á la pluma del señor Revilla, tanto más cuanto que vamos á tener que ocuparnos, en esta *Advertencia*, de algunas de las opiniones emitidas por el malogrado crítico, y que á nuestro juicio, merecen rectificacion.

«Los que por ventura — dice Revilla — no conoz-«can personalmente á Campoamor y juzguen al hombre

«por el poeta, quizá se imaginarán que el autor de las «*Doloras* es un personaje fúnebre y desesperado, de «luenga barba, romántica melena y mirada fatal, de«vorado por los pesares, amargado por la duda y su«mido en negra melancolía, fruto de agitada y tormen«tosa existencia. Nada ménos exacto. Ese escéptico «implacable tiene todo el plácido aspecto de un creyente. «Es un hombre de edad madura, mas bajo que alto, «grueso y bien conservado, de mirada franca y leal, «de frente espaciosa y serena, cuya boca no está ple«gada por el amargo *rictus* del dolor, sino por la más «bonachona de las sonrisas; cuya cabeza corona blanca «cabellera, que nada tiene de romántica, y cuyo rostro «agraciado y simpático en su conjunto, rodean unas «blancas patillas de bolsista, que ántes le dan expresion «de acaudalado y satisfecho banquero, que de melenudo «y tétrico poeta.

«En ese cuerpo, que casi parece el de un epicúreo, «se alberga una alma bondadosa y dulce, un carácter «franco y jovial, un corazon sencillo, cándido, casi «infantil, y una poderosa inteligencia. Y esa alma y «ese cuerpo viven sin pesares profundos, en medio de «todas las satisfacciones del amor propio satisfecho, de «los goces de la familia y de los atractivos del *confort*.»

Afable en su trato, inclinado á socorrer todas las miserias, sensible á todas las desgracias, tolerante hasta donde es posible serlo sin faltar á ciertos deberes, Campoamor es, como pocos, verdadero amigo de sus amigos. Unido á una mujer modelo de rectitud y de bondad, santa, virtuosa y noble esposa, que ha sembrado de flores el camino de la vida del poeta, — y á la cual enviamos desde aquí un respetuoso saludo de inalterable gratitud, — Campoamor debe haber sido feliz en este mundo tanto cuanto puede ser feliz un hombre de su temple. Y, sin embargo, examinando de cerca esa existencia tan activa y tan fecunda, hay algo, algo incomprensible y vago, que ha dejado en el hombre las huellas indelebles del dolor y de las penas. Qué?..... lo ignora-

mos, no sabemos definirlo, pero lo sentimos en lo interno, aún sin darnos cuenta precisa de ello.

Entre las manías de Campoamor, podrán citarse la del estúdio de la química y de la botánica, la del abuso de la quinina; podrá decirse que ha lanzado sobre el Krausismo, con implacable mano, el arma irresistible del ridículo, pero es error profundo asegurar que entre sus *cosas y sus casos*, figura el hablar siempre mal del gran Quintana. Campoamor lée con deleite la prosa admirable de Quintana; lo que no puede aplaudir — y tiene razon, — son los versos difíciles y amanerados, ni el trasnochado clasicismo de dudoso gusto, que han entusiasmado en otros dias, más á los correligionarios de Quintana, que á los amigos de las puras y sublimes manifestaciones del arte.

Tal es el hombre; veamos, ahora, el poeta, y para ello, acudamos de nuevo al señor Revilla:

«El poeta es una de las individualidades más origi-«nales y poderosas de la época presente. Su originalidad «es tal, que difícilmente puede determinarse su filiacion «poética, por más que sean muy conocidas las fuentes «en que se inspira. Que la tendencia alemana domina «en sus obras, es evidente; que no pocas veces ha tra-«tado de imitar la *manera* de Víctor Hugo, tambien lo «es; sin embargo, Compoamor es un poeta eminentemente «original; se ha dicho que ántes que él ha habido quien «ha escrito doloras; que sus pequeños poemas no son «un género nuevo, sino cultivado por Heine, Musset, «Byron, y el mismo Víctor Hugo, todo esto es cierto, «pero no lo es ménos que la dolora, tal como él la ha «concebido, es cosa eteramente nueva, y que sus pequeños «poemas no se parecen á los de ningun otro escritor.

«No ha mucho tiempo que algunos rebuscadores de «defectos, que se engalanaban con el nombre de críticos, «creyeron poner una pica en Flandes, como el vulgo «dice, y acabar de un golpe con el crédito de Campoamor, «mostrando que en algunos pasajes de sus obras habia «este imitado pensamientos y frases de Víctor Hugo.

«El hecho era cierto, y aunqué muchos de los su-
«puestos plagios eran coincidencias perfectamente expli-
«cables, habia algunos que no dejaban lugar á duda.
«Pero el crédito y la originalidad de Campoamor no
«por esto sufrieron menoscabo; estimóse el hecho más
«como puerilidad que como verdadero delito literario, y
«hubo de reconocerse que aquellos plagios en nada
«impedian que Campoamor fuera verdaderamente original,
«pués, reducidos á alguna frase suelta, no afectaban á la
«poderosa originalidad de la idea y de la forma interna
«é imaginativa en que esta se expresaba.

«La originalidad, con afecto, no consiste solo en decir
«lo que nadie ha dicho ya, sino en decirlo de un modo
«nuevo, y se refiere, no tanto á los detalles de la compo-
«sicion como al conjunto de esta.»

— — — — — — — — — — — —

«Acérrimo partidario del arte docente ó trascendental,
«mira con desdén á toda composicion que no haga pensar,
«y considera como juego frívolo del ingénio todo lo que
«no sea la traduccion poética de un concepto filosófico.»

— — — — — — — — — — — —

«Campoamor es un poeta sin ideal.»

— — — — — — — — — — — —

Permítanos el señor Revilla que no aceptemos como moneda corriente una afirmacion tan gratúita.

Campoamor no solo tiene un ideal, sino que del conjunto de sus obras se desprende que tiene dos ideales, á los cuales lo sacrifica todo.

Esos dos ideales son:

La ciencia y la belleza.

La ciencia, porqué sus doloras y sus pequeños poemas son *la razon rimada*; y la belleza, porqué el arte en sus manifestaciones más elevadas, el culto de la forma, es su constante objetivo.

La obra poética de Campoamor tiende á popularizar, á difundir, á grabar en el espíritu por medio de imágenes variadas, de apólogos sublimes, de parábolas delicadísimas, la síntesis de los problemas filosóficos de todas las

escuelas, de las ideas metafísicas, psicológicas y teológicas que constituyen y abarcan todos los ramos del saber humano. Luego, para completar su obra, acude á la belleza escultural de la forma más perfecta, y para él, cuando se trata del arte, el arte es lo primero.

La poesía hace, á su modo, lo que hacen la pintura y la música con los recursos de que disponen; se esfuerza para conseguir la expresion de lo ideal, es decir, para hacer sensible, en manifestaciones distintas, algo más elevado, más rico, más poderoso, más imponente que las realidades positivas. La conquista de lo ideal es la esencia misma del arte y la única razon de ser de la poesía.

Es difícil para la crítica hacer comprender y apreciar uno de esos talentos sutiles, lleno de refinamientos de buen gusto y de adorables malicias que, sin oponerse al cambio de las tendencias literarias de un pueblo, llegan poco á poco á dominarlas y á dirigir la opinion, creando escuela y recogiendo en todas partes triunfos y aplausos.

En nuestros días, sobre todo, la soberana influencia del ingénio individual, — más independiente y más caprichoso que nunca, — tiende á subdividir el campo de la poética, y á multiplicar las tentativas aisladas.

En esa empresa, Campoamor ha conseguido el éxito más legítimo entre todos cuantos registra la literatura contemporánea de nuestro país. No todo el mundo podrá seguir el camino trazado por el ilustre poeta, porqué hay muy pocos capaces de apropiarse la *manera* y los *medios* empleados por el gran maestro. El secreto de Campoamor consiste en una forma intachable como estructura de versificacion, y en que saca las ideas de un mundo supernatural, de ese *microcosmo subjetivo* que se forja cada imaginacion, y dentro del cual se aísla para pensar.

Sigamos analizando el trabajo del señor Revilla en una de sus páginas más ingeniosas, pero que más carecen, tambien, de sólido fundamento:

«Tranquilamente — añade Revilla — sin los apa-«sionados arrebatos de Espronceda, los alaridos de dolor «de Byron ó la desesperacion intensa de Leopardi; «afirma (Campoamor),

«*que humo las glorias de la vida son;*

«se pregunta melancólicamente:

«*La dicha que el hombre anhela*
«*¿donde está?*

«sostiene que *vivir es olvidar*; que *tarde ó temprano es* «*infalible el mal;* que *todo es sombra, ceniza y viento,* «que *vivir es dudar;* que *todo se pierde;* que *el bienestar* «*del hombre es la muerte;* que al *hombre solo le afec-*«*tan el calor y el frio;* que él es *quien regula la con-*«*ciencia;* que *no hay honor ni virtud más que en la* «*lengua;* que *fuego es amor que en aire se convierte;* «que *gloria y fé para el hombre son un sueño*; que *el* «*placer es la fuente del hastío;* que

«*la belleza está*
«*en los ojos del que mira;*

«que

«*todo espectáculo está*
«*dentro del espectador;*

«que

«*sobre arena y sobre viento*
«*lo ha fundado el cielo todo;*

«que *el variar de destino solo es variar de dolor;* y «después de dudar *si tendrá razon Cabanís*, concluye «afirmando

«*que en este mundo traidor*
«*nada hay verdad ni mentira;*
«*todo es según el color*
«*del cristal con que se mira.*

«No cabe escepticismo más universal y profundo, ni «es posible exponerlo con mayor y más implacable «impasibilidad.»

Hemos leido cien veces las frases, los pensamientos que el señor Revilla tacha de escépticos; hemos meditado acerca de su concepto moral y filosófico, y confesamos

francamente que no hemos sabido hallar ese *profundo y universal escepticismo.*

Los anteriores pensamientos nos aparecen como envueltos entre perfumes bíblicos, y basta leér á los filósofos cristianos, basta recorrer las obras de Santo Tomás ó la *Imitacion de Cristo*, para saber cuáles han sido las fuentes en que se inspiraron. Si no temiésemos molestar á nuestros lectores, y ser demasiado prolijos, demostraríamos, con ejemplos, la verdad de nuestro aserto, y para ello no tendríamos más que ampliar el trabajo comenzado en algunas *doloras*, que van encabezadas con epígrafes tomados del libro atribuido al padre Kempis.

Y por eso mismo esplicamos, nosotros, sencillamente, lo que para el señor Revilla parece incomprensible, cuando dice:

«Y sin embargo, esta poesía escéptica en más alto «grado que la de Espronceda es saboreada con deleite «por una sociedad que de creyente se precia. Damas «aristocráticas, que contribuyen al dinero de San Pedro «y son enemigas del artículo 11; gentes que se cuentan «en el número de las *personas sensatas que tienen que «perder*; niñas románticas y llenas de ilusiones, devoran «con placer estas máximas que en otros labios les pare«cerían impías, escandalosas y dignas de anatema. ¿A «qué se debe este singular fenómeno? ¿Cómo este «poeta revolucionario y heterodoxo es el niño mimado «de las altas clases? A nuestro juicio, á la *perfidia* de «Campoamor, que semejante á la serpiente bíblica, sabe «revestir de bellos colores el fruto envenenado que en«trega á las Evas y Adanes de esta generacion.

«Un ligero toque de sentimentalismo, tal cual nota «piadosa y mística, alguno que otro alarde de respeto «á las creéncias tradicionales, que recuerda involuntaria«mente las reservas de Montaigne, los distingos de Des«cartes y la devocion de Rabelais, bastan para que «Campoamor pueda deslizar impunemente sus venenosas «doctrinas. *Il connait son public, ce gaillard-là*, y no

«le cuesta gran trabajo rociar con agua bendita sus «audacias volterianas y sus arranques escépticos y pesi«mistas, dignos de Kant y de Schopenhauer.» (1)

Todo esto es muy ingenioso y está dicho con esa gracia inimitable que, más que otros, poseén los escritores del mediodia, pero tiene el defecto capital de que no es verdad.

Si esa poesía es saboreada con deleite por una sociedad que de creyente se precia, es porque corresponde perfectamente á la fé de esa sociedad que contribuye al dinero de San Pedro y es enemiga del artículo 11; sociedad que acepta las reservas de Montaigne, los distingos de Descartes y la devocion de Rabelais en cuanto tienen de sincero y de honrado; sociedad que sabe, á pesar de su lijerza, que *es preferible sentir la compuncion que saber definirla*; que comprende *la vanidad de vanidades que todo es vanidad*, que *tentacion es la vida del hombre sobre la tierra*, que *el mundo pasa y con él sus deleites*, que *no el que se alaba á sí mismo el tal es aprobado, sino aquel á quien Dios alaba*, que *el hombre vé lo que aparece, más Dios vé el corazon*, y tantas otras máximas del santo libro que pueden servir perfectamente de epígrafe á *doloras* escritas ya, ó de tema para otras nuevas.

No es posible decir en serio que Campoamor comete audacias volterianas, porque si hubiese querido cometer audacias, sabiendo, como sabe, muchas cosas que ignoraba Voltaire, hubiera dejado muy atrás al filósofo de Ferney.

Hoy, después de Kant, Hegel, Strauss, Littré, Comte, Darwin, Schopenhauer, Herbert Spencer y Renan, la

(1) Sentimos haber tenido que exponer estos argumentos después que ha muerto el señor Revilla, cuyo talento somos de los primeros en reconocer, pero nos ha parecido que debían figurar en la *Advertencia Preliminar* de esta nueva edicion de las obras de Campoamor; separándonos así, al mismo tiempo, de la aridéz y monotonía de que suelen pecar la mayor parte de los prólogos, en que parece que existe la obligacion de repetir lo que se ha dicho ya en anteriores ediciones. E. S.

verdad es que el pobre Voltaire nos parece, — dejando á parte su indiscutible gracia en el decir, — como un filósofo muy mediano, casi sin intencion dañina, sin fondo sólido ninguno, y sus risas sarcásticas y burlonas apénas si las tomanos por otra cosa que por malicias infantiles llenas de chispa y de gracejo.

Campoamor es uno de los poetas mas originales y profundos que conocemos; su espíritu revolucionario, su inteligencia poderosa, su saber estraordinario le colocan al frente de la ilustre pléyade de los poetas contempóraneos de nuestra patria, y su escuela será la bandera á cuyo alrededor se agrupará la generacion presente, en busca de los nuevos derroteros del arte, que el ilustre maestro le traza con mano segura y con inextinguible aliento.

Paris, Enero de 1885.

EMILIO SOULÈRE.

INDICE.

	Pag.
Advertencia preliminar	v
Ternezas y flores	1
Sonetos	83
Fábulas	91
Cantares	141
Doloras	163
Prólogos anteriores	320

TERNEZAS Y FLORES.

LA NIÑA Y LA MARIPOSA.

Va una mariposa bella
Volando de rosa en rosa,
Y de una en otra afanosa
Corre una niña tras ella.

Su curso, alegre y festiva,
Sigue con pueril afán,
Y con airoso ademán
La mariposa se esquiva.

A veces con loco intento
Quiere hacer presa en sus galas,
Y, en vez de tocar sus alas,
Toca las alas del viento.

Y su empeño duplicando,
Cuanto mas corre afanosa,
Mas leda la mariposa
Va su inocencia burlando.

La ciñe en rápido giro,
Y al ir á cogerla esbelta,
Por cada vez que se suelta,
Suelta la niña un suspiro.

Mas, sin ceder en su anhelo,
Presta una, y la otra ligera,
Ni una acorta su carrera,
Ni la otra amaina su vuelo.

Y vagan embebecidas,
Sin sentir indiferentes
Ni el són de las claras fuentes,
Ni el de las auras perdidas.

Ni los pájaros que espantan,
Entre las ramas divisan,
Ni ven las flores que pisan,
Ni oyen las aves que cantan.

Y miéntras éstas cantando
Siguen con plácido estruendo,
La niña sigue corriendo,
La mariposa volando.

— Amaina el vuelo sereno,
Mariposa,
De quien es albergue el seno
De la rosa.
¿Por qué en tal dulce ocasion
Vas sin tino
Huyendo así la prision
De lazo tan peregrino?

Reina de las blandas flores,
Sus enojos
No temas, ni los ardores
De sus ojos,
Porque ese puro arrebol
Que enamora,
Si es luciente como el sol,
Es tierno como la aurora.

Entre mil palmas no hay talle
Mas galano,
Ni azucena en todo el valle
Cual su mano.
No oirás de su voz divina
La dulzura,
Ni en el ruiseñor que trina,
Ni en el raudal que murmura.

Aprende el aura á ser leve
De su planta,
Y, para formar con nieve
Su garganta,

Le dió el cisne el atavío
De su pluma,
Lumbre la aurora, y el rio
Su plata, cristal y espuma.

No sigas mas la inconstante
Mariposa,
Enamorada y errante,
Niña hermosa,
Que al fin vendrá á ser cautiva
De tu llama,
Si aún amorosa, aunque esquiva,
La luz de los cielos ama.

Y aunque aspira de mil flores
La fragancia,
No imites en tus amores
Su inconstancia;
Que al fin de tanto vagar,
Suele, hermosa,
Entre las flores hallar
La yerba mas venenosa.

Imita solo su vuelo,
Pues serena
Jamás, niña, toca el cielo,
Ni la arena.
Quien se humilla ó sin razon
Subir quiere,
Muere á manos de un halcon,
Si á las de un áspid no muere.

Mas ¡ay! que vas en pos de ella
Vagarosa,
Sin eschuchar mi querella,
Niña hermosa.
Sigues con presteza tanta
Tu contento,
Que así encomiendas tu planta,
Como mi súplica, al viento.

Y en tan inocente afán,
Como su gusto entretienen,
Así vagabundas vienen,
Y así vagabundas van.

A veces en su embeleso
La mariposa al pasar,
Suele fugaz estampar
Sobre su mejilla un beso.

Y rauda su vuelo alzando,
La niña de ángel blasona,
Al trazar una corona,
Sobre su frente girando.

Y siguen acordemente
La mariposa en sus giros,
La niña con sus suspiros,
Con sus rumores la fuente.

Vagan los aires suaves
Formando dobles acentos,
Y al grato són de los vientos,
Siguen cantando las aves.

Y entre tanta melodía,
Tanta corriente murmura,
Que es todo el aire frescura,
Aroma, luz y armonía.

Y susurrando congojas,
Prosiguen mintiendo quejas,
En el pensil las abejas,
Y en la enramada las hojas.

Y tiernes flores hollando,
Y frescas auras batiendo,
La niña sigue corriendo,
La mariposa volando.

LA FLOR DEL VALLE.

IMPRESIONES DE UN DIA DE VIAJE.

Flor columpiada entre abrojos,
Que en tan apacible calma
Trocando estás mis enojos,
Tanto me encantas el alma
Cuanto suspendes mis ojos...

Y no para mi tormento
Quieras divertir mi intento
Que asáz divertido está;
Deja á un triste que en el viento
Sembrando ilusiones vá.

Y aunque hácia tí me encamina
Tu purpurino arrebol,
Déjame, flor peregrina,
Que trasponga esa colina
Antes que ese monte el sol.

Porque en mi amante locura
Comparándote á mi bien,
Al lado de tu hermosura
Me hallará la noche oscura,
Y el claro dia también.

Huyendo voy del amor
Y de sus templadas iras;
Si voy ó no con dolor,
¡Bien claro lo miras, flor,
Si es que á los ojos me miras!

¡Cuál en un pecho afligido
La ya adormecida holganza
Despierta un valle florido,
Y mas cuando está vestido
Del color de la esparanza!

¡Qué dulce si canta un ave
Con tierno y sentido afán!
¡Si forma el aura suave
Sonidos que nadie sabe
Si cruzan, vienen ó ván!

¡Y cómo el alma enajena
El agua murmuradora,
Cuando, al tumbarse serena,
Roba las conchas sonora
Rodando sobre la arena!

¡Qué regaladas dulzuras
La queja, en el alma deja,
De aquellas tórtolas puras,
Pues se dicen mil ternuras
Para decirse una queja!

Y los sentidos atentos
A tan deliciosos sones,
¡Oh! ¡cómo escuchan contentos
Las acordadas canciones
De los acordados vientos!

¡Bien hayas, pintada flor,
Gloria del pintado abril
De tan delicado olor,
Que extiende el aura sutil
Con tus olores, tu honor!

Los rayos del sol te doran:
Por tí las aves suspiran;
Los céfiros te enamoran;
Y los viajeros te admiran.
Si las serranas te adoran.

Te prestan són los ambientes,
El plácido abril sus galas,
Ruido las mansas corrientes,
Oro las rubias zagalas,
Plata las serenas fuentes.

Te arrulla el árbol sombrío,
El alba aljófar te llora,
Te da la noche rocío,
Perlas y espumas el rio,
Luz y diamantes la aurora.

Y al valle tu olor prestando,
Con muelle calma estás viendo
Cruzar por el aire blando,
Ya las tórtolas gimiendo,
Ya las alondras cantando.

Y en dulce tropel hirviente
Livianos los ecos luchan,
Fatigando el manso ambiente,
Por repetir dulcemente
Lo que dulcemente escuchan.

Y los sentídos atentos
A tan deliciosos sones,
¡Oh! ¡cómo escuchan contentos
Las acordadas canciones
De los acordados vientos!

— Al ver tanto bien, mi estrella
Me acuerda los que gocé
En el regazo de aquella
Que loco por bella amé,
Y me despreció por bella.

No es la luz de la mañana.
Cuando del valle lozana
Las plácidas flores pisa,
Tan hechicera y galana
Como su dulce sonrisa.

Tanto se hace de temer
El oro de sus cabellos,
Que ménos es menester
Que el que ellos se dejen ver,
Por ser esclavo de ellos.

Y mas el alma enajena
Que el agua murmuradora,
Porque es su voz seductora
Como las auras serena,
Como las fuentes sonora.

Tiene, si el alba blancura,
Nieve su pecho gentil,
Como las palmas frescura,
Cristales su frente pura,
Coral su boca y marfil.

Es de las serranas diosa,
Dulce afán de los pastores,
Tierna amiga de la rosa,
Hermana del alba hermosa,
Reina de las bellas flores.

¡Triste! ¡y con turbado intento,
De todas mis dichas hoy
Me alejo, y de mi contento!...
Por eso, flor, en el viento
Sembrando ilusiones voy.

— Adios; y no extrañes, flor,
Que mis amores te cuente,
Porque no hay placer mayor
Como el placer que se siente
Contando cuitas de amor.

En prueba de mi ternura,
Para aliviar mis dolores,
Toma esta lágrima pura,
A ver si una vez natura
Me da por lágrimas flores.

Mas si nacieran así,
Fuera, segun la abundancia
Con que salieron de mí,
Todo un pensil la distancia
Que media desde ella á ti.

Y así su són los ambientes
Te den, y el abril sus galas,
Ruido las mansas corrientes,
Oro las rubias zagalas,
Plata las serenas fuentes.

Y al valle tu olor prestando,
Con muelle calma estés viendo
Cruzar por el aire blando
Ya las tórtolas gimiendo,
Ya las alondras cantando.

— Y adios: que turbio ilumina
El vespertino arrebol;
Déjame, flor peregrina,
Que trasponga esa colina,
Antes que ese monte el sol.

A LA LUZ.

Silva primera.

LA MAÑANA.

Ya la luz matutina
Fantástica, rïente,
Se asoma peregrina
Por el rosado oriente,
Y rica y esplendente
Entre risas y perlas se avecina.
En las auras, pasando
Sus levísimas huellas,

Ligera va estampando,
Las nubes matizando,
Estas de nieve, de carmin aquellas.
Ya las tiñe nevada,
Rïendo bulliciosa,
Ya en sus limpios vapores.
Partida en mil colores,
Las esmalta rosada,
Bella si colorada,
Pero si blanca hermosa.
Y así pasando leve,
Fugaz de nube en nube,
Pisando veleidosa
Con su fúlgida huella,
Esta con piés de nieve,
Con piés de rosa aquella,
La luz de la mañana
Por el oriente sube,
Derramando lozana
Con grata confusion jazmin y rosa.

Su colorada lumbre,
Como tapiz galano,
Desde la aérea cumbre
Del mas alzado monte
Tiende risueña hasta el florido llano.
Y discurriendo esquiva
Por el vago horizonte,
Entre sombras y léjos
Tiñe con sus reflejos
La niebla fugitiva;
Y así con raudo vuelo
Sus vivos resplandores
Cruzan el ancho cielo,
Cegando estrellas y dorando flores.

Las despeñadas fuentes
Su venida celebran
Hirviendo trasparentes,
Y con bullir sonoro,
Entre las guijas de oro
Cuajando espuma, sus cristales quiebran.
El amoroso bando
De céfiros süaves
Va por el valle errando,
Sin fin multiplicando
Los dulces ecos de las dulces aves.

Saludan la alborada
Los arroyos corriendo,
Los pájaros trinando:
Aquellos las orillas
De perlas guarneciendo,
Y estos al aire blando
Plumas y sones dando.

Ligeras á su luz corren las fuentes;
Solícitas susurran las abejas:
Los céfiros murmuran trasparentes,
Y los olmos también, que entre sus hojas
Las tórtolas cobijan,
Que gimiendo dolientes,
Ya exhalan de dolor tiernas congojas,
Ya repiten de amor plácidas quejas.

Anuncian su venida
Las auras murmurando.
Los árboles sus cúpulas meciendo,
Las ovejas estáticas balando,
La mar sonora con su ronco estruendo,
Con sus lánguidos sones los ambientes,
Con sus cantos los dulces ruiseñores,
Bajando de los montes las corrientes,
Subiendo de los llanos los pastores.

El prado su verdura
Le ofrece cuando huella sus alfombras,
Espejo el agua pura,
Los árboles sus sombras,
Los montes su frescura,
Y perlas y colores,
Verdor y aroma las modestas flores.

— ¡Celeste emanacion, reina del dia!
Aunque en silencio mudo,
Si te veo ahuyentar la noche umbría,
Yo también te saludo
Con toda la efusion del alma mia.

Ven, luz resplandeciente,
Cruzando el éter con serena calma,
Porque las negras sombras
Que en el turbio occidente
A tu aspecto cobardes se apiñaron,
Impuras me dejaron
Sin paz los ojos, sin sosiego el alma.

Vea hundirse en el lóbrego occidente
Esa turba de nieblas malhadada
En confuso tropel, y sean nada
Al dulce albor de tu serena frente.

Deshaz las sombras, portadoras ántes
De regalados sueños,
Y que en sus alas de vapor flotantes,
Me traen hoy fatídicos ensueños.

Oscurece en tu espléndido camino
Las pálidas estrellas,
Porque no dude entre ellas
Cuál la estrella será de mi destino.
Llévate en pos la desmayada luna,
Que tristes para mí sus rayos fueron,
Pues mil promesas por su faz me hicieron,
Y nunca ¡oh luz! se me cumplió ninguna.

Apaga esplendorosa
De fuegos fátuos los siniestros brillos,
Que las alas hendiendo
De la nocturna brisa,
Van la amarga sonrisa
De espíritus maléficos mintiendo.

Alumbra los torrentes;
Que al escuchar sus desacordes ruidos.
Bañado en tierno llanto,
Creí que vïolentos
Los encontrados vientos,
Arrastraban la fúnebre carroza
Del erizado espanto.

Y rica de colores,
Y pródiga de rosas y jazmines,
Matiza los vapores
Que pueblan los ambientes,
Porque henchidos de cándida pureza,
Imiten relucientes
Las alas de los blancos serafines.

Silva segunda.

EL MEDIO DIA.

Descompuesta en cambiantes
Por el éter resbalas,
Serena luz del cielo,
Con ilustre decoro,
Tendiendo en manso vuelo
Las relucientes alas
Que engalanan, vistosas,
Topacios y diamantes,
Como tu albor brillantes,
Y fúlgidas y hermosas
Ricas cenefas de amaranto y oro.
Cándida fulgurando
Tus rayos esplendentes,
Vas en tu curso blando
Serena matizando
Las auras lisonjeras
Con visos trasparentes
Y limpia reverberas
Si en los aires azul, blanca en las fuentes.

Luciendo esplendorosa
La atmósfera enriqueces,
A veces de oro y rosa,
De nieve y grana á veces;
Y al repartir galana
Ya el oro, ya la nieve,
Ya la encendida grana,
Con mágicos vislumbres
Bordas, pasando leve,
De plata el ancho mar, de oro las cumbres.

Y pura y rutilante,
Desde tu claro asiento
Con vagos resplandores
Esclareces brillante
La tierra de colores,
Si de llamas el viento;
Y arrastrando lumbrosa
De blancos arreboles
El escuadron lucido,
Cruzas el aire de tu gloria henchido,
Con alas de jazmin y piés de rosa.

Alzas el vuelo ardiente
Hácia el cenit radiante,
Y en él vivificante
Blanca te enseñoreas,
Y con ligero paso,
Desde el risueño oriente
Hasta el ceñudo ocaso,
Tu corte luminosa
En alas de tu ardor libre paseas.

Y al fogoso ardimiento,
Aunque fogoso, grato,
De tu abrasado aliento,
Con magnífica pompa y rico ornato
Arden los bosques y se enciende el viento.

Natura, fascinada
Al dulcísimo peso
De tan puro embeleso,
Se aduerme sosegada.
Ni balan las ovejas,
Ni las hojas se mueven,
Ni las volantes auras
A murmurar se atraven.
Se ostentan en sus tallos
Inmóviles las flores;
Tendidos á las sombras,
Del soto en las alfombras
Se mira á los pastores.
Mudos callan los ecos,
Las diáfanas corrientes
Débil rumor levantan;
Y con blando reposo
En éxtasis sabroso
Ni el aura aspira, ni las aves cantan.

Tal vez en la espesura
El céfiro despierta
Para tejer doseles
De rosas y claveles,
Porque en la frente pura
Del clavel y la rosa
Se mitigue la saña
De la luz enojosa,
Cuando estival con profusion nos baña.

Cruzando perezosos
El prado los insectos,
Los rayos luminosos
Con lánguido desmayo
Embelesados miran,
Y mil átomos giran
En torno al resplandor de cada rayo.

A flor del agua pura
Los peces se levantan
Desde el profundo asiento,
Y rápidos quebrantan
Su límpida clausura
Con presto movimiento.
La tersa superficie
Se muestra delicada
Partida en cien espejos,
Y el aire matizando,
Bellísimos reflejos
Irradia colorada.
En la fuente serena
Se mira rodeado
Cada grano de arena
De puros arreboles,
Y en fingido traslado
Cada gota gentil miente mil soles.

Los ánades sus alas
Sobre las aguas tienden,
Que cual lustrosos prismas
Mil colores desprenden;
Y ya azul, ya rosada,
Ya de color de nieve,
Sutilísima, leve,
La luz brillando, salta
De sus flotantes plumas,
Y blanca y azulada,
Y de color de rosa,
Y espléndida y hermosa,
Ligeramente esmalta
Las bullentes y cándidas espumas.

Pulidos reluciendo
Los purpúreos corales,
Los nácares y conchas
Y perlas orientales,

Con fúlgida armonía,
Espléndidos parecen
Los blancos arenales
Alfombras de brillante pedrería.

La meridiana lumbre
Su planta esplendorosa
Sobre las nubes sienta,
Y allá en la escelsa cumbre
La frente nacarada
De zafiros ornada,
Con pompa, majestad y orgullo ostenta.

Vertiendo ardor fecundo,
Con piés de rosicler bordando flores,
La luz que tanto adoro
Con leves alas de oro
El claro vuelo sigue, henchiendo el mundo
De arreboles y llamas,
Y reflejos y visos y colores.

— Serena luz, ¡qué hermosa,
Arrastrando tu séquito lucido,
Cruzas el aire, de tu gloria henchido,
Con alas de jazmin y piés de rosa!

Por eso arrebatadas
Por beber de tus rayos celestiales
La benéfica lumbre,
Rápidas hienden la celeste cumbre
En vistoso tropel las garzas reales.
Por eso trasparentes
Caminando las fuentes
Con sosegadas huellas,
Ni murmuran querellas,
Ni arrojan perlas, ni rumor levantan:
Y sin duda por eso
Adormidas con mágico embeleso,
Ni el aura aspira, ni las aves cantan.

¡Oh! corona la esfera
Del ardimiento grato
De tu abrasado aliento,
Porque al fulgor de tu imperial carrera,
Con magnífica pompa y rico ornato,
Ardan los bosques y se encienda el viento.

Silva tercera.

LA TARDE.

Con agradable paso,
Dulce, adorada lumbre,
El noble señorío
Cedes del cielo raso
Al resplandor sombrío
De las rubias estrellas,
Y plegando tus alas
En grata mansedumbre,
Recoges ¡ay! con ellas
Tu hermosa esplendidez y ricas galas.

Ornada de rubíes
Hundes la tierna frente
En la mar encendida,
Y con franjas vestida
De rojos carmesíes,
Retocas levemente
La mar de verde y plata,
De azul el ancho cielo,
Y, con lucido vuelo,
Las nubes de escarlata,
Y de esmeralda el suelo.

De las escelsas vias
Ligera te desprendes,
Y si al nacer subias
De nube en nube osada,
Ya mústia y desmayada,
De una en otra desciendes,
Y en las verdes alfombras
De los profundos mares
Tu manto real descolorida tiendes,
Cegando luces y engendrando sombras.

Con plácido desmayo
Su incendio peregrino,
Ya débil, mortecino,
Se apaga rayo á rayo,
Y leve y rubicunda,
De su fulgor escaso
Débilmente se inunda
El esplendente ocaso;

Y fulgurando triste,
De la atmósfera vana
El trasparente manto
Ligeramente viste
Con pálidos reflejos,
Ya aquí de rosa y grana,
Ya allá de nieve y rosa,
Acullá de amaranto,
Mas lejos de oro, y de jazmin mas léjos.

Iluminando apenas
El cárdeno horizonte
Con ráfagas serenas,
Rïela esplendorosa
Colorada en el monte,
Rica en los cielos, y en la mar hermosa.

¡Cómo están despidiendo
Del rojo sol las postrimeras lumbres
Con desacorde estruendo,
Balando los rebaños por las cumbres,
Por los valles las tórtolas gimiendo!

Y en alas de los céfiros suaves
Formando bandas, por los aires, bellas,
¡Oh! ¡cómo en pos de sus brillantes huellas,
Rápidas van las altaneras aves!

Con lúgubre gemido
Solloza el manso viento,
Es un ¡ay! cada ruido,
Cada voz un lamento.

Los árboles sus cúpulas frondosas
Con verde pompa y majestad inclinan,
A impulso de las auras sonorosas
Que hácia el ocaso tras la luz caminan.

Si alza la noche su atezado manto,
La luz huyendo, sus horrores dobla;
Si gime un ave en dolorido canto,
El eco gime, y su plañir redobla.

Quejas levanta al murmurar doliente
Fugaz el aura en apacibles giros,
Y al trasmontar la luz, son de la fuente
Las aguas llanto, y el rumor suspiros.

¡Ay! no es así cuando á los frescos llanos
Bajan al alba en celestial decoro
Sílfides blancas, que con rubias manos
La aurora ciñen con guirnaldas de oro.

Plácida, entónces, sin rumor aspira
Ligera el aura despertando olores,
Y regalada del frescor, respira
Amor la selva, y la pradera amores.

La niebla entónces por el manso viento
Se adorna de los rayos matutinos,
Y entónces se oyen con sabroso acento,
En vez de quejas, amorosos trinos.

— Sombras, que osadas hácia el rubio ocaso
Caminais tristemente,
Tardías refrenad el negro paso;
Que aun brillan, cual lucientes atalayas,
Del yerto monte las robustas hayas.

Refrenad, bando impuro,
El paso acelerado,
Templando los horrores
De vuestro manto oscuro;
Que aun miro alborozado
Del claro sol al resplandor propicio,
Si alfombras huello de olorosas flores,
O la orilla tal vez de un precipicio.

No importa que de estrellas,
Al parecer tan bellas,
Bordeis esplendorosas
Las alas tenebrosas;
Sus pálidos reflejos
Son mentidos espejos;
Y el brillo afrentan de las mas preciosas
Las falsas piedras, si se ven de léjos.

— Mas ¡ay! que con tu corte refulgente,
Luz de mis ojos, te abismaste en tanto...
¿Por qué, si al trasmontar, son de la fuente
Ayes los sones, y las aguas llanto?

Vuelve otra vez, porque á los frescos llanos
Bajen al alba en celestial decoro
Sílfides blancas, que con rubias manos
La aurora ciña con guirnaldas de oro.

Vuelve, y que entónces sin rumor aspire
Ligera el aura despertando olores,
Y regalada del frescor, respire
Amor la selva, y la pradera amores.

LA GUIRNALDA.

Dar pretendo á la mas bella,
Que ménos sepa de amores,
Una guirnalda de flores,
Y mi corazon con ella.

Niñas de los ojos bellos,
Al triunfo optad las primeras.
Si al par contais hechiceras
Las gracias y los cabellos.

Venid sin vanos aliños
Con ella á ser coronadas,
Hermosas como las hadas
Con quien soñamos de niños.

Palma del mejor modelo
Será esa guirnalda hermosa,
Que al aire ondea graciosa
Mintiendo el íris del cielo.

Listadas de azul y gualda
Sus bellas flores nacieron:
Jamás las gracias tejieron
Tan peregrina guirnalda.

Ved las auras amorosas
¡Cómo vagando la mecen!
Ved ¡qué conformes parecen
Entre los lirios las rosas!

Con los azäres distinto
Junta el clavel su carmin.
Y entre jazmin y jazmin,
Salta el color del jacinto.

¡Cómo en la tierna guirnalda
Concuerdan con dulce agrado
Con el matiz mas nevado
La mas subida esmeralda!

¡Y cuán gallardas las flores
Dan, con gentil movimiento,
Capullos y hojas al viento,
Frescura, esencia y colores!

Si alguna, entre tanta bella,
Aspira al don soberano,
Levante airosa la mano,
Y ciña su sien con ella.

Mas cuide no se la ciña,
Sin ser de beldad modelo,
Pues pagará, vive el cielo,
Su inadvertencia de niña.

Que nadie el don halagüeño
Sin causa podrá alcanzarlo,
Pues se deshace al tocarlo,
Como la dicha de un sueño.

De alguna sé que la palma
Ganar en la lid podria...
Mas cesa, esperanza mia,
No así me inquietes el alma.

Que no han de empañar ahora,
Al recordar mis amores,
Otras lágrimas las flores
Que las que les dió la aurora.

Esa florida guirnalda,
Ya despojada de abrojos,
Ha de hechizarme los ojos
Sobre la tez de una espalda.

Venid, venid, peregrinas,
Matando, niñas, de amores,
Justo es que goceis las flores
Alguna vez sin espinas.

Y no direis que inhumano
Vuestro placer no prevengo,
Cuando por vosotras tengo
Llena de heridas la mano.

¿Y á quién, al verla, no asombra
Esa guirnalda gentil,
Tan vaga, aérea y sutil,
Que, opuesta al sol, no hace sombra?

Del cielo la trasparencia
Afrenta, así desplegada,
De aire y matices formada,
Lumbre, contornos y esencia.

Cual las esperanzas mias,
Tiene su verde frescura,
Y tan fresca su verdura
Como el abril de mis dias.

Aun no ajaron sus colores
Del céfiro los arrullos,
Ni el huracán sus capullos,
Ni las abejas sus flores.

Y con ténue movimiento,
Jamás tocaron sus galas
Ni del ruiseñor las alas,
Ni los gemidos del viento.

Naciente, pura y hermosa,
Se ostenta con pompa suma
Tan fresca como la espuma,
Tan suave como la rosa.

Y fresca y süave y pura,
Sobre los aires flotando,
Desde hoy la dejo esperando
La reina de la hermosura.

Por esto si alguna bella
Merece el dón soberano,
Levante airosa la mano,
Y ciña su sien con ella.

A FELISA.

EL DIA DE SU BODA.

Aunque á la aurora temores,
Y al mismo sol dés enojos,
Te sientan con mil primoros
La languidez en los ojos,
Y en el cabello las flores.

Muestran tantas maravillas
Los diamantes en tu cuello,
Las rosas en tus mejillas,
Que con real ornato brillas
Desde la planta al cabello.

Y aunque arreo tan brillante
Dé á tu belleza decoro,
Ay, que en tu lindo semblante
Oculta cada diamante,
Bella Felisa, un tesoro!

Vertiendo dulce sonrisa,
No ocultes los ojos bellos,
Porque te dirán con risa
Que ya leyeron, Felisa,
Tus pensamientos en ellos.

Embebecida y errante,
Vagas con planta insegura,
Cual si escucharas amante
El céfiro susurrante
Que entre tus bucles murmura.

Ya sé que en este momento
Las niñas en dulce calma
Oyen, con turbado intento,
Cosas que murmura el viento
Y escucha gozosa el alma.

Ya sé que el cielo abandonan
Los ángeles, y que hermosos
De luz su frente coronan,
Y dobles himnos entonan,
De su hermosura envidiosos.

Sé que en sus ojos se encantan,
Y que en torno se revuelven;
Acentos de amor levantan;
Las llaman hermosas; cantan;
Besan su faz, y se vuelven.

Y en este instante de gloria,
Con recuerdos seductores,
Ya sé que por su memoria
Pasan la amorosa historia
De sus pasados amores.

Por eso, Felisa, errante
Vagas con planta insegura
Cual si escucharas amante
El céfiro susurrante
Que entre tus bucles murmura.

Dime si tal vez, hermosa,
En esa ilusion tranquila
Probando estás amorosa
La dulce miel que destila
El dulce nombre de esposa.

Dí si en tus ojos se encienden
Los ángeles; si contento
Te causa tal vez tu acento;
Y si mirándote, tienden
Las blancas alas al viento.

Dí si recuerdas, Felisa,
Las canciones que sonaron
En tu calle, y se apagaron;
¡Que por Dios que bien aprisa,
Siendo tan dulces, pasaron!

Ya no escucharás cual ántes,
Allá en las noches serenas,
Sobre los aires flotantes,
Las sabrosas cantilenas
De los rendidos amantes.

Que os es muy grato á las bellas
Al són del arpa importuna
Oir amantes querellas,
Ya al brillo de las estrellas,
Ya al resplandor de la luna.

Y os place ver derramados
Cantos de amor por los cielos,
Porque causen acordados
A otras hermosuras celos,
Y á otros galanes cuidados.

Y ois las trovas de amores,
En vuestro lecho adormidas,
Como los vagos rumores
Que hacen al ondear las flores,
De vuestras rejas prendidas.

Y al despertar, con empeños
Tal vez pensais que, halagüeños
Os dan, cantando, placeres,
Esos dulcísimos seres
Con quien platicais en sueños.

Mas ¡ay, que ya se apagaron
Aquellos cantos, Felisa,
Que en tu alabanza sonaron!
¡Y por Dios, que bien aprisa,
Siendo tan dulces, pasaron!

Pasaron los amadores,
Llevando sus falsas llamas;
Tiempo es que libre de azores
Trate, Felisa, de amores,
La tórtola entre las ramas.

Ya no escucharás, cual ántes,
Allá en las noches serenas,
Sobre los aires flotantes,
Las sabrosas cantilenas
De los rendidos amantes.

Las rosas que con pasion
Hoy te prendiste galana,
Las últimas rosas son
Que columpió en tu balcon
La brisa de la mañana.

Si ya con plácidas glosas
Tu pecho nunca se embriaga,
Aun hay canciones gustosas,
Con que á las tiernas esposas
El aura nocturna halaga.

Si trovas no están rompiendo
Tus sueños, como hasta aquí,
Los romperá el dulce estruendo
De algun pecho que gimiendo
Esté, Felisa, por tí.

Y unos sones muy callados
Oirás cruzar por los cielos,
Sin que causen, acordados,
Ni á otras hermosuras, celos,
Ni á otros amantes, cuidados.

Y á cada momento, hermosa,
En grata ilusion tranquila,
Podrás probar amorosa
La dulce miel que destila
El dulce nombre de esposa.

EN RISA.

Agite placentera
La risa veleidosa,
Como el aura ligera,
Tus mejillas de rosa.
Descienda fugitiva
Por la serena frente,
Ya desparezca esquiva,
Ya torne de repente,
Ya en fantástico vuelo
Vague, en torno girando,
Ya, dando tregua al duelo,
Huya y torne fugaz, fugaz pasando.

Y después amorosa,
Luego pue haya tocado,
Ya el labio colorado,
Ya la mejilla hermosa,
Aérea, rutilante,
Como leve ambrosía,
Venga á caer amante
En lo mas hondo al fin del alma mia.

EL ARROYO.

Arroyo sosegado,
Que al resbalar so la enramada bella,
Murmuras acordado,
Rico de espejos, si de aromas ella,
En vagos resplandores
Confundiendo tus visos con sus flores.

Ayer cuando naciste,
Eras pequeño manantial sin brio,
Después arroyo fuiste;
Luego serás en la floresta rio,
Y mas allá corriente
Que el mar arrostres con soberbia frente.

Apresurado llega,
A par de las clarísimas cascadas,
A la cercana vega,
Que á su placer descienden reclinadas
Con brillante decoro
En blandos lechos de esmeralda y oro.

Prosigue; que á tu lado
Gimiendo iré, cuando fugaz murmures,
Y de mí acompañado
Hasta el valle serás, aunque apresures
Tu cristalina marcha
Con frente de ovas y con piés de escarcha.

Los dos con dulce estruendo
Iremos, tú placeres murmurando,
Yo pesares gimiendo;
Y nuestras voces á la par alzando,
Serán tus alegrías
Rémora acaso de las penas mias.

Cuéntame dó luciente
Bordaste de tu linfa cristalina
El manto trasparente
De tanta perla y esmeralda fina,
Y con belleza suma
De dónde arrastras tu nevada espuma.

Cuéntame si brotaste
Al pié de un sauce ó de elevado pino;
Los prados que cruzaste;
Cuántos mármoles viste en tu camino;
Las flores que bañaron
Tus frescas aguas, y á su humor brotaron.

Díme las dulces aves
Que de los olmos de tu blanda orilla
Te cantaron süaves,
Y las sierpes que al verte sin mancilla
Vertieron su veneno
Para poder cruzar tu limpio seno.

Díme si las zagalas
Tus claras urnas ilustrando viste
Sin inútiles galas;
Y cuéntame los sueños que infundiste
Al oir los pastores
El dulcísimo són de tus rumores;

Que yo te iré contando
Mis cortos bienes y mis luengos males. —
Más ¿la vega mirando,
Presuroso despeñas tus cristales
Y rápido te alejas?
Bien haces ¡ay! por no escuchar mis quejas.

— ¡Qué hermosa está la vega,
Cuando bañada de feraz rocío,
Fructífero la riega
El ámbar celestial de tanto rio,
Sobre su nácar blando
La clara luz del sol reverberando!

Las aguas trasparentes,
Formando al oscilar claros espejos,
Los delgados ambientes
Arrebolan de mágicos reflejos,
Que ya azules, ya rojos,
Embelesan estáticos los ojos.

¡Mil veces venturosas,
Tan henchidas de honor, como abundantes,
Corrientes sonorosas,

Que pagando tributos en diamantes,
Caminais sosegadas,
De palmas inmortales coronadas!

Y así con tal premura
Con las aguas medreis de las praderas,
Que, al ver tanta hermosura,
Espantada abandone sus riberas,
Y ceda á vuestro brio,
Reprimida la mar, su señorío.

Seguid, claras corrientes,
Con dulces y suavísimos rumores,
Poblando los ambientes
De reflejos y débiles vapores,
Que como frágil velo
Los rayos templen de la luz del cielo.

Y á ocultar en los mares,
Que lleveis estas lágrimas os pido,
Fruto de mis pesares,
Y último resto de mi afán perdido
Si acaso por ser mias
No las desdeñan vuestras ondas frias.

MI HARÉN EN ANDALUCÍA.

Del alba la luz temprana
Turbados mis ojos ven,
¿Y aun á estas horas, sultana,
Desierto tienes mi harén?

¿De cuando acá, vida mia,
A desterrar mis enojos
Viene ántes la luz del dia
Que el resplandor de tus ojos?

Olvida amantes agravios,
Y ven, sultana, á mi lecho,
Con la sonrisa en los labios
Y la ternura en el pecho.

Ven; que ya libre de penas,
Te ofrezco en amante lazo
Amor en vez de cadenas,
Y en vez de hamaca un regazo.

Tus dulces labios en calma
Aspiren con tierno afán
Estos suspiros del alma
Que á tí de su centro van.

Y para darte mas gloria,
Tristes verdades mintiendo,
Voy á contarte una historia
Que anoche forgé durmiendo:

«Era una hermosa sultana
De talle esbelto y galán,
Que ha cautivado inhumana,
Siendo cautiva, al sultán.

Jamás su altivez sentia
Por su cautiverio enojos,
Porque la ingrata tenia
La libertad en los ojos.

Y aunque tan cruda la bella
Pagaba al amante fiél,
Nunca el rigor de su estrella
Maldijo en sus cuitas él.

Que el hado acusar de impío,
Después de amantes reveses,
Es conjurar al estío
Que ya ha abrasado las mieses.

Y en las revueltas de amor
Tan mal el amor nos paga,
Que está en mas el agresor
Que hace mas hondo la llaga.

En la memoria grabando
El cuento vé, que es tan cierto,
Como el que forja soñando
Lo que le pasa despierto.

Libre ella, y él en su afán
Vivian hoy y mañana,
Así rendido el sultán,
Y exenta así la sultana.

Siempre llamaba ántes que ella
A sus ventanas el dia.
Y con los suyos la bella
Jamás su labios ungia.

Y eso que el triste en su agravio,
Por mas que su fé te asombre,
Solo secaba su labio
Mentando en sueños su nombre.

¡Ay del mortal que en sus sueños
No acuden á darle holganza
Esos fantasmas risueños,
Fruto de nuestra esperanza!

¡Ay del sultán que en su pena
Cultiva locos amores,
Como un erial, cuya arena
Ni cria césped ni flores!

¡Triste de aquel que su amada
Junta soñando á su pecho,
Y al despertar, olvidada
Ve la mitad de su lecho!

Libre ella, y él en su afán,
Vivian hoy y mañana,
Así rendido el sultán,
Y exenta así la sultana.»

Mas, vive Dios, que en mi gloria,
Loco de amores creia
Que oyendo estaba la historia,
Ebria de gozo la mia.

Creyendo verla soñando,
Mis cuitas de amor la cuento,
Y por Alá que estoy dando
Satisfacciones al viento.

Que llamen á mi sultana,
Si acaso está en los jardines,
Pues ya escucho á su ventana
Trinando los colorines.

Decidla que de pasada
Van, en conciertos süaves,
Echándola la alborada
Hácia las selvas, las aves.

Ven á quien triste delira,
Sultana, y verte desea,
Que aquí mi pecho suspira,
Si allá el ruiseñor gorjea.

Ven, que ya sueltan rumores,
Formando en tu ausencia quejas,
Los ramilletes de flores
Que anoche colgué en tus rejas.

Y si te place estar viendo
Los rayos matutinales,
¿A qué te alejas, teniendo
Tus miradores cristales?

Mira desde ellos, si tienen
Cosa que alegre tu afán,
Cómo las luces se vienen,
Cómo las sombras se ván.

Las plácidas flores mira
Cuál mueve el aura insegura
Que entre las peñas suspira,
Y entre las ramas murmura;

Y en su correr trasparentes,
Y en su revolar süaves,
Cantando al són de las fuentes,
Poblar los sotos las aves.

Mira en hermoso atavío
Rico de galas el suelo,
De algas y conchas el rio,
Luz y colores el cielo.

Y mira rindiendo amores
Hoy á tus piés reverentes
Cautivos, árboles, flores,
Céfiros, aves y fuentes.

Y mira hamacas prendidas
De las palmas;
¡Cuándo estarán así unidas
Nuestras almas!
Y cómo alegres en ellas
Las cautivas
Se están meciendo, tan bellas
Como esquivas.

Van del ambiente las alas
Regalando,
De extremo á extremo sus galas
Columpiando;
Y aunque oyen de sus cadenas
El estruendo,
Están al ménos sus penas
Adurmiendo.

Flotando en muelles arranques
Van las plumas,
Como en rizados estanques
Las espumas.
Templa del aire el arrullo
Sus congojas,
Si las inquieta el murmullo
De las hojas.

Y van por las auras vagas
En su vuelo,
Como pudiera las magas
Por el cielo;
O como allá en alta noche
Placentera
Rueda la luna en su coche
Por la esfera.

Sultana, vé á columpiarte
Voluptuosa;
No haya moro que al mirarte
Tan hermosa,

No trueque en grata blandura
Su braveza,
Y no incline con mesura
La cabeza.

Y forma con las cautivas
Tiernos lazos,
Puesto que el columpio esquivas
De mis brazos;
Tú que en pureza acrisolas
Los azäres,
Serás el cisne en las olas
De los mares.

Y cual el pájaro amante
Que su nido
Sobre la rama ondulante
Ve mecido,
Te miraré, ya marchando,
Ya viniendo,
Ora si vas, sollozando;
Ora si vuelves, gimiendo.

Mas deja el columpio erguido,
Y ese brillante arrebol,
Que ya en el cénit tendido
Tus ojos ofende el sol.

Ven á mi harén apiadada,
Donde te aguarda esplendente,
Con profusion derramada,
Toda la gala de Oriente.

Ya busca el agua saltando
Del prado la verde alfombra,
Y, el vulgo de aves sonando,
Entre las palmas la sombra.

La mar apénas murmura,
Y alzan muy débil acento
Las aguas en la llanura,
Y en las montañas el viento.

En su lujoso atavío,
Los cisnes con pompa suma
Cruzan las aguas del río,
Durmiendo en lechos de espuma.

El ruiseñor en su nido
Del sol esquiva las llamas,
Y entre las hojas dormido
No agita el viento las ramas.

Ven adonde halles las flores
Que cria el valle mas puras,
Y plumas de mil colores,
Como tu fé mal seguras.

Y espejos que serán parte
Para templar tus enojos,
Pues que rehusas mirarte
En el cristal de mis ojos.

Tambien historias galanas
Te contaré en mis afanes,
Donde hay ingratas sultanas
Y enamorados sultanes.

Verás en ornato bello,
Si á tal primor no te asombras,
Corales sobre tu cuello,
Bajo tus plantas alfombras.

En mis brazos regalados
Habrán de adormir tus penas,
Las aves desde los prados,
Desde la mar las sirenas.

Y con canciones livianas
Mitigarán tus dolores,
Las auras en las ventanas,
En los jardines las flores.

Entre tan tiernas canciones
Te ofrecerán con anhelo,
Los aires plumas y sones,
Galas y alfombras el suelo.

Y cuando en volubles giros
Dándote estén lisonjeros,
Perfumes los pebeteros,
Y música mis suspiros,

Agitarán con sus alas
En torno de tí los vientos
Músicas, plumas y cuentos,
Flores, perfumes y galas.

UN NO SÉ QUÉ...

A. C.

Tu dulce rostro, mi bien,
Fuera mi dulce consuelo,
Si algunas veces también
No lo empañara el desdén,
Como las nubes el cielo.

Depon tu ceño piadosa,
Y el puerto consolador
Sé de mi esperanza hermosa;
Que el aura es poco amorosa
Cuando aja un almendro en flor.

Al ver tu frente galana,
Dudo si mi pecho adora
La blanca tez soberana,
O dudo si me enamora
De tus mejillas la grana.

Tus cabellos me encadenan;
Lumbre tus ojos fulguran;
Tus acentos me enajenan,
Que como el aura murmuran.
Y como el céfiro suenan.

Bien sé que en ornato bello
(¡Pese á mi esperanza loca!)
Muestra diamantes tu cuello,
Flores y aroma el cabello,
Perlas y néctar tu boca;

Y de la frente á la planta
Que encantas, pero á fé
Que al mirar delicia tanta,
Cuando todo en tí me encanta,
Lo que me encanta NO SÉ.

Porque aunque hay ojos lumbrosos,
Cual los tuyos halagüeños,
Dulces, lánguidos, sabrosos,
Como la luz amorosos,
Y como el alba risueños;

Jamás al verlos deliro,
Por mas que plácidos giran;
Y cuando los tuyos miro,
Mas tiernamente suspiro,
Cuanto mas tiernos me miran.

Ese rostro sin igual
Tiene para mi tormento
UN NO SÉ QUÉ celestial,
Tan extraño como el mal
Que al verlo en mi pecho siento.

Es manantial de alegría
Con que en vaga incertidumbre
Sueña el alma noche y dia;
Es para el labio ambrosía;
Y para los ojos lumbre.

Centro de mis esperanzas,
Que al mirarlo, á su despecho,
Entre amorosas holganzas,
El labio suelta alabanzas,
Y tiernos ayes el pecho.

Es risa que se dilata
Por tu faz encantadora,
¡Tan sutilísima y grata!...
Que todas las risas mata,
Como á los astros la aurora.

Gira, pasa, vuelve, y leve
Tus labios apenas toca:
Y en vuelo rápido mueve
Ya de tu frente la nieve,
Ya el rosicler de tu boca.

Y cual el aura bullente
Suele las flores sencillas,
Ella así, rápidamente,
Los labios mueve y la frente,
Párpados, tez y mejillas.

LA RUEDA DEL AMOR.

RECUERDOS DE UN DIA DE CAMPO.

Aquellas niñas hermosas
Que en suma beldad conformes,
Teniendo la tez cual nieve,
Tengan los ojos cual soles,
Y el alma sintiendo, tiernas,
Herida de mal de amores,
Tanto les falte de esquivas,
Cuanto de bellas les sobre,
Salgan al campo conmigo
Ricas de gracias, adonde
Favor al mayo risueño
Las brinden, con gracias dobles,
Corrientes aguas los valles,
Frescos doseles los bosques,
Con su verdura los campos,
Y con su esencia las flores.
Oireis sonar encontrados,
Y aunque encontrados, acordes,
Los enamorados trinos
De músicos ruiseñores,
Cuando en sentidos acentos
Mústias las tórtolas lloren,
Dando en su vuelo á los aires
Matices, plumas y sones.
Venid, y hagamos la rueda
Llamada de los amores
(Que al aprenderla de niño,
No la olvidé desde entónces),
Las ricas flores hollando,
Y el aire hendiendo veloces,
El aire con los cabellos,
Y con las plantas las flores.
Las blancas manos asiendo,

Y tan blancas, que las Cortes
Nunca tan nítidas manos
Dan á sus reyes en dote,
En torno agitad festivas
Los aires murmuradores;
Que yo vendaré mis ojos,
Haciendo del dia noche.
Volad, palomas; que osado
Yo espantaré los halcones,
Si alguna vez para heriros
Muestran sus garras feroces.
Volad, que á la que esta rama,
Pasando furtiva, toque,
Con la venda de mis ojos
Habrá de nublar sus soles.
— ¡Oh! ¡qué triste es nuestros ojos
Cubrir de sombras informes,
Y no sentir de los vuestros
Los penetrantes arpones,
Ni ver con ánsias mortales
De vuestra faz los colores,
Ni sobre el aura, al tenderlos,
De vuestros talles los cortes!
Niñas, corred; que aún no escucho
Con plácidas emociones
De vuestras ropas flotantes
Los sutilísimos roces;
Y aunque me pesa en el alma,
No siento los corazones
Que muellemente se agitan
Bajo esos pechos de bronce.
Volad, palomas; que osado
Yo espantaré los halcones,
Si alguna vez para heriros,
Muestran sus garras feroces.
Volad, que á la que esta rama,
Pasando furtiva, toque,
Con la venda de mis ojos
Tendrá que nublar sus soles.

Mas ¿cómo sin dar amante
A vuestro enojo ocasiones,
Huís, dejándome solo,
Sin advertirme por dónde,
Tal que siquiera dejasteis,
Pasando como ilusiones,
Ni removida la arena,

Ni destroncadas las flores?
Sin duda en mágico vuelo,
Como celestes visiones,
Entre la grama y los aires
Os deslizasteis veloces,
Huyendo mi fé constante,
Pues vuestros pechos traidores
Tienen el aire por guia,
Y la inconstancia por norte.
¡Una y mil veces mal haya
Quien de vuestras invenciones
Amante se fia, y de ellas
La falsedad no conoce!
Y mas que en tanto á la sombra
De estos altísimos robles
Maldiga yo vuestro agrado,
Y mis desagrados llore;
Vosotras entretenidas
Mirad las aguas que corren;
Que bien está vuestra fé
Con su inconstancia conforme,
Pues no hay onda que no agiten
A cualquier viento que sople,
Ni conchas que no remuevan,
Ni árbol ni flor que no mojen,
Ni campos que no dibujen,
Ni imágenes que no borren,
Ni risas que no deshagan,
Ni círculos que no formen.

Mas luego que el sol sus rayos
Extienda en el horizonte,
Haciéndome en las nubes íris
Tocando el mar de colores;
Y luego que en regia pompa
Parezcan á sus fulgores,
Mares de sombra los valles,
Y mares de luz los montes,
Vendreis á buscar frescura,
Cuando el calor os agobie,
Y me tendreis que encontrar,
Aunque no querais entónces;
Y yo á la sombra tendido
De estos altísimos robles,
No os he de dejar el puesto,
Por mas que tierno os adore,
Ni miraré enamorado

De vuestra faz los colores,
Ni sobre el aura, al tenderlos,
De vuestros talles los cortes,
Y no vendaré mis ojos,
Mas que en no hacerlo os enoje,
Y hasta ahogaré mis suspiros,
Aunque con ellos me ahogue.

Haré todo esto que digo,
Y mas que vereis entónces,
Y á fé de amante lo juro
Por esas aguas que corren.

LA ACCION DE BELASCOAÍN.

CANCION DEDICADA AL BIZARRO GENERAL DON DIEGO LEON, CONDE DE BELASCOAÍN.

Hélos allí ganando
La alta cerviz de la empinada sierra,
En pos del fiero bando
Que de ella huyendo, y proclamando guerra,
Vá en las nubes buscando
Una segura vía,
Pues ya su cobardía
No encuentra asilo en la espaciosa tierra.
Ved á Leon, en su furor tremendo,
Gritar desde la altura:
«¡Guerra, soldados! del cañon horrendo
Al fúnebre tronar, la lumbre pura
Del sol mil nubes condensadas cieguen;
De púrpura humeante
Montes y valles sin pidad se aneguen
El Arga murmurante
Restos humanos cuajen;
De sangre palpitante
Tantos arroyos de las cumbres bajen,
Cuantos soldados á las cumbres lleguen.»

A su voz respondiendo
Bronco el cañon, majestuoso suena,
Que de un discorde estruendo
Hinche los valles y los campos llena:

Y fugaz discurriendo
Ya en el vago horizonte.
Ya desde el prado al monte,
Todo el contorno en derredor atruena.
Del ronco són, que libertad pregona,
La alta montaña herida,
Estremece su rústica corona,
De pinos, hayas y laurel tejida.
Huye el rebelde, y entre riscos quiere
Guardar la vida odiosa;
Que la vida al honor el vil prefiere.
Mas en su cueva umbrosa
Le sorprende espantado
Una muerte afrentosa;
Y el último ¡ay! del huracan llevado,
Como su orgullo, en el espacio muere.

¿Tan vilmente se humilla,
Y osa á los libres imponer sus leyes
Esa infernal cuadrilla?
¡Dignos vasallos de tan dignos reyes!!
¿A la alzada cuchilla
Se rinden del verdugo?
¡No será leve el yugo
Que agobie el cuello de tan mansas greyes!
Levantad la cerviz que de un tirano
Huella la inmunda planta,
Y torpes no lleneis el nombre hispano
De tanto oprobio, de ignominia tanta.
De esos ilusos desechad el ruego;
Que el premio de afan tanto,
Entre cadenas os lo guardan luego.
Mas huid con espanto,
Huid, turba obcecada;
Yo os execro en mi canto;
La luz de la razón os es privada;
Que torpes sois, y el fanatismo es ciego.

Seguid hasta la cumbre,
Libres soldados, la canalla impía,
Y en fiera muchedumbre
Baje rodando de la selva umbría.
La negra servidumbre
Purgad del patrio suelo;
Que no suban al cielo
Votos que afrentan á la patria mia.

Derrocad ese trono que sustenta
Tantos ídolos falsos,
En derredor del cual, por mas afrenta,
La baja adulacion sembró cadalsos.
¡Guerra, soldados! su ominosa vida
Rinda el vil en ofrenda.
¡Guerra! y no el alma á compasion movida
Vuestro puñal suspenda.
De esa cobarde gente
No os prometais la enmienda:
Quien servil una vez dobló la frente,
Nunca el camino del oprobio olvida.

Ya el doblar aguerrido
Del trémulo atambor se va atenuando,
Y el hórrido estampido
Se trueca del cañon en eco blando.
El humo ennegrecido,
Que como denso velo,
Roba la luz del cielo,
Rando disipa el aquilon soplando.
El Arga turbio en campos de esmeralda
Se arrastra ensangrentado,
Y afean charcos de carmin y gualda
El verde esmalte del florido prado.
Cadáveres sin fin del monte frio
Coronan el altura:
Cadáveres sin fin del soto umbrio
Ocupan la llanura.
Ya el estruendo se aleja;
Cesó la guerra dura;
Solo en el valle, como en són de queja,
Callan los ecos y murmura el rio.

TU BOCA.

Para formar tan hermosa
Esa boca angelical,
Hubo competencia igual
Entre el clavel y la rosa,
La púrpura y el coral.

Mintiendo sombras de bién.
En ella el mal se divisa,
Por lo que juntos se vén
Ya la apacible sonrisa,
Ya el enojoso desdén,

Y en los senos abrasados
Engendra con doble holganza,
O con tormentos doblados,
Cada risa una esperanza,
Cada desdén mil cuidados.

Cual las conchas orientales
Es tu boca, y por vencerlas
Muestra en riquezas iguales,
Cuando desdeña, corales,
Y cuando sonríe, perlas.

Y si con sombras de bién
Tal vez el mal se divisa,
Es porque en ella se vén
Guardar la miel de su risa
Las flechas de su desdén.

Si á mí su rigor alcanza,
Al ver su hermosura, siente
El corazon doble holganza;
Y aunque un desden me atormente,
Déme una risa esperanza.

¡Bien haya la dulce boca,
Que solo sus frescos labios
El aura pasando toca,
Que haciendo al ámbar agravios,
Su miel á gustar provoca!

¡Oh, bien haya cuando ufana
Dando enojos á la rosa,
Muestra su cerco de grana,
Fresca como la mañana,
Como el azar olorosa!

Y si acaso dulcemente
Suelta plácidas congojas,
Ya es el rumor del ambiente,
Ya el susurro de las hojas,
Ya el murmurar de la fuente.

Si alegres sones respira,
Las aves del prado encanta;
Y si á vencerlas aspira,
Con las que gimen, suspira;
Con las que gorgean, canta.

Tu miel, aroma y colores,
Rinde en amante oblación,
Flor, ante cuyos primores,
Mustias é inútiles flores
Las flores del valle són.

El néctar mas regalado
Deja que de amores loco
Beba en tu labio abrasado;
Para una abeja es sobrado
Lo que para muchas poco.

¡Mas ay! que vertiendo quejas,
Me esquivas tu dulce miel;
En vano de una te alejas,
Si ves que miles de abejas
Poblando van el vergel.

¡Ay de la rosa encarnada,
Que en su seno de carmin
Niega á una abeja la entrada!
Tantas las acosan al fin,
Que queda sin miel, y ajada.

¡Ay de las cándidas flores,
Si alzan su capullo tierno
Del estío á los ardores!
¡Ay del panal, si el invierno
Lo hiela con sus rigores!

Dame los gustos sin tasa,
Pues ves que el sol estival
Las tiernas flores abrasa:
Mira que amarga el panal
Cuando de sazon se pasa.

Ríndete á mí placentera:
No te rinda con agravios
De abejas la turba fiera:
Que herir esos dulces labios
Herirme en el alma fuera.

De ese tesoro las llaves
Dame, y sus dones olientes
Libaré en besos süaves,
Sin que lo canten las aves
Ni lo murmureu las fuentes.

LAS SIRENAS.

Oyendo un dulce cantar
Que el corazon me cautiva,
Alegre, abajo y arriba
Cruzo las playas del mar.

Pues no hay recuerdos ni penas
Que no revista de encanto
Ese dulcísimo canto
De esas que llaman *sirenas*,

Aunque á sus tiernos cantares
Ensayen rudos concentos,
Bramando roncos los vientos,
Sordos mugiendo los mares.

Mirando al agua, las horas
Paso en la fresca ribera,
Por ver las sombras siquiera
De tan divinas cantoras.

Mas aún no sé, cuándo bellas
Hienden las ondas esquivas,
Ni si deslizan furtivas
Sobre las aguas sus huellas.

Jamás las ví entre la bruma
Cruzar los aires sutiles,
Ni adormecerse gentiles,
Meciendo esquifes de espuma.

Ignoro si divertidas,
Cuando las ondas se amansan,
Tal vez alegres descansan
Sobre las rocas tendidas:

Y cuando horrísono ensaya
Hondas tormentas la mar,
Tampoco sé si á buscar
Vienen asilo á la playa.

Voy, por mirarlas á solas,
De roca en roca saltando,
Y al desbravarse, mirando
Una por una las olas.

Mas nunca en la densa bruma
Llego á mirar las sirenas,
Ni en las revueltas arenas,
Ni en rocas, aguas ni espuma.

Y solo llego á escuchar
Cómo responde entre tanto
Al dulce són de su canto
Con broncos tumbos la mar.

¿Mas quién sabe sin en rocas ni en arenas,
Será el buscarlas importuno intento,
Por ser esas dulcísimas sirenas
Los quiméricos seres de algun cuento?

Y si quimeras son ¿cómo ó de dónde
Se elevan esos plácidos cantares,
A cuyo ruido celestial responde
El bronco són de los revueltos mares?

¿Y por qué entónces incesante giro
De playa en playa, delirando á solas,
Y una por una embelesado miro,
Al desbravarse con furor, las olas?

¿Por qué prendado de la mar sonora,
Al fresco borde de su márgen fria,
Las sombras al bajar, me halla la aurora,
Y la noche al subir, me deja el dia?

Sin duda que en sus huecos inmortales,
En aposentos de esmeraldas finas,
Otra raza de seres celestiales
Ilustra sus moradas cristalinas.

Porque un recuerdo, en mi ilusion de gloria,
Me despierta, bramando, el mar profundo,
Y un niño solo tiene en su memoria
Angélicos recuerdos de otro mundo.

— Cantad y refrenad, hondas sirenas,
El furor de los bravos aquilones,
Aunque no os vea en rocas ni en arenas,
Seais sombras, recuerdos ó visiones.

Cantad y refrenad los vendavales
Que el manto arrugan de la mar tendida,
Y en alas de esos cantos celestiales
Llevad hasta su término mi vida.

De la existencia por el mar horrendo
Mi nave conducid á toda vela,
No cual tardo reptil que va gimiendo,
Como el ave que canta cuando vuela.

En palmas me llevad, cual los bajeles
Que guiais á las playas mas remotas;
Así os formen bellísimos doseles
Con sus alas las blancas gaviotas.

— Cantad, sirenas; de la mar sonora
Al ronco són alzad vuestra armonía,
Como al fulgor de la naciente aurora
Murmullos alza la floresta umbría.

Muévaos el ver cómo incesante giro
Por veros en las vastas soledades,
Y aunque fantasmas sois con quien deliro,
Son los sueños mis dulces realidades.

Hay almas como la mia,
Que no aquejan pesadumbres,
Y pronto, si las aquejan,
Su grave peso sacuden.
Almas felices en todo,
Que solo sus gustos cumplen
Siguiendo tantos placeres,
Cuantos pesares rehuyen.
Almas en fin, que no hay pena
Que felizmente no endulcen,

Próximo mal que no espanten,
Lejano bien que no busquen;
Que siempre los serafines
Ven en los aires azules;
Junto á las verdades, sueños;
Entre las tinieblas, luces;
Flores sin fin en los llanos,
Fuentes y luz en las cumbres,
En los estanques sirenas,
Y sílfides en las nubes.
Dichosas almas que tienen
El delirar por costumbre.
Y siempre hermosas visiones
Con tierno afán las circuyen:
Que penetrando en el cielo,
Roban osadas su lumbre,
Y luego pintan el mundo
Con un color que seduce.
— ¡Y á la verdad, es muy triste
Mirar con ojos comunes
Las ásperas realidades,
Sin los mágicos vislumbres
Con que las visten las almas,
Del cielo robando el lustre,
Porque esmaltadas, los rayos
De nuestros ojos no ofusquen.
¡Es triste dejar la senda
Que césped y flores cubren,
Para seguir un camino,
Que abrojos su paso obstruyen:
Y no que aunque al fin se acerquen,
Y la existencia aventuren,
Las almas como la mia
En alas de los querubes
Caminan al ¡ay! postrero
Por esas sendas ilustres
Que noblemente trazaron
Entre la tierra y las nubes!
Por eso junto á los mares,
Aunque fatídicos mugen,
Oigo un són como el del aire
Que entre los árboles fluye,
Y miro chocar las ondas
Que en su furor se destruyen,
Y las espumas que cuajan,
Y las riberas que cubren,
Todo por ver las sirenas;

Y ni en las aguas volubles,
Ni en los diamantes que arrojan,
Ni en la arena que sacuden,
Ni en las altísimas rocas
Donde su rabia destruyen,
Las llego á ver en mi anhelo,
Cantando con sus laudes;
Pero las creo, aunque acaso
De su existencia se dude,
Porque en creerlos el alma
Con todos sus gustos cumple,
Y porque tambien he visto
Que las verdades sucumben
Ante el aspecto risueño
De unas mentiras tan dulces.
Por eso en los hondos valles
No hay muelle són que no escuche,
Delirio que no me halague,
Verdad que no me repugne:
Ni oigo un ave que pintada
Quejas de amor no divulgue,
Cuando dulcísimas pueblan,
Cantando, los abedules.
Alegres nuevas me traen
Los pájaros transeuntes;
Me es plácida cualquier brisa,
Y cualquier aire perfume.
Y aunque estos y otros placeres
Loco tal vez me figure,
Las almas como la mia
Con solo soñarlos cumplen.

LA BEATA DE MÁSCARA.

La del enlutado manto,
La de la toca de encaje,
La de mil hombres encanto,
¿Cuánto va á que no es tan santo
Tu pecho como el ropaje?

En vano ocultarnos trata
De tus ojos los destellos
El lienzo que te recata;
Y por Dios que son, beata,
Para ser santos, muy bellos.

Sobre tu nevado seno
Pesa la cruz de un rosario,
Y aunque humilde *nazareno*,
Muriera de gozo lleno
En tan hermoso calvario.

Y, pese á tu religión,
En vano ¡ay! triste sofoca
Deseos mi corazón;
Que oculta una tentación
Cada pliegue de tu toca.

Eres bella cual ninguna,
Y juro, aunque temerario,
No creo en tí fé alguna,
Si pasas una por una
Las cuentas de tu rosario.

AL RIO NAVIA.

Déjame ver ¡oh fugitivo espejo!
Pintada en tu cristal la patria mia,
Déjame ver á tu falaz reflejo
El sitio do mi cuna se mecia.

Tú el primer canto de mi amor oiste;
Al nacer, tu saludo fué el primero;
Tú mi primer vagido recogiste;
Recogerás tambien el ¡ay! postrero.

Tu márgen florida
Pisé siendo niño,
Y al ver tanto aliño
En torno de tí,
Ensueños hermosos
Forjaba la mente,
Creyendo inocente
Que el mundo era así.

Ví alegre en tus aguas
La vega pintada:
De flores cercada
La vida soñé;
Mas eran ilusos
Tus varios colores,
Y abrojos sin flores
Tan solo encontré.

Bullendo sonoro
Meció tu murmullo
Con plácido arrullo
Mi edad infantil;
Y yo, pobre niño,
Pensé, Návia, que era
Pensil tu ribera,
Tus aguas pensil.

Mas ¡ay! que las flores
Que tú retratabas,
Y al prado encelabas,
Florido rival,
Ansioso mi anhelo
Queria gozarlas;
Pero iba á tocarlas,
Y hallaba cristal.

Si fueron tus flores
Mentidas visiones,
Y mis ilusiones
Se fueron en pos,
¡Ay Návia! lloremos
Engaños que vimos,
Pues locos mentimos,
Mentimos los dos.

Inquieto en tus aguas
El viento remueve
Montañas de nieve
En playas de azúl,
Brillando en sus cumbres
Zafir y esmeralda,
Su líquida falda
Bordada de túl.

Entre algas y arenas
Serpeas errante,
Cual mole ondeante
De inmenso reptil,
Sirviéndote fácil
De aliento la bruma,
De escamas la espuma
Que flota gentil.

Cien veces mi patria
Miré á tu reflejo,
Magnífico espejo
De limpio cristal;
Y al verla en tus aguas
Mecerse bullente
Ilusa la mente,
Jnzgábala igual.

Robusto en el valle,
Tendíendote manso,
Con blando descanso
Te huelgas en él;
Trocando tus perlas
Por sus esmeraldas,
Ciñendo guirnaldas
De rosa y clavel.

Si ansiosa mi vista
De sombras y tules,
Tus ondas azules
Tal vez consultó;
Bullir en el fondo
Veia tu hielo,
La vega y el cielo,
Las flores y yo.

Si fueron mentidas
Tan bellas visiones,
Y mis ilusiones
Se fueron en pos:
¡Ay Navia! lloremos
Engaños que vimos,
Pues locos mentimos,
Mentimos los dos.

Rio, que invades copioso
Del hondo valle la anchura,
Refrena el curso abundoso;
Que tras de este valle umbroso.
Te aguarda la sepultura.

Cese tu vana jactancia,
Cesa de ir tan vano, cesa,
Porque en tu loca arrogancia
Vas midiendo la distancia
Que hay de la cuna á la huesa.

Y en esa orilla inmediata,
Que el mar peina su arenal,
Tu mole allí se desata,
Y hundes la frente de plata
En su seno de cristal.

Y entónces, adios mis sueños,
Adios tus flores mentidas;
Pues tú entre dulces despeños,
Y yo entre gratos ensueños,
Acabamos nuestras vidas.

Y si ambos fuimos en pos
De sueños, teniendo en poco
El mundo real, vive Dios,
Que ignoro cuál de los dos.
Ha sido, Návia, mas loco.

Que á la luz de la pasión
Los sentidos se embelesan;
Pero á la de la razón,
Plomo los párdados són,
Que sobre los ojos pesan.

Adios, Návia; en tu jactancia
Cesa de ir tan vano, cesa;
No olvides que en tu arrogancia
Vas midiendo la distancia
Que hay de la cuna á la huesa.

SU IMÁGEN.

Errante sol de aromas circundado,
Tu ardiente lumbre ténue debilita;
Que ya mi corazón, de arder cansado,
Negro sus alas moribundo agita.

Grupo de luz que extravió la luna,
Ángel perdido que bajó del cielo,
Visión deslumbradora, que, importuna,
Mi sien circunda en caprichoso vuelo.

¡Girar y mas girar!... Lentas sus alas
Lumbrosa tiende en blando movimiento.
¿Eres el alma que de mí te exhalas?
¿Ó eres tal vez mi mismo pensamiento?

Fantasma de la mente, llega, llega,
Desprendida mitad del alma mia,
Aunque tu imágen me deslumbra y ciega,
Blanca de noche, y negra por el dia.

Se mece ante mis ojos desplegada
Como la espuma cándida de un rio,
Tal vez por los suspiros agitada
Que salen hondos ¡ay! del pecho mio.

Su vírgen luz perdida, en el ambiente
Reverbera purísima y serena,
Y en las límpidas aguas del torrente,
Cuando acarician la tostada arena.

Sobre mi frente gira luminosa,
Luciente envidia de la nieve y grana,
Copia feliz de la encendida rosa,
Lisonja del albor de la mañana.

En donde quiera engendra el alma mia
Su imágen pura, rutilante y bella,
Ante el disco del sol al medio dia,
Por la noche en la faz de cada estrella.

Y quisiera abarcar al ver su lumbre,
Hidrópica mi vista, fascinada,
De los astros la inmensa muchedumbre,
Para verla sin fin multiplicada.

Me revela fantástica su risa
Oscilando el arroyo cristalino;
Y su acento el murmullo de la brisa,
Y tambien el zumbar del torbellino.

La veo en todas partes seductora,
Llevada de mi ardiente fantasía,
En cada aviso al despuntar la aurora,
En cada sombra al caducar el dia.

Y despierto la miro embebecido,
Animada ilusion de mi deseo;
Y si cierro los ojos adormido...
Yo no sé dónde está, pero la veo.

EL AMOR DE LA SIERRA.

A tiempo que sube ufana,
Matizando el horizonte,
De púrpura la mañana,
Cantando, de un fresco monte
Baja una linda serrana.

Con voz que á la alondra afrenta,
El campo alegrando viene,
Y aunque triste se lamenta,
Mucho el oirla contenta
Por lo que de dulce tiene.

No hay céfiro, ave ni fuente,
Que con su voz no avasalle;
Por eso á su són doliente
Responden tan dulcemente
Los ruiseñores del valle.

En su purísimo acento
Hallan los tristes dulzura,
Los tibios grato ardimiento,
Los afligidos contento,
Y los amantes ternura.

Baja el rebaño olvidado,
Y es, á mi entender, locura
Pensar que cuide el ganado
La que tan solo se cura
De un amoroso cuidado.

No halaga ya cual solia
A la cordera leal,
Que cuando sal la ofrecia,
Ántes de comer la sal,
Su blanca mano lamia.

Y si de la sierra al prado
Baja al nacer la alba hermosa,
No es por mirar si templado
Se eleva el sol, coronado
De grana, jazmin y rosa:

Es por oir un pastór
Que acaso á sus resplandores
Cántigas alza de amór;
Y ella se muere de amores,
Oyendo al dulce cantór.

Mirando va con presteza
Los fresnos uno por uno,
Y es por ver si en su corteza
Al nombre de su belleza
Añadió su nombre alguno.

En vano á la fuente, ansiosa,
Su sed va á apagar crüel,
Porque á aquel labio de rosa
El agua le es enojosa,
Y desabrida la miel.

En vano con dulce riego
Su sed un momento halaga,
Pues ignora en su error ciego
Que solo el amante fuego
Con llama de amor se apaga.

Y mira tan envidiosa
Al olmo la vid amena
Entrelazarse frondosa,
Como su tez la azucena,
Como sus labios la rosa.

Y vagando con la mente
Embebida en sus amores,
Tal vez se lava en la fuente,
O tal vez indiferente
Coge, sin notarlo, flores.

Ya con ansias mas süaves,
Sobre la florida alfombra,
Templa fatigas mas graves,
Y acaso á la fresca sombra
Duerme al rumor de las aves.

—¡ Qué hermosa está entre claveles
Cuando gentil se recuesta,
Templando penas crüeles,
Bajo los verdes doseles
De la encantada floresta!

¡Qué bello entre esencia pura
Adormecer los sentidos,
Ver el agua que murmura,
Y respirar la frescura
De pabellones floridos!

¡Cómo el pecho se serena
Entre ilusiones sin fin,
Adonde el alma enajena
Ya el color de la azucena,
Ya la esencia del jazmin!

¡Qué vista tan placentera
Nos forman cruzando á veces
En perspectiva hechicera,
Los rios por la pradera,
Y por los rios los peces!

Son las delicias mayores
Ver poblado el firmamento
De fúlgidos resplandores,
De gratos sones el viento,
Y el campo de ricas flores.

Entónces es cuando mansa
Quejas el aura suspira,
Su furia el torrente amansa,
Y sobre el prado que gira
Bañando rosas, descansa.

Entónces van trasparentes
Los aires meciendo olores;
Forma ruido las corrientes,
Los prados alzan colores,
Despiden visos las fuentes.

Los frescos vientos orean,
La flor su bálsamo exprime,
Los verdes sauces ondean,
Y si una tórtola gime,
Mil ruiseñores gorjean.

Tendida en la verde alfombra
La serrana, ni galán
Templa el céfiro su afán,
Ni la humedad de la sombra,
Ni el fresco del arrayán.

—En vano con loco intento
Buscas, serrana, la calma,
Pues llevas de tu tormento
La causa en el pensamiento,
Y la inquietud en el alma.

¿Con qué nombre te embelesas,
Que en la arena lo describes,
Y de copiarlo no cesas,
Que tantas veces lo besas
Por cada vez que lo escribes?

¿Por qué á escuchar los pastores
Vas, cuando á la aurora cantan,
Si ves pue brotan amores
Los delicados vapores
Que las praderas levantan?

Escucha el murmullo blando
De aquella fuente serena
Que cerca va murmurando,
El bello tren arastrando
De algas, espumas y arena.

Y en ella ve tus perfiles,
Si es que acaso los divisas,
Sin que sus ondas sutiles
Aquesas formas gentiles
Desvanezcan con sus risas.

Y tu mejilla rosada
Mírala ya sin color;
Advierte en hora menguada,
La boca mas colorada
Descolorida de amor.

No escuches ¡ay! los pastores,
Si quieres cobrar la calma,
Pues del alba á los fulgores
Abre su sagrario el alma,
Como su cáliz las flores.

Mírate en la fuente igual;
Y mira que solicitas,
Serrana hermosa tu mal,
Si en la inconstancia no imitas
Su trasparente cristal.

EL BAILE.

A CLEMENTINA.

Bailan ardiendo en amorosas llamas,
Confundidos galanes y hermosuras,
Y cual suelen las vides en las ramas,
Se apoyan en los brazos las cinturas.

Suben y bajan, en revueltos giros
Los piés cruzando con lascivo juego,
Y brotan en miradas y en suspiros
Lumbre los ojos, y los labios fuego,

Con blando impulso y arrobado intento
Se sacuden, columpian y suspenden
Y revolando á la merced del viento
Leves las gasas, lo que encubren, venden.

Torpes brazos las formas peregrinas
Profanan de las púdicas doncellas,
Que al mecerse las rosas entre espinas,
Rasgan su manto de color en ellas.

¿Mas adónde está el alma que no enferma
De impuras orgías el vapor liviano?
No hay castos pensamientos que no aduerma
Dulce vaiven de cariñosa mano.

De riquísimas hebras los cabellos
Vierten copia gentil por las espaldas,
Y ondean con primor, asidas de ellos,
Fragantes y hermosísimas guirnaldas.

Nieve las frentes, las mejillas rosa,
Do quier ostentan con falaz decoro;
Y en rica pompa y apariencia hermosa,
Néctar los labios, y las sienes oro.

Muestran perlas las nítidas gargantas,
Y los ojos suavisimos destellos,
Leves coturnos las ligeras plantas,
Donaire y gracia los torneados cuellos.

Turba los ojos y la mente inquieta,
Ya la alba tez de una amorosa espalda,
Ya el vuelo de una gasa mal sujeta,
Ya el roce voluptuoso de una falda.

En los brazos, los talles mas gentiles
Sosegados se aduermen, y las sombras
Van en revuelta confusion sutiles
Cruzando sobrepuestas las alfombras.

Al pasar por los límpidos espejos,
Como los sueños en tropel vistoso,
Las imágenes doblan los reflejos,
Arrebolando el aire vagoroso.

Y delirando amores, y dementes,
Entre gasas, y músicas y aromas,
Se rozan, con pensados accidentes,
Confundidos halcones y palomas.

¿Cómo al ver de tantas bellas
Al lindo y airoso talle,
No hay uno entre todas ellas
Que como el tuyo avasalle?
Porque ondea con pausado
Movimiento
Como el lirio columpiado
Por el viento.
No hay una vez que se mueva
Que no afrente
A ese vapor que se eleva
De la fuente.
Mas no abandonaras tanto
Tu cuerpo en grata delicia,
Si nos descubriera el manto
La mano que con encanto
Tu ceñidor acaricia.

No hay pecho que no lastimes,
Y pierda al verte la calma;
Que donde la huella imprimes,
Todos rendimos el alma.
Tienen tus plantas divinas
Tal presteza,
Y tan dulcemente inclinas
La cabeza,
Que parece que besando
Vas la sombra
Que leve estás proyectando
Por la alfombra.
Con ojos y piés encantas,
Y causa, por Dios, enojos,
El que entre delicias tantas,
Tormento nos den tus plantas,
Cuanto nos matan tus ojos.

¿Por qué derribas el manto,
Haciendo de él rica falda,
Si ves que el calor no es tanto
Que pueda ofender tu espalda?
Porqne viendo los extremos
Que descubres,
Las gracias adivinemos
Que aún encubres.
¡Ay! ¿por qué el manto derramas,
Si tu nieve,
Mucho mas que hielos, llamas
Vibra aleve?
Coge el manto descuidado,
Cubriendo el rico tesoro;
Que mas que placer da enfado
Mirar, Clementina, el oro
Para otro dueño guardado.

¡Oh! ¡con qué aire tan gentil
Vienen y van las hermosas!
Tal se mira en el pensil,
Cuando se mecen las rosas.
¡Oh! ¡qué sones tan suaves
Se levantan!
No son mas dulces las aves
Cuando cantan.
¡Cuál flota el leve atavío
De las plumas!
Perdonen del claro rio
Las espumas.

Y si los ojos se tienden,
Ven por do quiera que pasan,
Cabellos que el alma prenden,
Serenos ojos que encienden,
Húmedos labios que abrasan.

Las mal prendidas melenas
Cubren las blancas espaldas,
Estas mostrando azucenas,
Cuando las otras guirnaldas.
Mil confundidos acentos
Amorosos
Llevan y traen los vientos
Sonorosos.
Lucen las mejillas puras
Sin afeite,
Y brota de las cinturas
¡Tal deleite!...
Que entre aromados vapores
Se confunden ellas y ellos,
Y todo respira amores,
Ojos, espaldas, cabellos,
Cinturas, labios y flores.

En torno á tu talle erguido
Se agitan mil amadores;
Siempre al árbol mas florido
Acuden los ruiseñores.
Y sin duda que adivinas
Tu belleza,
Pues tan dulcemente inclinas
La cabeza,
Que parece que besando
Vas la sombra
Que leve estás proyectando
Por la alfombra.
Y entre tan rica labor,
Tu planta ligera avanza,
Dando á su esmalte esplendor;
Por eso muere la flor,
Cuando á besarla no alcanza.

Deja que toque suave
Aquesa cintura leve,
Como cuando vuela el ave
Los blandos copos de nieve;

Y agítate con pausado
Movimiento,
Como el lirio columpiado
Por el viento.
Que tus cabellos en calma
Me coronen,
Y que el cuello como el alma
Me aprisionen.
Y deja que los fulgores
Beba de tus ojos bellos,
Pues todo respira amores,
Ojos, espalda, cabellos,
Cinturas, labios y flores.

LA PALMA.

CANCION.

Esa palma que en tu encanto
Hace sombra á tu ventana,
Con las aguas de mi llanto
Acreció su pompa vana.
Y por ella
Fé y constancia me juraste,
Niña bella;
Pero cruda me engañaste.
Porque iluso en mis congojas,
Cuando amante lo jurabas,
Miré al tronco, y me enseñabas
La inconstancia de sus hojas.

Las tórtolas plañen
Tu ausencia dolientes,
Murmuran las fuentes
Tu crudo rigor.
De amor gime ese árbol,
Mis cantos de amores,
De amor esas flores,
Y el viento de amor.

Cuando turban quejas graves
De la noche la honda calma,
¿Piensas, di, que son las aves
Que se anidan en la *palma?*

No, bien mío;
Que es un triste ¡ay Dios! que llora
Tu desvío
Por la noche, hasta la aurora.
Y en su mal, por si importuna,
Como oscura ve tu reja,
Alza el triste, en són de queja,
Sus plegarias á la luna.

Las tórtolas plañen
Tu ausencia dolientes,
Murmuran las fuentes
Tu crudo rigor.
De amor gime ese árbol,
Mis cantos de amores,
De amor esas flores,
Y el viento de amor.

Mil instantes, tus secretos
Espié por la mañana,
Cobijado en los objetos
Que hacen sombra á tu ventana.
Y hubo alguno
En que en sueños exclamaste:
«¡Qué importuno!»
Y á otro lado te tornaste.
Maldecíasme, y yo en tanto,
Al susurro de tus quejas,
Estrellaba ¡cielo santo!
Mis suspiros en tus rejas.

Las tórtolas plañen
Tu ausencia dolientes,
Murmuran las fuentes
Tu crudo rigor.
De amor gime ese árbol,
Mis cantos de amores,
De amor esas flores,
Y el viento de amor.

A UNOS OJOS.

Mas dulces habeis de ser,
Si me volveis á mirar,
Porque es malicia á mi ver,
Siendo fuente de placer,
Causarme tanto pesar.

De seso me tiene ajeno
El que en suerte tan crüel
Sea ese mirar sereno
Solo para mí veneno,
Siendo para todos miel.

Si crueles os mostrais,
Porque no quereis que os quiera,
Fieros por demás estais,
Pues si amándoos, me matais,
Si no os amara, muriera.

Si amando os puedo ofender.
Venganza podeis tomar,
Pues es fuerza os haga ver
Que ó no os dejo de querer,
O me acabais de matar.

Si es la venganza medida
Por mi amor, á tal rigor
El alma siento rendida,
Porque es muy poco una vida
Para vengar tanto amor.

Porque con él igualdad
Guardar ningun otro puede;
Es tanta su intensidad,
Que pienso ¡ay de mí! que excede
Vuestra misma crüeldad.

¡Son, por Dios, crudos azares,
Que me den vuestros desdenes
Ciento á ciento los pesares,
Pudiendo darme á millares,
Sin los pesares, los bienes!

Y me es doblado tormento
Y dolor mas importuno,
El ver que mostrais contento
En ser crudos para uno,
Siendo blandos para ciento.

Y es injusto por demás
Que tengais ojos serenos,
A los que, de amor ajenos,
Os aman ménos, en más,
Y á mí que amo mas, en ménos.

Y es, á la par que mortal,
Vuestro lánguido desden
¡Tan dulce...! tan celestial...!
Que siempre reviste el mal
Con las lisonjas del bien.

¡Oh si vuestra luz querida
Para alivio de mi suerte
Fuese mi bella homicida!
¡Quién no cambiara su vida
Por tan dulcísima muerte!

Y solo de angustias lleno,
Me es mas que todo crüel,
El que ese mirar sereno
Sea para mí veneno,
Siendo para todos miel.

LA FLOR DE LA JARDINERA.

Como la luz hechicera,
Galana como el abril,
Adoro á una jardinera
Que, hermosa, en cuidar se esmera
El mas hermoso pensil.

De su seno la blancura,
Envidia de los amores,
Con gasas velar no cura,
Pues solo cubre con flores
Las flores de su hermosura.

De su cabello colgadas
Ondean guirnaldas bellas,
Blancas, verdes, coloradas,
Mas que porque van atadas,
Porque lo pretenden ellas.

Es tal su planta al triscar,
Que no consigue su brio
La verde grama inclinar,
Pues solo aspira á tocar
La plata de su rocío.

Si muestra su faz, encanta,
Y cuando tierna suspira,
Al aura de envidia espanta,
Al claro sol cuando mira,
Y al ruiseñor cuando canta.

Y si ensaya su sonrisa
En las bullidoras fuentes,
Corren hasta el valle aprisa,
Para que á ensayar su risa
Vaya en pos de sus corrientes.

Y cuando en dulces querellas
El vario curso reparan
De sus cristalinas huellas,
Mas por mirarla se paran,
Que porque se mire en ellas.

Y porque el lindo gracejo,
Cuando se mueven, no ultrajen,
Mira del sol al reflejo,
Pues solo de tal imágen
Puede la luz ser espejo.

En el jardin que cultiva
Hay rosa de tal afeite,
Que el gusto mas tibio aviva,
Y tal su aficion cautiva,
Que es la flor de su deleite.

Flor hermosa de manera,
Que aunque vegeta entre mil,
Casi á jurar me atreviera
Que es la mejor del pensil
La flor de la *Jardinera*.

Es rosa tan deseada,
De tan bello rosicler,
Tan en extremo agraciada,
Que todos la sueñan ver,
Siendo de todos vedada.

Que es esta flor peregrina
De la belleza el crisol,
Su esencia á pensarlo inclina,
Pues por la luz se adivina
Que es tan magnífico el sol.

Recatándose á los ojos,
Da al alma tantos enojos
Cuanta espina la rodea,
Pues siempre nace entre abrojos
La flor que mas se desea.

Ya hubiera la oculta flor
Ella mil veces cogido,
Si tan dulcísimo error
No lo nublara el dolor
Despues de haberla perdido.

Cogerla para recreo
Fuera justo por demás,
Y en su amante devaneo
Le viene mas en deseo,
Cuando la acaricia más.

Tiene tan bellos colores,
Que nadie habrá que se queje
Si goza de sus primores....
¡Triste del dueño que deje
Guardar á una niña flores!

Sueña á veces que amorosa
A alguno la rosa dió;
Mas soñando cariñosa,
Tantas regaló la rosa,
Cuantas veces se durmió.

Y sueña que á algun villano
La da cual prenda de amor,
Por ser gentil hortelano,
Y porque siendo verano,
Puede agostarla el calor.

Y si con fatigas graves
Pierde al dormir su delicia,
Despierta, y con mas süaves,
Ve que el aura la acaricia,
Y la enamoran las aves.

Y en confuso susurrar,
Con ánimo mas sereno,
Ve las abejas volar,
Que ansiosas quieren libar
La miel que abriga en su seno.

Y la cuida de manera,
Y tal descuella entre mil,
Que puede jurar cualquiera
Que es la mejor del pensil
La flor de la *Jardinera.*

Mas ¡ay! que en su devaneo
Aguija tanto su idea,
Que es aquella flor preveo,
Segun cortarla desea,
La espuela de su deseo.

Y tal vez á algun villano
La dé cual prenda de amor,
Por ser gentil hortelano,
Y porque siendo verano,
Puede agostarla el calor.

Ya que guardarla la altera,
La cortará; y es razon,
Pues pasó la primavera,
No se pase de sazon
La flor de la *Jardinera.*

Y á fé que es muy justa cosa,
Puesto que está sazonada,
Que la *Jardinera* hermosa
Coja el fruto de una rosa
Con tanto afan cultivada.

Y que se trueque el rumor.
De los céfiros süaves
En són mas arrullador,
Y los coros de las aves
En dulces himnos de amor.

¿Qué niña habrá que si fuera
De aquel ameno pensil,
Como ella, la *Jardinera*,
Del huerto una flor no diera,
Teniendo en el huerto mil?

Gozará de sus primores;
Si el dueño de ella se queja
Vanos serán sus clamores,
Porque es muy necio quien deja
Guardar á las niñas flores.

A BLANCA.

ROMANCE.

«En poco tienes mi dicha,
Sabiendo que tu tardanza
Llena mi pecho de angustias,
Y de sospechas mi alma.
Bien se conoce que ignoras,
O al ménos de hacerlo tratas,
Que son los instantes siglos
Para una amante que aguarda.
¿Qué leyes de amor ordenan
A tu voluntad ingrata
Que des placer á tus gustos,
Tal vez sirviendo á otra dama,
Mientras te aguardo aterida,
Junto á una reja sentada,
Trocando el calor del lecho
Por el rigor de la escarcha?
¡Ay! no era así cuando amante
En la alta noche cantabas,
Con tierno afan ponderando
Mi ingratitud y tus ansias.
¿Adónde está la firmeza
De aquellas dulces palabras,
Para tu bien acogidas,
Y para mi mal quebradas?
Sin duda por lo ligeras
Se las llevaron las auras,
Si no fué que en mis paredes
Se quebrantaron por blandas.

Acuérdate de las veces
Que me juraste con ansia,
Mirando á la vírgen luna,
Tu fé, por su lumbre clara.
¡Jurábasme por la luna!
Por buen seguro jurabas,
Porque es la fé de los hombres
Como la luna, voltaria.» —

Así se queja una niña
Que con su amante soñaba,
Quedando en brazos del sueño,
Ya de esperarle cansada.
Las blancas sienes tenia
Sobre la reja apoyadas,
Con hondo afan espiando
Cualquier susurro del aura;
Y oyendo estaba envidiosa,
Cuanto otro tiempo envidiada,
Necios llorar los amantes
La ingratitud de las damas.
Veia sombras informes
Que sin rumores se alzaban,
Y aquellas nieblas confusas
Que van mintiendo fantasmas;
Y ya mostrándose esquiva,
Ya figurándose blanda,
Vertiendo ahora sonrisas,
Despues derramando lágrimas,
La fé maldiciendo siempre
De los amantes que tardan,
Entre amorosos suspiros,
Desdenes, lágrimas, ansias,
Ruidos, canciones, delirios,
Sombras, nieblas y fantasmas,
En brazos quedó del sueño
Junto á la reja sentada.
— Duerme, soñando placeres,
Blanca paloma sin alas;
Que son las dichas mas puras
Todas las dichas soñadas.
Duerme entre el blando embeleso
De imaginaciones hartas;
Que harto será el desengaño
Que te traerá la mañana.
¡Pobre inocente! sin duda
De algun tesoro que guardas,

Por mas que lo niegues, niña,
La mejor prenda te falta.
Mal haya el halcon que abate
Sobre una alondra sus garras,
Y hace crüel de las suyas
Pasto infeliz sus entrañas.
Mal haya, amén, el piloto
Que el barco de la esperanza
Bota en un mar de delicias,
Sabiendo que en él naufraga.
Mal haya el pérfido amante
Que astuto á una niña engaña,
Ciego apurando hasta el fondo
De sus tesoros el arca.
Los que matando de amores
De ser verdugos se alaban,
Por ser crüeles y falsos,
Una y mil veces mal hayan.
De algunas noches me acuerdo
Que requiriendo tus gracias,
Con sus razones, mis sueños
Tu falso amante inquietaba.

«Abre las puertas (decía),
Y no, ya que tu desden
Tormentos da al alma mía,
Quieras que helado tambien
Encuentre mi cuerpo el día.

No añadas mi muerte, hermosa,
A tus amantes blasones;
Baste que el aura amorosa
Confunda en la noche umbrosa
Con su rumor mis canciones.

Tal fuego en mi pecho inflama
El de tus ojos, bien mío,
Que te amo tanto como ama
La mariposa á la llama,
Y la pradera al rocío.»

Así tu pérfido amante
En la alta noche cantaba,
En fé de amigo asaltando
De tu pureza el alcázar.
¡Ay! ¿quién dijera que el mismo
Que estas endechas alzaba,
Hoy te tendria esperando
Junto á la reja sentada?

Quebráronse sus razones;
¿Qué mucho que se quebraran,
Siendo tus rejas tan duras
Y sus razones tan blandas?
Llora tus gustos pasados,
Pobre azucena olvidada;
Que nada borra en el mundo
Lo que no borran las lágrimas.
Tal vez se apague llorando
El fuego de tus entrañas;
Aunque el remedio es inútil
Cuando el enfermo dió el alma.
Y puesto que entre las sombras
Te sales á la ventana,
Trocando el calor del lecho
Por el rigor de la escarcha,
Duerme entre el blando embeleso
De imaginaciones hartas;
Que harto será el desengaño
Que te traerá la mañana.

EL MODELO.

Si al mundo dejar prendado
Quereis con vuestra memoria,
Asid, pintores, mal grado,
Por los cabellos el hado,
Y por las alas la gloria.

Este modelo os enseña
Cómo han de ser las hermosas;
Quien en copiarlo se empeña,
Cual por encanto diseña,
En vez de mujeres, diosas.

Es el prodigio más raro
El bien que en el alma adoro;
Cual nadie su gracia imploro,
Y es justo que el más avaro
Dé cima al mejor tesoro.

Pintad su cintura leve,
Blanco el cuello y sin aliño,
Torneada la mano y breve,
La frente como la nieve,
Y el pecho como el armiño.

Brotando desden y amores,
Pintad de sus ojos bellos
Los trasparentes fulgores...
Seguid; y no esteis, pintores,
Embebecidos en ellos.

Pintad la belleza suma
De la mejilla y la frente,
Y aquella tez trasparente
Que el lustre roba á la espuma,
Y su pureza á la fuente.

Seguid el rico traslado
Sin que una nube sombría
Deje su esmalte eclipsado;
Que hasta un vapor delicado
Empaña la luz del dia.

¡Gloria á los hijos de Apeles,
Que imitando este modelo,
Entre las sombras del suelo
Trasladan con sus pinceles
Los serafines del cielo!

Esas imágenes bellas
Tan vagas y trasparentes,
Que, murmurando querellas,
Van deshaciendo las fuentes,
Cuando apresuran sus huellas;

Esa forma vagarosa
Con que en la noche soñamos
Leve, aérea, vaporosa,
Imágen voluptüosa
De la mujer que adoramos;

Esos fantásticos séres
Que altiva forja la mente
De ángeles, luz y mujeres,
Fruto de un alma que siente
Sed de amorosos placeres;

Esa memoria importuna
Que ardiendo en amantes llamas,
Ve al resplandor de la luna
Sirenas en la laguna,
Y sílfides en las ramas;

Aquellos vagos ensueños
Tan deleitosos y puros,
Que nos cercan halagüeños,
Nunca sombríos ni oscuros,
Y casi siempre risueños;

Esas hermosas visiones,
Que van en plácido vuelo
Robando los corazones,
Y pasan como ilusiones
Entre la tierra y el cielo;

Y cuanto en vaga demencia
Ardiente el alma delira,
Cubriendo con apariencia,
De la verdad la existencia
La magia de la mentira:

Son la expresion verdadera
De ese divino traslado,
Cuya ilusion hechicera
Es fruto de una quimera
Que la verdad ha adoptado.

EL CISNE Y LA SOMBRA.

Pomposo, inconstante y vago,
Un cisne, en formas apuesto,
Mirando su sombra, enhiesto
Cruza las aguas de un lago.

Y al ver en ellas su imágen
Tan limpia, fúlgida y clara,
Nécio las algas separa,
Porque su brillo no ultrajen.

Y sus contornos mirando,
Con tal placer los divisa,
Que hasta le estorba la risa
Que forma el agua temblando.

Así, en liviana querella,
Yendo y viniendo inseguro,
Busca el remanso mas puro,
Junto á la orilla mas bella.

Y allí se está en su locura
Un hora y otra admirado,
Viendo el perfecto traslado
De tan perfecta hermosura.

En las quimeras que fragua
Mira su imágen pomposa
Miéntras en calma reposa
La superficie del agua;

Y cuando el céfiro blando
La riza en grupos de espuma,
Vano concierta su pluma,
A que se aquiete esperando.

Sigue en las aguas, flotante,
Cualquiera ruta sin tino,
Con tal que al ir su camino,
Lleve su sombra delante.

Hasta que leve pasando
Alguna nube sombría,
Eclipsa su gloria, impía
La luz del cielo eclipsando.

Sin que gallardos se curen
De poner coto á su orgullo,
Por mas que en doble murmullo
Las ondas de ello murmuren,

Con plácidos movimientos
Siguiendo su sombra bella,
Va orlando las aguas ella,
Y él hermoseando los vientos.

En grato són, trasparentes
Mienten las aguas sonrisas,
Húmedas suenan las brisas,
Y alegres corren las fuentes.

Hasta que acaso importuna
Densa una nube resbala,
Que oculta toda su gala
Al cisne, sombra y laguna.

Porque ligera pasando,
Como apariencia ilusoria,
Deja en eclipse su gloria,
La luz del cielo eclipsando.

— Cisne, que en blando embeleso
Admiras tu pompa suma,
Vé mirando
Que en tu quimérico exceso,
En cada estanque una pluma
Vas dejando.

Y como el aura prosiga
En resbalar turbulenta
Por tus alas,
No mires tu sombra amiga,
Pues te dará triste cuenta
De tus galas.

Mirando al agua que corre,
No engrias el delirante
Pensamiento,
Porque es muy frágil la torre
Que tiene al agua inconstante
Por cimiento.

Del roble la alta corona
El aquilon rebramando,
Rompe bronco,
Y los arbustos perdona
Que están el puerto abrazando
De su tronco.

Si tus plumas adoradas
Perdiendo vas una á una,
¿Qué te queda?
¡Ay! que en sus vueltas calladas
Todo lo huella fortuna
Con su rueda.

La vanidad insensata,
Como el águila altanera
Toca al cielo,
Y cuando ménos se cata,
Vé que camina rastrera
Por el suelo.

¿De qué nos sirve que hermosa
La primavera de flores
Vista al llano,
Si luego en lumbre enojosa
Las aja con sus calores
El verano?

¿A qué tu mente se sube
Entre gloriosos desvelos
Delirando,
Si los eclipsa una nube,
La clara luz de los cielos
Eclipsando?

Cuida que en alas traidoras
La vanidad no se encumbre
De tu mente,
Y que del cielo que adoras
No se te cierre la lumbre
De repente.

Y puesto que el seso pierdes
Tu dulce sombra mirando,
Oye atento;
Tal vez en tu juicio acuerdes,
El triste fin recordando
De este cuento:

«Entre los rudos cantares
Que incierto el aire mentía,
Cruzaba un cisne los mares
Mirando su sombra un día.

Era una tarde serena,
En que las ondas calladas
No escupen sobre la arena
Conchas, ni piedras pintadas.

De esas tardes sin bramidos,
En que el alma no oye atenta
Mas que los ecos perdidos
De la pasada tormenta.

Tocó á su término el dia,
Del mar bordando la alfombra,
Y viendo el cisne seguia
Sobre las aguas su sombra.

Fuése la noche cerrando,
Y en su constancia importuna,
Quedó su sombra mirando
Al resplandor de la luna.

Siendo ella su amante guia,
Era, en su loco trasporte,
Cualquiera ruta su via,
Y cualquier rumbo su norte.

Y al seguirla, indiferente
Cruzaba el mar al acaso,
Ya del ocaso al oriente,
Ya del oriente al ocaso.

Rizando el viento las olas,
Vagos preludios ensaya,
Y alza tiernas barquerolas
El marinero en la playa.

Lame, con plácido halago
Sonando el mar, las riberas,
Mas ¡ay! que es solo un amago
La mansedumbre en las fieras.

Que si mintiendo bondades,
Se muestra el mar tan sereno,
Es que hondas las tempestades,
Hirviendo están en su seno.

¿Quién mira las flores bellas
De las praderas olientes,
Y cobijadas entre ellas
Ciego no vé las serpientes?

¿Quién las naves anegadas
Mira del mar en la orilla,
Que entre sus hondas rizadas
Bote su frágil barquilla?

¡Ay del osado que excede
A su valor con su intento!
Mucho se expone á que herede
Sus esperanzas el viento.

Dígalo el cisne llorando,
Que en su constancia importuna,
Quedó su sombra mirando
Al resplandor de la luna.

Pues brotando de su centro
Los vientos que el mar encierra,
A tan horrísono encuentro
Tembló espantada la tierra.

Cegaron mil nubarrones
Del cielo las luces bellas,
Y vomitando aquilones,
Tocó la mar las estrellas.

El cisne agitó sus alas
Para elevarse del suelo;
Mas no advirtió que sus galas
Volaban ya por el cielo.

Y do cifraba poco ántes
Todo su amor y ventura,
Pese á sus alas flotantes,
El triste halló sepultura.

Por dar un vano alimento
A sus fantasías locas,
Sus galas heredó el viento,
Y su cadáver las rocas.

Más de una pompa tan suma,
De tan quimérica gloria,
No heredó el mundo una pluma
Ni aún para escribir su historia.»

SONETOS.

EL DESCREIMIENTO.

A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

Más que la luz de la razon humana,
Amo la oscuridad de mi deseo,
Y más que la verdad de cuanto veo,
Quiero el error de mi esperanza vana.
Teneis razon, hermosa Soberana,
Que no sé cuándo dudo y cuándo creo;
Si hoy, comparado á mí, todo es ateo,
Tal vez de todo dudaré mañana.
Entre creer y dudar, mi alma indecisa,
Miéntras pasa esta vida de quebranto,
Que es eterna en dar fin, yendo de prisa,
El dudar y creer confundo tanto,
Que unas veces mi llanto acaba en risa,
Y otras veces mi risa acaba en llanto.

LA DUDA.

Tanto quiero creer, que no te creo,
Dicha y tormento de la vida mia;
Veo tu amor tan claro como el dia,
Mas lo anubla una cosa que no veo.

¡Cuando mis dudas en tu frente leo,
A poderte matar, te mataria!...
¡Oh, cuán desesperada es mi alegría,
Que lo que adoro aborrecer deseo!
¡Santa virtud, consolador olvido,
Dadme el candor de ver, como hombre honrado,
Que soy con honradez correspondido!
¡Quítame, Amor, la duda que me has dado,
Pués más que no creer, siendo querido,
Quisiera tener fé, siendo engañado!

LA VIDA HUMANA.

Velas de amor en golfos de ternura
Suelta mi pobre corazon al viento,
Y encuentra en lo que alcanza su tormento,
Y espera en lo que no halla su ventura.
Viviendo en esta humana sepultura,
Engañar el pesar es mi contento,
Y en este cilicio atroz del pensamiento
No hallo un linde entre el genio y la locura.
¡Ay! en la vida ruin que al loco embarga,
Y que al cuerdo infeliz de horror consterna,
Dulce en el nombre, en realidad amarga,
Solo el dolor con el dolor alterna,
Y si al contarla á dias es muy larga,
Midiéndola por horas es eterna.

CATON DE ÚTICA.

Rasga su pecho el *último romano*
Y exclama, deshonrando su memoria:
«Sueño es la libertad, humo la gloria,
Y la austera virtud un nombre vano.»
Detén, Caton, la temeraria mano,
Que en huir del dolor nunca hay victoria;
Fiel á ese pueblo, mártir de la historia,
Muere, si hay que morir, cara al tirano.

Torna á ganar la libertad perdida;
Vuelve hácia Roma, y cuando hieran, hiere;
Si cae la virtud, caiga vencida.
¿Quién su deshonra á su dolor prefiere?
En las batallas de la humana vida
Solo se mata el vil; el noble muere.

LOS EGOISTAS.

Por no amenguar sus brillos celestiales
Los lanza el alto y los rechaza el bajo,
Porque achican su horror, huéspedes tales.
(14. — *Canto 3º del Infierno. — Traduccion del marqués de la Pezuela.)*

Vegeta sin sufrir, vive en mal hora,
Amigo infiel, y cómodo enemigo,
Que, egoista, jamás llevas contigo
La pena del tormento que se adora.
De premio indigna tu virtud traidora,
Ni dignas son tus faltas de castigo;
Y no hallas en la tierra un solo amigo
A quien decir ¿qué tienes? cuando llora.
Vos, los que ajenos de placer y duelo,
Vais dando, sin amar ni ser amados,
Abrazos sin calor, besos de hielo,
Morireis sin virtud y sin pecados,
Y siendo despreciables para el cielo,
Sereis en el infierno despreciados.

LOS CELOS.

Ya á traicion, ya á traicion en el costado
Me hiciste, infame, la mortal herida;
Y subo este calvario de la vida
El corazon de espinas coronado. —
Nombre maldito á un tiempo y nombre amado;
¡Quién pudiera no amarte, maldecida!
¡Dichoso aquel que, indiferente, olvida,
Y puede perdonar y es perdonado!

¡Vil homicida del amor mas tierno,
Que lleves quiera Dios siempre contigo
Después de un grande amor, un odio eterno!
Y mueras inconfesa, y por castigo
Odiándome y odiada, en el infierno
A donde iré por tí, vivas conmigo!

AMOR CONYUGAL.

Caer al rio el viento un nido deja,
Y al verlo, un ave en pos vuela piando,
Porque dentro, sus huevos empollando,
Flota embarcada su infeliz pareja.

Con el nido que, hundiéndose, le aleja,
Naufraga el ave fiel que va criando,
Y el esposo despues vaga, exhalando
De árbol en árbol queja tras de queja.

Creciendo sin cesar su pio, pio,
Donde el nido se hundió los ojos clava,
Como diciendo así: — «pobre amor mio!» —

Y un dia, al fin, que un dolor se agrava,
Se esfuerza, vuela, muere, cae al rio,
Se sumerge, suena algo... y todo acaba.

EL BUSTO DE NIEVE.

De amor tentado, un penitente un dia
Con nieve un busto de mujer formaba;
Y el cuerpo al busto con furor juntaba
Templando el fuego que en su pecho ardia.

Cuanto más con el busto el cuerpo unía,
Mas la nieve con fuego se mezclaba,
Y de aquel santo el corazon se helaba,
Y el busto de mujer se deshacía. —

En tus luchas ¡oh amor! de quien reniego,
Siempre se une el invierno y el estío,
Y si uno ama sin fé, quiere otro ciego.

Así te pasa á tí, corazon mio,
Que uniendo *ella* su nieve con tu fuego,
Por matar de calor, mueres de frio.

AMAR Y QUERER.

A la infiel más infiel de las hermosas
Un hombre la queria, y yo la amaba;
Y ella á un tiempo á los dos nos encantaba
Con la miel de sus frases engañosas.

Miéntras él, con sus flores venenosas,
Queriéndola, su aliento emponzoñaba,
Yo de ella ante los piés que idolatraba,
Acabadas de abrir echaba rosas.

De su favor ya en vano el aire arrecia;
Mintió á los dos, y sufrirá el castigo
Que uno la da por vil, y otro por necia.

No hallará paz con él, ni bien conmigo;
Él, que solo la quiso, la desprecia;
Yo, que tanto la amaba, la maldigo.

LOS PADRES Y LOS HIJOS.

Un enjambre de pájaros metidos
En jaula de metal guardó un cabrero,
Y á cuidarlos voló desde el otero
La pareja de padres afligidos.

— «Si aquí, dijo el pastor, vienen unidos
Sus hijos á cuidar con tanto esmero,
Ver cómo cuidan á los padres quiero
Los hijos por amor y agradecidos.» —

Deja entre redes la pareja envuelta;
La puerta abre el pastor del duro alambre,
Cierra á los padres y á los hijos suelta.

Huyó de los hijuelos el enjambre,
Y como en vano se esperó su vuelta,
Mató á los padres el dolor y el hambre.

LOS HIJOS Y LOS PADRES.

A MI SÁBIO AMIGO DON ANTONIO M. SEGOVIA.

Ni arrastrada un pastor llevar podía
A una cabra infeliz que oia amante
Balar detrás al hijo, que inconstante
Marchar junto á la madre no quería.

— «¡Nécio! — al pastor un sábio le decía, —
Al que llevas detrás, ponlo delante;
Échate el hijo al hombro, y al instante
La madre verás ir tras de la cría.» —

Tal consejo el pastor creyó sencillo,
Cogió la cria, y se marchó corriendo
Llevando al animal sobre el hatillo.

La cabra sin ramal les fué siguiendo,
Mas siguiendo tan cerca al cabritillo,
Que los piés por detrás le iba lamiendo.

FÁBULAS.

SECCION LITERARIA.

FÁBULA I.

NO HAY GLORIA SIN PENA.

LOS JÓVENES Y LA OFRENDA.

En un vergel ameno
Mil jóvenes sin freno
Discurren distraidos,
Aquí y allí perdidos.
Cuál á otro, de un arranque,
Zambulle en un estanque;
Y cuál á su vecino
Le acuesta en un espino.
Para ellos esculturas
Son hórridas figuras;
Y así, cual en retablo,
Copiando los del diablo,
Las pintan sutilmente
Un no sé qué en la frente.
Ya sin panza de un taco
Me dejan al dios Baco;
Y ya á Venus la bella,
Tan sin pudor como ella.
Por mas que se agazapa
Haciendo que se tapa,
La hacen que como un charro
Fumando esté un cigarro.

Uno al fin sobre Apolo,
Travieso como él solo,
Mostrando una corona,
Esto á todos pregona:
—«Aunque envidias provoque,
Del que el extremo toque
De ese ciprés que ondea,
Premio esta ofrenda sea.»
— «¡Arriba!» — Gritan todos,
Corriendo de mil modos:
Y en trances infelices,
Los ojos y narices,
Ya ven de dia estrellas,
Ya acaso barren huellas,
Ya el alto viene abajo
Asido del zancajo,
O ya el mas bajo al otro
Le monta como á un potro:
Hasta que uno elevado,
Que mas que otros, lo osado
Con lo dichoso junta,
Tocó al ciprés la punta,
Al fuego que le inflama;
Y *¡chasc!* ... rota la rama,
Cayó rápidamente,
Haciéndose en la frente,
Amen de algun rasguño,
Un chichon como un puño.
Cercáronle con prisa
Unos fingiendo risa,
Y otros mostrando pena
Por la ventura ajena;
Y vendando sus sienes,
Tras de mil parabienes,
Por cima de la venda
Ciñéronle la ofrenda.

Dos coronas contemplo
Que ha de ceñir el sabio
Para alcanzar victoria,
Si de la gloria al templo,
Despreciando su agravio,
Aspira en su delirio:
Ántes la del MARTIRIO,
Despues la de la GLORIA.

SECCION POLÍTICA.

FÁBULA I.

INSUFICIENCIA DE LAS LEYES.

EL REINO DE LOS BEODOS.

Tuvo un reino una vez tantos beodos,
Que se puede decir que lo eran todos,
En el cual por ley justa se previno:
Ninguno cate el vino.
Con júbilo el mas loco
Aplaudióse la ley, por costar poco:
Acatarla despues, ya es otro paso;
Pero en fin, es el caso
Que la dieron un sesgo muy distinto,
Creyendo que vedaba solo el tinto,
Y del modo mas franco
Se achisparon despues con vino blanco.
Extrañando que el pueblo no la entienda,
El senado á la ley pone una enmienda,
Y á aquello de: *Ninguno cate el vino,*
Añadió, *blanco*, al parecer, con tino.
Respetando la enmienda el populacho,
Volvió con vino tinto á estar borracho,
Creyendo por instinto ¡ mas qué instinto!
Que el privado en tal caso no era el tinto.
Corrido ya el senado,
En la segunda enmienda, de contado,
Ninguno cate el vino,
Sea blanco, sea tinto, les previno;
Y el pueblo, por salir del nuevo atranco,
Con vino tinto entónces mezcló el blanco;
Hallando otra evasion de esta manera,
Pues ni blanco ni tinto entónces era.
Tercera vez burlado,
—«No es eso, no, señor,» dijo el senado;
«O el pueblo es muy zoquete, ó muy ladino:
Se prohibe mezclar vino con vino.»
Mas ¡cuánto un pueblo rebelado fragua!
¿Creereis que luego lo mezcló con agua?
Dejando entónces el senado el puesto,
De este modo al cesar dió un manifiesto:
La ley es red, en la que siempre se halla
Descompuesta una malla,

Por donde el ruin que en su razon no fia,
Se evade suspicaz... ¡Qué bien decia!
Y en lo demas colijo
Que debiera decir, si no lo dijo:
Jamás la ley enfrena
Al que á su infamia su malicia iguala:
Si se ha de obedecer, la mala es buena;
Mas si se ha de eludir, la buena es mala.

FÁBULA II.

INSTITUCIONES INÚTILES.

EL ARQUITECTO Y EL ANDAMIO.

Quitó el andamio Simon
Despues que una casa hubo hecho,
Y el andamio con despecho
Exclamó: ¡Qué ingrata accion!»
A tan necia exclamacion
Dijo Simon muy formal:
«Quitarte ántes, animal,
Fuera imprudencia no escasa;
Más despues de hecha la casa,
¿Hay cosa mas natural?»

FÁBULA III.

OFICIOS MUTUOS.

EL GATO Y EL MILANO.

Desplumaba á una tórtola un milano,
Y un gato que gruñendo lo veia,
El hocico lamiéndose, aunque en vano,
—«*¡Ah verdugo!*» — furioso le decia.
— «Y tú ¿qué eres?» — el ave le contesta.
Calló el gato, ocultando su deseo;
Y echándole las garras por respuesta,
—«Qué he de ser, contestó, siendo tú el *reo*?»

Dotado siempre está de ánsia inhumana
Cuanto arrojar al mundo á Dios le plugo:
Verdugos de hoy reos serán mañana,
Pues el reo de ayer es hoy verdugo.

FÁBULA IV.

EL FALSO HEROISMO.

EL VETERANO Y EL PASTOR.

Volviendo hácia su tierra
Un pobre veterano de la guerra,
Donde en trances sacó nada felices
Un pié de palo y varias cicatrices,
A un pastor que encontró por carambola.
Le dijo en tono adusto:
— «¿Cómo entre tanto arbusto
Se ve con hojas esta encina sola?» —
El pastor contestó: — «Salió de madre
Aquel cercano rio,
Y estos arbustos deshojando impío,
Perdonó solo á esa gigante encina,
Que llaman desde entónces la *heroina.*» —
— «Pues mire usted, compadre,»
Replicó el veterano,
«Es mas digna de encomio la desgracia
De tanto arbusto enano,
Que la gloria de ese árbol eminente;
Porque no tiene gracia
Que no la hollase el bramador torrente,
Cuando tan alta levantó la frente.
Soy Juan Fernandez, para quien sin duda
La trompa de la fama ha sido muda;
Pues sepa usted que al redactar mi jefe
(Que por Dios que era un grande mequetrefe)
Las siguientes palabras:
Voy á asaltar el muro;
En verdad le aseguro.
Como es usted lacayo de esas cabras,
Que solo en lance tal sufrió la mecha
El pobre Juan Fernandez en la brecha.
¿Y qué sacó? esta pierna de rebaja.
¿Y el jefe? nada ménos que la faja.
Y así porque esta encina
Desde hoy no vuelva con su orgullo necio,
De tanto pobre arbusto con desprecio,
A honrarse con el nombre de *heroina*,
O ¡voto á Dios! le rompo la cabeza,
O me entalla usted esto en su corteza:

Porque nació mas alta, es mas felice;
Y porque es mas felice, es la HEROINA.
¡Cuántos héroes habrá como esta encina!
Juan Fernandez lo dice.

FÁBULA V.

LA IGUALDAD.

LA COL Y LA ROSA.

Una col en un cercado
Probaba á una rosa bella
Que era tan buena como ella,
Y aun de una tierra mejor.
— «Mas aunque de cuna iguales,
Dijo un pepino, ¡mastuerza!
¿Dejarás tú de ser *berza*,
Miéntras que ella es una *flor?*»

FÁBULA VI.

PELEAR POR UN MISMO FIN.

GUERRAS CIVILES.

Era un reino infeliz en donde altivo
Un partido de *olivo* un dios queria,
Y otro partido que en el reino habia
Pidió el dios de *aceituno* en vez de olivo.
Clamando guerra en su furor activo
Al golpe asolador del hacha impía
Fué tumba universal la monarquía;
De un yermo la nacion fué ejemplo vivo.
Hecho el dios de aceituna á sus antojos,
Un partido en sus glorias importuno,
Lo encumbró sobre míseros despojos:
Hasta que el dios mirando de aceituno,
Vieron por fin con desolados ojos
Que aceituno y olivo era todo uno.

FÁBULAS VII Y VIII.

SALVAR EL HONOR CON FRASES.

I.

EL GALLO Y LA LIEBRE.

Dijo un gallo á una liebre: — «huye, cobarde.»
«¿Cobarde yo?» la liebre respondia:
Pero atisbando á un galgo nada tarde
Hasta mas no poder, cobarde huia.
— «Espera, dijo de gallo, un *Dios te guarde.*
¿No llamas á eso huir, señora mia?»
Y ántes que el galgo la acercase el morro,
La liebre contestó: — «No *huyo*, que *corro.*»

II.

LA LIEBRE Y EL GALLO.

Gritó la liebre al gallo: — «Anda, medroso.»
— «Como el Cid,» dijo del dueño del serallo;
Mas viendo no muy léjos á un raposo,
Hizo una accion que por medrosa callo.
«Ten, la liebre exclamó, gran Cid, reposo.»
— «Pues ¿acaso esto es *miedo*?» siguió el gallo,
Y al ver que se subia á un parapeto:
— «No, le dijo la liebre, eso es *respeto.*»

FABULA IX.

DESCUBRIR LA HILAZA.

LOS ALDEANOS Y EL CAMINANTE.

Viendo á unos aldeanos
Que ingertaban en robles los manzanos:
— «¿A qué son tan ridículas mixturas,»
Les dijo un caminante,
«Pudiendo á cada instante
Comer bellotas, ó manzanas puras?

¿No echais de ver que nacerán, idiotas,
Si vuestras esperanzas no son vanas,
Ya bellotas que sepan á manzanas,
Ya manzanas con dejos de bellotas?»

Aunque en roble villano
Ingerteis, gran señor, algun manzano,
Pese á tanta locura,
Al ver sus frutos con un dejo doble,
Se ha de saber que tiene vuestra hechura
De manzano la sien, y el pié de roble.

FÁBULA X.

GLORIAS LLOVIDAS.

EL MASTIN Y EL CONEJO.

Por la márgen de un rio iba un conejo
Huyendo de un mastin con planta esquiva,
Y al verle caer al agua sin consejo:
— «¡Ya le maté!» dijo con voz altiva,
Formado de conejos un consejo:
— «¡Viva el héroe conejo!» exclama «¡viva!»

¡Oh cuántos deben, con llovidas glorias,
A un azar del contrario sus victorias!

FABULA XI.

PERCANCES.

EL LADRON Y EL SARGENTO.

(De los reyes con perdon)
Oculto en cuanto robaba,
En un árbol se sentaba
Como en un trono, un ladron.
Cogió un sargento al bribon
Y al árbol le ahorcó en su encono.

Sepa algun rey en su abono
Que á veces Dios, y no es falso,
Ya hace un trono de un cadalso,
Ya hace un cadalso de un trono.

FABULA XII.

TIRANÍAS JUSTAS.

— «¿Para qué llevas á ese mono? ¡estúpido!»
(Dijo á un oso un lebrel.)
— «Porque el dueño que ves (responde el mísero)
«Me hace cargar con él.»
— «Pues rómpele de un trompis los omóplatos»
(El lebrel replicó).
Fué el oso á ejecutarlo; pero súbito
Miró al dueño y tembló.
— «Muera y no temas (el lebrel famélico
«Le volvió á replicar);
«No llevara yo en hombros á ese títere
«Estando en tu lugar.
«Ser el burro de un mono es muy ridículo»
(Proseguia el lebrel);
«Mata al dueño tambien, ya que tiránico
«Te hace cargar con él.
«Yo sé de pueblos que despues que imbéciles
«El oso hicieron bien,
«Arrogantes mataron á sus déspotas;
«Mátalos tú también.
«O vaya andando, como tú, ese zángano,
«En perfecta igualdad,
«O si no, tus cadenas rompe heróico;
«¡Viva la libertad!»
Con calma escuchó el dueño esta filípica
Sin sentido comun,
Y, dando un par al oso con el látigo,
Dijo: — «¡Valiente atun!
«El oso, el mono y yo, lebrel sin cálculo,
«Haremos una grey,
«En la cual oso y mono son los súbditos,
«Miéntras yo soy el rey.
«El oso inepto, por mis reales órdenes,
«Va andando con sus piés,

«Y el mono va sobre él, porque su mérito
«Nos mantiene á los tres.
«Justo es que sirva á mono tan benéfico
«El oso de alazán;
«Pues para séres como este oso indómito
«No hay mas que *palo y pán.*
«*¡A los necios baldon; gloria á los útiles!*
«Esto manda la ley.
«Agur, señor lebrel: vos, oso bárbaro,
«Seguid, y ¡viva el rey!»

Yo no sé si arengó como un estólido
El patriota animal;
Pero responda el respetable público:
¿Habló el dueño tan mal?

FÁBULA XIII.

UN DAÑO DESTRUYE OTRO.

EL DOGO Y LOS DOS LOBOS.

— «¡Ay!» — un dogo inocente
Exclama triste en el confuso idioma
Que los perros entienden solamente.
— «No me coma, don Lobo, no me coma,
Porque nunca á su raza la he debido
Ni siquiera un ladrido;
Y es mas digno de garras tan atroces
Cebarse en animales mas feroces.» —
El lobo ya sobre él, no oye sus quejas,
(Como quejas al fin de un infelice),
Y meneando la cola y las orejas,
Parece que le dice:
— «Muere, pícaro, aquí, mal que te cuadre;
Que aunque sé que á mi raza no has ladrado,
Recuerdo sin embargo haber pasado
Por donde en tono vil ladró tu padre.»
— «Pues mi padre hizo mal», — clamó espirante;
Y ya iba el lobo á devorarle fiero,
Cuando en el mismo instante
Apareció otro lobo carnicero,

Que mirando hácia allí con vista impía,
Pudiérase decir que le decia:
— «No le toques al pelo;
Que con él quiero, por vengar mi afrenta,
Solventar una cuenta
Que me quedó á deber su infame abuelo.»
— «¡Infame abuelo! sí,» pienso que dijo
El dogo en tanto aprieto;
— «¿Y he de sufrir la muerte;
No solo por ser hijo,
Mas tambien por ser nieto?
¡Oh ley mas que inhumana del mas fuerte! —
Encarados el lobo con el lobo,
El segundo al primero:
— «Suelta, le dijo, bobo;
Verás cómo en tan bajo marullero
Vengo tu agravio con rencor profundo.» —
— «Mil gracias,» le contesta
El primero al segundo:
«Y solo en este impío
Vengaré el honor mio.» —
Y sin otra respuesta:
— «Es muy justo á mi ver, de nuevo dijo,
Que el galardon de un padre herede un hijo.»
— «Pues alto ahí, compadre,»
El segundo prorumpe en són de queja,
«Si así hilas la madeja,
Es de mi contingente,
Pues me ha ultrajado el padre de su padre.»
— «Mi ofensa es mas reciente.»
— «La mia mas añeja.»
— «Pues no le matarás.» — «Ni tú tampoco.»
Y con intento loco
Se enzarzaron, embate tras embate,
En tan igual como feroz combate;
Miéntras que el triste dogo, muerto el perro,
Se agacha humilde en tan atroz fracaso,
Sufriendo las pisadas que por yerro
Le desuellan la piel, sin ser del caso:
Hasta que viendo la refriega entrada,
Como quien no hace nada,
Sin decir *tus* ni *mus*, huyendo el diente,
Taimado se escurrió bonitamente.

¡Cuántas veces por ruines,
Con encontrados fines,

Traban lid importuna
Dos enemigos fuertes,
Y no les dan ninguna,
Por querer con afan darles dos muertes!

FÁBULA XIV.

HACER SONAR A TIEMPO.

EL CONCIERTO DE LOS ANIMALES.

Supuesto que respira,
Se hace oir bien ó mal cualquier garganta;
Y en esto no hay mentira,
Pues mal ó bien, el que respira, canta.
Hablen, si no, mil animales duchos
Que dieron un concierto como muchos.
Y es fama que el sentido
No acompaña á los órganos vocales,
Por lo que ha sucedido
Que en la patria de dichos animales,
Cada cual presumiéndose asaz diestro,
Gritó: — «¡Caiga el leon! fuera el maestro!»

Cayó la monarquía,
Y en república el reino convirtieron.
— «Vaya una sinfonía
De nuestros triunfos en honor,» dijeron;
«Cada uno cante cual le venga á mano:
Ya no mas director: muera el tirano.» —

Comenzóse el concierto,
Cá-cá-rá-cá gritando el polli-gallo;
Y al primer desacierto
Con un relincho contestó el caballo;
A-y-o, *a-y-o* siguió el pollino;
Pi-pi-pí el colorin, *ufff* el cochino.
El *mís* y el *marramau*
Cantó el gato montés, cual tigre bravo;
Y con cierto *pau-pau*
Le acompañaba el indolente pavo;
Formando tan horrenda algarabía,
Que ni el mismo Luzbel la aguantaria.

El leon destronado,
Viendo el reino en desórdenes tan grandes:
— «Silencio,» dijo airado,
Mostrando un arcabuz ganado en Flandes;
«El rey va á dirigir: atrás, canalla;» —
Y al verle cada cual, amorra y calla.

— «Vuelva á sonar la orquesta,»
Siguió el tirano, de Neron trasunto;
«¡Y ay de la pobre testa
De aquel que por gruñir me coma un punto!
¿Qué es replicar? No hay réplica ninguna.
Palo, ó cancion: vamos á ver: á una.» —

Y la orquesta empezando
Pí-pí, *cá-cá-rá-cá*, *mis-mis*, *miau-miau*.
Siguió después sonando
A-y-o, *a-y-o*, *ufff-ufff*, *pau-pau*.
Y tal sonó la música que alabo,
Que el mundo gritó absorto: «Bravo! bravo!»

Fué el concierto, ántes loco,
La maravilla, vive Dios, del arte;
Y aunque gruñendo un poco,
Cada animal desempeñó su parte;
Aprendiendo, en perjuicio de su testa,
Que sin buen director, no hay buena orquesta.

FÁBULA XV.

LEYES FUNDAMENTALES.

Con ánimos sencillos
Varios chiquillos cierto dia un dado
Para jugar hicieron;
Y las leyes del juego los chiquillos
Por seguir á la letra,
Del lado aquel en cada faz pusieron
El *uno*, el *dos*, el *tres*, el *cuatro*... etcetra.

De niños entre el bando
Alguno de ellos calculó prudente
Que, por los bordes subrepticiamente
La cara de su número limando,
Siempre á la mesa en amoldarse esquiva
Quedaria, rodando,
La cara de su número hácia arriba.
De esta manera á todos, el fullero
Como era natural ganó el dinero,
Hasta que al fin, de sus falaces modos
Apercibidos todos,
Dando de su pericia muestras claras,
Limando y mas limando
Fueron tambien dejando
Convexas de sus múmeros las caras.
De este modo el ex-dado
Por ángulos y bordes cepillado,
Al impulso menor del aura solo
Rodaba, ya se ve, como una bola.
Desde entónces el número de azarès
Se sucede á millares,
Y la igualdad geométrica admirando
De equilibrio tan justo,
Unas veces perdiendo, otras ganando,
Se divierten los niños que es un gusto.
Con lengua atrabiliaria
A cada azar del inconstante dado
Agotan su aficion parlamentaria,
Y sucede un discurso á otro discurso
Sobre si el aire le sopló de un lado,
Sobre si un pelo interrumpió su curso.
Y acaban las cuestiones,
Su furor conteniendo en breves plazos,
Los que son vencedores, á razones;
Los que vencidos son, á sombrerazos:
Y en caos importuno,
Alzándose hoy los que caerán mañana,
Todos se pierden, y ninguno gana,
Ganando todos, sin perder ninguno.
Y entre tanto, sediento de emociones
Y ajeno, el pueblo espectador, del fraude,
Aplaude tan continuas variaciones,
Pues siempre el pueblo la comedia aplaude
Si van y vienen sin cesar telones.

Desde el feliz momento
Que la moral he oido de este cuento,
Ignoro cómo hay gente
Que idolatrar como á sus ojos pueda
La ley fundamental, que blandamente
Adonde quiera que la impelen rueda.

SECCION RELIGIOSA.

FÁBULA I.

DIOS ES CAUSA DE LAS CAUSAS.

LA URRACA, LA RAMA, EL ÁRBOL, LA TIERRA Y EL SOL.

Al lado de una iglesia un olmo habia,
Desde donde una urraca escuchó un dia
Que un fraile predicaba de este modo:
Dios todo lo hace, y lo dispone todo.
Torciendo entónces el agudo gesto,
Dijo la atea urraca: — «Por supuesto,
Dios dispondrá si quiere de lo suyo,
Porque yo sin sus órdenes arguyo
Que ya corro, ya vuelo,
Segun me viene á pelo,
Y, aunque su ley traspase soberana,
Hoy canto aquí porque me da la gana.»
— «Porque yo te sustento
(Dijo la rama con sutil acento),
Gracias al tronco adusto
Que me encumbra robusto.»
— «Yo (con acento ronco
Gritó á la rama el tronco)
Te encumbro á tí, porque la tierra amante
Con brazo creador me alzó triunfante.»
— «Y yo te levanté (dijo la tierra,
Sus entrañas abriendo en són que aterra),
Porque ese sol que de su luz me inunda
Con sus rayos mis gérmenes fecunda.»

— «Y yo (contestó el sol de orgullo lleno,
Con voz de quien es eco el bronco trueno)
La tierra fecundizo,
Porque el potente Sér que todo lo hizo
Desde mi trono alzado
Hasta el último fin de lo increado,
Cual dón con que su alteza manifiesta
¡La clara sombra de su luz me presta!»
Desde entónces la urraca,
Con una fe que su temor aplaca,
Cuando oye prorumpir en el otero:
«Yo canto estas rondeñas porque quiero;»
— «Cantais porque Dios quiere ¡bachilleras!»
(Grita á sus compañeras):
«¿Cómo ultrajais al cielo de ese modo?
Dios todo lo hace, y lo dispone todo.»

SECCION MORAL.

FÁBULA I.

LA CARAMBOLA.

EL CHICO, EL MULO Y EL GATO.

Pasando por un pueblo un maragato,
Llevaba sobre un mulo atado un gato,
Al que un chico, mostrando disimulo,
Le asió la cola por detras del mulo.

Herido el gato, al parecer sensible,
Pególe al macho un arañazo horrible;
Y herido entónces el sensible macho,
Pegó una coz, y derribó al muchacho.

Es el mundo, á mi ver, una cadena,
Do rodando la bola,
El mal que hacemos en cabeza ajena,
Refluye en nuestro mal, por CARAMBOLA.

FÁBULA II.

GANAR EL FLANCO A LA SUERTE.

EL PILOTO Y SU APRENDIZ.

— «¿De qué modo tan vario,»
Un aprendiz á un náutico decia,
«Sigue usted siempre la trazada via,
Ya sea el viento próspero, ó contrario?» —
Entónces el piloto le contesta,
Miéntras que el otro copia la respuesta:
— «Si ves que por la popa arrecia el viento,
Sin torcer el timon, recto camina:
Si es por la proa, gana el barlovento;
Y si es por el babor marcha en bolina.» —

Así en el mar del mundo, el buen piloto,
No exponiendo el bajel á innobles tumbos,
Por donde quiera que le acosa el noto,
Gana puerto tambien, trocando rumbos.

FÁBULA III.

PARTIDAS DE RUINES.

EL GALGO Y EL PODENCO.

Persiguiendo un conejo de gran traza,
Al ladrador podenco dijo el galgo:
— «Calla, y no ladres tanto, mala raza,
Que maldito sea yo, si sirves de algo.
¿A qué venimos,» prosiguió, «de caza,
Si en saliendo la espantas, mal hidalgo?» —

Así el ruin, que seguirlo en vano intenta,
Porque otro no lo alcance, el bien ahuyenta.

FÁBULA IV.

LA JUSTICIA EN UN CUENTO.

EL VIEJO Y EL MENDIGO.

Rodeado el tio Blas de gente,
Dijo: — «Vaya un cuento ahora;» —
Y ya iban tres cuartos de hora,
Cuando él iba en lo siguiente:
— «Aunque *pobre*, el juez prudente
Le hizo justicia al momento.» —
Y un *pobre*, que oia atento,
Dijo al tio Blas con malicia:
— «¿*Pobre*, y se le hizo justicia?
Dice usted bien: *eso es cuento.*»

FÁBULA V.

VIRTUD Y ORGULLO.

LA ENCINA Y EL ROSAL.

— «¡Mezquina es tu existencia,»
A un humilde rosal dijo una encina,
«Pues arrastras al par de mi opulencia
«Tu existencia mezquina!» —
De una santa en las fiestas placenteras,
Bajaron á coger unos pastores
Ramaje de la encina para hogueras,
Y del rosal, para la imágen, flores.

Ornó el rosal la imágen peregrina,
Y entónces me presumo
Que mirando en la hoguera arder la encina,
Exclamo al darle el humo:

No afrentes al humilde con tu fausto:
Que el dia de la prueba, en acto innoble,
Con ignominia doble
Tal vez sirvas de incienso á su holocausto.

FÁBULA VI.

EL MÉTODO.

EL MANCEBO Y LOS PÁJAROS.

Vió Gil de un árbol caer
Cinco pájaros, y todos,
Corriendo por varios modos,
Los quiso á un tiempo coger.
— «Deja, buen Gil, de correr,
Pues no cogerás ninguno.
¿A qué tras *cinco* ¡importuno!
A un tiempo vas con ahinco,
Si para coger los *cinco*
Tienes que empezar por *uno*?»

FÁBULA VII.

LA PIEDAD BIEN ENTENDIDA.

EL MUCHACHO, EL PODADOR Y EL MANZANO.

A un manzano podaba un hortelano,
Y un muchacho con íntimas querellas,
«¿Por qué,» decia á gritos, «inhumano
Del tronco á quitar vas ramas tan bellas?»
— «Córtalas, podador,» dijo el manzano,
«Que se me quiere encaramar por ellas.» —

El tal rapaz, que procuraba arguyo.
El bien ajeno, en beneficio suyo.

FÁBULA VIII.

BALADRONADAS.

LA VID, EL OLMO Y LA HIEDRA.

En continua querella,
Una vid y una hiedra, á un olmo asidas,
Se despreciaban, de odio estremecidas,
Poniéndose á su vez de *mas es ella.*

— «¿Ves aquel ave, que en tendido vuelo»
Dijo la vid por fin, «ya besa el cielo?
Pues si quiero subir, sin mas arrimo,
Le llevo á que meriende este racimo.»
— «Pues si me subo yo,» dijo la hiedra,
Que solo asida de los olmos medra,
«Formo un dosel al cielo,
Que, interpuesto entre el sol, enlute el suelo.
Vamos á ver si no,» siguió importuna.
— «Vamos, dijo la vid — ¡A una!» — «¡A una!»
En tono el mas sencillo:
«No, por Dios; no, por Dios, gritó un tomillo,
Que pueden sus bravuras
Dejar el mundo á oscuras.» —
Llegando ya de su impaciencia al colmo,
Dijo al tomillo el olmo:
— «Puedes perder el miedo, en mi conciencia,
Si nadie miedo á los cobardes tuvo,
Pues sé por experiencia
Que jamás *subirán*, si yo no *subo*.»

FÁBULA IX.

UN LOCO HACE CIENTO.

LA MONA, EL MONO Y EL LORO.

Con la faz mas espantosa,
La mona de un mercader,
En ilusion deliciosa,
Recordando cualquier cosa
Reia á mas no poder.

Como un mono la veia,
Que por boba la tenia,
Reir solo para sí,
De ella el mono se reia
Con un burlesco *jí jí*.

Un loro, que al mono vió,
Por loco lo tuvo ya,
Y tambien de él se rió,
Y sin cesar prorumpió
En un *já já* y mas *já já*.

Cuando al pasar por allí
Oia al simple del loro
La gente, fuera de sí
Reia, diciendo á coro,
Unos *já já*, otros *jí jí*.

Y aunque de bobos la hornada
Ya siendo muy larga vá,
Siquiera por la bobada,
Conmigo la carcajada
Soltad, diciendo: *¡Já! ¡já!!*

Con lo cual probar intento
Que, con remedo servil,
En este mundo, y no es cuento,
Así como un loco ciento,
Llega un bobo á hacer cien mil.

FÁBULA X.

CONTRAS DE LA MALA FÉ.

LOS DOS GORRIONES.

— «Llégame el comedero,»
Dijo á un gorrion otro gorrion muy maula.
— «Pues ábreme primero.»
Contestó aquel, «la puerta de la jaula.»
— «¿Y si al verte ya libre, en tu embeleso,
Te vas sin darme de comer en pago?»
— «¿Y quién me dice á mí,» responde el preso,
«Que me abrirás, si llenas el monago?» —
Y en conclusion, por si ha de ser primero
Llegar el comedero,
O correr el alambre,
Quedóse el enjaulado prisionero,
Y el hambriento volvióse con el hambre.
¡Digno amigo, por Dios, de tal amigo!
Y ahora diréis, y bien, como yo digo:

¡Vaya, que son en ciertas ocasiones
Lo mismo que los hombres los gorriones!

FÁBULA XI.

DE PEQUEÑAS CAUSAS GRANDES EFECTOS.

EL PASTOR Y EL INSECTO.

Cantando Gil, vió de un insecto el nido,
Y le holló con pié rudo:
Y aunqué oyó de mil tristes el gemido
Siguió cantando de piedad desnudo.

Viendo el insecto hollados á sus hijos,
Subióse á la montaña,
Y en el chopo mas alto ayes prolijos
Lanzó, exhalando su impotente saña.

Era el tiempo en que vientos y nublados
Desatando los cielos,
Igualan con los montes los collados
Copiosas nieves y abundantes hielos.

Por vengarse de Gil, cargó sañudo
Con un copo de nieve,
Carga mayor con que el insecto pudo.
¡De tan grande furor venganza leve!

Suelta el copo, al encono que le inflama,
Desde el altivo chopo;
Y engruesado al bajar de rama en rama,
Fuése aumentando el invisible copo.

Va el gérmen infeliz de inmensa ruina
De hoja en hoja bajando,
Y un copo y otro copo arremolina,
Y cien y mil, y auméntase rodando.

Cruje la mole, escasa todavía;
Mas en creciente extraña,
Ya un monte desatado parecia
El declive al bajar de la montaña.

El alto roble y la empinada encina,
A su impulso arrollados,
Amenazaban convertir en ruina
Del pobre Gil apriscos y ganados.

Y al ver la mole, el insectillo en tanto,
Que lo arrasaba todo,
Parodiando de Gil el fiero canto,
Tarareó esta cancion allá á su modo:

¡No hay venganza que un ruin, si está ofendido,
Tomar no pueda en pago,
Cuando un copo de nieve desprendido
La causa llega á ser de tanto estrago!

FÁBULA XII.

SI ERES DÉBIL, SÉ PRUDENTE.

EL PERRO Y LA RANA.

— «Calla, maldita rana.» —
Un perro desde un hato prorumpia:
Y ella *car car* y mas *car car* seguia,
Como quien dice: «no me da la gana.»
(Esta rana, en invierno y en verano
Cantaba, por decreto sobrehumano,
Aunqué jure algun sabio, echando un terno,
Que nunca ha visto ranas en invierno.)
— «¿Conque te sales,» dijo aquel, «del río,
Para venir á incomodarme al hato?
Por Dios, que si no hiciera tanto frío,
Anoche salgo, te sorprendo y mato.»
— *Car, car, car, car car car,*» siguió la rana
Burlándose del perro con orgullo.
— «¿Y es posible que creas,»
Le contestó la vana,
«Que en moviendo tú un pié, no me zambullo?
— *¡Car car car! ¡car car car!*» — Maldita seas!»
Clamó el perro siguiéndola enojado.
La rana de contado,
¡Cataplan! se echó al río;
Mas como helado estaba por el frío,
Sin concederla plazos,
Sobre el hielo el mastin la hizo pedazos.

No insultes al mas fuerte,
Aunque libre, al huir, tengas el paso;
Que si lo encuentras obstruido acaso,
Como la rana sufrirás la muerte.

FÁBULA XIII.

AMAR POR LAS APARIENCIAS.

EL ALCORNOQUE Y LA ENREDADERA.

Nació una enredadera
Al pié de un alcornoque descarnado;
Vistióle de manera,
Que fué en la primavera,
Siendo un bodoque ruin, blason del prado.

Como propios primores
Lucia el corcho vil ajenas galas;
Siendo con tantas flores
Envidia de pastores
Y blanco del amor de las zagalas.

—«¡Oh, qué árbol tan florido.
Decian; qué gentil, qué primoroso!»
Elogio merecido,
Pues gracias al vestido,
Por Dios que el alcornoque estaba hermoso.

Mas llegaron sin cuento
Del otoño las ráfagas sonoras,
Y soplando violento,
Dejó alcornoque el viento,
Al que el ídolo fué de las pastoras.

¡Cuántas de esta manera,
Elvira, adoran á un galan bodoque,
Y hasta que el aura fiera
Lleva la enredadera,
No advierten que han amado á un alcornoque!

FÁBULA XIV.

EXCUSAS NECIAS.

EL CUERVO Y EL REPTIL.

Hácia el nido de un cuervo
Sube un reptil protervo,
Que de otro manjar falto,
De huevos se apercibe;
Mas al dar el asalto,
Creyendo al cuervo ausente, oyó: — ¿Quién vive?

—«Perdone usted; no es nada
(Dijo con voz turbada);
El hallarme soñando
Mi indiscrecion abone;
Pues llegué aquí rodando,
Mas desperté, y me vuelo: usted perdone.»

—«¡Hola, traidor vecino!
(Dijo el cuervo ladino)
¿Cuando el sueño te priva,
Sin costarte trabajo
Te ruedas hácia arriba?
Pues á ver cómo ruedas hácia abajo.»

Y remontando el vuelo,
Lo suelta desde el cielo,
Por mas que ya difunto
El reptil lo rehusa;
Y *¡plaf!* reventó al punto.
¡Digno castigo de su necia excusa!

FÁBULA XV.

EL DIABLO PREDICADOR.

EL BEODO EN EL FESTIN.

Un beodo en una orgía,
—«Brindo porque el alto cielo
Purgue de vicios el suelo,» —
Con voz de trueno decía.
—«¡Guerra al vicio!» — repetía,
Y un vaso apuró hasta el poso.

Que en este mundo engañoso,
Dando al labio torpe oficio,
Hay quien habla mal del vicio
Siendo él el primer vicioso.

FÁBULA XVI.

DELIRIOS DEL AMOR.

LA NIÑA HALAGÜEÑA.

Los que vuestro amoroso pensamiento
Teneis por el *non plus*, oid un cuento.

A un enfermo una niña cierto día
Acariciaba con honesto modo,
Y en la ilusion de su placer decía:
—«Mi rey, mi luz, mi sol, mi dios, mi todo!
Y para pue veais de qué manera
El afecto su juicio turbaría,
El *rey*, el *sol* y el *dios*, ¿sabeis quién era?
Un *dogo* que de *ahitado* se moria.

FÁBULA XVII.

LISONJAS VILES.

EL ENFERMO Y LOS DOS MÉDICOS.

Mas tenáz cada dia
Esto á un enfermo un médico decía:
—«Si bebe usted mas agua,
Es indudable que su muerte fragua,»
Sediento el otro en tanto,
Le dió su pasaporte, y otro al canto.

Fuése el doctor primero,
Enterando del caso al compañero;
Pero el doctor segundo
Mas inepto que aquel, ó mas profundo,
Dejó de buena gana
Que se ahitase el pobre hombre como rana.

Pues, señor, murió ahitado;
Y al morirse, contento de su estado,
Del que le daba vida
Aun blasfemó, miéntras que á su homicida
Colmó de bendiciones.

¡Lo que vale halagar á las pasiones!

FÁBULA XVIII.

ACUSAR DELITOS PROPIOS.

LA URRACA Y LA GALLINA.

— «¡Qué escándalo!» — en tono fiero
Una gallina decía,
A una urraca que comía
Las flores de un limonero.
— «¡Que se come, jardinero,
De las de *arriba* á destajo!»
— «Celebro tu desparpajo.»
Contestó la urraca altiva:
«¿No he de comer las de *arriba*,
Si no has dejado una *abajo?*»

FÁBULA XIX.

NO HAY MAL COMO UN FALSO AMIGO.

EL JILGUERO Y EL RECLAMO.

De pájaros un bando
Al asomar el día,
Iban al aire blando,
Pí pí, *pí pí*, cruzando
En dulce comqañía.

Mudaron el intento,
Oyendo que un reclamo
Pí pí, *pí pí*, á su acento
Les respondió contento
Cabe un pulido ramo.

Y en giros desiguales
Cercando en gran copia
Para llorar sus males,
Como la accion mas propia
De amigos tan leales;

Posándose un jilguero,
Cayó en la liga impía
Que armada le tenía
Un cazador artero,
Que cerca lo veía.

Se aleja el bando espeso
Viendo el caso infelice;
Y en tanto el triste preso
Con inútil exceso
Luchando en vano, dice:

— «¡Nada, ay de mí, consigo,
Pues en tan fiera lucha
Mas cada vez me enligo!

¡Triste de aquel que escucha
La voz de un falso amigo!»

FÁBULA XX.

NUNCA UNA MORAL NOS CUADRA.

LA MADRE, EL HIJO Y LA CONCURRENCIA.

Fastidiaba á una noble concurrencia
Una madre amorosa, que asentaba
Que de Adolfo á admirar iban la ciencia
Si alguna fabulilla recitaba.
— «Ven acá, dijo, niño.»
Y Adolfo al escuchar su voz severa,
Con mucha mas pereza que cariño,
La fábula empezó de esta manera:
— «LA OVEJA Y EL CORDERO. Cierto día
La oveja, con el tono que ella sabe,
Daba á su hijo lecciones de ser grave,
Las que él pronto olvidaba, ó no aprendía.
¿Leccion, diréis, y en una edad tan corta?
Es necio, sí. Mas voy á lo que importa.
La oveja en vano en enseñar se ahinca,
Porque el hijo no aprende una palabra;
Mas corre, y viene, y va cual suelta cabra,
Y vuelta, y dale, y brinca que te brinca.
La madre del cordero era tan porra...»
Truncó Adolfo la historia de repente,
Cual cayendo en estúpida modorra;
Y es que viendo de dulces una fuente,
De su memoria en mengua,
Dura como el turron quedó su mente,
Y en agua vuelta la movible lengua.

— «Sigue, niño,» la madre le decía.
— *Era tan porra*... el niño repetía;
La madre con sus guiños le hostigaba;
Y — *tan porra*... el muchacho replicaba;
Y con que si era *porra* ó si no lo era,
Llegó á cansar la sociedad entera.
La madre al fin le dijo, ya corrida:
— «Aparta, que estás siendo, majadero,
Mas torpe que el cordero de la historia.»
Y ¡oh, qué frágil memoria!
¡No acordarse que ella era distraida
Mas *porra* que la madre del cordero!

No hay accion mala ó buena,
Que aplicacion no tenga, si es ajena.
Mas siendo propio el caso,
Jamás la aplicacion nos sale al paso.

FÁBULA XXI.

LA CURIOSIDAD.

LOS DOS ESPOSOS Y EL VENENO.

Para matar ratones
Hizo Guzman algunas confecciones;
Las que encerradas con rigor tenía
En un lugar, en el que escrito había:
«Ninguno para cosa mala ó buena,
Me llegue á esta alacena,»
Su mujer Blasa, que con él reñida
La mayor parte estaba de su vida
(Porque segun la vecindad pregona,
Tanto como curiosa, era gruñona),
Presumió que su esposo allí encerraba
El tósigo fatal con que trataba
De castigar su eterna impertinencia
(Señal que le argüia la conciencia);
Y buscando las viles confecciones,
Encontró el solimán. ¡Qué imprecaciones!
— «¡Un veneno!» — frenética decía,
— «¡Un veneno!! ¡un veneno!!!» — repetía;
Y con verle y tocarle aun no contenta,
Llega, lo huele, pruébalo, y revienta.

Si lo ven por acaso,
Atad á los curiosos corto el freno;
O apurarán el vaso,
Aunque escribais sobre él: «aquí hay veneno.»

FÁBULA XXII.

DE DOS MALES EL MAS VISTO.

EL MÉDICO Y EL INVÁLIDO.

Un inválido á un médico decía:
—«Si me corto esta pierna gangrenada,
¿Podré vivir al parecer de usía?» —
Y el médico dudando respondía:
—«Podrá ser por acaso, camarada.» —
—«La duda, replicó, no me hace al caso.
Más si la corto, ¿sabe si de fijo
Podré vivir aunque no dé ni un paso?» —
Dudando siempre, el médico dijo:
—«Podrá ser, camarada, por acaso.» —

—«Pues si al cortarla ataco la existencia,
Y el no cortarla es un dudoso medio,
A la cura prefiero la dolencia.» —

Yo tambien prefiriera, en mi conciencia,
Morir ántes del mal que del remedio.

FÁBULA XXIII.

EFECTOS DE LA INJUSTICIA.

EL LUGAREÑO Y EL MAGNATE.

Un señor de calidad,
Por dar, con magia distinta,
A su vida variedad,
Se iba en verano á la quinta,
Y en invierno á la ciudad.

Tras la casa del señor
La de un labrador había,
Ruin casa en que al labrador
Así el hielo le atería,
Como le asaba el calor.

Por mas de cincuenta abriles
Fué casa de tanta mella
Nido de gorriones viles,
Y á la del señor desde ella
Pasaban despues á miles.

Incomodado el usía,
Porque al asomar el día
Los gorriones con empeño
Con su *chau chau*, si dormía,
Le interrumpian el sueño.

La casa del labrador
Furioso sin mas arrasa.
—¿Tal sinrazon, diréis, pasa? —
Era mas rico el señor,
Y vino abajo la casa.

Sin casa ya los gorriones
Do anidar en los abriles,
Del otro á los murallones
Fueron despues, mas que á miles
Los malditos, á millones.

Y á cada instante al señor
Cantándole el aleluya,
Le entraron en tal rencor,
Que cual la del labrador,
Tuvo que arrasar la suya.

Justo premio al que inclemente
Pudo dejar sin consuelo
A un labrador indigente.
Siempre se ensucia la frente
El loco que escupe al cielo.

SECCION FILOSÓFICA.

FÁBULA I.

NO SIEMPRE EL BIEN ES FORTUNA.

EL PAJARO ENCARCELADO.

En una jaula un ave
Nació y vivió contento,
Sin cruzar nunca el viento
Con revolar süave.
¡Qué vanamente grave,
Porque mas no desea,
De una á otra barandilla
Con voluntad sencilla
Cantando se pasea!
Créalo quien lo crea,
Mas lo cierto es que el preso
Nunca con loco exceso
En ocasion ninguna
Maldijo la fortuna;
Ni tuvo á vituperio
Su dulce cautiverio.
Por último, es el caso
Que un dia que la puerta
Vió de la jaula abierta,
Llegó paso tras paso
A la vecina huerta.
¡Cómo entónces contento,
Con emocion extraña,
Goza en la azul campaña
Del extendido viento
La libertad querida,
Nunca por él sentida!
De rama en rama vuela
Con la calma inefable
De la virtud amable
Que el crímen no recela;
Y al mas cercano arbusto
Lanzándose con gusto,
Quedó a la liga en suma
Presa otra vez su pluma.

¡Triste imágen del hado
Fué el pájaro inocente,
Pues se trocó su estado
Tan repentinamente!
Tornó á ver á despecho
La ántes prision amada
Mas nunca la alborada
Volvió á encomiar su pecho
Con su comun tonada.
—«¿Por qué con tal quebranto»
Su dueña le decía,
«Mi gozo y tu alegría
No ensalzas con tu canto;
Cual suceder solía?» —
Sin dar respuesta alguna,
Las penas una á una,
Con el dolor mas grave
De su dueña querida,
Acabaron del ave
La macilenta vida;
Que aunque en la cárcel fiera
Pasó la vida entera
Sin que echase de ménos
Los céfiros serenos,
Despues que hubo probado
Su esfera siempre amena,
Cuando volvió á su estado,
Murió el triste de pena.

¡Huid, mentido bando
De alegres ilusiones,
Que nos henchís, pasando,
De locas ambiciones!
¡Dejadme que tranquilo
Muera en mi pobre asilo,
Pues que solo un momento
Vive el mayor contento!
¿Por qué quereis que ansioso
Deje mi humilde estado,
Si es mas desventurado,
Quien fué una vez dichoso?

FÁBULA II.

YENDO Á MAS, VENIR Á MÉNOS.

LA ABEJA, EL BURRO Y LA RAMA.

La abeja de una rama de romero
Formaba su panal de mieles rico;
Mas la rama encontrando en un lindero,
Se la comió un borrico.
Pobre rama olorosa
Que el blason iba á ser de los panales,
Y ya entre las mandíbulas asnales
Podrá ser, ménos miel, cualquiera cosa!

¡Oh, qué bien con su ejemplo nos declama
Lo instable del destino,
Cuando al ir á ser miel la noble rama,
El pienso quedó á ser de un vil pollino!

FÁBULA III.

CAPRICHOS DEL HADO.

EL ESCULTOR Y LOS DOS TRONCOS.

Cierto escultor un dia,
Viendo dos troncos, entre sí decia:
— «De este zoquete vil, lleno de lodo,
Un san Roque he de hacer con perro y todo;
Y este, aunque para santo mejor era,
Del templo servirá para madera.» —

Así el hado cruel, que engaña á tantos,
Convierte, con tristísimos ejemplos,
En madera de templos á los santos,
Y en santos la madera de los templos.

FÁBULA IV.

PLACERES FALSOS.

EL MUCHACHO Y LA MANZANA.

Tiró Andrés una piedra á una manzana,
Y por dar á la fruta, dió al ambiente;
Tiróle la segunda: ¡empresa vana!
La tercera tiró: ¡malditamente!
Tiró otra en fin: cayó; mas de tal gana,
Que con golpe mortal hirió su frente.

Hay bienes que en llegando, al mal iguales,
La cabeza nos rompen cual los males.

FÁBULA V.

DESEOS LOCOS.

EL PASTOR Y EL NAVÍO.

Del mar en la ribera
Quejábase un pastor de esta manera:
— «¡Oh, qué sordas que tiene á mis congojas
El cielo las orejas,
Pues no me saca de zagal de ovejas,
Pati-tuertas las mas, y algunas cojas!
¡Quién me diera, halagando mi albedrío,
Dirigir por ejemplo aquel navío,
Y á la playa arribar del indio ó moro,
Para volver con él cargado de oro!
¡Por amigos tuviera y por amigas
Entónces á señoras y señores,
Pese á cuantas ovejas y pastores
Rumiaron yerbas ó mascaron migas!
Mas ¡ay! la suerte fiera
Me arrastra, sea invierno, sea verano,
Desde el monte al redil, y de este al llano;
Y aunque oirlas no quiera,
Me hace escuchar las simples avecillas,
Que por mas maravillas

Que dicen que hacen los que de ellas cuentan,
Cada vez que las oigo, me revientan.»
Así el pastor decía,
Cuando el bajel ya apénas se veía;
Y su intenso dolor llegaba á tanto,
Que sus mejillas inundó de llanto.
Era al morir el sol, segun asienta
Quien dijo que del ábrego la saña
Removió aquella noche una tormenta
Que ni la oyó el pastor en su cabaña.
Al otro dia su manada entera
Condujo, como siempre, á la ribera,
Y del mar acercándose á la orilla,
Vió aquí y allí fragmentos de una quilla.
Buscando del naufragio indicios ciertos,
Halló al fin gavias, y despues mesanas,
Trinquetes desvelados, hombres muertos:
Leves cimientos de esperanzas vanas!
Entónces se acordó de su navío,
Y viendo fin tan triste,
«¡Qué bien hiciste, oh Dios, qué bien hiciste
En coartarme, dijo, el albedrío!»
Y sin ver que á los muertos hacia agravios,
Una sonrisa se asomó á sus labios;
Y escuchando las simples avecillas,
Que hacian, segun dijo, maravillas,
Tradujo de sus plácidos gorjeos:

Modera tus deseos.
Aunque pierdas, llorando, tus encantos,
No halagues esperanzas indecisas;
Cada muerta esperanza brota llantos;
Cada llanto vertido engendra risas.

FÁBULA VI.

DE GUSTOS NO HAY NADA ESCRITO.

EL CONEJO, EL GALLO Y EL CERDO.

Cada QUISQUE *celebra, y es muy justo,*
Lo que es mas de su gusto.

Por un gallo lo digo,
Que de una huerta picoteando el trigo,
Así á un conejo hablaba
Que, haciendo muecas, una col rumiaba:
— «¿No admiras este trigo, buen conejo,
Gordo y gentil, cual castellano viejo?
¿Quién ha visto manjar de mas decoro?
Como soy que parecen granos de oro.»
— «Aprension, friolera, bobería,»
El rumiador conejo respondia:
«Siempre á mi noble raza mas le plugo
De tierna berza el agridulce jugo.» —
Viendo así despreciado
Su condimento amado
El gallo, incontinente,
Para buscar un juez mas competente,
Se encaramó á las tapias de la huerta,
Como vigía que se pone alerta;
Y preguntó á un cochino
Que acertaba á pasar por el camino:
— «Dime, si te ofreciesen cuando almuerzas
Buen trigo y buenas berzas,
¿Qué cosa te comieras, caro amigo?» —
El cerdo contestó: — *Berzas y trigo.*

FÁBULA VII.

LOS LINDES DEL BIEN Y DEL MAL.

EL POETA Y SUS LECTORES.

Si escuchais esos míseros lamentos,
Son del difunto rey los funerales;
Y esos vivas que ruedan por los vientos,
Del rey nuevo los cantos inmortales.
Mas direis entre penas y contentos:
— «¿Se cantan bienes, ó se lloran males?»

Nadie el linde á marcar se atrevería
Que separa el pesar de la alegría.

FÁBULA VIII.

LA INOCENTADA.

LA MADRE Y EL HIJO.

— «¡Ubbb!!» — en inocente fiesta
Una madre con cariño
Gritaba á un hermoso niño
Con una máscara puesta.

Mas de sus gustos avara,
Al ver que lloraba el hijo,
Arrojándola le dijo:
— «Tonto, si tengo otra cara.» —

Y del candor á merced,
A cuantas despues hallaba,
El niño las preguntaba:
— «¿Cuántas caras tiene usted?» —

Y es fama que ya crecido,
Llegó el niño á asegurar

Que todas suelen mudar
La cara con el vestido.

FÁBULA IX.

LIVIANDAD DE NUESTRAS GLORIAS.

EL JÓVEN Y EL RELOJ DE ARENA.

Viendo un reloj de arena,
Paseábase Roman con faz serena.
— «Pasa luego,» decia,
«Hora cual nunca impía;
Que pronto Inés con amoroso fuego
Me esperará en la reja; pasa luego.» —
Y dando vueltas, su mirar sombrío
En el reloj fijaba, asaz tardío,

Hasta que al fin echó de ver que insano
Atascado se hallaba un leve grano;
Y saliendo á la calle diligente,
Llamó á la reja, pero inútilmente:
Volvio á llamar de nuevo;
Mas ya no estaba Inés: ¡pobre mancebo!

¡Quién por buscar se apena
De este mundo las dichas ilusorias,
Cuando un grano de arena
Rémora puede ser de nuestras glorias!

FÁBULA X.

LA DICHA ES UN ACASO.

LOS CIEN CUERDOS Y EL BOBO.

Si mal no lo recuerdo,
Un bobo entre cien cuerdos por acaso
(Y aquí de paso
Que hay á veces mil bobos por un cuerdo),
Admiraba el esplendido palacio
Do la Fortuna desigual moraba,
Tan rico, que á sus ojos se mostraba
Con puertas de oro y muros de topacio.
La señora Fortuna,
Que del mundo entre todas las señoras
Tal vez no habrá ninguna
Que la gane á mudarse á todas horas.
Se la antojó salir en aquel dia
A hacer á uno infeliz: ¡quién lo diria!
Al verla los cien cuerdos
(En verdad nada lerdos),
Con presteza importuna
«¡La Fortuna! (prorumpen) ¡la Fortuna!»
Y arrancan en pos de ella,
Miéntras que presurosa,
Si bien como ellas bella,
Como mujer al fin, huyó alevosa;
Y si como ellas es verdad que huía,
Como mujer tambien les sonreía.

Al verla el bobo huir con tal exceso:
— «Vaya con Dios,» le dijo el muy camueso;
Y en celestial arrobo,
Dándosele una higa,
Porque alguno la siga ó no la siga,
A dormir se tendió: ¡maldito bobo!
Siguiéronla los cuerdos locamente:
Pero con tal ahinco,
Que alguno por correr dió un falso brinco,
Y se aplastó la frente.
Otros perdieron solo el sufrimiento;
Y otros ménos felices,
El camino sembraron, y no es cuento,
De piernas, ojos, brazos ó narices.
De engañar á los cuerdos ya cansada
La señora Fortuna, siempre porra,
Ganándoles las vueltas como zorra,
Determinó volverse á su morada.
Mas ¡oh imprevisto caso!
Pues cuando al ir su paso
El linde á trasponer de la ancha puerta,
Tropieza con el bobo, y le despierta,
— «¡Caiste en el garlito!»
Gritó el simple, cual bollos los mofletes:
Y sin andarse en dímes ni diretes,
Con ella en casa entró: ¡bobo maldito!

No llames, Fabio, tonto
Al que cual tú no corre tras lo gloria;
Por correr más, no llegarás mas pronto;
Pregúntaselo al bobo de la historia.

FÁBULA XI.

LA VIDA Y LA MUERTE.

EL PADRE Y SUS HIJOS.

Juntos con su padre estando
Ana y Luis una mañana,
Al plañir de una campana
Luis se santiguó rezando.

Y Ana exclamó con desprecio:
— «¿Por qué rezas?» — Y él al punto.
— «Rezo, dijo, á ese difunto.»
— «Si es que ha nacido uno, necio.» —

Y viendo afrentado al hijo,
El padre, con faz severa
Mirando á la retrechera,
Con voz solemne la dijo:
— «*¡No es rara equivocación,*
Pues para ámbas cosas, Ana,
Siempre una misma campana
Toca con un mismo són!»

FÁBULA XII.

A UN GRAN MAL OTRO MAYOR.

EL RUISEÑOR Y EL RATON.

Clamó un raton sin consuelo,
Preso en una cárcel fuerte:
— «¡Imposible es que la suerte
Pudiese aumentar mi duelo!» —
Y alzando la vista al cielo
Para acusar su dolor,
Le preguntó un ruiseñor
De un halcon arrebatado:
— «¿Truecas conmigo tu estado?» —
Y él contestó: — *No, señor.*

FÁBULA XIII.

DEL TRONCO SALE LA RAMA.

EL POTRO Y LA YEGUA.

Era una yegua pía,
Que sin ánimos ya para dar coces,
A un hijo que tenía,
Así le reprendía,
Si no con estas, con iguales voces:

— «No des coces ¡impío!
Maldita sea tu costumbre ingrata;
Cual yo, modera el brío;
Ten presente, hijo mío,
Que es mala educacion sacar la pata.» —

Al decir *bien* el hijo,
La saludó con singular donaire,
De puro regocijo
Despues de lo que dijo,
Miles de coces disparando al aire.

Y en ocasion tan calva,
Si los hallase en parte Las contigua,
Presumo que en la salva
Al lucero del alba
Y á la madre, de un par me los santigua.

— «¿De quién aprenderia,»
Siguió la yegua, «inclinacion tan basta?»
La zorra que la oía:
— «De nadie,» la decía,
«Créalo usted, vecina; *esa es la casta.*»

FÁBULA XIV.

LECCIONES AMARGAS.

EL PADRE, EL HIJO Y EL PERRO.

Bramaba el viento agitado,
Cuando subian á un cerro
Un padre en su hijo apoyado,
Y detras de ámbos un perro.

Y con mortal pesadumbre
El viejo desfallecido,
Cayó exánime en la cumbre,
Entre la nieve aterido.

Y — «marcha;» al jóven le dijo;
«No encuentres cual yo la muerte.»
— «Pues adiós» — contestó el hijo;
Y huyó temiendo igual suerte.

Mas desde un monte cercano,
Libre ya de todo empeño,
Vió que, *mas fiel, el alano*
Quedó á morir con su dueño.

FÁBULA XV.

LA MUERTE TODO LO IGUALA.

LA VUELTA DEL CAMPESINO.

Halló al volver con otros á su tierra
Un nuevo cementerio un campesino,
Y al cruzar por en medio del camino
Vió escrita en él esta inscripción que aterra.
«Un Ponce de Leon aquí se encierra:
Dobla al pasar la frente, oh peregrino,
Y acata humilde al que postró al destino,
Recio juez en la paz, y héroe en la guerra.» —
Fija la vista en los eternos bronces,
Gestos de admiracion haciendo extraños,
Dijo extasiado el campesino entónces:
— «¡Por Dios que son terribles desengaños!
¡Quién les dijera á los ilustres Ponces,
Que aquí enterré yo un *burro* hace dos años!»

FÁBULA XVI.

NO HAY DICHA CUMPLIDA.

EL PLACER Y EL PESAR.

Al descender al mundo
El *pesar* y el *placer*, fuerte el primero
Y débil el segundo,
Con afecto profundo
Llamáronse uno al otro «compañero.»

Sucedió que un cualquiera
Encontrando al *placer*, con fuertes lazos
(Por fuerza que un tonto era)
Le estrechó de manera,
Que por poco el *placer* muere en sus brazos.

Y no cometió dolo,
Ya que pudo, en gozarle, el buen mancebo,
Pues juro por Apolo
Que si le hallara solo
Le dejara este cura como nuevo.

Al verse así ultrajado,
Para el mozo el *placer* pidió un castigo,
Y el *pesar* decontado
De dolores cercado
Voló en defensa de su flaco amigo.

— «¡De hoy nos verá la gente,»
Con amor, se dijeron, sin segundo,
«Juntos eternamente!» —
Eterna y juntamente
Desde entónces acá los halla el mundo.

Por eso, si por suerte
Ves, como el mozo, al que placer se nombra,
Apercibido advierte
Que para herir de muerte,
Recatado el pesar vela á su sombra.

FÁBULA XVII.

BIENES PROMETIDOS.

El mundo al empezar, si bien me fundo,
Júpiter trajo al mundo,
Para dar por igual á los mortales,
En una arca los bienes
Y en otra arca los males.
Cogió el arca primera
(Que por mi mal la de los males era),

Y el censo atroz de los odiosos males
Distribuyendo con piadoso intento,
Ciento á Luis, ciento á Juan, y á Ramón ciento,
Quedamos, salvo error, todos iguales.
Abrió el arca segunda
Y tanto criminal (que Dios confunda)
Acudió á ver los bienes, que brillantes
Lucian cual riquísimos diamantes,
Que al fin los mas bribones
Entraron de robar en tentaciones.
Por detrás un avaro sin decoro
Sustrajo bienes mil (mil onzas de oro);
Y un alcalde (un truhan) dando pisadas,
Diez bienes se apropió (diez alcaldadas):
Aquí un lascivo su placer corona
Con una vírgen que aspiró á matrona;
Allí un poeta (un cándido presumo)
Tan solo robó un bien (la gloria; ¡humo!),
Y un ruin magnate, de nobleza rancia,
Veinte bienes sustrajo sin conciencia,
Reducidos, en última sustancia,
A diez y nueve cruces y un vuecencia.
Tantas eran por fin las sustracciones
De ambiciosos, de avaros, y ladrones,
Que Júpiter, atándose la capa,
(Lo que prueba la fe de los humanos)
Andaba con los piés y con las manos
Por aquí y por allí tapa que tapa.
Al ver tanta ruindad en los mortales,
Por último el buen dios perdió la calma,
Y, llevándose el arca en cuerpo y alma,
Dijo, al cerrar las puertas celestiales:
— «Yo juro por esta arca que ahora encierra
Los bienes que el mortal anhela tanto,
De no sacar un bien ni aún para un santo,
Hasta que no haya infames en la tierra.»
Dijo así el dios; y el diablo que le oía
(Pues siempre anda del hombre en compañía),
Gritó á la gente, que se vió burlada,
Lanzando una insolente carcajada:
— «Noble mortal, mi digno descendiente
(Lo cual nunca en tus actos se desmiente),
El dios que escuchas, de inocencia lleno,
Sus bienes te promete, *en siendo bueno:*
Si hasta entónces no aguardas otros bienes,
Acuéstate á dormir, que *tiempo tienes.*»

FÁBULA XVIII.

PRINCIPIO Y FIN DE LAS COSAS.

EL LABRADOR Y LA MORERA.

Primera parte.

Juan plantó una morera,
Que todo el que á algun tiempo la veía,
Con la fé mas sincera
Loando sus primores, prorumpía:
— «¡Bien haya el hacedor de tal hechura!
¡Qué flor, qué tronco, qué hoja, qué verdura!»

De seda unos gusanos
Sus hojas agotaron roedores,
Y con dardos insanos
Dieron fin las abejas á sus flores,
Dejando el árbol de tan ruin manera,
Que Juan lo hizo cortar. ¡Adios morera!

Así, en suertes no iguales,
Llegaron con destino bueno ó malo,
Las flores á panales,
Las hojas á ser seda, á efigie el palo:
Pues os advierto que en mudanza tanta
Del rudo tronco Juan hizo una santa.

Y cual de la morera
Tuvieron hoja y flor vario destino,
De la misma manera
Los hombres tienen encontrado sino;
Que el destino es instable como el viento. —
Mas basta de moral, y siga el cuento.

Segunda parte.

A mi lugar un día
La gente se agolpó de la comarca,
Do festejar solía
La vírgen que llamamos de la Barca;
Santa que yo adoré, santa que aún era
La misma que hizo Juan de la morera.

Y á través de un concierto
Que en el templo sonaba en alto coro
(Bastante mal por cierto),
Sin oir lo sonoro ó no sonoro,
A una vela escuché, no sin trabajo,
Que decía á la santa por lo bajo:

— «¿Cómo estamos, hermana?
Yo soy hija, tambien, de la morera.
En mi suerte tirana,
Fuí flor, llegué á panal y ahora soy cera.
¡Quién al ver la morera nos diría,
Que al ser lo que eres, lo que soy sería!»

«Su desdén me acongoja,»
Dijo el vestido de la santa entónces;
«Llegué á seda desde hoja,
Y sus oidos para mí son bronces.
¡Nadie creerá, al verme en la morera,
Que de un santo del tronco el traje fuera!

— «Calle el necio ropaje,
Pues le doy tanto honor,» dijo la santa:
«Y cuide no me ultraje
La innoble cera con locura tanta.
¡Las parleras!.., las muy... ¡Ave María!
¿Qué hay de comun entre las tres?» seguía.

«¿No ven», las fué diciendo,
«Que hasta el mismo escultor que me ha labrado
En acto reverendo
Me tributa oblacion con noble agrado?» —
Y era verdad, que con amor profundo
Hasta oraba el buen Juan. ¡Cosas del mundo!

Si empieza la existencia
Los séres al nacer mostrando iguales,
En nuestra adolescencia
Ya veis que unos son séres celestiales,
Ante los cuales los demás oramos.
¿Más cuál de todos será el fin? Veamos.

Tercera parte.

A la vela inflamada,
— «Llega,» dijo el vestido, «hermana mía,
Y nuestra suerte aírada
Será así igual hasta la tumba fría.» —
Llegó la vela el labio enrojecido,
E inflamado á su luz ardió el vestido.

Crujió entónces la seda;
Y arrojando las chispas á millares,
Fué ardiendo en ígnea rueda
Seda, blandon, imágenes y altares,
Siendo al fin, calcinado su ornamento.
Juguete vil del agitado viento.

¡Así en la humana vida,
Si á unos el hado en ídolos convierte,
Miéntras que envilecida
La plebe es templo y luz.. llega la muerte,
Y confunde, con bárbaros ejemplos,
Aras, ídolos, luz, galas y templos!

CANTARES.

AMOROSOS.

1.

La amo tanto, á mi pesar,
Qué, aunqué yo vuelva á nacer,
La he de volver á querer
Aunqué me vuelva á matar.

2.

Desde que perdí el encanto
De mi primera pasion,
No he entrado en mi corazon
Por no morirme de espanto.

3.

No esperes que una mudanza
Me dé la tranquilidad;
Que amo en tí más la esperanza,
Que en otras la realidad.

4.

Si hago al juicio una llamada,
Me responde el corazon
Que si hay juicio no hay pasion,
Y si no hay pasion no hay nada.

5.

Como no vives tú en mí,
Vivo en tí, más no contigo;
Y hasta no vivo conmigo,
Como vivo sólo en tí.

6.

Está tu imágen, que admiro,
Tan pegada á mi deseo,
Que si al espejo me miro,
En vez de verme, te veo.

7.

Perdí media vida mía
Por cierto placer fatal,
Y la otra media daría
Por otro placer igual.

8.

Más cerca de mí te siento
Cuanto mas huyo de tí,
Pues tu imágen es en mí
Sombra de mi pensamiento.

9.

Sueñe ó vele, no hay respiro
Para mi ardiente deseo,
Pues sueño cuando te miro,
Y cuando sueño te veo.

10.

Prometo que te he de amar,
Pero me has de prometer
Que solo me has de engañar
Si me dejas de querer.

11.

Tu bien es mi gran contento,
Tu mal mi mayor sufrir,
Pues siento más tu sentir
Que lo que yo mismo siento.

12.

¡Qué razon tiene mi amór
Cuando te jura y rejura
Qué, aunqué grande, es tu hermosura
De tus gracias la menór!

13.

¿Quién, niña, te se figura
Que amará con mas verdad,
Mis sentidos tu hermosura.
Ó el corazón tu bondad.

14.

Cuantos te han tratado y tratan
En tu amor aprender suelen,
Todos, las penas que duelen
Yo, los dolores que matan.

15.

Aunqué esté muerto de cierto,
En nombre suyo llamadme;
Si no respondo, enterradme,
Porqué de cierto estoy muerto.

16.

Marcho á la luz de luna
De su sombra tan en pos,
Que no hacen mas sombra que una,
Siendo nuestros cuerpos dos.

17.

Me causas tanto pesar,
Que he llegado á presumir
Que mucho me debe amar
Quien tanto me hace sufrir.

18.

Todos pagan la traición
Con el odio y el puñal;
Yo te pagué el mismo mal
Con el amor y el perdón.

19.

Si indócil á mis consejos,
Vas de mi cariño á huir,
Yo me voy mucho mas léjos,
Porque me voy á morir.

20.

Nunca, aunqué estés quejumbrosa,
Tus quejas puedo escuchar,
Pues como eres tan hermosa,
No te oigo, te miro hablar.

21.

Dios, que nos crió á los dos,
Podrá hacer que yo me muera:
Pero hacer que no te quiera,
Dios podria... porqué es Dios.

22.

Un dia á Richmond subí,
¡Y cuán bello lo hallaria,
Que, perdóname, aquel día
Fuí feliz hasta sin tí!

23.

Las malas son esas penas
Que sin matar nos maltratan;
Las que de un golpe nos matan,
¡Esas sí que son las buenas!

24.

Ten paciencia, corazón;
Que es mejor, á lo que veo,
Deseo sin posesión,
Que posesion sin deseo.

25.

Así, en inútil porfía,
Pasa esta vida traidora:
Yo pidiéndote que *ahora*,
Tú diciendo que *otro día*.

26.

Aún dí poco por tu amor,
Aunqué por él dí, constante,
Veinte años por un instante,
La dicha por un favor.

27.

Vengo á pedirte perdón;
No puedo luchar contigo,
Pues mi mayor enemigo
Es mi mismo corazón.

28.

¡Ay! ¿por qué haciendo, perjura,
Dos veces fatal mi historia,
Me arrebatas la ventura
Dejándome la memoria?

29.

Para pintarte, querida,
Mi existencia de una vez,
Lée el resúmen de mi vida:
— Una tarde en Aranjuez. —

30.

Absorto en tí mi deseo,
Tan solo en tu amor creí;
Pero ahora en nada creo,
Desde que no creo en tí.

31.

Si en tu gracia he de créer,
Quiero tus gracias mirar,
Pues mal te podré aprender
Si no te puedo estudiar.

32.

Ir hácia Atocha la ví;
La seguí, miré, miró;
Y no *vine*, *ví* y *reneí;*
Yo vine, ví, y me venció.

33.

Es tanta mi ceguedad,
Que te amo, aunqué estoy seguro
Que con amarte aventuro
Mi dicha en la eternidad.

34.

Tú presumes, y no es cierto,
Que yo te oculto una cosa;
Yo solo te oculto, hermosa,
El llanto que por tí vierto.

35.

Porque en dulce confianza
Contigo una vez hablé,
Toda la vida pasé
Hablando con mi esperanza.

36.

Vuélvemelo hoy á decír,
Pues, embelesado, ayer
Te escuchaba sin oír,
Y te miraba sin ver.

37.

En la fiesta de San Blás
Reïste tanto con él,
Que desde entónces ¡infiel!
No he vuelto á reir jamás.

38.

Miéntras bebí descuidado
El filtro de sus amores,
Me mató, cual los traidores,
Al descuido con cuidado.

39.

Tus perfecciones al vér,
Suelen los hombres decir:
— Solo por verla, nacér;
Despues de verla, morir. —

40.

Tras tí cruzar un bulto
Ví por la alfombra;
Ciego el puñal sepulto...
Y era tu sombra.
¡Cuánto, insensato,
Te amo, que hasta de celos
Tu sombra mato!

41.

Que es matarme, confieso,
El olvidarme:
Aborréceme, que eso
Ya es recordarme.
Por Dios te pido
Que me entregues al odio,
Mas no al olvido.

EPIGRAMÁTICOS.

1.

Que me vendiste se cuenta,
Y añaden, para tu daño,
Que te dieron por mi venta
Monedas de desengaño.

2.

Que es corto sastre preveo,
Para el hombre la mujer,
Pues siempre corta el placer
Estrecho para el deseo.

3.

Siempre se rinde mejór
La fuerza de tu conciencia
Á un grano de vïolencia
Que á cien quintales de amór.

4.

Porque esté mas escondido,
De tal modo te lo cuento,
Que entre mi boca y tu oido
No quiero que esté ni el viento.

5.

El mismo amor ellas tienen
Que la muerte á quien las ama;
Vienen si no se las llama,
Si se las llama, no vienen.

6.

Sin antifaz te veía,
Y una vez con él te ví;
Sin él no te conocía,
Mas con él te conocí.

7.

Ni te tengo que pagar,
Ni me quedas á deber;
Si yo te enseñé á querer,
Tú me enseñaste á olvidar.

8.

Á un mármol Pigmalion
Le dió de mujer el sér,
Y en mí cambió una mujer
En mármol mi corazon.

9.

Si te ha absuelto el confesor
De aquello del Cabañal,
Ó tú te confiesas mal,
Ó él te confiesa peor.

10.

Por mucho que el tren corría,
Corre tanto un — yo te adoro, —
Que era tuyo en Valdemoro,
Y en Aranjuez ya eras mía.

11.

¡Qué bien supiste aprender
Lo que dice cierto autor:
Que suele en lances de amor
Ser la mentira un deber!

12.

¡Que no me conoce, ayer
Juró por no sé qué santo!
¿Cómo me ha de conocer,
Si yo la conozco tanto?...

13.

Mira que ya el mundo advierte
Que, al mirarnos de pasada,
Tú te pones colorada,
Yo pálido cual la muerte.

14.

Cuando pasas por mi lado
Sin tenderme una mirada,
¿No te acuerdas de mí nada,
Ó te acuerdas demasiado?

15.

Aunque al salir tú del puerto
Quedé más muerto que vivo,
Verás, por esta que escribo,
Que, con efecto, no he muerto.

16.

Levanta ese rostro inquieto
Y el mirarme no te asombre;
Que, aunqué agraviado, soy hombre
Que muero con mi secreto.

17.

Yo no soy como aquel santo
Que dió media capa á un pobre;
Ten de mi amor todo el manto,
Y si te sobra, que sobre.

18.

Es el amór un galan
Que ni hambre ni hartura quiere,
Pues lo mata el mucho pan,
Y con poco pan se muere.

19.

Con desden me has molestado,
Y hoy con celos me molestas,
Y más bostezos me cuestas,
Que suspiros me has costado.

20.

No engañarias, á fé,
Su fé con tan buenos modos,
Si este, y aquel, y ese, y todos
Supieran lo que yo sé.

21.

Cual vil cazador me trata
La cazadora á quien amo;
Se esconde, saca el reclamo,
Vá la perdiz, y la mata.

22.

Testigo de eterno amór,
Le di una flor á mi amante;
Mi suerte fué que la flór
Tan solo duró un instante.

23.

Quisiera al jardin volver
De tu cariñoso amór,
Si se pudiera coger
Dos veces la misma flór.

24.

Pues yo la perdiz anhelo,
El mochuelo es para tí;
Ó bien para tí el mochuelo,
Y la perdiz para mí.

25.

Como en la iglesia te ví
Después de lo de la fiesta,
Me santigüé y prorumpí:
— ¿Quién dirá que aquella es esta?

26.

Sin saber dacir por qué és,
Para los malos amantes,
Todas son discretas ántes.
Y todas tontas después.

27.

Con tanto placer cruzamos
El túnel de Elda los dos,
Que al salir de él exclamamos:
— ¿No habrá otro túnel, gran Dios? —

28.

Lo recuerdo de tal modo,
Que aun creo que estoy mirando
Cómo fuiste colocando
Mano, pié, cabeza y todo.

29.

Cuando cobrar una de uno
Quiere prenda que aún no dió,
Esa una vendió á alguno
Lo que alguno no pagó.

30.

Ya sé que aunqué perdí en ello,
He perdido tu amistad,
Desde que hablando de aquello,
Te dije aquella verdad.

31.

Por más que sobre árbol bueno
Otro mejor he ingertado,
Nunca hay fruta en mi cercado
Como en el cercado ajeno.

32.

No hay quien en suerte te venza,
Pués aún crée la multitud
Que es pudor de tu virtud
El rubor de tu vergüenza.

33.

En vano al pié de un retablo
Le juras á Dios ser fiel;
Después que fuiste de aquel,
Solo puedes ser del diablo.

34.

De noche, solo y á pié,
Voy á tu lado, me acuesto,
Me vuelvo, y nadie me vé...
Todo en sueños por supuesto.

35.

Casi te lo agradecí
Cuando el engaño toqué,
Pues si loco me acosté,
Filósofo amanecí.

36.

Loca por mí te figuras,
Más ya ven los que te advierten,
Que nunca haces más locuras
Que aquellas que te divierten.

37.

No inquieras con tal constancia
Si soy ó no soy leal;
Que toda dicha cabal
Nace de alguna ignorancia.

38.

Te pintaré en un cantar
La rueda de la existencia:
Pecar, hacer penitencia,
Y luego vuelta á empezar.

39.

¡Cuántos deseos cautivos
Te manda mi corazón
Velados en la expresión
De estos puntos suspensivos!...

40.

Entónces, con el deseo,
Sin mirarte te veía;
Pasó algun tiempo; y hoy día,
Si te miro, no te veo.

41.

Diciéndolo, no diré
Lo que aquel pinar esconde;
Allí, ya recuerdas dónde,
Nos pasó, ya sabes qué.

42.

Pensando que he de morir
Á tal desventura llego,
Que como un muerto me entrego
Á la dicha de vivir.

43.

Si es fácil una hermosa,
Voy y la dejo;
Si es difícil la cosa,
Tambien me alejo,
Niñas, cuidad
De amar siempre con fácil
Dificultad.

FILOSÓFICO-MORALES.

1.

Por más contento que esté,
Una pena en mí se esconde
Que la siento no sé dónde.
Y nace de no sé qué.

2.

Fuí un dia á la ciudad;
Y me volví al otro día,
Pués mi mejor compañía
Es la mayor soledad.

3.

La vida es dulce ó amarga;
Lo corta ó larga ¿qué importa?
El que goza la halla corta,
Y el que sufre la halla larga.

4.

Dejándome en paz sufrir,
Puedes, ventura, pasar;
Pués como te has de marchar,
No gozo en verte venir.

5.

Cuando las penas ajenas
Mido por las penas mías,
¡Quién me diera á mí sus penas
Para hacer mis alegrías!

6.

Menor el tormento fuera
De esta duda en que me muero,
Si, cual sé lo que no quiero,
Lo que yo quiero suspiera.

7.

Decia yo, de amor loco:
— ¡Penar tan poco por tanto! —
Y dije, al perder mi encanto:
— ¡Penar tanto por tan poco! —

8.

Con tantos pesares lidia
Mi corazón en el mundo,
Que cuando ve á un moribundo,
Casi se muere de envidia.

9.

¡Qué divagar infinito
Es este en que el hombre vive,
Que siente, piensa y escribe,
Y luego borra lo escrito!

10.

Mal hizo el que hizo el encargo
De hacer las cosas al gusto;
Todo es corto ó todo es largo,
Y nada nos viene justo.

11.

Para divertir su afán
Cantaba á su reja un loco:
— Unos estamos por poco,
Y otros por poco no están. —

12.

Tanto suelen mi sufrir
Las desdichas apurar,
Que á veces me echo á reir
Por no poderlas llorar.

13.

Corro de aquí para allí
Sin que halle mi afán parada,
Y no es porqué busco nada,
Es que ando huyendo de mí.

14.

Siembre penas ó contento,
Me nacen á manos llenas.
Por cada placer cien penas,
Por cada pena otras ciento.

15.

El tiempo á todos consuela,
Solo mi mal acibara,
Pués si estoy triste se para,
Y si soy dichoso vuela.

16.

Como asegura un autór,
La muerte es un grande sueño:
Si es bueno el sueño pequeño,
El grande será mejór.

17.

¡Cómo cansan, cómo cansan
Las horas que van pasando,
Y el no descansar, pensando
Cómo los demás descansan!

18.

Pasa un dia, y sabe Diós
Que mi atroz melancolía
No siente que pase un día,
Sino que no pasen dós.

19.

Mi deseo es desear,
Más que alcanzar lo que quiero;
Y mejor que lo que espero,
Lo que quiero es esperar.

20.

Cuando más desesperado
Voy del cielo á maldecir...
¡Bendigo á Dios, que me ha dado
La esperanza de morir!

21.

Con más fé se soportara
La vida, is se pudiera
Llorar cuando se anhelara,
Morir cuando se quisiera.

22.

Ya lo gozado y sufrido
Se ha pasado, y claro está
Que si pasó lo venido,
Lo que venga pasará.

23.

Si ayer tropecé bastante,
Hoy tropiezo mucho más;
Ántes mirando adelante,
Después mirando hácia atrás.

24.

La tumba es al lecho igual;
Pero bien sabido ten
Que en uno se duerme mal,
Y en otra se duerme bien.

25.

Sufro poco, al recordar
Que ha de acabar mi sufrir;
Ni gozo cuando, al gozar,
Recuerdo que he de morir.

26.

Si como se sabe ya,
El que *espera desespera*,
Quien, como yo, nada espera,
¡Cuál se desesperará!

27.

Si entre no haber sido y ser
Hubiera el hombre elegido,
Claro es que hubiera escogido
El no poder escoger.

28.

Del mundo entré en el bazar;
Más ¡cuánto he sufrido al ver
Que ya es costumbre vender
Cuanto se quiere comprar!

29.

Tengo un consuelo fatal
En medio de mi dolor,
Y es, que hallándome tan mal,
Nunca podré estar peor.

30.

Nunca he podido olvidar
Lo que me dijo al partir:
— Tú piensa para decir,
Más no hables para pensar. —

31.

Tarde ví lo inútil que és
Dar gusto á nuestra esperanza,
Pués cuando una cosa alcanza,
Quiere otra cosa después.

32.

Con permiso del Eterno
Dudo cuál será mayor,
Si aquel dolor del infierno,
Ó este infierno de dolor.

33.

Ya ni por saber trabajo,
Que es este mundo de prueba;
Quien sabe por qué me trajo,
Ya sabrá por qué me lleva.

34.

Y no siento que la suerte
Me abrume cada vez más;
Lo que siento es que la muerte
No llega á tiempo jamás.

35.

La dicha es una ilusión,
Pués se puede, en mi sentir,
Una tragedia escribir
Del mas feliz corazón.

36.

Ya de sentimiento llena,
Siente en falso el alma mía,
Pués lo alegre me da pena,
Y lo que es triste alegría.

37.

No vengas, falso contento,
Llamando á mi corazón,
Pués traes en la ilusión
Envuelto el remordimiento.

38.

Dame la vida, ¡oh dolór!
Compañero eterno mío,
Pues si no fuera tu amór,
Ya hubiera muerto de hastío.

39.

Después que ya se ha agotado
Todo humano sufrimiento,
Siempre hay un nuevo tormento
Para un viejo atormentado.

40.

Llorar de placer se suele,
Y es que en nuestro corazón
Hay siempre una vibración,
Que, aun con el placer, nos duele.

41.

Mucho sabria, en verdad,
Si supiera la razón
Dónde acaba la ilusión
Y empieza la realidad.

42.

¡Infeliz del que en la tierra
Las ilusiones perdió,
Y está además, como yo,
Con sus recuerdos en guerra!

43.

Llaman vida á ir de esta suerte
Hasta que el cuerpo sucumba,
En agonías sin muerte,
Y en una muerte sin tumba.

44.

Ayer sudé por ganar
Lo que hoy me causa desgana,
Y hoy sudo por alcanzar
Lo que me aburra mañana.

45.

Cuando con fé inextinguible
Pretendas dichoso ser,
Lo primero que has de hacer,
Es discutir *si es posible.*

46.

Piensa con ojos serenos
Cómo y cuándo morirás;
Que siendo el morir lo más,
El cómo y cuándo es lo ménos.

47.

Mi madre, que me amaba
Con desvarío,
Siempre al verme exclamaba:
— ¡Consuelo mio! —
¡Y hoy, santo cielo,
Quién consolar pudiera
Á aquel consuelo!

48.

Te enseñó, pués quisiste,
Toda su ciencia,
¿Y hoy le preguntas ¡triste!
Por tu inocencia?
¿Cómo ¡imprudente!
Querias, siendo sabia,
Ser inocente?

DOLORAS.

I.

COSAS DE LA EDAD.

1.

—«Sé que corriendo, Lucía,
Tras criminales antojos,
Has escrito el otro día
Una carta que decía:
—Al espejo de mis ojos. —

«Y aunqué mis gustos añejos
Marchiten tus ilusiones,
Te han de hacer ver mis consejos
Que contra tales espejos
Se rompen los corazones.

«¡Ay! ¡No rindiera, en verdad,
El corazón lastimado
Á dura cautividad,
Si yo volviera á tu edad.
Y lo pasado, pasado!

«Por tus locas vanidades,
¿Que son ¡oh niña! no miras
Más amargas las verdades,
Cuanto allá en las mocedades
Son más dulces las mentiras?

«¿Y que es la tez seductora
Con que el semblante se aliña,

Luz que la edad descolora?
Más ¿no me escuchas, traidora?
(¡Pero, señor, *si es tan niña!...*).»

2.

«Conozco, abuela, en lo helado
De vuestra estéril razón;
Que en el tiempo que ha pasado,
O habeis perdido ó gastado
Las llaves del corazón.

«Si amór con fuerzas extrañas
Á un tiempo mata y consuela,
Justo es detestar sus sañas;
Mas no amar, teniendo entrañas,
Eso es imposible, abuela.

«¿Nunca soleis maldecir
Con desesperado empeño
Al sol que empieza á lucir,
Cuando os viene á interrumpir
La felicidad de un sueño?

«¿Jamás en vuestros desvelos
Cerrais los ojos con calma
Para ver solas, sin celos,
Imágenes de los cielos
Allá en el fondo del alma?

«¿Y nunca veis, en mal hora,
Miradas que la pasión
Lance tan desgarradora,
Que os hagan llevar, señora,
Las manos al corazón?

«¿Y no adorais las ficciones
Que, pasando, al alma deja
Cierta ilusion de ilusiones?...
Mas ¿no escuchais mis razones?
(¡Pero, señor, *si es tan vieja!...*)» —

3.

— No entiendo tu amor, Lucía.
— Ni yo vuestros desengaños.
— Y es porqué la suerte impía
Puso entre tu alma y la mia
El yerto mar de los años.

Más la vejez destructora
Pronto templará tu afán.
— Más siempre entónces, señora,
Buenos recuerdos serán
Las buenas dichas de ahora.

— ¡Triste es el placer gozado!
Más triste es el no sentido;
Pués yo decir he escuchado
Que siempre el gusto pasado
Suele deleitar perdido.

— Oye á quien bien te aconseja.
— Inútil es vuestra riña.
— Siento tu mal. — No me aqueja.
—(¡Pero, señor, *si es tan niña!...*).
—(¡Pero, señor, *si es tan vieja!...*). —

II.

GLORIAS DE LA VIDA.

¡Al fuego, cartas de adorados séres
Por quien la sangre derramé viviendo!
Arded á impulsos de esa luz, y ardiendo,
Con vos se extinga *mi fatal pasión.*
¡Ved cuál la gloria de sus dulces rasgos
Se lleva el aire en fútiles despojos!
¡No su partida lamenteis, mis ojos;
Que humo las glorias de la vida són!

¡Al fuego, signos que sin fé trazaron
Falsas mujeres que adoraba ciego!
Inés, Inés, Inés... ¡al fuego! ¡al fuego!
¡Maldita sea *mi fatal pasión!*
—«¡Nadie en el mundo como yo te adora!» —
¡Arda á su vez la que tan bien mentía!
¡Ay! ¡quién, tal gloria al poseer, diría
Que humo las glorias de la vida són!

¡Al fuego, enigmas de infernal sentido!
¡Digno sepulcro el desengaño os presta!
¡Cuán bien mi madre me alejaba en esta
Del torpe error de *mi fatal pasión!*
«¡Huye — dice el amor, porque su gloria
Es pacto vil de la ilusion de un día,
Y al fin verás, alma del alma mía,
Que humo las glorias de la vida són!»

III.

VENTAJAS DE LA INCONSTANCIA.

Despues de amarla, olvídala; que el cielo
La inconstancia al amor le dió en consuelo.
(PATRICIO M. DE RAYON.)

¡Ay! Anoche te escuché
(El que escucha oye su mal),
Cuando á otro hombre, por tu fé,
Le jurabas fé eternal.
¡Imprudente!
Nadie quiere eternamente;
Que pase un més y otro més,
Y me lo dirás después.
Aunqué nuestro amor fué extraño,
Ya no lloro
Ni mi engaño ni tu engaño;
Pues no ignoro,
Que la inconstancia es el cielo
Que el Señór
Abre al fin para consuelo
A los mártires de amór.
Despues, ¡ingrata! ¿qué hiciste?
¿Fué el ruido de un beso aquel?
Bien te oí cuando dijiste;
— «No hice otro tanto con él.» —
¡Ay, Victoria,
Cuán frágil es tu memoria!
Ruega á Dios que siempre calle
Aquella fuente del valle...
Si me engañas, ya ántes, ducho,
Te engañé;
Porqué aunque me amabas mucho,

Yo bien sé,
Que la incánstancia es el cielo
Que el Señór
Abre al fin para consuelo,
A los mártires de amór.

Por último, ¡horrible paso!
Dijiste, al partir, de mí:
—«Es un...» — ¡Ah! Más, por si acaso,
Lo dije yo ántes de tí.
Sí, gacela;
Aquí, el que no corre, vuela;
Lo que tú hoy de mí, yo ayer
Dije de tí á otra mujer.
Que los séres en amores
Adiestrados,
Todos son engañadores
Y engañados;
Pues la inconstancia es el cielo
Que el Señór
Abre al fin para consuelo
A los mártires de amór.

Adiós. Te juro leal,
Por el que nació en Belen,
Que nunca te querré mal,
Si no te quise muy bien.
Conque, adiós.
Navia y Julio á veintidós.
Hoy por mí, y por tí mañana.
¡Tal es la doblez humana!
Si te ama algun importuno,
Ó imprudente,
Llegases tú á amar alguno,
Ten presente
Que la inconstancia es el cielo
Que el Señór
Abre al fin para consuelo
A los mártires de amór.

IV.

LOS SOLLOZOS.

Si á mis sollozos les pregunto adónde
La dura causa está de su aflicción,
De un ¡ay! que ya pasó, la voz responde:
— «De mi antiguo dolor *recuerdos* són.» —

Y alguna vez, cual otras infelice,
Que sollozo postrado en la inacción!
De otro ¡ay! que aun no llegó, la voz me dice:
— «De mi dolor *presentimientos* són.» —

¡Ruda inquietud de la existencia impía!
¿Dónde calma ha de hallar el corazón,
Si hasta sollozos que la *inercia* cría,
Presentimientos ó memorias són?...

V.

QUIEN VIVE OLVIDA.

Que la dicha, si es colmada,
Si nada turba el contento,
Suele trocarse en tormento;
Porque cansa al corazón
Siempre una misma pasión,
Siempre un mismo sentimiento.
(El Conde de Revillagigedo.)

ÉL.

¡Cuánto amor, Adela mía.
Aquí un día
Me juraste y te juré!

ADELA.

Por cierto que fué en Noviembre,
Y en Diciembre
Me olvidaste y te olvidé.

ÉL.

Allí grabé con pasión
La expresión
De que *vivir es amar.*

ADELA.

Bajo expresion tan traidora.
Graba ahora
Que *vivir es olvidar.*

ÉL.

Aún por tí mi amor se inflama,
Porque el que ama
Nunca olvida, si ama bien.

ADELA.

No hagas de tu amor alarde,
Que, aunque tarde,
A gran amor gran desden.

ÉL.

Entre estas ramas, ¡ay triste!
Me dijiste:
— «No te olvidaré jamás.» —

ADELA.

No acerté, en mi error profundo,
Que en el mundo,
Quien más vive, olvida más.

ÉL.

¿Cuándo con locos extremos
Volveremos
Á amar con tan ciego ardór?

ADELA.

Nunca, pues ya hemos sabido
Que el olvido
Sigue, cual sombra, al amór.

ÉL.

¡Tiempos felices aquellos
En que, bellos,
Vivir era idolatrar!

ADELA.

¡Quién entónces (¡pena fiera!)
Nos dijera
Que vivir es olvidar!

VI.

LAS DOS ALMAS.

— Adónde vas, alma mía,
Hácia ese mundo perdido?
— Á ser alma de un nacido
La Omnipotencia me envía.

— Y tú, alma mía, ¿qué vuelo
Sigues, ganando la altura?
— Dejo á uno en la sepultura,
Y voy caminando al cielo.

— Puesto que subes, hermana,
Y te hallo al bajar al mundo,
Díme si es... — Un cáos profundo,
Que llaman cárcel humana.

Prosigue, y no tan altiva,
Hermana, bajes ahora;
Porque vas, siendo señora,
Á ser del hombre cautiva.

Que en él, con rumbo perdido,
Sigue en loco devaneo,
Cada potencia un deseo,
Y un gusto cada sentido.

Pues de ansia de goces lleno,
Busca el oido armonía,
El paladar ambrosía,
É impúdico el tacto, cieno.

Así sus gustos sin calma
Van los sentidos gozando,
Miéntras que á merced, flotando,
Vá de los suyos el alma.

Y en rumbos tan desiguales,
Y tan contrarios vaivenes,
Si el alma delira bienes,
Acosan al cuerpo males.

Y amando el cuerpo la tierra,
Y el alma adorando al cielo,
Siempre están, en su desvelo,
Carne y espíritu en guerra.

— Pues si ya, el cielo ganando,
Dejaste cárcel tan fiera,
¿Por qué al aire, compañera,
Vas esas lágrimas dando?

— Porqué hay, hermana, en el suelo
Séres que tambien se adoran,
Y que, al dejarlos, se lloran,
Como al dejar los del cielo.

— Si el cielo que dejo escalas,
Y al mundo voy que tú dejas,
Llevemos, pues, tú mis quejas
Y yo tu llanto, en las alas.

Y al mundo adonde me alejo,
Cuando le muestre tu llanto,
Muestra mis ayes en tanto
Al cielo hermoso que dejo.

Y ya que fatídico arde
De mi cautiverio el día,
Queda a Dios, hermana mía.
— Hermana mia, Él te guarde. —

VII.

NO HAY DICHA EN LA TIERRA.

De niño, en el vano aliño
De la juventud soñando,
Pasé la niñez llorando
Con todo el pesar de un niño.
Si empieza el hombre penando
Cuando ni un mal le desvela:
¡Ah!
La dicha que el hombre anhela,
¿Dónde está?

Ya jóven, falto de calma,
Busco el placer de la vida,
Y cada ilusion perdida
Me arranca, al partir, el alma.
Si en la estación mas florida
No hay mal que al alma no duela:
¡Ah!
La dicha que el hombre anhela,
¿Dónde está?

La paz con ansia importuna,
Busco en la vejez inerte,
Y buscaré en mal tan fuerte
Junto al sepulcro la cuna.
Temo á la muerte, y la muerte
Todos los males consuela.
¡Ah!
La dicha que el hombre anhela,
¿Dónde está?...

VIII.

LA VIRTUD DEL EGOÍSMO.

Si anoche no estuve, Flora,
Á adorar tu talle hermoso,
Es porque soy *virtuoso*,
Y me dá el sueño á deshora.
¡Pecadora!
Ya le contaré á tu madre
Que, porqué amo mi quietud
Y salud,
Dijiste hoy á mi compadre:
— «*¡Qué egoista es la virtud!*» —

¿Cómo he de ir con fé no escasa
Á ver tus ojos serenos,
Si hay cien pasos por lo ménos
Desde mi casa á tu casa?
Y ¿qué pasa
Al hallarnos frente á frente?...

¿Qué?... tú mientes sin guarismo:
Yo lo mismo.
¿El no ir, por consiguiente,
Es virtud ó es egoismo?

Verbi gracia, el otro día,
Al verte de mi amor harta,
Puse un bostezo de á cuarta
Entre un «paloma» y un «mía.»
Es falsía
La de bostezar amando;
Mas si hoy, con más pulcritud
Y quietud,
No he ido á amar bostezando,
¿Fué egoísmo ó fué virtud?

Desde hoy, no vuelvo á tu edén
Á tomar, Flora, el sereno:
Si es por *egoísmo*—bueno,
Y si es por *virtud*—también.
Sí, mi bién,
Esto haré por mi salud,
Aunque diga tu cinismo
Que es lo mismo
La gloria de la virtud
Que el triunfo del egoismo.

IX.

PROPÓSITOS VANOS.

Nunca te tengas por seguro en esta vida.
(*Kempis, libro* 1.º, *capítulo XX.*)

— Padre, pequé, y perdonad
Si en mi amorosa contienda,
Se lleva el viento, á mi edad,
Propósitos de la enmienda.

EL CONFESOR.

— ¡Siempre es viento
Á esa edad un juramento!
¿Qué pecado es, hija mía?

LA PENITENTA.

— El *mismo* del otro día.
Y aunque es el *mismo,* id templando
Vuestro gesto,
Pues dijo ayer, predicando,
Fray Modesto,
Que es inútil la mas pura
Contricion,
Si abona nuestra ternura
Flaquezas del corazon.

Ayer, padre, por ejemplo,
Tocó á misa el sacristan,
Y en vez de correr al templo,
Corrí á la huerta con Juan.

EL CONFESOR.

— ¡Triste dón,
Correr tras su perdicion!...

LA PENITENTA.

— Sí, señor, mas dón tan vil,
De mil, lo tenemos mil.
No hay niña que á amor no acuda
Mas que á misa;
Que el diantre, á todas sin duda,
Nos avisa
Que es inútil la mas pura
Contricion,
Si abona nuestra ternura
Flaquezas del corazon.

La verdad, tan poco ingrata
Con Juan estuve en la huerta,
Que, como él mirando mata,
Huí de él como una muerta.

EL CONFESOR.

— Dulcemente
Fascina así la serpiente!

LA PENITENTA.

— ¡No lo extrañeis, siendo el pecho
De masa tan frágil hecho!
Si voy, cuando muera, al cielo
(Que lo dudo),
Ya contaré que en el suelo
Nunca pudo
Sernos útil la mas pura
Contricion,
Si abona nuestra ternura
Flaquezas del corazon.

Y mañana, ¿qué he de hacer,
Padre, al sonar la campana,
Si él me dice hoy, como ayer,
«Vuelve á la huerta mañana?»

EL CONFESOR.

— ¡Ay de vos!
¡Ántes Dios y siempre Dios!

LA PENITENTA.

— Es cierto, mas entre amantes,
No siempre suele ser ántes.
Y, en fin, si de ser cautiva
Me arrepiento,
Ó me absolveis miéntras viva,
Ó presiento
Que es inútil la mas pura
Contricion,
Si abona nuestra ternura
Flaquezas del corazon. —

X.

LA CIENCIA DE LA VIDA.

Amargando tu existencia,
De tu corazon en daño,
Ya te enseñará esta ciencia
El libro *de la experiencia*,
Página *del desengaño.*
(E. FLORENTINO SANZ.)

— Seguid; veremos á qué luz impura
Del porvenir el cáos se ilumina.

EL AGORERO

— Mas ¿quién, desengañado, no adivina
De la vida el horóscopo fatal?
Siempre en mi ciencia se predicen bienes.
¡Dios los dá al hombre con amor profundo!
Despues se augura un mal, porque en el mundo
Tarde ó temprano, es infalible el mal.

— Seguid.

EL AGORERO.

— Si á un triste le augurais su estrella,
Algun placer le augurareis mintiendo;
Que, aunque nuestro hado es *esperar sufriendo*,
La esperanza, aun sufriendo, es celestial.
Y si su suerte predecís acaso
Á los que mira compasivo el cielo,
Hacedles ver que en la orfandad del suelo,
Tarde ó temprano, es infalible el mal.

— Seguid.

EL AGORERO.

— Sabreis mi dolorosa ciencia
Si grabais en la mente con empeño,
Que es el bien, por ser bien, *sueño de un sueño.*
Que el mal, solo por serlo, es *inmortal.*
Que nunca falta una ilusion gloriosa
Que alegre una existencia maldecida,
Y que en la paz de la más dulce vida,
Tarde ó temprano, es infalible el mal. —

XI.

VANIDAD DE LA HERMOSURA.

Á OCTAVIA.

— Ni amor canto, ni hermosura,
Porque esta es un vano aliño,
Y además,
Aquel una sombra oscura.

OCTAVIA.

— ¿No es más que sombra el cariño?
— *Nada más.*

Esas flores con que ufana
Tu frente se diviniza,
Ya verás
Cuál son ceniza mañana.

OCTAVIA.

— ¿Nada más son que ceniza?
— *Nada más.*

Y en tu contento no escaso,
¿Qué dirás que es un contento,
Qué dirás?

OCTAVIA.

— ¿Nada más que viento acaso?
— ¡Nada más, niña, que viento,
Nada más!

En la edad de las pasiones,
Á vueltas de mil enojos,
Hallarás
Aire, sombras é ilusiones:
¡Nada más, luz de mis ojos,
Nada más!... —

XII.

VIVIR ES DUDAR.

Si vivir no es dudar, prenda querida,
Decidme, en mal tan fuerte,
¿Es el fin de esta vida nuestra muerte
Ó es la muerte el principio de otra vida?

Porqué es nuestra existencia
Turbio fanal de inexcrutable esencia;
Pués cual luz mortecina,
Solo bordes de sombras ilumina.

Siguiendo la esperanza,
Quien la alcanza una vez, frágil la alcanza;
Si el aire sombra hiciera,
Como la sombra de los aires fuera.

Lloramos la partida
De esta que vuela inconsolable vida,
Y es en la humana suerte
La vida el pensamiento de la muerte.

Nuestros pérfidos cantos
Preludios son de venideros llantos;
Que es del dolor la puerta
La que el gozo al pasar nos deja abierta.

El mayor bien gozado
Jamás es grande hasta que ya es pasado;
Pues solo en la memoria
Es grande, al parecer, la humana gloria.

Y en tan vil confusion, prenda querida,
Nadie sabe inquirir, en mal tan fuerte,
Si es el fin de esta vida nuestra muerte,
Ó es la muerte el principio de otra vida...

XII

PODER DE LA BELLEZA.

¡Me caso! Yo, que odio eterno
Siempre profesé á este paso,
Como á un paso del infierno,
Ya cándidamente tierno...
¿Podreis creerlo? ¡me caso!

Y pues ya amo á una mujer
(Siento decir que no miento),
Justo es que cante, y lo siento,
De la belleza el poder.

Yo, que anduve transitorio
Toda España en derredor,
De un jolgorio á otro jolgorio,
Haciendo el don Juan Tenorio
Con doncellas de labor.

Hoy mi indómita cabeza
A un yugo al fin se somete:
Aquí dió fin el sainete...
¡Oh poder de la belleza!

Yo, que canté á cualquier hora:
«No me dá pena maldita
Si tu pecho no me adora;
Que la mancha de una *mora*
Con otra *blanca* se quita»,

Peno por una mujer,
Y (aparte), rabio de celos.
¡Á tanto se extiende, cielos,
De la belleza el poder!

Yo, que amé en la edad florida
Cada *cien* dias á *ciento*,
¡Ya hace *un mes* que mi querida
Es aliento de mi vida,
Es la esencia de mi aliento!

Un mes en mí de terneza
Es de treinta años emblema;
Es la vida. .. es el poema
Del poder de la belleza.

Con mi triste casamiento
(Mis ex-amadas, mi ex-gloria),
Ya nos arrebata el viento
Tanto amor que ha sido historia,
Tanta historia que fué cuento!

Más todo es sueño, á mi ver,
En esta vida traidora;
Solo es real, á cuartos de hora,
De la belleza el poder.

¡Ya no os daré cantilenas,
Jugando al toma y al daca,
Pelo, anillos ni cadenas,
Ni tantas cosas, tan buenas
Para hacer nidos de urraca!

Y á fé que es necia flaqueza
Que, ganando mil ventajas,
Solo estribe en zarandajas
El poder de la belleza.

Pués me caso, Satanás
Haga á mi esposa, ó Dios la haga,
No pedir cuentas de atrás;
Pues *si el que la hace la paga...*
¡Santo Cristo de Candás!

Si expiacion llega á haber,
Siendo, cual la muerte, fuerte,
Es horrible, cual la muerte,
De la belleza el poder.

¡Dios! á quien ofendo impío,
Dad á tanto error disculpa;
Perdonad mi desvarío:
¡*Por mi culpa*, padre mio;
Por mi grandísima culpa!

No os vengueis de quien si empieza
Cantando la palinodia,
Loa en tono de salmodia
El poder de la belleza.

Desde hoy mis glorias de amante
Se concretarán, Dios mío,
Á tener en adelante
Una mujer que me espante
Las moscas en el estío.

No extrañeis que cual placer
El no *ver moscas* os nombre,
Que á tal punto humilla al hombre
De la belleza el poder.

Hoy mi pecho, en conclusion,
Pide perdon y perdona
Á cuantas fueron y son...
Desde Lisboa á Pamplona,
Desde Sevilla á Gijon.

Y hoy, en fin, mi bien empieza,
Ó empieza mi mal acaso:
De cualquier modo, ¡me caso!
¡VICTORIA POR LA BELLEZA!

XIV.

TODO SE PIERDE.

Rosa, ¿con que, perdiste
La flor encantadora
Que la noche te dí de tu partida?
Aunque la cosa es triste...
La flor vaya en buen hora,
Si fué solo la flor, Rosa, perdida;
Más esto me convida
(Perdona) á que recuerde
Que en el mundo, mi bien, *todo se pierde.*

Todo se pierde, ¡ay triste!
De tu frente, ántes pura,
Baja, y verás con lágrimas tus ojos!
Ya indócil se resiste
Al corsé tu cintura;
Sube al cuello despues, y... ¡ay, qué despojos!
El ver seco da enojos,
Árbol que fué tan verde.
¡Todo se pierde, sí, todo se pierde!

De este pecho, tuyo ántes,
Perdí un dia la llave,
Y cuanto en él guardé, perdí con ella;
Ilusiones amantes,
Toda la villa sabe
Que para tí guardaba, Rosa bella.
Mas, ¡cuán tarde mi estrella
Hizo que al fin recuerde
Que *todo* (¿no es verdad?), *todo se pierde!*

¿Qué fué de tu hermosura?
¿Qué fué de mi terneza?
De la flor que te dí, díme ¿qué ha sido?
Perdióse la flor pura,
Lo mismo que (¡oh tristeza!)
Mi amor y tu hermosura se han perdido.
En el mundo es sabido
Que sin que uno se acuerde,
¡Todo se pierde! ¡oh Dios! ¡todo se pierde!

XV.

LA COMPASION.

— Niña, ¿por qué, desvelada,
Suspiras con tal empeño?
— El por qué, madre, no es nada;
Solo me siento hostigada
Por las quimeras de un sueño.

— El rostro, niña, sepulta
En la holanda, que el espanto,
Viendo las sombras, se abulta.
— Así derramaré, oculta
Entre sus pliegues, mi llanto.

— Pronto, la noche ahuyentando,
Llamará el alba á la puerta.
— Pues vendrá en vano llamando;
Que si ahora duermo soñando,
Después soñaré despierta.

— ¡Ay, que si el mundo vé yá
De una niña el mal profundo,
Que es amor en decir dá!
— Pués sus razones el mundo
Para decirlo tendrá.

¿Y en qué livianas razones
Estriba el mal que te aqueja?
— En unas tristes canciones
Que, de una lira á los sones.
Alzaba un hombre á mi reja.

Entré afligida en el lecho,
Quedé traspuesta, y entónces
Sonó un ruido á poco trecho,
Que ¡cuál llagaria el pecho,
Cuando ablandaba los bronces!

Desperté á oirle, y la lira
No alegró la soledad;
Y ahora mi pecho suspira,
No sé si porqué es mentira,
Ó porqué no fué verdad.

— Más ¿quién alzó las querellas?
— Soñé que era un peregrino.
¡Ay de las tristes doncellas,
Si al proseguir su camino
Puso los ojos en ellas!

— ¿Un peregrino, alma mía,
Cantaba en llanto deshecho?
— Y soñé que era el que un día
Buscó albergue en nuestro techo
Por la tormenta que hacía.

Nieves y cierzo arrostrando,
Húmedos ya sus despojos,
Vino á la puerta llamando,
Y yo se la abrí, mostrando
La compasion en los ojos.

— ¿De cuándo acá te se alcanza
Recordar tal desacuerdo?
— Dejadme en mi bienandanza:
¡Bella será una esperanza,
Pero es muy dulce un recuerdo!

Aún me ocupa la memoria,
Cuando la lumbre cercando,
Entre ilusiones de gloria,
Una historia y otra historia
Me fué, amorosas, contando.

Siempre en ellas se moría
Uno que á su ingrato bien
Como á sus ojos quería,
Más no me contó que había
Hombres ingratos tambien.

Dióme, con chistes discretos,
Conchas, cruces y regalos,
Y mágicos amuletos,
Que por instintos secretos
Daban pavor á los malos.

Y los gustos de la vida
Me ponderaba halagüeño,
En plática tan sentida,
Que, cual si fuese beleño,
Me iba dejando adormida.

Y mi amante pesadumbre
Prosiguió astuto aumentando,
Hasta que el postrer vislumbre
Débil lanzando la lumbre,
Se fué la sombra espesando...

— ¿Por qué entónces de su fuego
Remora no fué tu calma?
— Creí sus perfidias luego,
Porque acompañó su ruego
Con un suspiro del alma.

— ¿Y fuiste, al rayar el día,
Su ruta, niña, á inquirir?
— En vano fuí, madre mía;
Ya el sol derretido había
La nieve que holló al partir.

Corriendo desalentada
Fuí de lugar en lugar...
— ¿Y qué hallaste, desgraciada?
— Al cabo de la jornada
Hallé el placer de llorar.

— ¿Cuál genio, en tan triste día,
A escuchar su frenesí,
Más ciega que él te impelia?
— La *compasion*, madre mía...
— Y... ¿quién la tendrá de tí?

XVI.

CORTA ES LA VIDA.

Paróse, una voz sentida
Cierto viajero escuchando,
Y vió un ave que, rendida
Al pié de un árbol, piando
Triste exhalaba la vida.

Y al ver que, al árbol querido
Mirando desde la grama,
Alzaba el postrer gemido
Hácia la flexible rama,
Quera era el sostén de su nido,

— «Hé aquí — dijo en su sorpresa —
La imágen de la fortuna:
Vagando sin ley alguna,
Al fin hallamos la huesa
Al mismo pié de la cuna.» —

Y alejándose al momento,
Por templar su mal no escaso,
Añadió en su pensamiento:
— «¿Cuánto las separa? — *¡Una paso!*»
— ¿Y qué media entre ámbas? — *¡Viento!*»

XVII.

VIRTUD DE LA HIPOCRESÍA.

No eres más santo porque te alaben, ni mas vil porque te desprecien. Lo que eres, eso eres.
(*Kempis, libro* II, *capítulo VI.*)

Ya he visto con harta pena
Que ayer, alma de mi alma,
Mandaste colgar, Elena,
De tu balcon una palma.

Y, ó la palma no es el título
De una candidez notoria,
Ó no es cierto aquel capítulo
En que habla de tí la historia.

Pués dicen que hoy imprudente,
Después que la palma vió,
Riéndose maldiciente
Cierto galan exclamó:

— «Mal nuestra honradez se abona,
Si nuestras virtudes son
Cual la virtud que pregona
La palma de ese balcon.» —

Bien te hará entender, Elena,
Esta indirecta cruél,
Que ya es pública la escena
Que pasó entre Dios, tú y él.

Pués, al mirarte, embebido,
Dice entre sí el vulgo ruín:
— «Ya hay alientos que han mecido
Las flores de ese jardín.» —

Mas tú niega el hecho, Elena,
Porqué en materias de honór,
Ántes, el Código ordena,
Ser mártir que confesór.

Aunqué á hablar de tí se atrevan,
Siempre será necio intento
Dudar de honras que se llevan
Palabras que lleva el viento.

Dá al misterio la verdad,
Que la virtud, en su esencia,
Es *opinion* la mitad,
Y otra mitad *apariencia.*

Palma ostenta, pués es uso;
Que, aunqué mentir no es prudente,
Por algo Dios no nos puso
El corazon en la frente.

Nada á confesar te venza,
Que engañar por el honór,
Es en los hombres *vergüenza*,
Y en las mujeres *pudór.*

Y si tu honór duda implica,
No dudes que hay mil que son
Cual la virtud que publica
La palma de tu balcon.

XVIII.

EL CONCIERTO DE LAS CAMPANAS.

(PARA MÚSICA.)

Por un *nacido* allí imploran,
Y aquí por un *muerto* lloran:
Cuando allí tocando están
¡Din don, din dán!
Tocan aquí en bronco són!
¡Din dan, din don!

Allí un *vivo*, y aquí un *muerto*.
Á tan monstruoso concierto,
Labrando mi goces ván,
¡Din don, din dán!
Su tumba en mi corazon:
¡Din dan, din don!

¡Ay, cuán falsamente unida
Vá con la muerte la vida!
¡Qué inútil es nuestro afán!
¡Din don, din dán!
¡Qué breves las dichas son!
¡Din dan, din don!

XIX.

GLORIAS PÓSTUMAS.

A DON NICOMEDES PASTOR DIAZ, CON MOTIVO DE LA FALSA MUERTE DE UNA AMIGA. [1]

Aún el pesar me asesina
De cuando aquí por muy cierto
Se dijo de CAROLINA
Que (¡Dios nos libre!) habia muerto.
El que ménos,
Con ojos de espanto llenos,
«¡Cuánto lo siento!», exclamaba...
Pero ninguno lloraba.

[1] La ilustre poetisa Dª. Carolina Coronado.

El que se muere, PASTOR,
Ó se ausenta,
Es *cero* que olvida amor
En su cuenta.
Los que esperan fé en muriendo,
¡Cuánto yerran!
Bueno ó malo, á lo que entiendo,
Al que se muere lo entierran.

No hay sér que, al «¡Dios le perdone!»
Con que hace al muerto un regalo,
Si es su enemigo, no entone
El *Libera nos á malo.*
Cantan esto
Los que no aman, por supuesto;
Porqué los que aman muy bien,
Dicen: *Requiescat... Amen.*
Al que ama y no ama, igual pena
Le acomete,
Exceptuando alguna escena
De sainete.
Premio igual dan y reciben,
Los que quieren,
Ya olvidando á los que viven,
Ya enterrando á los que mueren.

Cuando más, los muy leales
Nos recomiendan á Dios
Con dos misas de á *seis reales*;
Total, *cuartos* ciento dos.
Y aún dos misas
No son del todo precisas,
Pués con una solamente
Cubre un hombre el *expediente*...
¿Para qué, ansiando, vivimos
Entre lloro,
Y adquirimos y adquirimos
Oro y oro...
Si al fin un deudo allegado,
Sin gemir,
Entre un mal lienzo hilvanado
Nos enterrará al morir?

«Con tu ausencia y veinte reales,
Un duro mi pecho gana.»
Así calcula sus males
Nuestra condicion humana.

¡Maldicion
Sobre tan vil condicion!
¿No hay mas deudos ni parientes
Que las muelas y los dientes?
¡Ay! dí á tu amiga, PASTOR
Que, si muere,
De nadie gloria ni amor
Nunca espere;
Pués llenando el ataud
Do le encierran,
Con amor, gloria y virtud,
¡Al que se muere lo entierran

XX.

VIVIR MURIENDO.

Vivit, et est vitæ nescius ipsæ suæ.
(OVIDIO.)

Al nacer me recibieron
La vida y la muerte en brazos;
Y al ver tan opuestos lazos,
Con torva faz prorumpieron:

— «¿Qué buscas aquí, perdida?»
Dijo á la vida la muerte.
— «¿Nació para tí, por suerte?»
Dijo á la muerte la vida.

— «Dios, á mi eterna morada»,
Responde aquella, «le envía.»
— «Soy, para entrarle en la mía»,
Dice esta, «de Dios enviada.»

— «Pues vuelva al seno de Dios,
Y su justicia decida
Si es de la muerte ó la vida», —
Claman á un tiempo las dos.

Y haciendo, audáz cada una.
Presa en el mísero infante,
Lleno de llanto el semblante,
Me levanté de la cuna.

Entre ámbas camino incierto,
Dudando mi fantasía
Si ántes de nacer, vivía,
Ó si es que, al nacer, he muerto.

Los que en la vida fuí dando
Desde mis pasos primeros,
Cual dados en sus linderos
Los fué la muerte contando.

Camino, y en mal tan fuerte,
La mente desvanecida,
Nombra desvelo á la vida,
Y llama sueño á la muerte.

Ponen, con locos empeños,
Mis sufrimientos á prueba,
Desvelos, si el sol se eleva,
Si se alzan las sombras, sueños.

Y así van el alma mía
Sueño y desvelo asediando,
Uno tras otro pasando,
Como la noche y el día.

Si de la vida, por suerte,
El breve término dejo,
Conmigo doy sin consejo
En el confin de la muerte.

Y á veces tan dulces lazos
Forman la muerte y la vida,
Que una en otra confundida,
Van una de otra en los brazos.

¿Si en mi ataud, por fortuna,
Daré mi primer vagido,
Ó por fortuna habrá sido
Lecho de muerte mi cuna?

Si he muerto al nacer, por suerte,
¿A qué me asedia la vida?
Y si esta aun no está cumplida,
¿Por qué me sigue la muerte?

¿Á dónde, en tan ciego abismo,
Voy tras de ensueños que adoro,
Tanto, que entre ellos ignoro
Si sombra soy de mí mismo?

¡Sacadme ya, Dios clemente,
De un abismo tan horrendo,
Ó eternamente muriendo,
Ó viviendo eternamente!

XXI.

NADA DE NADA. — NADA POR NADA.

Por cosas de este mundo
Nunca te apures,
Que no hay mal que no acabe,
Ni bien que dure.
(CANTAR.)

— *Nada me importa.* — Al sentimiento extraño,
Ni en el bien gozo, ni en los males peno;
Si ahogo en él — *no importa* — el propio daño,
Sepulto en un — *¡paciencia!* — el daño ajeno.
Esperando mi mal, mi bien engaño;
Paso lo malo en aguardar lo bueno;
Y así, el alma en sí misma sepultada,
Da á habido y por haber — *nada de nada.*

— *Me es todo igual.* — Nada el placer me importa,
Ni al hosco aspecto del dolor me irrito.
Si el mal la senda de mi vida acorta,
Prorumpo sin rencor: — *Estaba escrito.*
Cuando sus iras mi destino aborta,
— *Buen semblante á mal tiempo,* — me repito;
Y así, cerrando á la pasion la entrada,
Grabé en mi corazon: — *Nada por nada.*

— *Nada me importa.* — Que daré no ignoro,
Sepulcro al bien y al mal en mi indolencia.
Sé que mi amor han de curar, si adoro,
El tiempo, el gusto, otro placer, la ausencia.
La presunta ilusion templa mi lloro;
Amarga mis delirios la experiencia;
Y de afectos en lid tan encontrada,
Es lema de mi fe: — *Nada de nada.*

— *Me es todo igual.* — Como insaciable hiena
Me hiere el desengaño carnicero,
Pero en mi herida, sin placer ni pena,
Sepulcro doy al universo entero.
¡Oh vida inútil, de pesares llena!
¡Oh estéril mundo, donde el bien no espero!
Pues os debo esta fé desesperada,
— *Nada de nada* — os doy; — *nada por nada.* —

XXII.

VAGUEDAD DEL PLACER.

1.

— «Al que antes cumpla su anhelo,
Logrando la dicha extrèma
De dar á su sien diadema
Hecha de luces del cielo.» —

Así una turba ligera
De niños baja diciendo,
Tocadas del Íris viendo
Las aguas de una pradera.

Siguen el monte esquivando,
Y crece su empeño loco,
En tanto que, poco á poco,
Vá el Iris su luz menguando.

Y cuando de su ornamento
Creían la sien orlada,
Vieron su luz disipada
Como fantasma en el viento.

— *¿Cómo es?* — desde el monte erguido
Preguntan cuantos los miran;
Y alzan los ojos, suspiran,
Y les responden: — *¡Ya es ido!* —

— *¡Mentira!* — bajan diciendo
Los que ven clara su lumbre,
Y en tanto ganan la cumbre,
Mústios los otros subiendo.

2.

Porque sus lindos reflejos
Son, al tocarlos, ficciones,
Cual son de cerca ilusiones
Las que venturas de léjos.

El Íris, siempre inconstante,
Se va mostrando inseguro,
Á los que bajan, oscuro,
Y á los que suben, brillante.

— *¿Cómo es?* — en ronco alarido
Gritan los ántes burlados.
Y los de ahora, extasiados,
Tristes responden: — *¡Ya es ido!!* —

— *¡Mentira!* — dicen bajando
Los que poco ántes mintieron;
Y á los de abajo se unieron
Prestos el monte esquivando.

3.

Juntos con pueril anhelo
Se agitan con ansia ardiente,
Corriendo de fuente en fuente,
Tras los matices del cielo.

Y todos, dando á cual más
Gusto á su pecho anhelante,
Unos gritan: — *¡Andelante!*
Y los de adelante: — *¡Atrás!* —

Y así, sin órden ni guía,
Aquí y allí discurrieron,
Y ni allí ni aquí le vieron,
Y en todas partes lucía.

Y al verle desvanecido,
Con mas vergüenza que enojos,
Vueltos al cielo los ojos,
Exclaman todos: — *¡Ya es ido!!!*

4.

Así en eterno cuidado,
Aquí y allí nuestro intento
Corre fugáz por el viento
Tras un placer nunca hallado.

Que el hombre, en su desacuerdo,
Llama, al verle en lontananza,
Si es delante, una esperanza,
Si es detrás, un recuerdo.

Y aún no marcó en su sentido
El gusto una vana huella,
Cuando, imprecando su estrella,
Suspira y dice: ¡YA ES IDO!

XXIII.

ÚLTIMAS ABJURACIONES.

¡Voy á morir! Prenda del alma mía,
Este el centon de mis quimeras és;
Leed, leed, y de la gloria impía
De tanto error abjuraré después.

EL HIJO. *(Leyendo.)*
— «Cuna de rosas, al nacer, hallamos.»

EL PADRE.
— *¡Mentira! Abrojos al nacer nos dán*

EL HIJO.
— «Rosas, la vida al comenzar, hallamos.»

EL PADRE.
— *¡Falso! Los piés por entre abrojos ván.*

¡Voy á morir! Las bárbaras memorias
Que el fin amargan de mis horas ved:
¡Cúmulo abyecto de entrañables glorias!
Leed, por Dios, y escarmentad; leed.

EL HIJO.

— «Su vida el hombre de ilusiones puebla.»

EL PADRE.

— *¡Ay! Necio error á la ilusion llamad.*

EL HIJO.

— «Huye la edad de la razon cual niebla.»

EL PADRE.

— *¡Horror! ¡Pasad, horas sin fin, pasad!*

¡Voy á morir! De nuestra vida escasa,
Pasa en engaños la primer mitad;
La otra mitad en desengaños pasa:
¡Nunca olvideis esta cruel verdad! —

EL HIJO.

— «¡Triste es dejar del mundo la presencia!»

EL PADRE.

— *¡Mundo, os doy ledo mi postrer adiós!*

EL HIJO.

— «Perece el bienestar con la existencia.»

EL PADRE.

— *¡Muerte, del hombre el bienestar sois vós!*

XXIV.

QUIEN MAS PONE, PIERDE MAS.

Es la constancia una estrella,
Que á otra luz más densa muere,
Pués quien más con ella quiere,
Ménos le quieren con ella.

Este refran que te canto,
Tiene, amor mio, tal arte,
Que su verdad á probarte
Con una *conseja* voy.

Fué una niña de quince años
El duende de esta *conseja*,
Y aunqué la niña ya es vieja,
Aún dice entre angustias hoy:
Que es la constancia una estrella,
Que á otra luz más densa muere,
Pués quien más con ella quiere,
Ménos le quieren con ella.

Tuvo la niña un amante
Á quien, idólatra, un día,
— Te he de querer — le decía, —
Hasta después de morir.
Y si con Dios avenida,
Corta mi aliento la muerte,
Dejaré el cielo por verte. —
Tal dijo, sin advertir
Que es la constancia una estrella,
Que á otra luz más densa muere,
Pués quien más con ella quiere,
Ménos le quieren con ella.

Murió la niña, y cumpliendo
De su antiguo amor los gustos,
Dejó al país de los justos,
Y al mundo el vuelo tendió;
Y cuando alegre á su amante
Con alas de ángel cubría,
— ¿Ves cuál dejé, — le decía, —
El cielo por tí? — Mas, ¡oh!
Que es la constancia una estrella,
Que á otra luz más densa muere,
Pués quien más con ella quiere,
Ménos le quieren con ella.

Durmió el ángel á su lado;
Y, de otra esfera anhelante,
Sus alas cortó el amante
Y en ellas al cielo huyó.
Y al encontrarse la niña
Víctima de un falso trato,
Llorando vió que el ingrato,
Subiendo al cielo, cantó:
Es la constancia una estrella,
Que á otra luz más densa muere,
Pués quien más con ella quiere,
Ménos le quieren con ella.

XXV.

ADIOS PARA SIEMPRE.

Á CAROLINA.

Porqué no infiél juzgueis á mi memoria,
Aunqué os digo *por siempre* al huir de vós,
La eternamente lamentable historia
Vais á escuchar de mi primer *adiós*.

«Era un niña, como vos, afable,
Lozana, y pura y celestial cual vós.»
¡Quién, al dejar á un sér tan adorable,
Podrá decirle: *¡Para siempre adiós!*

«Partí... y la fama me contó su muerte.»
¡Guárdeos el cielo de su suerte á vós!
Y al recordar su abominable suerte,
Dejad que os diga: *¡Para siempre adiós!*

Pués siempre, herido de dolor tan fiero,
Desde aquel dia, como ahora á vós,
A cuantos séres con el alma quiero,
¡Adiós, les digo, *para siempre adiós!*

XXVI.

BENEFICIOS DE LA AUSENCIA.

Agúr, Irene; hasta cuándo,
No te lo podré decir;
Por Dios que al verme llorando,
Ganas me dan de reir.
¡Quién creyera,
Flor de mi natal ribera,
Que si lloro á los dos pasos,
Me reiré á los tres escasos!
Esto me recuerda, Irene,
Que algun dia
Leí contigo una *Higiene*
Que decía

Que, conforme á la experiencia
De un doctór,
Es un bálsamo la ausencia
Que cura males de amór.

Ya te escribiré, mi bien,
Cuantas penas me atormenten,
Aunqué, *á ojos que no ven,*
Corazones que no sienten.
¡Qué infinito
Será tu amor... *por escrito!*
Mas dice Santo Tomás
Que *ver y creer*, y no más.
Este refran no te corra,
Advirtiendo
Que *el tiempo todo lo borra,*
Y sabiendo
Que, conforme á la experiencia
De un doctór,
Es un bálsamo la ausencia
Que cura males de amór.

— ¡Qué yertas son las francesas! —
Te diré todos los días;
— ¡Qué heladas! — si son inglesas,
Y si italianas, — ¡qué frías! —
Y entretanto
Mil y mil serán mi encanto.
¡Ay, cubren tanta ficción
Las alas del corazón!
Hermosa Irene, ten calma;
¿Por qué lloras?
No llores, prenda del alma,
Pues no ignoras
Que, conforme á la experiencia
De un doctór,
Es un bálsamo la ausencia
Que cura males de amór.

Parto por fin, ya amanece;
Adiós, alma de los dos;
Ruega á Dios que no tropiece
Por esos mundos de Dios.
Si hoy te adoro
Con la obstinacion de un moro,
Tal vez me ablande mañana
El fuego de otra cristiana.

Sí, que aunqué este amor es cierto,
¡Ay! presumo
Que el amor de un *ido* ó un *muerto*,
Siempre es humo;
Pues, conforme á la experiencia
De un doctór,
Es un bálsamo la ausencia
Que cura males de amór.

XXVII.

EL AMOR INMORTAL.

¡Atrás! que ya los altares
Velan las sombras profanas;
Y al vulgo de estos lugares,
Lo llaman á sus hogares
Con su oracion las campanas.

¡Atrás! y no en loco tema
Traigas, revuelta en la falda,
Símbolo de tu fé extrema,
Esa florida guirnalda
De tus amores emblema.

Torna, loca, á tu alquería,
Porqué, si bien lo contemplo,
Es necio, por vida mía,
Dejarme así cada dia
Lleno de yerbas el templo.

— He de ver su sepultura,
Pese á tus iras crueles,
Pués bien nos predica el cura
Que nunca el Dios de la altura
Cierra su casa á los fieles.

— Así te azucen traidores
Alguna vez sus mastines,
Por tus ofrendas de amores,
Los dueños de los jardines
En donde robas las flores.

Y pués que en tal desacierto
Sigues con cordura poca,
Quédate ahí; y ten por cierto
Que gana muy poco un muerto
Con la oracion de una loca. —

¡Cuitada, que en su quebranto
No halla en la tierra consuelo,
Lo busca en el cielo santo,
Y sordo tambien el cielo
Las puertas cierra á su llanto!

Huye, niña, que á esa puerta,
Entre nocturnos reflejos.
Pareces ya de una muerta
La sombra que vaga incierta
Llorando gustos añejos.

Huye, que de amór ajena,
Como á imágen de la muerte,
Llamándote *el alma en pena*,
De horror la comarca llena
Cierra las puertas al verte.

¡Pobre loca, que en su intento,
Sin que de su afán se corra,
Ama con ardor violento
Memorias que el tiempo borra,
Cenizas que lleva el viento!

¡Oh, muy loca es quien no ha oido,
Porque escarnecerla puedan,
Que en este mundo fingido
Solo pagan con olvido
Á los que van, los que quedan!

XXVIII.

BUENAS COSAS MAL DISPUESTAS.

(Epístola á Emilia.)
(Sátira contra el género humano.)
Verdadera miseria es vivir en la tierra. Cuanto el hombre quiere ser más espiritual, tanto le será más amarga la vida; porque siente mejor, y vé mas claro los defectos de la corrupcion humana.
(*Kempis, libro* 1.º, *capítulo XXII.*)

INTRODUCCION.

Del hombre, Emilia, las virtudes canto
Aunqué al hombre al cantar, siempre sin calma,
Cayendo está sobre mi risa el llanto.

Dicen que lleva la moral la palma
Con el físico el alma comparado;
Más tan ruin como el cuerpo tiene el alma.

Perdonad mi opinion los que llamando
Al hombre la mejor de las conquistas,
Un culto le rendís; ¡culto nefando!

Hablo con vos, ilusos moralistas;
Con vos, factores de virtudes, hablo,
Que en el hombre mirais cosas no vistas.

Vos, alzando un aurífero retablo,
Ponéis al hombre en preeminente nicho,
Siendo digno de altares como el diablo.

Vos, que le amais por bárbaro capricho
Sois, su hipócrito instinto disculpando,
Más hipócritas que él: lo dicho, dicho.

Vos, al hombre en vosotros adorando,
Vivís, amantes de vosotros mismos,
La humanidad falaces incensando.

¡Huid, con tan revueltos silogismos,
Á la luz con que alumbro, temerario,
Del corazón los múltiples abismos!

Derrocad por pudor vuestro escenario,
Ó, agitado á mi voz el pueblo, arguyo
Que os romperá en la frente el incensario.

Más ya de vos, sin ahuyentaros, huyo,
Porqué altivo desprecio á los histriones,
Y en santa paz mi introduccion concluyo:

Cuando, cual dón de sus mejores dones,
Dios hizo al hombre, le adoptó por hijo,
Y en su afan le colmó de bendiciones.

Y en cuanto al hombre su Señor bendijo,
— Si ennobleces con esto tu existencia,
Serás mi sér mas predilecto, — dijo.

Y en prueba de inmortal munificencia,
Echó á sus piés con paternal contento
La *fé*, el *amór*, la *gloria*, la *conciencia*,
El *honor*, la *virtud*, el *sentimiento*.

1.

EL SENTIMIENTO.

¿Qué dirás que hizo el hombre, aún inocente,
Al verse de virtudes opulento?
(No te rias, Emilia.) Lo siguiente:

Al *sentimiento* se acercó al momento,
Y echando al corazón en hora mala,
Se colocó en la *piel* el *sentimiento*.

La aprension, vive Dios, no fué tan mala,
Porqué en su alma el dolor jamás se ceba,
Pues siempre fácil por su piel resbala.

Así el dolor de la más triste nueva,
Si un aire se lo trae, cuando pasa,
Otro aire, cuando pasa, se lo lleva.

Y así el alma, en sentir, es tan escasa,
Cuando ántes por la piel el *sentimiento*
Con ímpetus brutales no traspasa.

¡Ay! ¡Por eso se olvidan al momento
El muerto padre, que á llorar provoca,
La ausencia de un amigo, y de otros ciento!

Y así al alma en su fondo nunca toca,
La lumbre de unos ojos que se inflaman,
El regalado aliento de una boca.

Y por eso nunca oye á los que le aman,
Cuando, con voces de dolor gimiendo,
Del corazon contra las puertas llaman.

Y solamente con la *piel* sintiendo,
El hombre vil con corazón vacío
(De golpes y estocadas prescindiendo),
Solo le afectan el calor y el frío.

¿Lo has oido, bien mío?
¡*Solo le afectan el* CALOR *y el* FRÍO!

2.

LA CONCIENCIA.

El hombre, por su infamia ó su inocencia,
Se puso en el *estómago*,
La augusta cualidad de la *conciencia*.

Por su *conciencia* el hambre á veces toma,
Y por eso en el hombre nadie extraña
Que su deber olvide porque coma.

¡El alma enciende en implacaple saña
Ver la *conciencia* á la opresion expuesta
De un atracón de trufas y Champaña!

¡En alta voz mi corazón protesta
Contra esta rectitud del hombre fiero,
Puesto que de él la rectitud es esta!

¿Quién espera en la fé de un caballero,
Si otro contrario regaló su panza
(Hablo siempre en metáfora) primero?

¿Quién verá sin impulsos de venganza
Que un cuarteron de... (cualquier cosa) inclina
De la justicia la inmortal balanza?

¡Mísera humanidad, á quien domina
Ya de una poma la frugal presencia,
Ya el aspecto vulgar de una sardina!

Jamás un noble escucha con paciencia
Que llame á su despensa, algun ricacho,
General tentacion de la conciencia.

¿A qué alma sin doblez no causa empacho
Ver que el hombre, honrosísimas cuestiones
Las reduce á cuestiones de gazpacho?

Digan los diplomáticos varones
Los muchos tratos que hacen y deshacen
Pechugas de perdices y pichones.

El hambre ó el interés deshacen ó hacen
Cuanto ofrece aumentar nuestra opulencia,
Pués como dicen los que pobres nacen:
«El *hambre* es quien regula la *conciencia.*»

Añade á tu experiencia:
Que el hambre es quien regula la conciencia.

3.

EL HONOR. — LA VIRTUD.

VIRTUD y HONOR, Emilia, y no te asombre,
Puso el hombre en la *lengua*, y por lo mismo
De *honor* y de *virtud* tanto habla el hombre.

De su *virtud* y *honor* el heroísmo
Pondera altivo, hablando y mas hablando,
Silogismo añadiendo á silogismo.

Siempre al hombre más vil verásle alzando
Un pedestal donde su honor se ostente,
Las frases con las frases combinando.

Rico ó pobre, el mortal eternamente
Llama á su honra *el amór de sus amores*;
¡Maldito charlatan, y cuánto miente!

Jamás á la *virtud* faltan loores
De las doncellas en la linda boca,
Cráter que el Mayo coronó de flores.

Hay tanta lengua que el *honór* evoca,
Que, ya ofuscada mi razón, no explico
Si á risa, á llanto, ó á indignacion provoca.

Perpétuamente en expresiones rico,
¡Qué hermoso fuera el hombre si tuviese
Las entrañas tan bellas como el pico!

En general, si hay uno que os confiese
Que es la virtud su solo patrimonio,
Bien podeis exclamar: «¡Qué pobre es ese!»

Ó buscad de su *honor* un testimonio;
Vereis que por dos cuartos... (y son caras)
Su *honra* y *virtud* se las vendió al demonio.

Pués como dijo el Padre Notas-Claras
(Que era un fraile muy sabio, por más mengua):
— Salvo alguna excepción (que son muy raras),
No hay *honor* ni *virtud* más que en la lengua. —

¿Lo has entendido? ¡Oh mengua!
¡No hay honor ni virtud más que en la lengua!

4.

EL AMOR.

¿Qué hizo el hombre, — dirás, Emilia bella,
— Con la llama de AMOR? — ¡Ay! el idiota
La torpe sangre se inflamó con ella.

Y así, de *amór* si el huracan azota,
Por sus entrañas circulando ardiente,
El torpe incendio á los sentidos brota.

Lleva el *amór* su antorcha diligente
Por aldeas, por villas y por plazas,
De nacion en nacion, de gente en gente.

Diablo es *amór* de angelicales trazas
Que, estirpes con estirpes confundiendo,
Las razas asimila con las razas.

Ora hácia el lecho conyugal corriendo,
De alta estirpe pervierte al tronco honrado
De un ruin árbol el gérmen ingiriendo.

Ora, en traje modesto disfrazado,
La inocencia sorprende en la cabaña,
De mirtos y de rosas coronado.

Ya con infame ardor montando en saña,
La augusta luz de la imperial diadema
Con niebla eterna el deshonor empaña;

Y en el furor de su ilusion extrema,
Con vil incesto ignominiosamente
El santo hogar donde nacimos quema.

Pasa, gozada una pasion ardiente,
¡Oh fútil brillo de la gloria humana!
Como todos los goces, de repente.

Y hasta los fuegos que tu pecho emana,
Mañana acabarán, Emilia mia;
¡Sí, Emilia mia, acabarán mañana!

El mas seguro *amór* que el cielo envía,
Entre el monton de los recuerdos vaga,
Despues que pasa un dia y otro día.

¡Es triste que el *amór*, que tanto halaga
Se extinga, no apagándolo, en pavesas,
Ó en cenizas se extinga, si se apaga!

Más, pese á las promesas más expresas,
Muere el *amór* más tierno confundido
Entre jartas y dices y promesas.

Y á llegar fácilmente reducido
Al término infalible de la muerte,
En ceniza ó en pavesas convertido,
Fuego es *amór* que en aire se convierte.

Advierte, Emilia, advierte:
¡Fuego es amór que en aire se convierte!

5.

LA FE. — LA GLORIA.

La bribonada, Emilia, ó la simpleza,
Cometió el hombre de poner FÉ y GLORIA,
Donde está la locura, en la cabeza.

Por eso en nuestra mente transitoria
La *fé*, que muchos con placer veneran,
Es tan fútil cual rápida memoria.

Y aunqué se indignen los que en ella esperan,
La *gloria* es sueño; ¡oh! sí, simple embeleso
Sombra, ilusion, ó lo que ustedes quieran.

¡Á cuánto exceso arrastra, á cuánto exceso,
Ese tropel de imágenes que crea
La propiedad fosfórica del seso!

¡Por la *gloria* el mortal llegar desea
Á la inmortalidad! ¡Nombre rotundo!
¡Buen lugar para el tonto que lo crea!

Por la *fé*, en este piélago profundo,
Mil cosas aguardamos tras la losa:
¡Oh esperanza dulcísima del mundo!

Y solo por la *gloria*, «AQUÍ REPOSA,»
Grabamos en sonoras expresiones,
— DON FULANO DE TAL, QUE FUÉ TAL COSA. —

Y por más que en tan vagas emociones
Su existencia malgasta con empeño
(Su destino es correr tras de ilusiones),
Gloria y *fé* para el hombre son un sueño.

No lo olvides, mi dueño:
Gloria y fé para el hombre son un sueño!

CONCLUSION.

Ya que mi atroz proligidad lamentas,
Voy, Emilia, á decir, por consiguiente,
Lo que es el hombre en resumidas cuentas:

Ahoga el *interés* primeramente
Su *honor* y su *virtud*, su *fé* y su *gloria*:
Y con *frio* y *calor* tan solo siente.

En fin, porqué ya abrumo tu memoria,
De las virtudes lloraré la ausencia,
Pues mi pasion por ellas te es notoria.

¡FÉ, SENTIMIENTO, AMOR, HONRA Y CONCIENCIA,
Pues se os desprecia, abandonad el suelo,
Ensueños de mi cándida inocencia!

¡Tornad, fuentes del bien, tornad el vuelo,
Para castigo de la humana gente,
Á vuestra patria natural, el cielo!

¡GLORIA Y VIRTUD! yo os juro tiernamente
Que, al alejaros, desgarrais atroces
El corazon donde os guardé inocente.

¡Huid á mi pesar, huid veloces,
Leves emblemas del orgullo humano,
Sonoros ecos de proscritas voces!

¡Adios! Y, por dar fin, bésoos la mano,
Pues ya me llena de mortal despecho
La conviccion de que predico en vano.

Que, á ahogar el hombre sus virtudes, hecho,
Solo le han de afectar, á pesar mío
(Por Dios, que este final desgarra el pecho),
Calor, hambre, interés, amor ó frío....

Apréndelo, bien mío:
¡CALOR, HAMBRE, INTERÉS, AMOR Ó FRÍO!...

XXIX.

¡AY DEL QUE NACE Ó MUERE!

— ¡Adios por siempre, hijo del alma mía! —
Un triste anciano al espirar clamaba;
Y el tierno infante que su sien besaba,
— ¡Adios por siempre! — el infeliz decía.
Vertió el viejo la lágrima postrera,
Y vertió la primera el niño en tanto;
Y confundidas última y primera,
Símbolo fueron de su igual quebranto.
¿Cuál lágrima, decid, en mal tan fuerte,
Del corazon brotó mas dolorida?
¿La del que el mal primero halló en la vida,
Ó la de aquel que un bien halló en la muerte?...

XXX.

HISTORIA DE UN AMOR.

> Pero, si alcanza lo que deseaba, siente luego pesadumbre por el remordimiento de la conciencia que siguió á su apetito...
> (*Kempis: Imitacion de Cristo. Libro* 1.º, *capítulo VI.*)

1.

DESEO.

Ramon/

— ~~Roman~~, tu ciencia es incierta;
Me ha dicho quien bien lo sabe
Que es la pureza una llave
Que abre del cielo la puerta.

— Victoria, por Dios, ahora
De la juventud gocemos,
Porqué, despues que espiremos,
Lo que ha de pasar se ignora.

— No gozo por no penar.
— Pues es igual, á mi ver,
Gozar para padecer
Que padecer por gozar.

Si Dios nos cierra su gloria,
En el infierno, algun día,
Será inmortal, alma mía,
De este placer la memoria.

Porque un recuerdo tan fuerte,
De tan grande bienandanza,
Traspasa, cual la esperanza,
Los límites de la muerte.

Hoy mis deseos coronas
Del favor mas soberano,
Con esta trémula mano
Que en tu embriaguez me abandonas.

Deja que en ansia tan loca
Una mi frente á tu frente,
Porqué me ahoga el ambiente
Que no perfuma tu boca.

Pon en tu blando extravío,
Para calmar mis antojos,
Tus ojos junto á mis ojos,
Tu corazon junto al mío.

2.

PLACER.

Es imposible, Victoria,
Que haya un tormento
Que me haga olvidar la gloria
De este momento.
No; quien dicha tan cumplida
Á ver llegó,
Ni en la eternidad la olvida.
— *¡Ay, no! ¡Ay, no!* —

Mi sér de tu sér recibe
Mútuos placeres;
Y, pues uno en otro vive,
Nuestros dos séres,
En tan dulce parasismo,
¿No es cierto, dí,
Que son partes de un sér mismo?
— *¡Ay, sí! ¡Ay, sí!* —

Si cuestan horas serenas
Penas sin cuento,
Vale un infierno de penas
Este momento.
Dí si en tu virtud pasada
Tu alma encontró
Satisfaccion mas colmada.
— *¡Ay, no! ¡Ay, no!* —

Modera tu ardor, querida,
Por un instante,
Que no hay deleite en la vida
Mas adelante...
¡Victoria! — ¡Roman! — La muerte
Á mí — y á mí
— Hállenos ¡ay! de esta suerte.
— *¡Ay, sí! ¡Ay, sí!* —

3.

HASTÍO.

¡Pasó! La hiel de un repugnante hastío,
Ya en tu indolencia paladeando vás;
Jamás mi fé te pagará, bien mío,
Ese rubor que devorando estás.
— ¿Jamás?
— *¡Jamás!*

¡Pasó! Yo he abierto el insondable abismo
Do tu inocencia sepultando irás:
El placer es verdugo de sí mismo;
Jamás el gusto sin dolor verás.
— ¿Jamás?
— *¡Jamás!*

¡Pasó! Por culpa de un fugáz contento
Siendo ludibrio de tí misma estás:
Ya el puñal de un atroz remordimiento
¡Perdon! *jamás* léjos de tí verás.
— ¿Jamás?
— *¡Jamás*, paloma sin candor, *jamás!*...

XXXI.

PORVENIR DE LAS ALMAS.

Á R..., EN LA MUERTE DE SU HIJA.

Si de vuestra hija fué estrella
Dar tan niña el alma á Diós,
¡Ay, feliz mil veces vós!
¡Dichosa mil veces ella!
Pues ya huella
Las celestiales alturas,
No halle en vós nunca lugar
El pesár,
Porqué para almas tan puras
Morír es resucitár.

¿Para qué llorais perdida
Esa prenda de amor tierno,
Si por un lugar *eterno*
Dejó un lugar de *partida?*

Si es la vida
Cáos de dudas y penas,
¿Quién la muerte, al que bien quiere,
No prefiere,
Si el que vive, vive apénas,
Y resucita el que muere?

Siempre, llena de consuelo,
Viendo á un sér puro sin vida,
La multitud, de fé henchida,
Prorumpe: — ¡Ángeles al cielo! —
Ni ¿á qué duelo
Es mostrar, cuando la carga
De la existencia maldita
Diós nos quita,
Si trás de una vida amarga,
Muriendo se resucita?

No dé á vuestra alma afligida
La mas leve pesadumbre
Esa negra incertidumbre
Del *más allá* de la vida.
Si es mentida
La fé de ulterior soláz,
Al ménos, los que viviendo
Van gimiendo,
En otro mundo de páz
Resucitarán muriendo.

Ya habita, aunqué el desconsuelo
Os haga implacable guerra,
Un *triste* ménos la tierra,
Y un *dichoso* más el cielo.
De su vuelo
Ireis vos, muriendo, en pós,
Si á Dios dais en implorar
Sin cesar,
Pués para justos cual vós
Morir es resucitar.

XXXII.

TODOS SON UNOS.

1.

Voy á contaros la historia
De una entrañable pasión,
Aunqué se haga, á su memoria,
Pedazos mi corazón.

Que hay historias qué, aunqué pasan,
Por siempre, á nuestro despecho,
Los ojos en llanto arrasan,
Y ayes arrancan del pecho.

Pués siempre entre las pasiones
Hay una á cuyos reveses
Se agostan las ilusiones
Como al estío las mieses.

Cuento la historia querida
De esa pasion desgraciada
Qué, aunqué amarga nuestra vida,
Sin ella la vida es nada.

Pués tras de ese amor tan tierno,
Siempre queda en la memoria
Todo el dolor del infierno,
Todo el placer de la gloria.

No hay hombre qué, afortunado,
Toda su vida, la idea
De un bienquerer mal pagado,
Su eterno dogal no sea.

Si la mujer con rigores
Paga tan tiernos quereres;
Si es tan cruda en sus amores,
Hombres, *¡lo que son mujeres!*

2.

Pués cuento de amor historias,
Copiaré letra por letra
El libro en que sus memorias
Grababa la hermosa Petra.

Después de amar con locura,
Tuvo de morir la suerte;
Que hay males que solo cura
El bálsamo de la muerte.

Petra, cual dije al principio,
Su historia dejó al mundo hecha,
Y en ella hasta el menor rípio
Es para el alma una flecha.

Pués no hay sensible lectora
Que, al repasar sus anales,
Si á todo llorar no llora,
No exclame: — Aquí de mis males. —

Pués llega en ella á hacer vér,
De su ciencia en testimonio,
Que es un *ángel* la mujér,
Y que es el hombre un *demonio*.

Y después que al hombre injuria
Con frases por el estilo,
De este modo el *ángel-furia*
Coge de su historia el hilo:

— Que no hay fé en hombres contemplo —
(Prosigue la hermosa Petra),
— Y son de esto buen ejemplo,
Pablo, Juan, Luis, Diego... — etcetra.

De esta manera injuriando
Sigue nombres tras de nombres,
Y al fin concluye exclamando:
Mujeres, *¡lo que son hombres!*

3.

Si á los dos sexos igualo,
Es porque infiero con pena
Que, si es el hombre *algo malo*,
Es la mujer *no muy buena*.

Donde las toman, las dan,
Asienta un refran de amor;
Y cual dice otro refran,
A un picaro, otro mayor.

Á buena fé, *mala* fé;
Á un *adelante*, un *arredro*;
Quien mas mira ménos vé;
Tan bueno es Juan como Pedro.

Con cuyos versos, acaso
Probar á los hombres plugo
Que el que es *víctima* en un paso,
En otro paso es *verdugo*.

Por eso sé que, al que falso
Á una mujer asesina,
Le han de servir de cadalso
Las rejas de otra vecina.

Y la que dice — no quiero, —
Cuando *amor* la canto amante,
Sé que amará á otro coplero,
Aunque *epitafios* la cante.

Porqué esta es la ley mas triste
Que impone amor justiciero:
«*Cuando quise, no quisiste,*
Y ahora que quieres, no quiero.»

Pués hombre y mujér son séres
Con fé igual y varios nombres,
Hombres, *¡lo que son mujéres!*
Mujeres, *¡lo que son hombres!...*

XXXIII.

PROXIMIDAD DEL BIEN.

En el tiempo en que el mundo informe estaba,
Creó el Señor, cuando por dicha extrema
El paraíso terrenal formaba,
Un fruto que del mal era el emblema,
Y otro fruto que el bien simbolizaba.

Del miserable Adan al mismo lado
El Señor colocó del bien el fruto;
Pero Adan nunca el bien halló, ofuscado,
Porqué es del hombre mísero atributo
Huír del bien, del mal siempre arrastrado.

El fruto que del mal el símbolo era
Puso Dios escondido y muy lejano;
Pero Adan lo encontraba donde quiera,
Abandonando en su falaz quimera,
Por el lejano mal, el bien cercano.

¡Ah! siempre el hombre en su ilusion maldita
Su misma dicha en despreciar se empeña,
Y al seguirla tenaz, tenaz la evita,
Y aunque en su mismo corazon palpita,
¡Léjos, muy léjos, con afán la sueña!...

XXXIV.

PLACERES TRISTES.

Que te admire no es justo,
Si á bostezar empiezas,
La turba que á admirarte va al teatro.
¿Quién ha de ver con gusto
Que pertinaz bostezas
Una vez, y otra vez, y tres y cuatro?
¡Ay, prenda que idolatro,
Ahora sé, á pesar mío,
Que es el placer la fuente del hastío!

Si el ver tantos galanes
Tu bostezo provoca,
¿Qué harás cuando estés sola, Rosalía?
No juzgué, voto á Sanes,
Tan inmensa esa boca
Que ha poco me llamaba: «vida mía.»
¡Cuánta razon tenía
Quien dijo sabiamente
Que son los goces del hastío fuente!

En tus ojos serenos
Hoy se vé una zozobra
Que ya la bílis de tu madre exalta.
¿Qué echas de más ó ménos?
¿Es tu madre quien sobra?
¿Soy yo (¡quiéralo Dios!) lo que te falta?
¿Por qué el dolor te asalta?
¿Será cierto, bien mío,
Que es el placer la fuente del hastío?

Desde... (ya tú me entiendes),
Yo tambien, Rosalía,
Con honda pena ¡ay de mí triste! lidio.
¡Cómo en rubor te enciendes!
¡Llora, sí, vida mía,
Después de tanto amor, tanto fastidio!
Lloremos (pese á Ovidio),
Aunqué mi amor lo siente,
¡Que son los goces del hastío fuente!

Si el placer que gozamos
Nuestras almas abisma
En un fiero dolor que nos devora,
Tras la virtud corramos,
Pués tan solo á sí misma
Eternamente la virtud se adora.
¡Oh, mal haya la hora
En que aprendí, bien mio,
Que es el placer la fuente del hastío!

XXXV.

LA DICHA ES LA MUERTE.

¡Sarcasmo ruin de la suerte
Para el alma dolorida,
No ver hermosa la vida,
Sino al dintel de la muerte!
(E. FLORENTINO SANZ.)

1.

— ¡Niño! á quien guarda el maternal cuidado,
Pués que mi pecho tras la dicha vá.
Tal vez la dicha encontraré á tu lado.

LA MADRE.

— ¡Llorando el niño entre mi seno está:
Id mas allá!...

2.

— ¡Hermosas! solo, en extranjera tierra,
Prestadle dicha á quien tras ella vá,
Pués tantas dichas vuestro amor encierra.

LAS HERMOSAS.

— ¡Triste del sér que idolatrando está!
Id mas allá!

3.

— ¡Magnates, hoy vuestra piedad imploro;
Loco mi pecho trás la dicha vá;
Si el oro da la dicha, prestadme oro.

LOS MAGNATES.

— ¡Ved que amagándoos el puñal está:
Id mas allá!

4.

— ¡Ancianos! presa de infernal batalla
Mi pecho en pos de la ventura vá,
¿Ni al borde mismo de la tumba se halla?

LOS ANCIANOS.

— ¡Ni al borde mismo de la tumba está:
Id mas allá!... —

XXXVI.

LA OPINION.

A MI QUERIDA PRIMA, JACINTA WHITE DE LLANO, EN LA MUERTE DE SU HIJA.

¡Pobre Carolina mía!
¡Nunca la podré olvidar!
Ved lo que el mundo decía
Viendo el féretro pasar:

Un clérigo. — Empiece el canto.
El doctor. — ¡Cesó el sufrir!
El padre. — ¡Me ahoga el llanto!
La madre. — ¡Quiero morir!

Un muchacho. — ¡Qué adornada!
Un jóven. — ¡Era muy bella!
Una moza. — ¡Desgraciada!
Una vieja. — ¡Feliz ella!

— ¡Duerme en páz! dicen los buenos.
— ¡Adiós! dicen los demás.
Un filósofo. — ¡Uno ménos!
Un poeta. — ¡Un ángel más!

XXXVII.

¡QUIEN SUPIERA ESCRIBIR!

— Escribidme una carta, señor Cura.
— Ya sé para quién és.
— ¿Sabeis quién és, porque una noche oscura
Nos visteis juntos? — Pués.

— Perdonad; más... — No extraño ese tropiezo.
La noche... la ocasión...
Dadme pluma y papel. Gracias. Empiezo:
Mi querido Ramón:

— ¿Querido?... Pero, en fin, ya lo habeis puesto...
— Si no quereis... — ¡Sí, sí!
— *¡Qué triste estoy!* ¿No es eso? — Por supuesto.
— *¡Qué triste estoy sin tí!*

Una congoja, al empezar, me viene...
— ¿Cómo sabeis mi mal?...
— Para un viejo, una niña siempre tiene
El pecho de cristal.

¿Qué es sin tí el mundo? Un valle de amargura.
¿Y contigo? Un edén.
— Haced la letra clara, señor Cura;
Que lo entienda eso bién.

— *El beso aquel que de marchar á punto*
Te dí... — ¿Cómo sabeis?...
— Cuando se va y se viene y se está junto,
Siempre... no os afrenteis.

Y si volver tu afecto no procura,
Tanto me harás sufrir...
— ¿Sufrir y nada más? No, señor Cura,
¡Que me voy á morir!

— ¿Morír? ¿Sabeis que es ofender al cielo...
— Pués, sí señor ¡morir!
— Yo no pongo *morir*. — ¡Qué hombre de hielo!
¡Quién supiera escribir!

¡Señor Rector, señor Rector! en vano
Me quereis complacer,
Si no encarnan los signos de la mano
Todo el sér de mi sér.

Escribidle, por Dios, que el alma mía
Ya en mí no quiere estar;
Que la pena no me ahoga cada día...
Porqué puedo llorar.

Que mis labios, las rosas de su aliento,
No se saben abrír;
Que olvidan de la risa el movimiento
Á fuerza de sentír.

Que mis ojos, que él tiene por tan bellos,
Cargados con mi afán,
Como no tienen quien se mire en ellos,
Cerrados siempre están.

Que es, de cuantos tormentos he sufrido,
La ausencia el más atróz;
Que es un perpétuo sueño de mi oido
El eco de su vóz...

Que siendo por su causa, el alma mía
¡Goza tanto en sufrir!...
Diós mio, ¡cuántas cosas le diría
Si supiera escribir!...

— Pues señor, ¡bravo amor! Copio y concluyo:
Á don Ramón..... En fín,
Que es inútil saber para esto arguyo
Ni el griego ni el latín. —

XXXVIII.

AMAR AL VUELO.

Á LA NIÑA ASUNCION DE ZARAGOZA Y DEL PINO.

1.

Así niña encantadora,
Porqué tus gracias no roben
Las huellas que el tiempo deja,
Juega como niña ahora,
Como niña cuando jóven,
Como jóven cuando vieja.
Por mis muchos desengaños,
Te ruego, Asuncion querida,
Que ames miéntras tengas vida
Como amas á los seis años.
Justamente, de ese modo:
Amando desamorada;
Así, no queriendo nada,
Esto es, queriéndolo todo;
Anhelante y sin anhelo,
Ya resuelta, ya indecisa,
Pasa de la risa al duelo,
Pasa del duelo á la risa;
Así, de prisa, de prisa;
Todo *al vuelo*, todo *al vuelo*.

2.

Sé amorosa y nunca amante;
Lleva á la vejéz tu infancia;
Sé constante en la inconstancia,
O en la inconstancia constante;
Que en amor créen los mas duchos,
Contra los que son mas locos,
Que en vez de los pocos muchos,
Valen más los muchos pocos;
Y cuando tu labio bese,
Que formule un beso insápido,
Inerte, estentóreo y rápido...
Pués, así, lo mismo que ese.
Nunca beses como loca,

Besa como una loquilla;
Jamás... jamás en la boca,
Siempre, siempre en la mejilla;
Ten presente que la abeja,
Queriendo entrañar la herida,
La desventurada deja
Entre la muerte la vida.

3.

¡Sí! si lo mismo que hoy eres
La hermosa entre las hermosas,
Ser, miéntras vivas, quisieres
Dichosa entre las dichosas,
Tal ha de ser tu divisa:
Amar muy poco y de prisa,
Como hacen las mariposas;
Aunqué no importa realmente
Que ames infinitamente,
Si amas infinitas cosas.

4.

Son tan cuerdos mis consejos
Que me atreveré á jurarte
Por mis ojos qué, aunqué viejos
Aún, Asuncion, al mirarte,
Aspiran á ser espejos,
Que aplicando estos consejos
A mi vejez, todavía
Pienso curar, hija mía,
De mi corazon las llagas;
Llagas ¡ay! que no tendría,
Si yo hubiera hecho algun día
Lo que te aconsejo que hagas.

5.

Para ver si es verdadero
Lo que un apóstol revela,
— Que lo fijo es pasajero,
Que solo es real lo que *vuela*, —
Tiende el rostro, hermosa niña,
Como ese cielo sereno,

Ya al cielo, ya á la campiña.
Y verás de una mirada
Que es lo mas rico ó mas bueno
Lo que vuela ó lo que nada,
Como la espuma en los mares,
En el cielo los fulgores,
El incienso en los altares,
En los árboles las flores,
Los celajes en el viento,
En el viento los sonidos,
La vida en nuestros sentidos,
Y en la vida el pensamiento.

6.

Sigue el plan á que te exhorto,
Amando *al vuelo*; hazte cargo
Que el viaje es largo, ¡muy largo!...
Y el tiempo corto, ¡muy corto!...
Sé ligera, no traidora;
Sopla el fuego que no abrasa;
Quiere, como el que no quiere;
Tu llanto, nube que pasa,
Tu risa, luz que no muere;
Ama mucho, más de modo
Que estés siempre enamorada
De un cierto todo que es nada,
De un cierto nada que es todo.
Si ries, olvida el duelo;
Si lloras, pasa á la risa;
Así... de prisa, de prisa;
Todo *al vuelo*, todo *al vuelo*.

XXXIX.

EL BESO.

Mucho hace el que mucho ama.
(Kempis, libro 1.º, capítulo XV.)

1.

Me han contado que al morír
Un hombre de corazon,
Sintió ó presumió sentír,

En Cádiz repercutir
Un beso dado en Cantón.
¿Que es imposible, Asunción?...
Veinte años hace que dí
El primer beso ¡ay de mí!
De mi primera pasion...
¡Y todavía, Asunción,
Aquel frio que sentí
Hace arder mi corazón!

2.

Desde la ciega atracción,
Beso que da el pedernal,
Subiendo hasta la oración
Último beso mental,
Es el beso la espansión
De esa chispa celestial
Que inflamó la creación,
Y que en su curso inmortal
Va de crisol en crisól
Su intensa llama á vertér
En la atmósfera del sér
Que de un beso encendió el sól.

3.

De la cuna al ataúd
Va siendo el beso, á su vez,
Amor en la juventúd,
Esperanza en la niñez,
En el adulto *virtúd*,
Y *recuerdo* en la vejez.

4.

¿Vas comprendiendo, Asunción,
Que es el beso la expresión
De un idioma universal
Que, en inextinto raudal,
De una en otra encarnación
Y desde una en otra edad,
En la mejilla es *bondad*,
En los ojos *ilusión*,

En la frente *majestad*,
Y entre los labios *pasión?*

5.

¿Nunca se despierta en tí
Un recuerdo, como en mí,
De un amante que se fué?...
Si me contestas que sí,
Eso es un beso, Asunción,
Que en alas de no sé qué,
Trae la imaginación.

6.

¡Gloria á esa oscura señal
Del hado en incubación,
Que es el gérmen inmortal
Del alma en fermentación,
Y á veces trasunto fiél
De todo un mundo moral;
Y si no, dígalo aquél
De entre el cual y bajo el cual
Nació el alma de Platón!

7.

¡Gloria á esa condensación
De toda la eternidad,
Con cuya tierna efusión
Á toda la humanidad
Da la paz, la religión;
Con la cual la caridad
Siembra en el mundo el perdón;
Himno á la perpetuidad,
Cuyo misterioso són,
Sin que lo oiga el corazón,
Suena en la posteridad!

8.

¿Vas comprendiendo, Asunción?
Más por si acaso no crées

Que el beso es el conductor
De ese fuego encantador
Con que este mundo que vés
Lo ha animado el Criador..
Prueba á besarme, y después
Un beso verás cómo és
Esa copa del amor
Llena del vital licor
Que en el humano festín,
De una en otra boca, al fín
Llega, de afan en afan,
A tu boca de carmín
Desde los labios de Adan.

9.

Prueba en mí, por compasion,
Esa clara iniciacion
De un oscuro porvenir;
Y entónces, bella Asunción,
Comprenderás, si al morir,
Un hombre de corazón,
Habrá podido sentir,
En Cádiz repercutir
Un beso dado en Cantón.

XL.

LO QUE ES ETERNO.

DEDICADA AL CONDE DE SAN LUIS CON MOTIVO DE LA FUNDACION DEL TEATRO ESPAÑOL.

1.

LA INTELIGENCIA.

Pasan un siglo y cien, el tiempo pasa
Como Escita que mata á la carrera;
Verdugo y creador, en cuanto impera,
Lo humilde encumbra, y lo soberbio arrasa.

La vida el tiempo á cuanto existe tasa,
Más, siempre inútil, su guadaña fiera
Sobre el grande Platón, era tras era,
Con excusado afan pasa y repasa.

Y es que la idea que en los cielos flota,
Fija cual Diós, como de Diós esencia,
Del tiempo móvil la guadaña embota.

Por eso, al declinar de la existencia,
De entre las ruinas de los mundos brota,
Crisálida inmortal, la inteligencia.

2.

LA VIRTUD.

Penélope es el tiempo, que hoy se afana
En destejer la vida ayer tejida,
No hay en el mundo edad que un sol no mida,
Ni hay un sol que resista á algun mañana.

Solo del tiempo en la extension lejana
Sobrenada de Sócrates la vida;
Que es bella espuma la virtud salida
Del Oceáno de la vida humana.

Y es que de la virtud el santo anhelo
Burla del tiempo la eternal victoria,
Sobre cuanto hay mortal alzando el vuelo.

Por eso, como esencia de la gloria,
Vá cual perfume embalsamando el cielo,
Sagrada eflorescencia de la historia.

3.

EL TEATRO.

El tiempo, ese Saturno cuya saña
Se goza en devorar su creaciones,
Jamás en sus sangrientas irrupciones
Tu templo arrasará, gloria de España.

No estirpará del tiempo la guadaña
Ese estadio de heróicas acciones;
No se extingue la voz de los Platones,
Ni el brillo de los Sócrates se empaña.

Cuando tu obra inmortal al mundo asombre,
Mostrando ejemplos de virtud y ciencia,
Glorioso entre ellos sonará tu nombre.

¡Ah! ¡dichoso el que adhiere su existencia
Á la virtud, perpétuo bien del hombre,
Y á la eterna verdad, la inteligencia!

XLI.

FUENTE INAGOTABLE.

Á MI AMIGO DON TEODORO GUERRERO.

1.

¡Amé una véz, y dos, inmensamente,
Y trés... y acaso más!
¡Del corazon la inextinguible fuente
No se agota jamás!

¡Magnífico está el baile! ¡Encantadora
Se halla prendida así!
Resúmen de la vida en una hora
Es la existencia aquí.

¡Mirad qué hermoso está! ¡Si no la miro
Siquiera en ilusión,
Falta una cosa al aire que respiro!...
¡Otra vez, corazón!

2.

Miéntras bailamos ¡ay! el tiempo vuela...
Pero ¿qué hemos de hacer?
La vida humana al fin solo es la tela
De que se hace el placer.

Allí vá. ¡No, no vá! ¡Mi pensamiento,
De su imágen en pós,
Aquí y allí, en la tierra y en el viento,
La crea. como Diós!

¡Maldito corazón, que nunca cesa
De mudar y querer;
La carne de mi espíritu es hoy esa,
Como otra ha sido ayer!

¡Ira del cielo! Como nunca tierna,
Baila con otro... ¡oh Diós!
¡La breve vida á veces es eterna!
Ya va un instante... dós ...

¡Ni una mirada de su amór merezco!
Van cuatro... seis... ¡Pardiéz!
¡Cuando ella no me mira me aborrezco!
Van ocho... nueve... diéz...

¡Y once van ya! ¿la eternidad entera
Tarda tanto en pasar?...
¡Oh, cuánto gemiria, si pudiera
Gemir sin respirar!

Vamos como ella, á enloquecer con esa,
Y con esta tambien...
— ¡Divino! Concepcion. — ¡Bravo! Teresa.
¿Que si vás bien? ¡Muy bien!

No quisiera mas dias de contento,
Mercédes, por quien soy,
Que de besos te dan de pensemiento,
Cuantos te miran hoy. —

¡Huyamos de ella, huyamos, alma mía!
¿Cómo huir, ¡maldición!
Si exceptuando su amor, todo me hastía?
¡Otra vez, corazón!

3.

¡En baile! ¡Vedla como siempre hermosa:
— ¿Que estoy muy triste, Inés?
Tú no entiendes mi pena, eres dichosa.
¿Que es porqué no amo? ¡Pués!

Te se ha subido, Inés, con el contento
Al rostro el corazón;
Y eso no es, vive Dios, el sentimiento;
Eso es la sensación.

— ¡En baile! ¡En baile! — Tu semblante augura
Castidad y salúd;
Bien dicen, Asunción, que la hermosura
Es casi una virtúd.

¿Quién hoy, responde, tus encantos labra!
¿Dices que es la pasion
Ventura que deshace una palabra?
(¡Cruel! ¡Tiene razon!)

4.

(¡Allí pasa otra vez! Mas no; es mi anhelo
Que se lo forja así...
— ¡Qué en qué pienso, Leonor, mirando al cielo?
¿Qué he de pensar? En tí.

¿Quién besará, mi bien, labios tan bellos?...
Mas perdona, Leonor;
Quise decir: poner el alma en ellos...
¡Bendigo tu pudor!

Cuando te ví, cruzó por mi cabeza
Un pecado venial...
¿Si habrán dicho por tí que es la belleza
Demonio temporal?

Tu pupila, esa entrada de los cielos,
Me llena de embriaguéz;
No eres mia, Leonor, y tengo celos.
¿Que es envidia? Tal véz.

— ¡Bella música, á fé! ¡Cuál corresponde
Su acento á mi pasión!...
Esto lo oí con ella no sé dónde...
¡Siempre *ella*, corazón!

¡Qué sufrir! — Lúz, no sufras; es el modo
De que sufran por tí;
Una mujer que me lo cuenta todo,
Me lo ha contado así...

Pasó el baile y la noche. ¡Con el día
Ya vendrá otra embriaguéz!...
¿Dónde la muerte está de esta agonía?...
¡Otra véz, corazón! ¡ay! *¡otra véz!*

XLII.

¡MAS!... ¡MAS!...

¿Piensas satisfacer tu apetito?
Pues no lo alcanzarás.
(*Kempis*, *libro* 1.º, *capítulo XX.*)

1.

Brindemos por Salomón,
Que con tan cuerdo saber
Nos pinta la condición
Del alma de la mujer.
Ved por ejemplo, á Leonor,
Que ya del Rhin á merced,
Ve girar en derredor
Los frescos de la pared,
Y cansada de gozar,
Aunque no harta de sentir,
Llena de pasion quizás,
Y sin quizás, de elixir,
Sintiéndose derrumbar
Á una postrer libacion,
¡Oh insaciable corazon!
Aún dice en sueños: ¡Más!... ¡Más!...

2.

¡Más! ¡Más! suprema explosion
Del pensar y del sentir,
Misteriosa evocacion
De un oscuro provenir,
Prolífica emanacion
Que, entre gozar y sufrir,
En eléctrica ascencion
Corre en eterna espiral
De eslabon en eslabon
Una cadena inmortal.
¡Más! divina aspiracion
Á otra trasfiguracion,
Como así nos lo hacen ver,
En perpetua evolucion,
Las gramas con germinar,
Las flores con florecer,
Los frutos con madurar,
Los árboles con crecer;

Y en su anhelo de llegar
Á más alto porvenir,
Cuando siente, con sentir,
Llega como el hombre á amar;
Y el hombre, supremo sér,
De todo infinito en pós,
Con pensar y con querer
Sube á arcángel, y además
Llega hasta embeberse en Diós.
¡Más! alma mia. ¡Más!... ¡Más!...

3.

¡Rhin! El *más*, en conclusion,
Es el anhelo eternal,
De toda la creacion,
Siendo en fuerza desigual,
En la materia atraccion,
Tendencia en el vegetal,
En lo vital, sensacion,
Pensamiento en lo humanal:
Más, como alma, es religion;
Como espacio, inmensidad;
Como cuerpo, corazon,
Como tiempo, eternidad;
Y entre amar y florecer,
Entre pensar y sentir,
Á un fin aspira mejor,
Cuanto fué, y es, y ha de ser,
Ya fruto, ya árbol, ya flor.
¡Elixir! ¡*Más* elixir!
¡Bríndis!... al *más* de Leonor.

4.

¡*Más* de todo! ¡Venga Rhin!
¡*Más* aire! Abrid el balcon,
Y veremos la extension
De esa Australia celestial,
Cuyas islas de coral
Las piedras miliarias son,
Con que el principio sin fin
Marca la imaginacion
De ese insondable caudal,
De esa eterna sucesion,

Que no tienen fin jamás,
Tiempo y espacio, expresion
Del *más*, del último *más!*...

5.

¡Rhin! *¿Más* en el tiempo qué es?
Contad un dia y un mes,
Luego un siglo, despues mil;
Siglos de siglos despues
Con la cabeza febril
Por siglos multiplicad;
Y despues que acumuleis
Á toda una eternidad,
Si no amengua vuestro ardor
Jamás, jamás y jamás,
Aún acumular podeis
Cien eternidades más,
Del postrer jamás al fin...
¡Siempre *más!* ¡Gloria á Leonor,
Rhin, Ganimédes, *más* Rhin!...

6.

¡Rhin, Rhin! como en la evasion
Del tiempo que se nos vá,
Tambien se halla en la extension
Ese eterno mas allá.
Sumad un mundo, dos, trés,
Y cuatro, y mil y un millon,
Y mil millones después,
Y hallareis, en conclusion,
De vuestras sumas al fin,
Del postrer mundo al través,
Siempre otro mundo detrás...
¡Rhin, Ganimédes, *más* Rhin!...
¡*Más!*... ¡mucho *más!!*... ¡mucho *más!!!*...

XLIII.

COSAS DEL TIEMPO.

Pasan veinte años; vuelve él,
Y al verse, exclaman él y ella:
(— ¡Santo Diós! ¿y este es aquél?...)
(— ¡Diós mio! ¿y esta es aquella?...)

XLIV.

ENGAÑOS DEL ENGAÑO.

— ¡Cuánto creía en tí, cuánto creía!
— Te juro que, aunque infiel, soy inocente
— ¿No pensabas amarme eternamente?
— Yo lo pensaba así, querida mía.

De mi error en disculpa, este letrero
Sobre mi tumba dejaré grabado;
«Perdónale al infiel que te ha engañado,
Porque á sí mismo se engañó primero.» —

XLV.

TODO ESTÁ EN EL CORAZÓN.

La reina que enloquecía
Por Don Felipe el Hermoso,
La tumba al ver de su esposo,
— ¡Todo está allí!! — se decía
Sus restos exhumó un día,
Mas nada allí vió; y así,
En vez del — todo está allí, —
Desde tan triste ocasión,
Señalando al corazón,
Decía: — ¡Todo está aquí! —

XLVI.

¿QUÉ ES AMOR?

Cual es cada uno en lo interior,
tal juzga lo de fuera.
(*Kempis, libro* II, *capítulo IV.*)

Dudando, Enriqueta, tu pura inocencia,
Si amor, que aún no sientes, es dicha ó dolor,
Pretendes que diga mi amarga experiencia,
¡Feliz, pués lo ignoras! ¿qué cosa es amor?

¡Alzad de las tumbas, y al par de la brisa
Cruzad, bellas sombras, dejando el no sér!
La Estuardo, Francisca, Lucrecia, Eloísa,
¡Dementes sublimes! decid, ¿qué es querer?

— Querer, un misterio. — comienza la Estuardo,
Que á dos funde en uno, partiendo uno en dós. —
¿Qué son tus amores, amor de Abelardo?
— Infierno de dichas y cielo sin Diós.

No amar siendo amada, — prosigue; *no es vida*; —
No ser nunca amante ni amada, es *no ser;*
Querer, el *infierno*, no siendo querida;
Más, siendo querida, la *gloria* es querer. —

¡Perdona, oh perpetuo pudor de la historia,
Perdona á mi musa, si evoca en tropel
Los nombres que fueron escándalo ó gloria:
Cleopatra, la Cava, Teresa, Raquel!

Dejad los sepulcros, falanje divina,
Tomando á mi acento las formas de sér:
Elena, Artemisa, Judith, Mesalina,
¡Honor ó vergüenza! decid, ¿qué es querer?

Decidme si es fiebre que el alma envenena
Ó solo un deleite que se une al pudór:
Semíramis, Safo, Ninon, Magdalena,
¡Falsarias eternas! ¿qué cosa es amór?

Teresa la santa, más bien la divina,
— Amor, — dice, — junta ternura y deber.
— Amar es, — replica la vil Mesalina, —
Hallar el descanso, cansando el placer.

— Amór pierde, — dicen la Cava y Elena, —
La fé y patria siempre, los goces jamás.
— Es, — dice, gimiendo de amor Magdalena, —
Gozár mucho, y luego llorar mucho más. —

Y Safo, con fiebre de amór que no espera,
— Morir por quien se ama, — prorumpe — es querer.
— Es cierto, — responde Lucrecia altanera:
Morir por quien se ama, si se ama el deber.

— Vivir en la mente, — prosigue Artemisa, —
De aquel que amó mucho, y amó porque sí.
— Vivir siempre en otro, — murmura Eloísa.
Semíramis dice: — Vivir otro en mí.

— ¡Hablar con el aire! — de amor satisfecha,
¡Mal haya su boca! prorumpe Ninon: —
Amores sin crímen, son sueños sin fecha;
Pasion que no afrenta, no es digna pasion. —

¡En fin! ¿halla el que ama la gloria ó el infierno?
¡Aquí las perjuras! Las fieles aquí!
Decidme, en resúmen, lo que es ese eterno
Deseo que miente, mintiéndose á sí.

— ¡Morir! — dice Safo. Francisca, — ¡el incesto! —
Teresa, — aquel místico amor del amor! —
Judith y Lucrecia, — ¡gozar con lo honesto! —
Cleopatra, — ¡la orgía! Raquel, — ¡el pudor! —

¡Silencio! así al mundo volvieron demente;
Aún dudan hoy locas, más locas que ayer,
Si amor da delicias, ó si es solamente
Perder la ventura buscando el placer.

¡Huid! falsas dueñas de todos los dueños
Que el mundo anegaron en llanto por vos:
Que haceis de la vida ya un sueño de sueños,
Que haceis de la carne ya un mónstruo, ya un dios.

¿Amor en vosotras es todo ó no es nada,
Verdad ó mentira, virtud ó placer?
¡Odiosa falanje del mundo adorada,
Pues sois siempre un cáos, ¡tornad al no sér!

¡Maldito aquelarre de diosas, que ignora
Si amor cura ó mata, si afrenta ó da honor!
— Ya oiste, Enriqueta; si sabes, ahora
Responde tú misma: ¿qué cosa es amor? —

XLVII.

LAS DOS GRANDEZAS.

Uno altivo, otro sin ley,
Así dos hablando están:
— Yo soy Alejandro el rey.
— Y yo Diógenes el cán.

— Vengo á hacerte mas honrada
Tu vida de caracol.
¿Qué quieres de mí? — Yo, nada;
Que no me quites el sol.

— Mi poder... — Es asombroso,
Pero á mí nada me asombra.
— Yo puedo hacerte dichoso.
— Lo sé, no haciéndome sombra.

— Tendrás riquezas sin tasa,
Un palacio y un dosel.
— ¿Y para qué quiero casa
Mas grande que este tonel?

— Mantos reales gastarás
De oro y seda. — ¡Nada, nada!
¿No ves que me abriga mas
Esta capa remendada?

Ricos manjares devoro.
— Yo con pan duro me allano.
— Bebo el Chipre en copas de oro.
— Yo bebo el agua en la mano.

— Mandaré cuanto tú mandes.
— ¡Vanidad de cosas vanas!
¿Y á unas miserias tan grandes
Las llamais dichas humanas?

— Mi poder á cuantos gimen,
Va con gloria á socorrer.
— ¡La gloria; capa del crímen;
Crímen sin capa ¡el poder!

— Toda la tierra iracundo
Tengo postrada ante mí.
— ¿Y eres el dueño del mundo,
No siendo dueño de tí?

— Yo sé que, del orbe dueño,
Seré del mundo el dichoso.
— Yo sé que tu último sueño
Será tu primer reposo.

— Yo impongo á mi arbitrio leyes.
— ¿Tanto de injusto blasonas?
— Llevo vencidos cien reyes.
— ¡Buen bandido de coronas!

— Vivir podré aborrecido,
Mas no moriré olvidado.
— Viviré desconocido,
Más nunca moriré odiado.

— ¡Adiós! pues romper no puedo
De tu cinismo el crisol
— ¡Adiós! ¡Cuán dichoso quedo,
Pués no me quitas el sol! —

Y al partir, con mútuo agravio,
Uno altivo, otro implacable,
— ¡Miserable! dice el sabio;
Y el Rey dice: — ¡Miserable!

XLVIII.

ACHAQUES DE LA VEJÉZ.

No confies, ni estribes sobre la caña hueca, porque toda carne es heno y toda su gloria caerá, como su flor.
(Kempis, libro II, *capítulo VII.)*

1.

Si no me ataran los piés
La gota, y la que no lo és,
Contigo iria hasta el fin
De ese encantado jardin.
¡Rompamos la marcha, pués!
Ea, á la una, á las dos,
Á las... ¡por vida de Dios!
Tenme, no me caiga, Inés.

2.

¡Ah! ¡cómo enciende de amór
De tus ojos el colór;
El mismo con que Rafael
Nos pinta la caridad!
Á su dulce claridad,
Cien vueltas á este vergel
Diera de buen grado, Inés;
Más ¿qué importa ¡maldicion!
Que me arrastre el corazón,
Si me flaquean los piés!

3.

¡Bien! De nuevo tu beldad
Nueva extension da á mi sér,
Y de mi primera edad
Ya casi siento el placér;
Inés, ¡qué felicidad
Si ahora á mi voluntad
Igualase mi podér!
Ya dí un paso. ¡Vuelve á mí,
Fuego de mi corazón,
De ese éter universal
Donde en deliquio inmortal
De expansión en expansión
Toda la vida vertí!
Otro paso. ¡Bien! ¡Muy bien!
Como el de Vénus, tambien,
Inés, tu talle español
Arrastra á cuantos lo vén,
Subiendo de sol en sol
Derechos hasta el Edén.
¿Vés? Ya me siento ascender;
Demos la vuelta hasta el fin
De este encantado jardin;
¿Á ver cómo marcho, á ver?
¿Dices que tiemblo? ¡No... no...
Es que la tierra, cual yo,
Vibra tambien de placer!
¿Oyes? ¡Cuán bien con su amór
Celebra ese ruiseñór
Nuestro epitalamio actual!...
Pero, por vida de tal,
Que á los tres pasos, Inés,
Del exceso del sentir

Se me van algo los piés...
Y además, al percibir
Cómo me hiela el sudór,
Ya comienzo á presentir
Que ese inocente cantór
Á la entrada del Edén,
En vez de este mutuo amór,
Acaso ¡fatalidad!
¡Está cantando mas bién
Mi union con la eternidad!

4.

¡Ay, Inés! ¡no puedo más!
Pongamos al viaje fin.
Aquí estoy bien, y además
Siempre está, donde tú estás,
El oásis del jardin.
¡Gracias, mi esposa! ¡Tú aun crées
Que este corazon senil
No es un árbol sin calor,
Cuando con tan tierno amor
Mi mano coges, Inés,
Con el mismo aire gentil
Con que se coge una flor!
¡Ay! ignora tu bondad,
Como ignoró mi ilusion,
Que es inútil la beldad
Cuando ya en el corazon
Queda solo la razon,
Flor de la esterilidad!
Sentémonos, pues, aquí,
Á las puertas del Edén;
Y mientras maldigo así
Este cuerpo baladí,
Perdona el error de quién
Se está muriendo por tí.
Muriéndome, Inés, ¡sí! ¡sí!
Por eso creyendo voy
Que evaporado ya soy
Errante espectro de mí.

5.

Más si no alcanzo al honor
De dar dos vueltas ó trés,
No es por falta de valor,
Como tú sabes, Inés;

Tan solamente ¡oh dolor!
Por estos malditos piés,
No puedo entrar, como vés,
En el templo del amor.
Y ya que has llegado á ver
Que para poder entrar
Solo me falta tener
Los piés que me han de llevar,
Te prometo, hermosa Inés,
Que en cuanto yo tenga piés,
En tí, por tí y para tí
Iré hasta el templo que vés,
Y alguna vez mas allá...
¿Dices que ahora? ¡Ay de mí!
La voluntad está aquí;
Mas ¿y los piés? ¡Ahí está!!...

XLIX.

SUFRIR ES VIVIR.

Á MI QUERIDO AMIGO DON EDUARDO BUSTILLO.

Maldiciendo mi dolor,
Á Dios clamé de esta suerte:
— Haced que el tiempo, Señor,
Venga á arrancarme este amor
Que me está dando la muerte. —

Mis súplicas escuchando,
Su interminable camino
De órden de Dios acortando,
Corriendo, ó mas bien, volando,
Como siempre el tiempo vino.

Y — voy tu mal á curar, —
Dijo; y cuando el bien que adoro
Me fué del pecho á arrancar,
Me entró un afán de llorar
Que, aún de recordarlo, lloro.

Temiendo por mi pasion
Penas sufrí tan extrañas,
Que aprendió mi corazon
Que una misma cosa son
Mis penas y mis entrañas.

Y feliz con mi dolor,
Gritó mi alma arrepentida:
— Decid al tiempo, Señor,
Que no me arranque este amor,
Que es arrancarme la vida. —

L.

LOS DOS ESPEJOS.

En el cristal de un espejo
Á los cuarenta me ví,
Y hallándome feo y viejo,
De rabia el cristal rompí.

Del alma en la trasparencia
Mi rostro entónces miré,
Y tal me ví en la conciencia,
Que el corazon me rasgué.

Y es que, en perdiendo el mortal
La fé, juventud y amor.
¡Se mira al espejo, y mal!
¡Se vé en el alma, y... peor!

LI.

LA FÉ Y LA RAZÓN.

Á DON NICOMEDES MARTIN MATEOS.

1.

La Reina de Suecia un día,
Recibiendo gravemente
Leccion de filosofía,

Á Descartes le decía
Con gravedad lo siguiente:

— Llevais, maestro, al exceso
De mi ignorancia la fé:
Pienso, luego soy; no es eso:
Pienso, luego *sé que sé.*

Ya veis que empiezo á dudar,
Como vos, para creer.
Pero ántes de comenzar,
Decidme: ¿es sér el pensar?
¿Acaso el sér es saber?

No os altereis; con paciencia
Probaré que vuestra ciencia
Puede resumirse así:
Yo *soy* lo que *es*. Consecuencia:
No hay verdad en la experiencia,
Ni dicha fuera de mí,
Pues que saca la conciencia
Fé, dicha y verdad, de sí.

¿Mi deduccion no es probada?
Sin duda, pués la acomodo
Á vuestra tésis sentada:
Yo soy solo el sér; de modo
Que sí es mi conciencia todo,
Todo lo demás es nada.

¡Oh maldito escepticismo!
¿No estais viendo, hombre inhumano,
Que con atroz ateismo
Lanza vuestra impía mano
Á Dios y al mundo á un abismo,
Siendo el pensamiento humano
De sus juicios soberano,
Y único juez de sí mismo?

¡Horrible es la ciencia, sí,
Que hasta de la fé el consuelo
Mata, pues juzgando así,
Si existe Dios en el cielo,
Sólo es porque existe en mí!

¡Maestro! vuestra opinion
Que es ilusion confesad,

Y si no es una ilusion,
Mi mente es la autoridad;
La dicha es mi corazon;
Soy lo que *es*, y en conclusion;
Mi verdad es la verdad,
Mi razon es la razon. —

2.

Descartes, después de oír
Á su alumna en aquel día,
De tristeza que tenía
Se puso el pobre á morir,
Y así muriendo decía:

— ¡Ay! ¿qué puedo conocer,
Gran Dios, si ignoro yo mismo
Si es igual pensar y sér?
¿Cómo salvaré el abismo
Que hay entre el sér y el saber?
¿Dónde estás, razon que adoro?
¡Valedme, adorada fé!
¿Cuál es la verdad que exploro?
Ya *sé* que *soy*: bien, ¿y qué?
¡Nada! Excepto el *sé que sé*,
Todo lo demás lo ignoro.

¡Noble razon! ¡santa fé!
¿Eternamente estaré
Entre una y otra en suspenso?
No hay duda: pienso que pienso,
Más lo que pienso no sé.

¿Será verdad que mi ciencia
Vá del ateismo en pos,
Y que, sin fé ni experiencia,
No existe más ley de Dios
Que la ley de la conciencia?

¡Grande es mi error, pese á tal!
Soy porque pienso; ¿y después?
Después ya no hay bien ni mal,
Pues cada hombre entónces és
Centro del mundo moral.

¿Y cómo ha de hallar el alma
En este mundo quietud,

Sin virtud que dé la calma,
Sin fé que dé la virtud?
¡Sacadme, Dios de bondad,
De esta eterna confusion!
¿Mi verdad es la verdad?
¿Mi razon es la razon? —

3.

Cuando Descartes murió,
Cristina del *sé que sé*
Las consecuencias sacó,
Y á Monaldeschi mató;
Dió á su trono un puntapié;
Su religion abjuró;
Y al fin refugio buscó
En la católica fé.
Tal fué su historia. De suerte
Que, de cuanto hay aburrida,
Yendo hácia la eterna vida
Que no muere con la muerte,
El célebre *sé que sé*
Dió al olvido, y de este modo
Halló la ciencia en la fé,
Última verdad de todo.

Y próxima ya á llegar
Á aquel último momento
En que engañar el pesar
Es nuestro solo contento,
Decía con humildad,
Pidiendo al cielo perdon:

— Recibe, Dios de bondad,
Mi postrera confesion;
Es la fé mi autoridad,
Es el mal mi corazon:
¡No es mi verdad la verdad!
¡No es mi razon la razon! —

LII.

LAS CREENCIAS.

Deja todas las cosas transitorias, busca las eternas. ¿Qué es todo lo temporal sino engañoso? (*Kempis, libro* 3.º, *capítulo I.*)

1.

Las creencias discutir
Queriendo un Rey, llama gente
De Ocaso, Sur, Norte, Oriente,
Tanto que puedo decir
Que está allí el mundo presente.

2.

BELLEZA.

El Rey su noble cabeza
Cortes inclina hácia el suelo,
Abre la sesion, y empieza:
— Se discute la *Belleza*,
Raro presente del cielo.

— Es lo negro la hermosura, —
Dice uno de negra téz.
Otro blanco: — Es la blancura.
— Lo azul, — un indio murmura;
Y un chino: — la amarilléz.

— Sí tal, — clama uno. — No tal, —
Gritan otros replicando.
Dice un griego: — Es lo ideal. —
Un francés: — La gracia andando. —
Un inglés: — Lo original. —

Queda el Rey meditabundo,
Siguen los demás sus huellas,
Y piensa: — En créer me fundo
Que si hay en él cosas bellas,
No hay tipo bello en el mundo, —

Pausa. Á tan locos extremos
Calla el concurso. Y despues
Dice un sabio: — Segun vemos,
La belleza no es lo que es,
Sino que es lo que queremos. —

Fijada así la cuestion,
Pregunta otro sabio: — ¿Qué és
La belleza, en conclusion,
Si lo feo en un lapon
Es lo bello de un inglés? —

Nadie á esto respuesta dá.
El gran Rey calla y suspira,
Y dice: — Acabemos yá;
La belleza solo está
En los ojos de quien mira. —

3.

GLORIA.

Nueva expactacion. Después
Prosigue el Rey: — Discutamos
Si nuestra *Gloria* selo és
El Gólgotha, en que dejamos
Los primeros treinta y trés.

— De Bruto es la indignacion.
— Es de César la grandeza.
— La vanidad en accion.
— Toda la humana simpleza,
Fundida en una ilusion.

— Placer de lo extraordinario.
— Humo que despide luz.
— Luz que despide un osario.
— Dicha de llevar la cruz
Á la cumbre de un calvario.

¡Gloria! grandeza pequeña.
— Dolor que canta una trompa.
— Verdad de todo el que sueña.
— Bazar en que el hombre enseña
De su miseria la pompa.

— Espacio que un aire llena.
— Abrir tumbas con la espada.
— Morir viviendo en escena.
— Es un néctar que envenena.
— Es darlo todo por nada. —

No viendo sino locura
En duda tan espantosa,
Con la más honda amargura,
— ¡La gloria! — el gran Rey murmura, —
¡Poca cosa, poca cosa! —

4.

JUSTICIA.

— ¿Qué es justicia, y dónde se halla? —
Dice el Rey. Á nombre tal,
Se alzan grandes y canalla,
Gritando unos: — ¡La metralla! —
Diciendo otros: — ¡El puñal!

— La justicia es el humor.
— Lo justo es la autoridad. —
Los grandes: — Es la bondad. —
Los reyes: — Es el rigor. —
El pueblo: — Es la libertad.

— Es — dicen los escogidos —
Que al bueno el que es malo tema. —
Y exclaman los oprimidos:
— La justicia es este lema:
¡DESDICHADOS LOS VENCIDOS! —

Á tan discorde rumor
Dice alto el Rey: — ¡Basta ya! —
Y en voz baja: — Pues, señor,
Todo espectáculo está
Dentro del espectador. —

5.

VIRTUD.

Sigue el Rey con emocion,
Pero con noble actitud:

— ¿La virtud es ilusion?
¿Es prueba una buena accion
De que hay tipo de *virtud?* —

Y un sabio: — Hay virtud cumplida, —
Responde — si hay quien se atreva
Á obrar siempre como deba;
Más ¿puede haber en la vida
Juicio que esté á toda prueba?

De este sabio á la opinion
Se adhiere otro sabio más:
— ¿Qué es virtud, en conclusion,
Si hay puntos donde jamás
Resiste nuestra razon?

La virtud — dice un pagano —
Es el placer que va unido
Al bello ideal humano.
— La virtud — dice un cristiano —
Es el deseo vencido. —

Y exclama la juventud:
— La virtud no es la fortuna. —
Á lo cual la multitud
Dice: — Más, sin duda alguna,
La fortuna es la virtud. —

Y un hombre que irracional
Toma por ciencia el desdén,
Dice: — Regla general:
Dudad cuando os hablen bién;
Creed cuando os hablen mal.

— Es tristeza. — Es el contento.
— Es sufrir. — Es la salud. —
Y un epicúreo opulento
Prorumpe: — ¡Virtud! ¡virtud!
Cuestion de temperamento. —

Á este axioma el Rey, — No hay tal, —
Á replicar se apresura;
— La virtud es inmortal;
Si el mundo es un cenagal,
Buscadla siempre en la altura. —

6.

RELIGIÓN.

Una tras otra ilusión
Mirando desvanecidas,
— Veamos la *Religión*, —
Dijo el gran Rey, ya caidas
Las alas del corazón.

Uno: — Es fé. — Y otro: — Es conciencia
— Es lo eterno. — Es el no sér.
— Es fuerza. — Es benevolencia.
— Es de Confucio la ciencia.
— Es de Mahoma el placér.

— Silencio — el gran Rey profiere,
La religion viendo hollada; —
Creer solo en lo que agrada,
Es todo lo que se quiere,
Y lo que es todo no es nada.

¡Inútilmente traidora,
Dardos la impiedad te lanza,
Religión, que el mundo adora,
Fuente de nuestra esperanza,
De esta virtud que no llora!

¡Nunca el alma racional
Podrá creer que eres un sueño,
Bálsamo de todo mal,
Luz á traves de la cual
Todo en el mundo es pequeño! —

7.

Calló, y á una cortesía
Que hizo al pueblo el Rey de pié,
Todo el concurso aquel día,
Creyendo lo que creía,
Por donde vino se fué.

LIII.

AMÓR Y GLORIA.

¡Sobre arena y sobre viento
Lo ha fundado el cielo todo!
Lo mismo el mundo del lodo,
Que el mundo del sentimiento.
De amór y gloria el cimiento
Solo aire y arena son.
¡Torres con que la ilusión
Mundo y corazones llena,
Las del mundo sois arena,
Y aire las del corazón!

LIV.

NUNCA OLVIDA QUIEN BIEN AMA.

Ya que este mundo abandono,
Ántes de dar cuenta á Dios,
Aquí para entre los dos,
Mi confesion te diré:
— Con toda el alma perdono
Hasta á los que siempre he odiado;
¡Á tí, que tanto te he amado,
Nunca te perdonaré!

LV.

TODO ES UNO Y LO MISMO.

(Axioma de Schelling.)

Á MI AMIGO EL MARQUÉS DE MOLINS.

PRIMERA PARTE.

Á LO IDEAL POR LO REAL.

1.

Juan amaba tanto á Luisa,
Como á Luis queria Juana;
Y aunqué me exponga á la risa

De la multitud liviana,
Diré que su simpatía
Rayaba en tales extremos,
Cual la que tener podemos,
Tú á tu esposa, y yo á la mía.
Sí, Marqués, no os cause espanto
El que ponga frente á frente
Su encanto con nuestro encanto;
Pues podeis creer firmemente
Qué, aunqué no se amasen tanto,
Se amaban inmensamente.

2.

Más la muerte, esa tirana
Que siempre el mal improvisa,
Llevándose á Juan y á Juana,
Solos dejó á Luis y á Luisa.

3.

Llorando la mala suerte
De los dos que se murieron,
Los vivos casi estuvieron
Á las puertas de la muerte.
¡Siempre á nuestra vida humana
Es otra vida precisa!
Así Luis quedó sin Juana,
Como al perder á Juan Luisa,
Sin que nadie amenguar pueda
Las lágrimas ¡ay! que llora,
Como se queda el que queda,
Cuando al que se vá se adora.

4.

Desde entónces, poco á poco,
Tan loca ella como él loco,
Por cuantos sitios frecuentan,
Marchan con pasos inciertos,
¡Tan tristes! ¡tan pensativos!...
Que parece que alimentan
Las almas de los dos muertos
Los cuerpos de los dos vivos.

Y al verlos tan solo atentos
Á su ventura ilusoria,
Sombras de dos pensamientos
Que alumbran desde la gloria,
Llama la gente liviana,
Sirviendo al vulgo de risa,
— La *loca* por Juan — á Luisa,
Y á Luis — el *loco* por Juana. —

5.

¡Luisa feliz, que en un duelo
Toda su delicia encierra,
Cual ángel que por la tierra
Cruza de paso hácia el cielo!
Sueña, sueña, ángel hermoso,
En tu dicha malograda;
Porqué la dicha soñada
¡Es un sueño tan dichoso!...
¡Dichoso Luis! Sus tormentos,
En su ensueño delicioso,
Trueca en bellas ilusiones;
Lo que es horrible, en hermoso;
La realidad, en visiones;
Dias de angustia, en momentos...
¡Una y mil veces dichoso
Aquel que sus sensaciones
Transfigura en pensamientos!

SEGUNDA PARTE.

Á LO REAL POR LO IDEAL.

1.

Rogar con cierto misterio
En un cierto cementerio
Una sombra se divisa;
Es que por Juan reza Luisa.
Otra sombra que hay cercana,
Es Luis que ruega por Juana.
Se lamentan los dos vivos
Por sus muertos respectivos

Con corazón tan ardiente,
Que al mirarse frente á frente,
Dicen la una y el uno:
— ¡Qué importuna! — ¡Qué importuno!
Y Luis huyendo de Luisa,
Y Luisa de Luis huyendo,
Se marchan, casi corriendo,
Y corren, casi de prisa.

2.

En el mismo cementerio,
Y con el mismo misterio,
Se hallan los dos otro día,
Y miéntras Luisa exclamaba:
— Cuando mi amante vivía,
Le hallaba donde le hallaba,
Y hoy, que en la tumba me espera,
Su sombra está donde quiera, —
Lanzando quejas amantes,
Dice Luis del mismo modo:
— Si todo estaba en tí ántes,
Ahora tú estás en todo. —
Y esta vez ménos esquivos,
Ó de agradarse mas ciertos,
Después de orar por los muertos,
Se hablaron algo los vivos.

3.

Desde entónces los amantes
Dijeron, siempre con fuego,
Una larga oracion ántes,
Y un corto diálogo luego;
Más consignar bien importa
Que, después de algunos dias,
Se fueron haciendo cargo
Que la oración ya era corta,
Y el diálogo era ya largo.

4.

Saliendo del cementerio,
Más ya sin ningun misterio,

Se miraron otro día,
Diciendo, ¡quién lo creería!
— ¡Es buen mozo! — ¡Pues es bella!
— ¡Pero aquel! — ¡Ay! ¡Pero aquella!... —
Y ella de amor suspirando,
Y Luis aún de amores loco;
Ya no corren, van marchando,
Pero marchan poco á poco.

5.

Así el buen mozo y la bella,
Al promediar la semana,
¡Oh fidelidad humana!
— ¡Se parece á Juan! — dice ella;
Y él dice: — ¡Parece Juana! —
(¡Pobres Juana y Juan!) Dicho esto,
Uno con otro se junta.
Haciéndolo él, por supuesto,
En honor de la difunta;
Y ella admitiéndole al lado,
Con temor aún no fingido,
Pues si el vivo era ya amado,
Aún el muerto era querido.

6.

Más era tal la insistencia
De su enamorada mente
En dar á su amór presente
De su muerto amór la esencia,
Que su alma, siempre indecisa,
Piensa que mira realmente
En Luis, de Juan la presencia:
La sombra de Juana, en Luisa;
Y es que nuestro sentimiento,
Por arte de encantamiento,
Haciendo cuerpo la idea,
Y lo ya muerto existente,
Transfigura eternamente
Lo que ama en lo que desea.

7.

En conclusion; cuando se aman
Con un amór verdadero,

Así mútuamente exclaman:
— ¡Como á él y por él te quiero!
— ¡Te amo como á ella y por ella! —
Y así el buen mozo y la bella,
Fingiendo vivo lo muerto,
Y haciendo falso lo cierto,
Que eran los muertos creían,
Creyendo lo que querían;
Y desde entónces, el duelo
Trocando todos en risa,
Luisa á Luis, y Luis á Luisa,
Después de aquella semana
Se prestan mútuo consuelo;
Creyendo que Juan y Juana
Harán lo mismo en el cielo.

LVI.

EL SEXTO SENTIDO.

1.

Viendo en el mundo el Señór
Desórden por donde quiera,
Quiso darle un directór
Y dijo de esta manera:

— Cinco sentidos dí al hombre,
Y no me entiende jamás.
Daré á un sér que al mundo asombre
Un sexto sentido más.

Quiero hacer al mundo dón
De un hombre de alma jigante,
Grande cual la religión,
Como la gloria brillante.

Fé y saber broten sus labios
Cual brota el verano flores,
Más docto que los mas sabios,
Más bueno que los mejores.

De la humana criatura
Cese el eclipse moral.
¡Salve á mi mejor hechura! —
Dijo, y nació Blas Pascal.

2.

Al ver pasar su existencia,
Ya meditando, ya orando,
Con mucha fé y más paciencia,
Dice un hombre meditando:

— ¡Oh, Dios! Cuanto más comprendo,
Ménos soy yo comprendido;
¡Qué cilicio es tan horrendo,
El dón de un sexto sentido!

Si bestia al hombre llamé,
Los ángeles murmuraron;
Cuando ángel le apellidé,
Las bestias me calumniaron.

Mi talento y su talento
No están de acuerdo jamás;
Ó quítame el pensamiento,
Ó dáselo á los demás.

Hallo sus deseos locos,
Sus pensamientos informes,
Sus remordimientos pocos,
Sus sensaciones deformes.

Con el porvenir sostienen
De lo presente el afán;
¡Porvenir! ¡sombras que vienen!
¡Presente! ¡sombras que ván!

Da fé el hombre á su provecho,
Y cree solo en su interés;
Y el que vé el mundo al derecho,
Dice que lo vé al revés.

¡Señor! ya á tan hondo anhelo
Mi corazon se rindió
Enfermo de mal del cielo. —
Dijo Pascal, y enfermó.

3.

Entre oración y oración,
Entre llorar y gemir,
Á un hombre un santo varón
Le ayuda así á bien morir:

— ¡Cuántos afanes perdidos
En crear tan noble hechura!
Para los cinco sentidos,
El tener seis es locura.

De gozar, el mundo ahito,
Fijo solo en lo presente,
Ni sospecha lo infinito,
Ni la eternidad presiente.

¡Qué condicion tan menguada!
Mezcla el hombre de alma y lodo,
Para lo infinito es nada,
Si para la nada es todo.

De orgullo y de envidia llenos,
Cual siempre, dejan atrás,
Los muchos que saben ménos,
Al uno que sabe más.

Para el mundo que sin fé,
Presume mucho y vé poco,
Es necio el que ménos vé,
Y el que vé más es un loco.

¡Pascal! pues con santo anhelo
Te mata del cielo el mal,
Vuélvete á tu patria el cielo!... —
Dijo, y murió Blas Pascal.

LVII.

LOS DOS PECADORES.

Tú pecas porqué me adoras,
Y yo peco por gozar;
Y en tan diverso pecar,
Yo rio cuando tú lloras.

¡Maldigo mis dulces horas,
Y bendigo tu tormento!
Podrá tu remordimiento
Llevarte á un dichoso estado:
¡Yo sí que soy desdichado,
Que peco y no me arrepiento!

LVIII.

MUERTOS QUE VIVEN.

Á MI HERMANO POLÍTICO DON JOSÉ MARÍA VALDÉS, EN LA MUERTE DE SU HIJA GUILLERMINA.

Con tierna melancolía
Van á una niña á enterrar,
Y el padre, al verla pasar,
Dice llorando: — ¡Hija mía
¡La pierdo cuando aún vivía
Con la fé de la ilusion!... —
Mas se templó su afliccion
Mirando al cortejo, y viendo
Tantos que, sin fé viviendo,
Llevan muerto el corazon.

LIX.

LAS DOS LINTERNAS.

Á DON GUMERSINDO LAVERDE RUIZ.

1.

De Diógenes compré un dia
La linterna á un mercader.
Distan la suya y la mia
Cuanto hay de ser á no ser.

Blanca la mia parece;
La suya parece negra;
La de él todo lo entristece;
La mia todo lo alegra.

Y es que en el mundo traidor
Nada hay verdad ni mentira:
Todo es segun el color
Del cristal con que se mira.

2.

— Con mi linterna — él decía
— No hallo un hombre entre los séres. —
¡Y yo, que hallo con la mía
Hombres hasta en las mujeres!

El llamó, siempre implacable,
Fé y virtud teniendo en poco,
Á Alejandro — un miserable, —
Y al gran Sócrates — un loco. —

Y yo ¡crédulo! entretanto,
Cuando mi linterna empleo,
Miro aquí, y encuentro un *santo*;
Miro allá, y un *mátir* veo.

¡Sí! miéntras la multitud
Sacrifica con paciencia
La dicha por la virtud,
Y por la fé la existencia,

Para él virtud fué — simpleza, —
El más puro amor — escoria, —
— Vana ilusion — la grandeza,
Y una — necedad — la gloria.

¡Diógenes! miéntras tu celo
Solo encuentra sin fortuna,
En Esparta algun *chicuelo*,
Y hombres en parte ninguna,

Yo te juro por mi nombre
Que, con sufrir el nacer,
Es un héroe cualquier hombre,
Y un ángel toda mujer.

3.

Como al revés contemplamos
Yo y él las obras de Dios,
Diógenes ó yo engañamos.
¿Cual mentirá de los dos?

¿Quién es, en pintar, mas fiél,
Las obras que Dios crió?
El cinismo dirá que él,
La virtud dirá que yo.

Y es que en el mundo traidor
Nada hay verdad ni mentira:
Todo es segun el color
Del cristal con que se mira.

LX.

EL MAYOR CASTIGO.

Cuando de Virgilio en pos
Fué el Dante al infierno á dar,
Su conciencia, hija de Dios,
Dejó á la puerta al entrar.

Después que á salir volvió,
Su conciencia el Dante hallando,
Con ella otra vez cargó,
Mas dijo así suspirando:

— Del infierno, en lo profundo,
No ví tan atroz sentencia
Como es la de ir por el mundo
Cargado con la conciencia. —

LIX.

MÚSICAS QUE PASAN.

Todas las cosas pasan, y tú con ellas.
(*Kempis, libro* 11, *capítulo I.*)

Á MI QUERIDO AMIGO DON FACUNDO GOÑI.

1.

¡Música! — ¡Qué aliento dán,
Y qué esperanzas sin fin,
El *re-tin-tin* del clarin,
Del tambor el *ra-ta-plán!*
¡Ya aproximándose ván!
¡Tambor y clarin resuenen!
¡Cuál la esperanza entretienen!
¡Cómo el corazon abrasan!
Estas músicas que pasan,
¡Qué alegres son cuando vienen!

2.

¡Música! — ¡Conforme avanza
Ya el tambor ó ya el clarin,
Causa aliento el *re-tin-tin*,
Da el *ra-ta-plán* esperanza!
¡Se aleja... y ya en lontananza,
Más bien que gozoso afán,
Tristeza sus ecos dán!
¡No hay bien seguro en el mundo!
¡Qué lúgubres son, Facundo,
Las músicas que se ván!

3.

¡Ay! ¡Ni al principio ni al fin,
Nos dan á algunos ardor
El *ra-ta-plán* del tambor,
Del clarin el *re-tin-tin!*
¡Tu esplin, Facundo, y mi esplin...
Para músicas están!
¡Poco nuestro antiguo afán
Las músicas entretienen,
Ni cuando alegres se vienen,
Ni cuando tristes se ván!

LXII.

EL CAFÉ.

Á MI AMIGO DON ENRIQUE SAAVEDRA, MARQUÉS DE AUÑON.

(*Hoy Duque de Rivas.*)

1.

¡Café! — Tal es la cuestion:
¿Hizo Cabanís tan mál
Al decir que es la razon
Fruto de una digestion
De la masa cerebrál?
Sin ir mas léjos, Marqués,
¿Cómo me podrás negar
Que el rico café que vés,
Ó es cosa que piensa, ó és
Materia que hace pensar?
¡Gloria á ese vital licor,
Espíritu material;
Ó, si os parece mejor,
Materia espiritual;
Incomprensible hacedor
De una dicha artificial;
Secreto elaborador
De un frenesí racional!
¡Yo no extrañaré, pardiéz,
Que su semilla al probar
Las aves alguna véz,
En deliciosa embriaguéz,
Hablen en vez de cantar!

¡Otra taza! y ¡otra! — Á fé
Que asegura con razon,
No sé quién ni sé por qué,
Ni recuerdo en qué centon,
Que en cada grano el café
Lleva un sábio en embrion...
Yo quiero ser sábio... ¿oís?
Dadme sabiamente, pués,
Una taza, y dos, y trés...
¡Marqués! ¡querido Marqués!
¿Tendrá razon Cabanís?

2.

¡Café! ¡y más café! — Vén, tú,
Á dar á mi sangre ardor,
Del sueño infalible *bú*;
Maná que oxida el dolor;
Bálsamo á cuya virtud
Mi prematura vejéz
Siempre recobra otra véz
La alegría y la salúd!

Admiraos y escuchad:
Por descubrir del café
Él solo la propiedad,
Sin duda tan sabio fué
El diablo en la antigüedad.
¿Decís que no? — Pues yo sé
De un sapientísimo autor
Que dice y prueba que fué
De Numa el legislador
La ninfa Egeria, el café
Y añade poco después,
Que fué este noble licor
De Sócrates, sabio autor,
El génio, diablo ó lo que és.
De modo, caro Marqués,
Que con este talisman,
Han vuelto el mundo al revés
Del uno al otro confin,
Sócrates, Numa y Satán,
Y cuantos brujos, en fin,
Han sido, son y serán.

Esto es lo cierto. Y si no,
¿Quién como el café marcó
De la fortuna el vaiven,
Y á Napoleón arrastró
Hoy al mal, mañana al bien?
¿Que quién tal cosa creyó? —
Todos, y á más creo yo
Que ya feliz, ya infeliz,
Acaso una gota más
Le dió el triunfo de Austerliz,
Y una de ménos quizás
Le hizo huir en Waterló.
Y aún pienso otra cosa, y és
Que obedeciendo, Marqués,

Á la rara propiedad
De un café de calidad,
Gaje de algun holandés,
Corriendo en la inmensidad
Benito Espinosa, en pos
De una infinita verdad,
Lanzó esta inmensa impiedad:
— Dios es todo, y todo es Dios. —
¿Tengo ó no tengo razon?
Pués ántes de concluir,
Todavía vais á oir
La más extraña opinion
Que muchas veces á herir
Viene mi imaginacion:
Y es que llego á presumir,
¿Si será el café ese sér
Qué en una edad y otra edad
Siempre aspira á comprender
La mísera humanidad?
¿No es cierto, padre Voltaire?
Marqués de Auñon, ¿no es verdad?

3.

¡Café! ¡café! y ¡más café!
Ahitadme de ese elixir,
Pasto de almas sin en cual
Fuera el humano existir
Casi un sueño vegetal,
Pués en eléctrico ardor,
En el sér mas baladí
Hace del afecto amor,
Y del amor frenesí...
¡Ah! ¡que caiga sobre tí
Del orbe la bendicion,
Del alma sabroso pan,
Borrachera de ilusion,
Á cuya mágica accion,
Es un Etna el corazon,
Es la cabeza un volcan!
¿Y quién no honrará el poder,
Marqués de Auñon, de un licor
Que hasta hace alegre el dolor,
Que hace más vivo el placer,
Que dá al brazo mas vigor,
Á la mente inmensidad,

Á los ojos claridad,
Al corazon más amor,
Y álas á los mismos piés...
Tanto, que, como tú vés,
No echo á volar por un trís?...
¡Marqués! ¡querido Marqués!
¿Tendrá razon Cabanís?

LXIII.

DRAMAS DESCONOCIDOS.

Cuando el pueblo á Otelo vió
Que, matando á la que adora,
Dice: — Muera la traidora,
Que el alma me asesinó, —
Tu rostro el color perdió
Llorando el fin de la bella;
Yo de él pensando en la estrella,
Dije mirándote: — ¡Infiél!
¡Si no te mato como él,
Me asesinaste como ella! —

LXIV.

LA METEMPSÍCOSIS.

1.

Hallé una historia, lector,
En un viejo pergamino,
Donde prueba un sabio autor,
¡Ay! que el variar de destino,
Solo es variar de dolor.

2.

FLOR.

— Flor, primero abandonada,
Entre unas hierbas broté,
Envidiosa y no envidiada,
Sin ver sol me marchité,
Llorando y sin ser llorada.

BRUTO.

— A bravo alazán subí,
Y de victoria en victoria,
Tras mil riesgos, conseguí
Para mi dueño la gloria,
Y la muerte para mí.

PÁJARO.

— Ave después, hasta el llanto
Dios me condenó á expresar
Con las dulzuras del canto:
Canté, sí, más canté tanto,
Que al fin me mató el cantar.

MUJÉR.

— Mujér, y hermosa, nací;
Amante, no tuve fé;
Esposa, burlada fuí;
Lo que me amó aborrecí,
Y me burló lo que amé.

SÁBIO.

— Hombre al fin, ciencia y verdad
Buscando en lid malograda,
Fué desde mi tierna edad,
Mi objeto la inmensidad,
Y mi término la nada.

DICTADOR.

— En mí, cuando César fuí,
Su honor la gloria fundó.
Siempre — vine, ví y vencí; —
Adopté un hijo, ¡ay de mí!
Creció; le amé y me mató.

HOMBRE.

— La escala transmigradora
De mis cien formas y modos
Vuelvo ya á bajar; y ahora
Un hombre soy, que, cual todos,
Vive, espera, sufre y llora. —

3.

Después de saber, lector,
La historia del pergamino,
¿Qué importa ser hombre ó flor.
¡Ay! si el variar de destino
Solo es variar de dolor?

LXV.

LAS DOS TUMBAS.

¡Cuán honda, oh cielos, será,
Dije, mi tumba mirando,
Que va tragando, tragando,
Cuanto nació y nacerá!

Y huyendo del vil rincón
Donde al fin seré arrojado,
Los ojos metí espantado
Dentro de mi corazón.

Más cuando dentro miré,
Mis ojos en él no hallaron
¡Ni un sér de los que me amaron
Ni un sér de los que yo amé!

Si no hallo aquí una ilusión,
Y allí solo hallo el vacío,
¿Cuál es más hondo, Dios mío,
Mi tumba, ó mi corazón?...

LXVI.

LA COMEDIA DEL SABER.

Á MI AMIGO DON TOMÁS RODRIGUEZ RUBÍ.

(Asunto, lo que es verdad.
Gradas de curiosos llenas.
Lugar de la accion, Aténas.
Época, en la antigüedad.)

(Gran pausa. — Escena primera.
Como el que se duerme andando,
Sale HERÁCLITO *llorando,*
Y dice de esta manera:)

— ¡Ay! mi ciencia es bien menguada,
Pués nada en el mundo sé;
Si sé que hay Dios, es porqué
DE NADA NO SE HACE NADA.

Respeto la autoridad,
Que es de los inícuos valla...
— ¡Falso! — *(grita la canalla),*
(Los nobles dicen:) — ¡Verdad!

HERÁCLITO: — Yo imagino
Que es la autoridad de un rey
Poder que la humana ley
Saca del poder divino.

No hay más dicha que el deber:
Todo aquel que hombre se llama
Dará por honra la fama,
Y el poder por el saber.

Dad á los buenos honores,
Y castigo á los demás...
(Aquí le silban los más,
Y le aplauden los mejores.)

Nuestra vida debe ser
Por nuestras faltas llorar,
Meditar y meditar,
Creer y siempre creer.

(Rumores. — Después quietúd.)
HERÁCLITO! — En conclusion,
La justa moderacion
Da saber, paz y virtúd.

2.

(Gime HERÁCLITO, *y á poco*
Sale DEMÓCRITO *y mira,*
Y al ver que el otro suspira
Se echa á reir como un loco.)

(Segundo acto. — El pueblo está
Casi cortés, de callado.)
HERÁCLITO: — ¡Desgraciado!
DEMÓCRITO: — ¡Já! ¡já! ¡já!

HERÁCLITO: — Es duelo todo.
DEMÓCRITO: — Todo es juego.
HERÁCLITO: — El alma es fuego.
DEMÓCRITO: — El alma es lodo.

(Calla HERÁCLITO *y murmura:)*
— ¡Todo en la vida es miseria!
(Y DEMÓCRITO:) — ¡Es materia
Todo en el mundo, y locura!

Materia sin albedrío
Son Dios, el hombre y el bruto;
El átomo es lo absoluto;
Lo único real el vacío.

Filósofos, que en el mundo
Buscais lo cierto, ¡apartad!
Si existe, está la verdad
Dentro de un pozo profundo.

Es del alma universal
Parte nuestra alma tambien...
(Muchos, casi todos:) — ¡Bien!
(Y pocos, muy pocos:) — ¡Mal!

DEMÓCRITO: — Un torbellino
De átomos en movimiento
Son Dios, la vida, el contento;
La justicia y el destino.

Cuanto existe en derredor,
De lo que existia se hace;
Y hasta el hombre crece y nace
Cual nace y crece una flor.

Y así, lo que ha de existir
Nacerá de lo existente.
¡Pueblo! goza en lo presente,
Y olvida lo porvenir.

(Risa. — Aplauso general.)
DEMÓCRITO: — En conclusion,
El alma es la sensacion:
El placer es la moral. —

Vivir, es creer y pensar
(Dice HERÁCLITO *gimiendo.)*
(Y DEMÓCRITO *riendo:)*
— ¡Vivir!... sentir y gozar. —

(Llanto y risa. — El cielo, en tanto,
Sigue su curso imparcial,
Pués hasta el fin, le es igual
Nuestra risa ó nuestro llanto.

Y uno y otro concluyendo,
Queda un bando y otro bando,
Con HERÁCLITO *llorando,*
Con DEMÓCRITO *riendo.*

Y así, pensando en pensar
Si ha de llorar ó reir,
Vé el hombre su vida huir
Entre reir y llorar.)

3.

(Ruido. — Dudas. — Desencanto.
Sale en el acto tercero
SÓCRATES, *cual dice Homero,*
Riéndose bajo el llanto.)

SÓCRATES: — Sin tón ni són
Riñe aquí un loco á otro loco;
¿No veis que entre mucho y poco
Está la moderación?

La fé del uno es menguada;
Grande es del otro la fé;
Yo solo una cosa sé,
Y es que SÉ QUE NO SÉ NADA.

CONÓCETE, debe ser
De nuestra ciencia el abismo;
Quien se conozca á sí mismo
Sabrá cuanto hay que saber.

Para la ciencia, rehácias
Las plebes... *(El pueblo todo*
Lo silba aquí de tal modo,
Que SÓCRATES *dice:)* — ¡Gracias!

Siempre el pueblo soberano
Revela al hombre imparcial
La presencia universal
De un universal tirano.

(Nueva silba. — Sensación.)
SÓCRATES: — De mi alma rey,
Solo obedezco á la ley
Que Dios puso en mi razón.

(Ruge la chusma indignada.)
SÓCRATES: — Y de tal modo,
Que el hombre es centro de todo,
Y todo ante el hombre es nada.

Solo hay un Dios... *(Gran-rumor*
Entre la vil multitud.)
SÓCRATES: — Dios de virtud,
Del bien y lo bello autor.

Á un Dios solo, fé tributa
Un corazon como el mío...
(Y el pueblo grita:) — Á ese impío
¡La cicuta! ¡la cicuta!

(Y miéntras del pueblo el celo
Lo arrastra á tan mala suerte,
SÓCRATES *dice:)* — ¡La muerte!
¡Última bondad del cielo! —

(Y así, no alegando excusa,
No salva esta vida ruin,
Que, cual la hiel, le da fin
Un vaso de Siracusa.

¿Quién mejór su juicio emplea?
¿El sabio ó el pueblo homicida?
Si el sabio, ¡gloria á la vida!
Si el pueblo, ¡maldita sea!)

4.

(Acto cuarto. — Se alborota
La plebe á Diógenes *viendo*
Taza y linterna trayendo,
La alforja y la capa rota.

Al empezar iracundo
Diógenes *silba á los trés,*
Como le silba después
Á Diógenes *todo el mundo.)*

Diógenes: — Pruebo que es vana
Toda regla de razón,
En este sueño en acción
Qua llamamos vida humana,

Si á preguntaros me atrevo
¿De quién ántes se origina,
El huevo de la gallina,
Ó la gallina del huevo? —

(Todos tres su menosprecio
Le hacen á Diógenes *vér,*
Y este hace á los tres sabér
Su desprecio hácia el desprecio.)

Diógenes: — Nada hay formal,
Esta vida es una gresca
Tragi-cómico-burlesca,
Jocoso-sentimental.

No hay ninguna cosa cierta,
Más que son vuestras locuras
Escenas de criaturas
Junto á una tumba entreabierta.

El pensar, creer y sentir,
No es sentir, creer ni pensar;
Eso se debe llamar
Nacer, crecer y morir.

Si aplico aquí mi linterna,
Ni con un hombre tropiezo.
¡La vida! eterno bostezo,
Si no es una falta eterna.

¡Mundo! esfuerzo sin deber;
Virtudes sin religión;
Puntos de honor sin razón,
Y crímenes sin placer.

(Los unos prorumpen:) — ¡Fuera!
(Los otroz exclaman:) — ¡Bravo!
(Y todos gritan al cabo,
Estos:) — ¡Viva! — *(Aquellos)* — ¡Muera! —

(Yo al ver á todos, me río,
Pués llorar no puedo yá:
¡Dónde el depósito está
De las lágrimas, Dios mío!)

5.

(El pueblo á la conclusión
Muestra al partir tristemente,
Aire de duda en la frente
Y angustia en el corazón.)

(Dice este al irse:) — ¡Á pensar!
(Y aquel murmura:) ¡Á sentir!
(Uno:) — ¡Á reir! ¡Á reir!
(Y otro:) — ¡Á llorar! ¡Á llorar! —

(Resúmen. —¿Qué es el vivir?
— SENTIR, *uno. Otro:* — CREER.
Éste: — CREER Y SABER.
Y *aquel:* — NI CREER NI SENTIR.

¿Qué es el mundo? — Lo que vemos: —
¿Y el saber? — Lo que se ignora. —
¿Y qué es Dios? — Lo que se adora. —
¿Y virtud? — Lo que queremos. —

Y aunqué más el pueblo alcanza
Con su VIRTUD-ARMONÍA,
Con su FÉ-SABIDURÍA
Y con su DIOS-ESPERANZA,

Los sabios al escuchar
Ignora el pueblo qué hacer,
Si ha de dudar ó creer,
Si ha de reir ó llorar.)

LXVII.

LA VERDAD Y LAS MENTIRAS.

Á FERNANDO ÁLVAREZ Y GUIJARRO.

Cuando por todo consuelo,
Un sacerdote, al nacer,
Nos dice en nombre del cielo:
— Polvo es, y polvo ha de ser, —

Dicen, en coro armonioso,
El pecho de gozo lleno,
La nodriza: — Será hermoso;
Y la madre: — ¡Será bueno! —

Y luego, allá en lontananza,
Gritan en acorde són:
— ¡Será feliz! — la esperanza;
Y — ¡será Rey! — la ambición.

Y yendo el tiempo y viniendo,
Aquí, lo mismo que allá,
La religion va diciendo:
— ¡Polvo es, y polvo será! —

Con vanidad y codicia,
Dicen, sin reir jamás:
— ¡Será un Creso! — la avaricia;
Y el orgullo: — ¡Será más! —

Y exclaman con fiero acento
De todo saber en pos:
— ¡Será Homero! — el sentimiento;
Y la razón: — ¡Será Dios! —

Y en tanto la religion,
Al morir, como al nacer,
Repite: — No hay remision;
¡Polvo es, y polvo ha de ser! —

LXVIII.

LA AMBICION.

Á un monte una vez subí,
Y de cansado me eché;
Mas luego que lo bajé,
De confiado caí.

¡Déjame, ambicion, aquí
Hasta morir descansando!
¿Qué ganaré ambicionando,
Si cuanto más suba, entiendo
Que me he de cansar subiendo,
Y me he de caer bajando?

LXIX.

LOS GRANDES HOMBRES.

De Yuste en el santuario,
Cárlos Quinto, emperador,
Valientemente al calvario
Subiendo de su dolor,

Ver su entierro determina,
Cual resuelto capitán,
Doblado como la encina
Rota por el huracán.

Ya en el ataud metido
Como en lecho sepulcral,
Cayó cual leon herido
Que lleva el dardo mortal.

Y al tiempo en que se cayó,
Mirándole de hito en hito
Una vieja murmuró:
— ¡Qué feo y qué viejecito! —

Y cuando la multitud
Crée que el grande Emperador
Está, más que en su ataud,
Sepultado en su dolor,

Él, frunciendo el entrecejo,
Y fijo en tan vana idea,
Dice: — ¿Que soy feo y viejo?
¡Ella sí que es vieja y fea! —

¿Qué le importará al cuitado
Más bello ó más jóven ser,
Si esas cosas ya han pasado
Para nunca mas volver?

Del *Dies iræ* el rumor
Ya consternaba el ambiente,
Y aún dice el Emperador:
— ¡Habrá vieja impertinente! —

Miéntras el canto bosqueja
Todo el horror de aquel dia,
Al Rey la voz de la vieja
El corazon le roía.

Y es cosa particular,
No pueda un varon tan fuerte
Una burla despreciar,
Él, que desprecia la muerte.

Don Cárlos siente iracundo
El corazón hecho trizas,
Y el canto prosigue: — ¡El mundo
Se convertirá en cenizas! —

La vieja, del funeral
Oye entretanto el solfeo,
Como diciendo: — Sí tal.
Muy viejecito y muy feo. —

Y airado su majestad
Sigue: — ¡Bruja del infierno! —
Y el canto: — ¡Por tu bondad,
Líbrame del fuego eterno! —

Calla el coro; alza el semblante
Pálido el Emperador,
Surgiendo allí semejante
Á la estátua del dolor:

Y cuando el monje imperial
Vuelve á su celda apartada.
Mostrando algo de fatal
En su frente devastada.

Por todo su sér refleja
Santa humildad, puro amor;
Tan solo miró á la vieja
Con humos de Emperador.

LXX.

LOS RELOJES DEL REY CÁRLOS.

Cárlos Quinto el esforzado
Se encuentra asáz divertido
De cien relojes rodeado,
Cuando va, en Yuste olvidado,
Hácia el reino del olvido.

Los vé delante y detrás
Con ojos de encanto llenos,
Y les hace ir á compás,
Ni minuto más ni ménos,
Ni instante ménos ni más.

Si un reloj se adelantaba,
El imperial relojero
Con avidez lo paraba,
Y al retrasarlo exclamaba:
— Mas despacio, ¡majadero! —

Si otro se atrasa un instante,
Va, lo coje, lo revisa,
Y aligerando el volante,
Grita: — ¡Adelante, adelante,
Majadero, más aprisa! —

Y entrando un dia, — ¿Qué tal? —
Le preguntó el confesor.
Y el relojero imperial
Dijo: — Yo ando bien, señor;
Pero mis relojes mal.

— Recibid mi parabien —
Siguió el noble confidente;
— Más yo creo que tambien,
Si ellos andan malamente,
Vos, señor, no andais muy bien.

¿No fuera una ocupación
Mas digna, unir con paciencia
Otros relojes, que són,
El primero el corazón,
Y el segundo la conciencia? —

Dudó el Rey cortos momentos,
Mas pudo al fin responder!
— ¡Sí! mas ó ménos sangrientos,
Sólo son remordimientos
Todas mis dichas de ayer.

Yo, que agoto la paciencia
En tan necia ocupación,
Nunca pensé en mi existencia
En poner el corazón
De acuerdo con la conciencia. —

Y cuando esto profería
Con su *tic-tac* lastimero,
Cada reloj que allí había
Parece que le decía:
— ¡Majadero! ¡Majadero!...

— ¡Necio! — prosiguió, — al deber
Debí unir mi sentimiento,
Después, si no ántes, de ver
Que es una carga el poder,
La gloria un remordimiento. —

Y los relojes sin duelo
Tirando de diez en diéz,
Tuvo por fin el consuelo
De ponerlos contra el suelo
De acuerdo una sola véz.

Y añadió: — Teneis razón:
Empleando mi paciencia
En más santa ocupación,
Desde hoy pondré el corazón
De acuerdo con la conciencia. —

LXXI.

LO QUE HACE EL TIEMPO.

Á BLANCA ROSA DE OSMA.

Con mis coplas, Blanca Rosa,
Tal vez te cause cuidados,
Por cantar
Con la voz ya temblorosa,
Y los ojos ya cansados
De llorar.

Hoy para tí solo hay glorias,
Y danza y flores bellas;
Más después,
Se alzarán tristes memorias,
Hasta de las mismas huellas
De tus piés.

En tus fiestas seductoras,
¿No oyes del alma en lo interno
Un rumor,
Que lúgubre á todas horas,
Nos dice que no es eterno
Nuestro amor?

¡Cuánto á creer se resiste
Una verdad tan odiosa
Tu bondad!
Y esto ¡fuera ménos triste,
Si no fuera, Blanca Rosa,
Tan verdad!

Te aseguro como amigo,
Que es muy raro, y no te extrañe,
Amar bien.
Siento decir lo que digo;
Pero, ¿quieres que te engañe
Yo tambien?

Pasa un viento arrebatado,
Viene amor, y á dos en uno
Funde Dios;
Sopla el desamor helado,
Y vuelve á hacer, importuno,
De uno, dos.

Que amor, de egoísmo lleno,
Á su gusto se acomoda
Bien y mal;
En él hasta herir es bueno,
Se ama ó no ama, aquí está toda
Su moral.

¡Oh! ¡qué bien cumple el amante,
Cuando aún tiene la inocencia,
Su deber!
Y ¡cómo, más adelante,
Aviene con su conciencia
Su placer!

¿Y es culpable el que, sediento,
Buscando va en nuevos lazos
Otro amor?
¡Sí! culpable como el viento
Que al pasar, hace pedazos
Una flor.

¿Verdad que es abominable
Que el corazon vagabundo
Mude así,
Sin ser por ella culpable,
Porque esto pasa en el mundo
Porque sí?

Se ama una vez sin medida,
Y aún se vuelve amar sin tino
Mas de dos.
¡Cuán versátil es la vida!
¡Cuán vano es nuestro destino,
Santo Dios!

Él lleve tu labio ayuno
Á algun manantial querido
De placer,
Donde dichosa, ninguno
Te enseñe nunca el olvido
Del deber.

Siempre el destino inconstante
Nos da cual vil usurero
Su favor:
Da amor primero y no amante;
Después mucho amante, pero
Poco amor.

Tranquila á veces reposa,
Y otras se marcha volando
Nuestra fé.
Y esto pasa, Blanca Rosa,
Sin saber cómo, ni cuándo,
Ni por qué.

Nunca es estable el deseo,
Ni he visto jamás terneza
Siempre igual.
¿Y á qué negarlo? No creo
Ni del bien en la fijeza,
Ni del mal.

Este ir y venir sin tasa,
Y este moverse impaciente,
Pasa así,
Porque así ha pasado y pasa,
Porque sí, y ¡ay! solamente
Porque sí.

¡Cuán inútil es que huyamos
De los fáciles amores
Con horror,
Si cuanto mas las pisamos,
Más nos embriagan las flores
Con su olor!

El cielo sin duda envía
La lucha á la tormentosa
Juventud;
Pués, ¿qué mérito tendría
Sin esfuerzos, Blanca Rosa,
La virtud?

¡Ay! un alma inteligente,
Siempre en nuestra alma divisa
Una flor,
Que se abre infaliblemente
Al soplo de alguna brisa
De otro amor.

Más dirás: — ¿Y en qué consiste
Que todo á mudar convida? — .
¡Ay de mí!
En que la vida es muy triste...
Pero aunqué triste, la vida
Es así.

Y si no es amor el vaso
Donde el sobrante se vierte
Del dolor,
Pregunto yo: — ¿Es digno acaso
De ocuparnos vida y muerte
Tal amor? —

Nunca sepas, Blanca Rosa,
Que es la dicha una locura,
Cual yo sé;
Si quieres ser venturosa,
Ten mucha fé en la ventura,
Mucha fé.

Si eres feliz algun día,
¡Guay, que el recuerdo tirano
De otro amor
No se filtre en tu alegría,
Cual se desliza un gusano
Roedor!

Tú eres de las almas buenas,
Cuyos honrados amores
Siempre són
Los que bendicen sus penas,
Penas que se abren en flores
De pasión.

Con tus visiones hermosas,
Nunca de tu alma el abismo
Llenarás,
Pues la fuerza de las cosas
Puede mas que Hércules mismo,
¡Mucho más!...

Si huye una vez la ventura,
Nadie después vé las flores
Renacer
Que cubren la sepultura
De los recuerdos traidores
Del ayer.

¿Y quién es el responsable
De hacer tragar sin medida
Tanta hiel?
¡La vida! ¡esa es la culpable!
La vida, solo es la vida
Nuestra infiel.

La vida, que desalada,
De un vértigo del infierno
Corre en pos:
Ella corre hácia la nada;
¿Quieres ir hácia lo eterno?
Vé hácia Dios.

¡Sí! corre hácia Dios, y Él haga
Que tengas siempre una vieja
Juventud.
La tumba todo lo traga,
Solo de tragarse deja
La virtud.

LXXII.

FIN Y MORAL DE LA ILIADA.

Después que Troya fué, severa Esparta,
Muerto su Rey, de liviandades harta,
Á Rodas sin piedad desterró á Elena,
Donde la ahorcó celosa Polixena.
Pero ántes que el honor del sexo bello
Como un cisne al morir doblase el cuello,
La dijo así el verdugo: — ¿Por ventura,
Quieres más que la dicha tu hermosura?
La Reina, que tu mal tanto desea,
Te dejará vivir si te haces fea;
Ponte estas hierbas sobre el rostro, hermosa,
Y siendo horrible, vivirás dichosa.
¿No vale más ser fea afortunada,
Que hermosa, y por hermosa desdichada? —
Calló el verdugo y suspiró; más ella,
Prefiriendo el no ser á no ser bella,
Cogió el dogal, y se lo ató de suerte,
Que, á su belleza fiel, se dió la muerte;
Y más que vivir fea y venturosa,
Prefirió ser ahorcada, siendo hermosa.

LXXIII.

LA CIENCIA NUEVA DE VICO.

1.

Á un cierto maestro ví
En cierto pueblo explicar
Á varios niños, á mí,
Y al sacristan del lugar.

Y recuerdo, aunqué era un chico,
Que comenzó de esta suerte:
— Ved: ciencia nueva de Vico;
Nacimiento, vida y muerte.

Círculo de toda historia,
Renacer tras de acabar:
Fábula, entusiasmo, gloria,
La muerte, y vuelta á empezar.

Así, ya unida, ya rota,
Sigue esta rueda fatal,
Sin que se turbe una nota
Del concierto universal.

Allá el Egipto entreveo;
Vida, gloria, senectud.
Reyes — Pastores — Proteo. —
Cambíses; la esclavitud.

¡Ciclo de dichas y penas!
Llega la Grecia. ¡Atencion!
Los Argos — Esparta — Atenas. —
Filipo; la humillacion.

Mudando nombres y nombres,
En rápido movimiento
Rodando van pueblos y hombres
Cual hojas que arrastra el viento.

¡Fenicia! Ved á Sidon,
La reina antigua del mar.
Cartago — Pigmaleon. —
Nabuco, y vuelta á empezar.

Dioses — Héroes — Invenciones.
Así, abyectas ó gloriosas,
Van, como veis, las naciones,
Los hombres, pueblos y cosas.

¡Roma! Trás su edad divina,
Por César llega á Tiberio.
Numa — Catón — Mesalina, —
Reyes — República — Imperio.

Pasan así en raudo giro,
Y en perpetua evolución,
Alejandro, como Ciro,
Como César, Napoleón. —

2.

Y al ver que de nuevo empieza
Su incesante torbellino,
Poniéndonos la cabeza
Cual la rueda de un molino.

— Ó vuestro Vico es un tonto,
Ó yo no sé qué pensar, —
Dijo al maestro de pronto
El sacristan del lugar.

— No es gran mérito el zurcir
La historia de esa manera;
Nacer, crecer y morir;
Eso lo sabe cualquiera.

Pese á vuestros pareceres,
¿No valdria mucho más
Decir á todo: *Polvo eres*,
Y en polvo te volverás? —

Mira el maestro al que crée
Llegar de Vico á la altura,
Como quien dice: (— Este lée
Los libros santos del cura. —)

Y en su silencioso afán,
Que esto imagina se infiere:
(— Dice bien el sacristán,
Todo lo que nace muere. —)

Y murmuró: (— De manera
Que mi ciencia está de más,
Si un libro santo cualquiera
Enseña esto y mucho más. —)

Y al fin, — ¡niños! — prorumpió,
Después de círculos tantos,
Podreis saber más que yo
Leyendo los libros santos.

Pués hoy por ellos me explico
Cómo puede ser que sea
Mucho más sabio que Vico
El sacristan de una aldea. —

LXXIV.

LA HISTORIA DE AUGUSTO.

1.

Á Ovidio empieza á leer
Su hisoria el Emperador,
Pués dice que quiere ser,
Cual César, autor y actor.

Hombre sin Dios y sin ley,
Que de su provecho en pos,
Pérfido ántes, se hace rey,
Necio después, se hace Dios;

En su historia disculpaba
Sus faltas cándidamente,
Cosas que Ovidio escuchaba
Con el rubor en la frente.

— ¿Verdad que al mundo hará honor
La que llamo *era Juliana?* —
Dijo á Ovidio el salteador
De la libertad romana.

Con un dictámen muy justo
Quiso Ovidio honrar su labio;
Porqué al fin perdona Augusto,
Después que se venga Octavio.

Y — francamente, señor, —
Dijo, de modestia lleno,
— Si sois bueno como actor,
Como autor no sois tan bueno. —

— Ó, — con altivo semblante
Replicó el Emperador,
— Que soy muy buen comediante,
Pero muy mal escritor. —

Selló el Rey su augusto labio.
Calló Ovidio, no sin susto,
Pués siempre al fin venga Octavio
Los disimulos de Augusto.

2.

Cayó Ovidio en el desliz
De llamar, poco después,
A Livia, la Emperatriz,
«Ulíses con guarda-piés.»

Tuvo el Rey por ofensivo
Este madrigal tan bello,
Tomando esto por motivo
Para vengarse de aquello.

Y á Ovidio desterró Augusto
De la Circasia á un rincon,
Como buen tirano, injusto;
Falso, cual buen histrion.

3.

Muriendo Octavio inmortal,
Entre grandes dignos de él,
Les pregunta así: — ¿Qué tal
Representé mi papel? —

Y contesta Ovidio á Octavio
Desde la orilla del Ponto:
— Representó como un sabio
Lo que pensó como un tonto.

Murió Octavio, el iracundo;
Pereció Augusto, el sagáz;
El que dió la paz al mundo,
Ya ha dejado al mundo en páz.

Con que, *¿qué tal?* Lo repito
Con más razón que despecho:
Has hecho muy bien lo escrito,
Y escrito mal lo que has hecho.

Doy al mundo el parabien.
¡Falso! aún preguntas *¿qué tal?*
Como cómico, muy bien;
Como Emperador, muy mal. —

LXXV.

ANTINOMIAS DEL GÉNIO.

Sentado indolentemente,
Cierta noche de verano,
Con una pluma en la mano
Y una luz frente por frente,

Está Napoleon Primero
Sumando con mucho afán,
Puesto á un lado aquel gabán,
Y á otro lado aquel sombrero.

Suma, de intento, muy mal,
Entre espantado é iracundo,
Todas las muertes que al mundo
Costó su gloria imperial.

Y cuando ya á traslucir
Llega una cifra espantosa,
Se lanza una mariposa
Sobre la luz á morir.

Su muerte próxima, al ver,
Sintió el héroe compasion;
Que al fin, aunqué Napoleon,
Era un hijo de mujer;

Y con benévola calma
La separó dulcemente,
Pués los que matan la gente,
Pueden tambien tener alma.

Él, que *carne de cañon*
Pudo á los hombres llamar,
Ve á un insecto peligrar,
Con pena en el corazon.

Ni ella cede, ni él se para,
Y con la intencion mas terca,
Cuanto más ella se acerca,
Tanto más él la separa.

Tal vez el Emperador
Llorara de sufrir tanto,
Si él pudiera tener llanto
Para el ajeno dolor.

¡Ay! una vida tan ruin,
¿No habia de enternecer
Al que acababa de hacer
Del universo un botin?

¡Y luego la coalicion
Dirá que no era perfecto
El que en salvar á un insecto
Funda un sueño de Colon!

Sigue la lucha emprendida
Entre él y ella, y de esta suerte,
Miéntras busca ella la muerte,
Le da Napoleon la vida.

Y así el empeño siguió
Por ámbos con frenesí;
La mariposa en que sí,
Y Napoleon en que nó.

La salva al fin, y — ¡victoria! —
Exclama con alegría
Él que hacía y deshacía
A cañonazos la historia.

¡Victoria! ¡Victoria, pués!
¡Dios inmenso! ¡Dios inmenso!
¡De esa accion suba el incienso
Hasta tus divinos piés!

Aquella alma generosa,
Que vertió de sangre un mar,
¡Cuánto luchó por salvar
La vida á una mariposa!

¡Que alguno de tal bondad
Cuente á la Francia la gloria,
Luego la Francia á la historia,
Y esta á la posteridad!

Y tú, ciega multitud,
Pobre *carne de cañon*,
Dí por él: — ¡Oh compasion,
Tú eres solo la virtud! —

LXXVI.

LAS DOLORAS.

Á DOÑA JUANA BARRERA DE CAMPOS.

¿Con que, una buena dolora
Me pides, Juana, tan llena
De candor?
Tal vez tu inocencia ignora
Que será, si es la más buena,
La peor.

¿Te he de alabar, fementido,
Desventuradas venturas
Que gocé,
Y amores que he aborrecido
É inagotables ternuras
Que agoté?

Perdona si en mis doloras,
Siempre mi pecho destila
La ansiedad
De unas sombras vengadoras
Que asaltan mi no tranquila
Soledad.

Jamás en ellas escrito
Dejaré, imbécil ó loco,
El error
De que el bien es infinito,
Ni que es eterno tampoco
El amor.

Bueno es que, aunqué terrenales,
Nuestras venturas amemos;
Pero ¡ah!
Bienes de acá son mortales.
¡La dicha y el bien supremos
Son de allá!

¡Qué inconsolables cuidados
Da el ver, desde la rendida
Senectud,
Los tesoros disipados
De la por siempre perdida
Juventud!

¡Qué manantial tan fecundo
De engañosas esperanzas
Es amor!
¡Qué doctor es tan profundo
En útiles enseñanzas
El dolor!

¡Cuán ciego, el amor, cuán ciego,
Falta al deber mas sagrado!
Y es de ver
¡Cómo al amor faltan luego
Los que primero han faltado
Al deber!

¡Pérfido amor, y cuál huye
Tras los primeros momentos
Del ardor!
¡Santa amistad, que concluye
Por cumplir los juramentos
Del amor!

¡Siento á fé que esta dolora
Hiera, Juana, tu ternura!
Más, ya vés,
Que toda dicha de ahora
Es siempre la desventura
De después.

Por eso, olvidado, quiero
Ya solo el eterno olvido
Esperar,
Aunqué del mundo en que espero,
Más siento el haber venido
Que el marchar.

Hasta de mí, el pensamiento
Hastiado, y arrepentido
Del vivír,
Huye cual remordimiento
Que del crímen cometido
Quiere huír.

Aunqué, de dolor ajenos,
La vida ven placentera
Los demás,
Si la despreciára ménos,
Yo acaso la aborreciera
Mucho más.

Deja ya, corazon mío,
Cuanto encuentras deleitable,
Sin saber
Que al gozar, mueres de hastío,
Galeote miserable
Del placer.

¡La vida! ¡Cuán fácil fuera
Sus más aciagos momentos
Soportar,
Si en el pecho se pudiera
Algunos remordimientos
Enterrar!

Mas ¡ay! Juana encantadora,
¡Cuál de espanto retrocede
Tu candor,
Al mirar que esta dolora,
Si es buena, tampoco puede
Ser peor!

Y es que derramo sincero
De mi dolor la medida
Sin querer,
Siempre que las aguas quiero
De mi soñolienta vida
Remover.

Ya, cual todo penitente
En el lodo derribado
Por su cruz,
Me agito impacientemente
Por revolverme hácia el lado
De la luz.

Yo ántes vivir anhelaba,
Más hoy morir solo fuera
Mi ilusión,
Si estuviese como estaba
El dia de mi primera
Comunión.

¡Juana! el respeto adoremos
Que aún nos liga complaciente
Al deber,
Y los lazos desatemos
Que habrá el tiempo tristemente
De romper.

¿A qué esperar á mañana
En dejar esto, y de aquello
En huír,
Si aunqué tú lo sientas, Juana,
Lo que no dejemos, ello
Se ha de ír?

Al fin, de tu santo celo
Las huellas de buena gana
Sigo fiél.
Cuando va el perfume al cielo,
Todo lo que siente, Juana,
Vá con él.

Ya en mi inútil existencia,
Solo el ímpetu modero
Del dolor,
Con paciencia y más paciencia,
Ese valor verdadero
Del valor.

Y hoy que humilde, si ántes tierno,
Sus culpas el alma mía
Va á expiar,
¡Perdóname, Dios eterno!
¡Entónces ¡ay! no sabía
Sino amar!

Ya en nada inmutable creo
Más que en Dios Omnipotente;
Y tambien
En que engaña mi deseo
Por llevarme mas clemente
Hácia el bien.

¡Sí! me lleva al bien cumplido
Que busco cual nunca, fuerte,
Pués ya sé
Qué, aunqué todo me ha vencido,
Hoy venceré hasta la muerte
Con la fé.

Y adios, Juana, que extasiado,
Del supremo bien que anhelo
Voy en pos.
¿Quién será el desventurado
Que solo mirando al cielo
No halle á Dios?...

LXXVII.

LA GRAN BABEL.

Á DON RAFAEL CABEZAS.

1.

Refiere el vulgo agorero
Que de los cantos del mundo,
El *tarará* fué el primero,
Y el *tururú* fué el segundo.

Y hay quien crée que estos sonidos
De *tururú* y *tarará*,
Son los últimos gemidos
Que una lengua al morir dá.

Oye, y al fin de esta historia,
¡Dichosos, Rafael, los dos,
Si al perder la fé en la gloria,
Aún nos queda la de Dios!

2.

A un romano un caballero
Regaló un pájaro un día,
Que, lo mismo que un Homero,
Voces del griego sabía.

Y es fama que el patrio idioma
Charloteaba con tal fuego,
Que al pájaro toda Roma
Le llamó el *último griego.*

Si con preguntas la gente
Le importunaba quizá,
Respondia impertinente
El pájaro: — *Tarará.* —

— ¿Qué es *tarará?* — preguntó
Lleno el romano de celo.
Soñó un sabio y contestó:
— ¿*Tarará?* Patria del cielo. —

Que á un sueño, hambrienta de fama,
Se agarra la tradición,
Como un náufrago á la rama
Prenda de su salvación.

Después de mucho aprender,
Ni al cabo de la jornada
Llegó el romano á saber
Que *tarará* no era nada.

Solo por presentimiento
Pudo asegurar un día,
Que era el pájaro del cuento
El que mas griego sabía.

Y es que sin duda perece,
Cual lo mezquino también,
Hasta aquello que merece
De Dios y la historia bién.

3

Pués dando á esta historia cima,
Refiere otra tradición
Que siendo virey en Lima
Nuestro Conde de Chinchón,

Le regalaron un día
Un loro experto en historia.
El solo eco que existía
De la peruviana gloria.

— ¿Quién fué, — le pregunta el Conde.
— El primer rey del Perú? —
Habla el loro, y le responde
En ronca voz; — *Tururú.* —

— ¿Sabremos qué frase es esta? —
Dice á un sabio el español.
Sueña el sabio y le contesta:
— ¿*Tururú?* Patria del sol. —

El pobre sabio aquí miente
Cual mintió iluso el de allá:
¿Quién renuncia fácilmente
Á la ilusion que se vá?

Toda lengua y toda gloria,
Cumplida ya su misión,
Se tiende sobre la historia
Como un fúnebre crespón.

Pués lo mismo aquí que allá,
En Roma y en el Perú,
Como el griego á un *tarará*,
Llegó el inca á un *tururú.*

¡Paciencia! en queriendo el cielo
Nuestras glorias eclipsar,
No nos deja más consuelo
Que el consuelo de llorar.

4.

Muy pronto, Rafael, quizá,
Por más que de ello te espantes,
Cual Homero un *tarará*,
Será un *tururú* Cervántes.

¡Cuánto los hombres se humillan
Viendo el eclipse total
De estas estrellas que brillan
En nuestro mundo moral!

¡Ay! esta lengua en que está
Brillando un vate cual tú,
¿Dará fin en *tarará*,
Ó acabará en *tururú?*

Corre el tiempo, y confundido
Lo grande con lo pequeño,
Juntos en perpétuo olvido
Los une un perpétuo sueño.

Mas tú, cual yo, á Dios alaba.
Pués ya sabemos los dós,
Que allí donde todo acaba
Es donde comienza Diós.

LXXVIII.

TODO Y NADA.

— ¡Cuánta dicho! ¡cuánta gloria! —
Dije, entre humillado y fiero,
Leyendo una vez la historia
Del emperador Severo.

Y cuando á verle llegué
Subir á rey desde el lodo,
— Yo en cambio, — humilde exclamé
— No fuí nada, y nada es todo. —

Más con humildad mayor,
Ví que al fin de la jornada
Exclamó el Emperador:
— Yo fuí todo, y todo es nada. —

LXXIX.

LOS DOS CETROS.

1860.

Á S. A. R. EL PRÍNCIPE DE ASTURIAS.

(D. ALFONSO XII.)

1.

Vine un convento á heredar,
Y al mismo convento, anejo

Un temlo á medio arruinar,
Donde hallé un santo muy viejo
Encima de un viejo altar.

Cogí un baston que tenía
De caña el santo bendito,
Y dentro un papel había
Que, por don Pelayo escrito,
De esta manera decía:

2.

— Escucha, lector, la historia
Del postrer Rey español,
Y á los que amengüen su gloria,
Les ruego que hagan memoria
Que hay manchas hasta en el sol.

Meses anduve cumplidos
Del rey don Rodrigo en pós,
Desde el dia en que, vendidos
Fuimos en Jerez vencidos
Los del partido de Diós.

Hallé al fin al Rey de España
Al pié de este santuario,
Llevando un cetro de caña,
Pobre pastor solitario,
Rey de una pobre cabaña.

Y al verme, casi llorando,
Rodrigo habló de esta suerte:
— *Porqué te estaba esperando,*
No me hallo ya descansando
En los brazos de la muerte.

Llegué aquí desesperado,
Cuando mi trono se vió
Por traidores derribado...
¡Diós les haya perdonado
Como les perdono yó!

Desde entónces, entre flores,
Vagando por los oteros,
Recuerdan á mis dolores
El cetro, amigos traidores,
La caña, mansos corderos.

Tú, elegido por mi amór
Y mi heredero por ley.
Escoge aquí lo mejór
Entre este cetro de rey
Y esta caña de pastór.

Sé humilde ó grande. Yo ahora
Me quedo á ejercer contento
La virtud que el cielo adora,
Que es el arrepentimiento,
Que en la sombra reza y llora. —

Dijo, y siguiendo el destino
De su alegre adversidad,
Lleno de un fervor divino,
Tomó Rodrigo el camino
De la eterna soledad.

Yo, Pelayo, os doy la historia
Del postrer rey español,
Y á los que amengüen su gloria,
Les ruego que hagan memoria
Que hay manchas hasta en el sol.

¡Dios eterno! ¿y de estas flores
He de dejar los senderos,
Recordando á mis dolores
El cetro, amigos traidores,
La caña, mansos corderos?

¡Sí! que aunqué mi alma cansada
Tomaria de buen grado
El arado por la espada,
Tomo por tí, patria amada,
La espada en vez del arado.

Parto, y lo escrito, al marchar,
Con la caña al santo dejo. —
Caña que á mí vino á dar
Cuando hallé aquel santo viejo
Encima de un viejo altar.

Y hé aquí por qué suerte extraña
Del rey don Rodrigo, así
Han llegado cetro y caña,
Grande el cetro al Rey de España,
Y humilde la caña á mí.

3.

Á vos, Príncipe y Señor,
Desde de la cuna rodeado
De todo humano esplendor,
Os escribo esta, sentado
Sobre unas yerbas en flor.

Vinimos por suerte extraña
A un Rey á heredar los dós,
Vos su cetro, y yo su caña;
Vos el cetro Real de España,
Yo el que humilde llevó Diós.

Cansancio ó tedio espantoso
El cetro os dará algun día;
La caña, más venturoso,
Al ménos ¡ay! os daría
En la oscuridad reposo.

Yo, en vez de Rey desdichado,
Seré un dichoso pastór,
Pués ya el mundo me ha enseñado
Que, entre el cetro y el cayado,
El cayado es lo mejór.

¡Cuánto sereis bendecido
Desde mi humilde rincón,
Cuando os lleven perseguido,
La calumnia, si vencido;
Si venceis, la adulación!

Cuando yo ande indiferente
Por el monte ó por el llano,
A vos os dirá la gente,
— ¡Rey débil! — si sois clemente;
Si justiciero — ¡tirano! —

¡Cuál será vuestro cuidado
Miéntras que todo, Señor,
Yo lo olvidaré, olvidado,
En mi trono recostado
De humildes yerbas en flor!

Noble, cual vuestra Nacion,
A vuestra Madre imitad,
En cuyo Real corazon,
Se aman justicia y perdon,
Se abrazan dicha y verdad.

Y Dios, para bien de España,
De su gracia os dé el tesoro.
Dado en mi pobre cabaña;
Yo, el rey de cetro de caña.
A mi Rey de cetro de oro.

LXXX.

LOS DOS MIEDOS.

1.

Al comenzar la noche de aquel día,
Ella, léjos de mí,
— ¿Por qué te acercas tanto? — me decía;
— ¡Tengo miedo de tí! —

2.

Y después que la noche hubo pasado,
Dijo, cerca de mí:
— ¿Por qué te alejas tanto de mi lado?
¡Tengo miedo sin tí! —

LXXXI.

LA ÚLTIMA PALABRA.

Cuando yo con el alma te quería,
¿Quién presumir pudiera
Que á despreciar ¡infame! llegaría
En tí y por tí la humanidad entera?...

LXXXII.

A REY MUERTO REY PUESTO.

El principio de toda tentacion
es no ser uno constante...
(*Kempis, libro* 1.º, *capítulo XII.*)

Murió por tí! su entierro al otro día
Pasar desde el balcon juntos miramos;
Y espantados tal vez de tu falsía
Tras el balcon los dos nos refugiamos.
Cerrabas con terror los ojos bellos,
El *requiescat* se oia. Al verte triste,
Yo la trenza besé de tus cabellos,
Y — ¡traicion! ¡sacrilegio!, — me dijiste.
Seguia el *de profundis* y gemimos...
El muerto y el terror fueron pasando...
Y al ver luego la luz, cuando salimos,
— ¡Qué vergüenza!, — exclamaste suspirando.
Decias la verdad. ¡Aquel entierro!...
¡El beso aquel sobre la negra trenza!...
Después ¡la oscuridad de aquel encierro!...
¡Sacrilegio! ¡Traicion! ¡Miedo! ¡Vergüenza!

LXXXIII.

HASTÍO.

Sin el amor que encanta,
La soledad de un ermitaño espanta.
Pero es mas espantosa todavía
La soledad de dos en compañía.

LXXXIV.

LAS DOS COPAS.

1.

Le dijo á Rosa un doctor:
— «Se curan de un modo igual
Las dolencias en amor,
En higiene y en moral.

«Yo, aunque el método condene,
Lo dulce en lo amargo escondo:
Esta copa es la que tiene
Dulce el borde, amargo el fondo.
«Y por si quiere esa boca
Cumplir una vez mi encargo,
Tiene esta segunda copa
Dulce el fondo, el borde amargo.
«Dios, sin duda, así lo quiso,
Y esto siempre ha sido y és:
Tomar lo amargo es preciso,
Bien ántes ó bien después.» —

2.

Rosa luego, de ánsia llena,
Dice en su amoroso afán:
— «Mezclados cual dicha y pena
Lo dulce y lo amargo ván.
«Merced á doctor tan sabio,
Ve, aunque tarde, mi razon,
Que aquello que es dulce al labio
Es amargo al corazon.
«Yo, que hasta el postrer retoño
Agosté en mi edad primera,
Brotar no veré en mi otoño
Flores de mi primavera.
«Fuí dejando, por mejor,
Lo amargo para el final,
Y esto, segun el doctor,
Sabe bien, mas sienta mal.
«Cumpliré una vez su encargo:
Tú, copa segunda, vén,
Pues tomar ántes lo amargo,
Si sabe mal, sienta bién.
«¡Oh, cuán sabio es el doctor
Que cura de un modo igual
Las dolencias en amor,
En higiene y en moral!» —

LXXXV.

MAL DE MUCHAS.

— ¿Qué mal, doctor, la arrebató á la vida? — Rosaura preguntó con desconsuelo.
— Murió, dijo el doctor, de una caida.
— Pués ¿de dónde cayó? — Cayó del cielo. —

LXXXVI.

BODAS CELESTES.

Te ví una sola vez, solo un momento;
Mas lo que hace la brisa con las palmas
Lo hace en nosotros dos el pensamiento;
Y así son, aunque ausentes, nuestras almas
Dos palmeras casadas por el viento.

LXXXVII.

LAS DOS ESPOSAS.

Sor Luz, viendo á Rosaura cierto día
Casándose con Blás,
— ¡Oh, qué esposo tan bello! se decía,
¡Pero el mio lo es más! —
Luego en la esposa del mortal miraba
La risa del amor,
Y, sin poderlo remediar, ¡lloraba
La esposa del Señor!

LXXXVIII.

CONVERSIONES.

Brotó un dia en Rosaura el sentimiento
De su primer amor, y en el momento
Volando un ángel, con fervor divino,
Para guiarla al bien del cielo vino,

Miéntras un diablo del infierno, ardiendo,
Para arrastrarla al mal, llegó corriendo.
Ante Rosaura bella
Ángel y diablo, enamorados de ella,
Divinizado el diablo se hizo bueno,
Y el ángel se impregnó de amor terreno;
Y al ser transfigurados de este modo,
Por voluntad del que lo puede todo,
Fué el ángel al infierno condenado,
Y el diablo al cielo fué purificado.
¿De qué gracia y malicia estará llena
Mujer que con mirar salva ó condena?

LXXXIX.

MEMORIAS DE UN SACRISTAN.

1.

Dos de Abril. — Un bautizo. — ¡Hermoso día!
El nacido es mujer, sea en buen hora.
Le pusieron por nombre Rosalía.
La niña es, cual su madre, encantadora.
Ya el agua del Jordán su sien rocía;
Todos se rien y la niña llora.
Cruza un hombre embozado el presbiterio;
Mira, jime y se aleja: aquí hay misterio.

2.

A unirse vienen dos de amor perdidos.
El novio es muy galan, la novia es bella.
¿Serán en alma como en cuerpo unidos?
Testigos, primas de él y primos de ella.
En nombre del Señor son bendecidos.
Unce el yugo al doncel y á la doncella.
Dejan el templo, y al salir se arrima
Un primo á la mujer, y él á una prima.

3.

¡Un entierro! ¡Dichosa criatura!
¿Fué muerto, ó se murió? Todo es incierto.
Solos estamos sacristan y cura.
¡Cuán pocos cortesanos tiene un muerto!

Nacer para morir es gran locura.
Suenan las diez. La iglesia es un desierto.
Dejo al muerto esta luz, y echo la llave.
Nacer, amar, morir: despues... ¡quién sabe!

XC.

EL ANÓNIMO.

Sobre la tumba de ella escribió un dia:
— ¡Por darte vida á tí, me mataria! —
Y al otro dia, por autor incierto,
Con lápiz al final se vió añadido:
— Si ella hubiese vivido,
Ya de hastío tal vez la hubieras muerto. —

XCI.

NUEVO TÁNTALO.

Hay un rincon maldito en el infierno
Desde el que, en vaga y celestial penumbra,
Para aumentar el sufrimiento eterno,
Otro rincon del cielo se columbra.
¿Por qué de mi alma el teneborso invierno
La hermosa luz de tu semblante alumbra,
Si es mirarse en tus ojos retratado
Hacerle ver el cielo á un condenado?

XCII.

EL ALMÉZ.

1.

Junto á este mismo alméz á *Rosa* un día
Hice votos de amarla eternamente.
Se está oyendo en el aire todavía
De mi acento el rumor.

¿Por qué siento, mis votos olvidados,
Esclavo de otra fé, nuevos ardores?
Pasa el tiempo de amar y ser amados,
Mas no pasa el amor.

2.

Otro dia, á *Rosaura* encantadora
Al pié del mismo alméz juré lo mismo,
Y recuerdo que, entónces, como ahora,
Cantaba un risueñor.
Pasó el tiempo, y los nuevos ruiseñores
Vinieron á cantar á otra hermosura;
Porqué se van amados y amadores,
Pero queda el amor.

3.

Después, al pié de este árbol, he sentido,
Extático mirando á *Rosalía*,
Momentos de emocion, en que he perdido
Para siempre el color.
Ay! ¿Pasarán, como pasaron ántes.
Si no el amor, las almas que lo sienten?
Sí! ¡que es siempre, siendo otros los amantes
Uno mismo el amor!

4.

Alméz, á cuyo pié tanto he adorado;
De amores, que aún vendrán, altar querido;
Que enciendes, recordando mi pasado,
De mi sangre el ardor...
Tú morirás, cual muere nuestra llama,
Y otro árbol nacerá de tu semilla,
Porque, aunque es tan fugaz todo lo que ama,
Es eterno el amor.

5.

Y cuando el mundo al fin sea extinguido
Y se oiga en las regiones estrelladas

Del orbe entero el último crujido
En inmenso fragor,
Dios de nuevo la nada bendiciendo.
De ella hará otros almeces y otros mundos,
E irá un hervor universal diciendo:
— ¡Amor! ¡amor! ¡amor!... —

XCIII.

ASÍ!

1.

Mira hácia allá. Tu eléctrica mirada
¿Por qué se clava con ardor en mí?
¡Es mi pecho un volcan! ¡muero abrasada!
¡No me mires así! —

2.

— Mira hácia acá. Tus ojos inconstantes
Ya no se clavan con ardor en mí;
Si he de vivir, mírame *así*... como ántes...
Fíjate bien: *así!* —

XCIV.

EL ALMA EN VENTA.

Así con Satanás Julio habló un día:
— ¿Quieres comprarme el alma? — Vale poco.
— Tan solo por un beso la daría.
— Antiguo pecador, ¿te has vuelto loco?
— ¿La compras? — No. — ¿Por qué? — Porque ya es mía.

XVC.

EL OJO DE LA LLAVE.

No te ocupes en cosas ajenas,
ni te entrometas en las cosas
de los mayores.
(*Kempis, libro* 1.º, *capítulo XXI.*)

1.

Á LOS QUINCE AÑOS.

Dos hablan dentro muy quedo;
Rosa, que á expiar comienza,
Oye lo que le da miedo,
Vé lo que le da vergüenza.
Pues, ¿qué hará que así le espanta
Su amiga á quien crée una santa?
No sé qué le da sonrojo,
Más... debe ver algo grave
Por el ojo,
Por el ojo de la llave.

El corazon se le salta
Cuando oye hablar, y después
Mira... mira... y casi falta
La tierra bajo sus piés.
¡Ay! si ya á vuestra inocencia
No desfloró la experiencia,
No mireis por el anteojo
Del rayo de luz que cabe
Por el ojo;
Por el ojo de la llave.

Desde que á mirar empieza,
De un volcan la ebullicion
Sube á encender su cabeza,
Va á inflamar su corazon.
Claro; el sér que pienza y siente,
Siempre, cual ella, en la frente,
Tendrá del pudor el rojo
Cuando de mirar acabe
Por el ojo
Por el ojo de la llave.

De aquel anteojo á merced
Mira más... y más... y más...
Y luego siente esa sed
Que no se apaga jamás.

Más, ¿qué vé tras de la puerta
Que tanto su sed despierta?
¿Qué? Que á pesar del cerrojo,
Vé de la vida la clave
Por el ojo,
Por el ojo de la llave.

Haciendo al peligro cara,
Vé caer su ingenuidad
La barrera que separa
La ilusion de la verdad.
Pero ¿qué ha visto, señor?
Yo solo diré al lector
Que no hallará más que enojo
Todo el que la vista clave
Por el ojo,
Por el ojo de la llave.

Siguen sus ojos mirando
Que habla un hombre á una mujer,
Y van su cuerpo inundando
Olëadas de placer.
Su amiga de gracia llena,
¿No es muy buena? ¡ah! ¡sí, muy buena!...
¿Pero hay alguien cuyo arrojo
De ser mirado se alabe
Por el ojo,
Por el ojo de la llave?

2.

Á LOS TREINTA AÑOS.

Más, quince años después, Rosa ya sabe
Con ciencia harto precoz,
Que el mirar por el ojo de la llave
Es un crímen atroz.

Una noche de Abril á un hombre espera:
La humedad y el calor
Siempre son en la ardiente primavera
Cómplices del amor.

Húmeda noche tras caliente dia...
Rosa aguarda febril.
¡Cuánta virtud sobre la tierra habria
Si no fuera el Abril!

Y como ella ya sabe lo que sabe,
Después que el hombre entró,
De hácia el frente del ojo de la llave
Cual de un espectro huyó.

Y cuando al lado de él, junto á él sentada,
En mudo frenesí
Se hablan ámbos de amor, sin decir nada,
Rosa prorumpe así:

— ¿El ojo de la llave está cerrado?
¡Ay hija de mi amor!
Si ella mirase, como yo he mirado...
Voy á cerrar mejor.

XCVI.

MIS LECTURAS.

Después de Job, para templar mi enojo
Leo cantos de Byron con ardor;
Pero, espantado de los dos, arrojo
Si á Job con pena, á Byron con horror.

Entre un vil muladar y un negro infierno
Me quita éste la fé, y aquel la calma;
Y al fin, entre el antiguo y el moderno,
Prefiero el Job del cuerpo al Job de alma.

XCVII.

A...

No doy los tristes pensamientos míos
Por tus sueños ligeros y rosados.
Porqué, á cráneos vacíos,
Prefiero corazones disecados.

XCVIII.

LO DE SIEMPRE.

1.

Un galan la adoraba,
Y ella reia, miéntras él lloraba.

2.

Después de cierto día.
Miéntras ella lloraba, él se reía.

XCIX.

TEJER Y DESTEJER.

Gracias á tí he caido
En el horrible estado
De olvidar cuanto puedo lo pasado,
Y despreciar después cuanto no olvido.

C.

LA VIUDA Y EL FILÓSOFO.

ELLA: — Muerto mi bien, me matará la pena.
ÉL: — ¡Ay! ¡cuánto envidia ese dolor mi hastío!
ELLA: — ¡Urna es mi corazon de polvo llena!
ÉL: — Mi pecho es un sarcófago vacío.
ELLA: — ¡No hay suerte tan cruel como mi suerte!
ÉL: — ¡Dichosa la que amó y ha sido amada!
ELLA: — ¡Hoy en mi corazon reina la muerte!
ÉL: — ¡En el mio es peor, reina la nada!

CI.

Para querer á un rico, que es un nécio,
Por pobre me entregaste al abandono.
Si ha sido por codicia, te desprécio,
Si ha sido por amor... ¡te lo perdono!

CII.

NO HAY VIDA SIN TÍ.

¿Por qué quieres saber, Ana querida,
En qué vive mi espíritu ocupado?
Después que mi cariño has despreciado,
Me ocupo solo en despreciar la vida.

CIII.

ELLOS Y ELLAS.

Se quieren dos, y él y ella
De amor, ó de bondad, el pecho lleno,
Miéntras él nos pregunta — ¿es bella, es bella? —
Ella va preguntando: — ¿es bueno, es bueno? —

CIV.

EL AMOR Y LA FÉ.

AL PIÉ DEL RETRATO DE QUINTANA, EN EL ALBUM DE LA SEÑORA CONDESA DE ANTILLON.

Jamás cantó la fé ni los placeres,
Pero probó su musa soberana
Que no son ilusiones los deberes,
Ni el patriotismo una palabra vana.

Más, no adorando á Dios ni á las mujeres,
¿Cómo amaba y creía el gran Quintana?
Yo, exceptuando el amor, nada deseo.
Si suprimis á Dios, en nada creo.

CV.

CUESTION DE NOMBRE.

De una hermosa pagana la existencia
Salvó un cristiano, y con fervor divino
La pagana dió gracias al *Destino*,
Y el cristiano alabó la *Providencia*.

CVI.

EL GAITERO DE GIJON.

Á MI SOBRINA GUILLERMINA CAMPOAMOR Y DOMINGUEZ.

1.

Ya se está el baile arreglando.
Y el gaitero ¿dónde está?
— Está á su madre enterrando,
Pero en seguida vendrá.
— Y ¿vendrá? — Pués ¿qué ha de hacer
Cumpliendo con su deber
Vedle con la gaita... pero,
¡Cómo traerá el corazon
El gaitero,
El gaitero de Gijon!

2.

¡Pobre! ¡Al pensar que en su casa
Toda dicha se ha perdido,
Un llanto oculto le abrasa
Que es cual plomo derretido;

Más, como ganan sus manos
El pan para sus hermanos,
En gracia del panadero,
Toca con resignacion
El gaitero,
El gaitero de Gijon.

3.

¡No vió una madre mas bella
La nacion del sol poniente!...
¡Pero ya una losa, de ella
Le separa eternamente!
¡Gime y toca! ¡Horror sublime!
Más, cuando entre dientes gime,
No bala como un cordero,
Pués ruje como un leon
El gaitero,
El gaitero de Gijon.

4.

La niña más bailadora,
— ¡Aprisa! — le dice — ¡aprisa!
Y el gaitero sopla y llora,
Poniendo cara de risa.
Y al mirar que de esta suerte
Llora á un tiempo y los divierte,
¡Silban, como Zoilo á Homero,
Algunos sin compasion
Al gaitero,
Al gaitero de Gijon!

5.

Dice el triste en su agonía,
Entre soplar y soplar:
— ¡Madre mía, madre mía,
Cómo alivia el suspirar!
Y es que en sus entrañas zumba
La voz que apagó la tumba;
¡Voz que, pese al mundo entero,
Siempre la oirá el corazon
Del gaitero,
Del gaitero de Gijon!

6.

Decid, lectores, conmigo:
¡Cuánto gaitero hay así!
Preguntais ¿por quién lo digo?
Por vos lo digo, y por mí.
¿No veis que al hacer, lectoras,
Doloras y más doloras,
Miéntras yo de pena muero,
Vos las recitais, al són
Del gaitero,
Del gaitero de Gijon?...

CVII.

LOS TERREMOTOS.

I.

— ¿Qué harémos, cuando el cielo
Casas y templos con fragor derriba?
— ¿Qué harémos, preguntais, almas de hielo?
¡Tener fé en la justicia de allá arriba!

II.

Conmueve de placer nuestras entrañas
El ver que, consolando ajenos males,
Va la piedad, desde las casas reales,
A barrer la miseria á las cabañas.

III.

Cuando se abre la tierra estremecida,
El bueno reza, se resigna y muere,
Que es el único sabio en esta vida
El que sabe querer lo que Dios quiere.

Enero de 1885.

DOLORAS.

PRÓLOGO DE LA PRIMERA EDICION.

CARTA-CONTESTACION

A DON ÁLVARO ARMADA Y VALDÉS,

CONDE DE REVILLAGIGEDO.

Mucho agradezco las lisonjeras expresiones con que califica V. las últimas producciones que he tenido el honor de someter á su buen juicio, y con el mayor placer voy á dar a V. algunas explicaciones sobre la palabra DOLORA.

Dice V. — «que no le agrada el término DOLORA, porque como no le halla ninguna etimología, nada revela á su razon, y que por consiguiente no tiene para V. más mérito que el de cualquier otra sonido informe.»

Ántes de contestar á esta observacion, quiero enterar á V. del género de poesía al cual aplico yo la palabra en cuestion.

Hace tiempo que deseaba ensayarme en una clase de composiciones, en las cuales, así como en una semilla van contenidas todas las partes de un árbol, se reuniesen en ellas los principales atributos de la poesía lírica, uniendo la ligereza con el sentimiento, y la concision con la importancia filosófica. Como sucede generalmente, la ejecucion no ha correspondido á la belleza del tipo que me habia forjado en la mente; pero esto importa poco, pués si yo no he hecho más que formular de un modo imperfecto el pensamiento que acabo de indicar, otro vendrá detrás que más dichosamente reduzca á práctica lo que yo he tenido la desgracia de dejar solo expuesto en teoría.

Me dice V. — «que yo no he trazado ninguna senda *nueva*, pués ya ha habido escritores que en algunas de sus poesías reunieron las cualidades que yo creo indispensables para constituir la DOLORA.»

Efectivamente algunas de las poesías ya escritas pertenecen por su concepto, y por su expresion á esta clase de composiciones; y sin pretender yo haber descubierto ninguna idea perdida en los abismos del pensamiento humano, lo único que me he propuesto al escribir las DOLORAS ha sido reducir á *sistema* un género de poesía, en el cual algunos autores solo se han ensayado inconexa é *incidentalmente*. Creo que la poesía, por muy selecta que se ostente en sus formas exteriores, siempre debe atender á agrandar el catálogo de verdades conocidas; y fundado en esta creencia he escrito estas DOLORAS, que, aunque sean muy imperfectas, se puede decir de ellas para que sirva de base para su definicion ulterior: — «Que deben ser unas composiciones ligeras en sus formas, y en las cuales *indispensablemente* tiene siempre que presidir un pensamiento filosófico.»

Esta es la historia del género de poesía.

Volvamos ahora á la historia de la palabra.

— ¿«Qué significa DOLORA?» me pregunta V. en el primer párrafo de su carta. Respuesta: «Significa una composicion poética, en la cual *se debe hallar unida la ligereza con el sentimiento, y la concision con la importancia filosófica.* — «¿Y por qué significa eso?» vuelve V. á preguntar, suponiendo con acierto mi contestacion. Respuesta: «Porqué yo *quiero* que lo signifique.»

Hay un argumento que no tiene réplica, y se lo voy á presentar á V., porque resulta en mi abono. — O la DOLORA es un género *nuevo* de poesía, ó no lo es. — Si lo es, la palabra que signifique ese género, tiene que ser *nueva* enteramente; y en este caso poco le debe importar á nadie que la palabra pertenezca al reino animal, vegetal ó mineral, etc.: y si no lo es, tampoco hay nada perdido, pués cualquiera tiene derecho para dar á las DOLORAS un segundo bautismo, aplicándolas el nombre del género de poesía conocido, al cual crea que pertenecen.

Después de dicho lo que antecede, me parece supérfluo todo cuanto se pudiera añadir sobre este particular.

A pesar de todo, no dejaré la pluma sin hacerme cargo del fundamento que V. crée que yo he tenido para introducir esta malaventurada palabra. (Y á propósito, el asunto no merecía que un ingenio como el de V. se ocupase tan detenidamente en una cuestion tan insignificante.) — «Yo bien comprendo, dice V., que unas composiciones que, por muy ligeras que sean, por su tendencia filosófica siempre producen en el alma cierta

clase de *dolor*, con un fundamento bastante plausible se las pueda llamar DOLORAS. »— Ya sabe V. que todos los que hemos respirado en nuestra niñez el purísimo aire de nuestras montañas, en general no sabemos más que decir la verdad, y por lo mismo me perdonará V. que le exprese con franqueza, que la razon no me parece demasiado concluyente, aunque, si á V. le gusta, me daré por muy servido con que esa explicacion satisfaga en parte sus escrúpulos literarios.

Últimamente, concluye V. diciendo: — «¡Es imposible que la historia de esa palabra, aún cuando V. no quiera darme noticia de su verdadera etimología, no tenga su orígen en los *misterios de su corazon!*» — Protesto contra la tendencia de esa observacion insidiosa, y reclamo el derecho que indisputablemente me asiste, para abroquelar mi alma tras el antemural del silencio, poniéndola al abrigo de las inoportunas observaciones que pretende V. hacer con su adorable suspicacia.

Sin embargo, á pesar de que los secretos de *cierta clase*, hasta procuro yo olvidarlos para no darme razon de ellos *ni á mí mismo*, la venialidad del sentimiento que V. procura sorprender en el fondo de mi corazon, me autoriza para que diga á V. cuatro palabras *al oido* sobre este asunto exclusivamente personal.

Por consiguiente, hasta la vista.

Solo me resta suplicar á V. por el respeto que me inspira su talento, y por la amistad que sus inequívocas muestras de afecto han despertado en mi corazon, que jamás haga V. á nadie partícipe del secreto que piensa confiarle á V. su amantísimo paisano y verdadero amigo, que le quiere entrañablemente, CAMPOAMOR.

P. D. Se me olvidaba decir á V. que aprécio mucho la delicadeza con que se ha abstenido V. de calificar las tendencias no muy morales de algunas de mis DOLORAS. Efectivamente, hay algunas que se prestan á ser siniestramente interpretadas por las almas comunes. Pero es menester que sean muy comunes las almas que las interpreten siniestramente. De todos los críticos que me han dispensado el honor de ocuparse de las DOLORAS, solo uno tuvo la generosidad de salir á mi defensa, por lo cual me complazco en rendirle aquí el tributo de mi más profundo reconocimiento. Aunqué el juicio del señor *Hurtado* es demasiado lisonjero para mí, me permitirá V. que se le trascriba, pués he sido tan acerbamente satirizado, que, soy franco, tengo un verdadero placer en verme defendido tan apasionadamente.

PRÓLOGO DE LA OCTAVA EDICION.

Muchos son los críticos que se han ocupado en definir la palabra *dolora*, sin que hasta el presente hayan podido ponerse de acuerdo acerca de su verdadera significacion; y no, en mi concepto, por las dificultades que ofreciese aquella, sino por haber intentado comprender, bajo una misma definicion, el fondo y la forma, la sustancia y el accidente, lo principal y lo accesorio. Veamos cómo se expresa el autor: «La dolora — dice — significa una composicion poética, en la cual se deben hallar unidas *la ligereza con el sentimiento, y la concision con la importancia filosófica.*» Y dice un crítico (D. Ricardo de Federico): «Es una composicion intencional, *género mixto de anacreóntica*, y epigrama, un *juguete*, en su maliciosa ingenuidad inquietante para las conciencias tímidas»; y observa otro (el marqués de Molins): «Yo tengo para mí que tales poesías, *sencillas como la anacreóntica*, *ligeras como el madrigal*, picantes como el epigrama, no están empapadas en el vino de los banquetes como la anacreóntica, ni perfumadas de tomillo y mejorana como el madrigal, ni salpimentadas de mostaza como el epigrama; pero que conmueven como la oda, describen como el idilio y corrigen como la sátira.» De estas tres definiciones, las principales que hasta ahora se han dado, paréceme la mas exacta la del autor, aunqué no me satisface del todo.

No pueden considerase como género mixto de anacreóntica y epigrama, ni como sencillos juguetes de maliciosa ingenuidad, ciertas poesías de esta coleccion, nada concisas, y que á esta circunstancia, y á la de su expresion plástica, enteramente opuesta á la índole de la anacreóntica, reunen una profundidad de idea incompatible con la ligereza que eternizó las graciosas creaciones del lírico de Teos, cuya esencia es tan vaporosa, que si se distingue es por la diafanidad exquisita del vaso que las encierra.

¿Qué tiene de anacreóntica, qué tiene de idilio, *La Comedia del saber*, que es la comedia de la humanidad, en la que el pueblo, reunido en el foro de Aténas, trata de resolver, nada ménos, el problema de si ha de dudar ó creer, de si ha de reir ó llorar? ¿Qué tiene de anacreóntica, qué tiene de idilio, *La Metempsícosis*, en la que el poeta concluye afirmando que el variar de destino solo es variar de dolor, puesto que desde la flor (ascendiendo por la escala de la vida) hasta el hombre, todos sufren y padecen? ¿Y *La dicha es la muerte*, y *Las dos tumbas*, y en particular, *Muertos que viven*, en la que un padre afligido, al ver pasar el féretro que con-

duce el cadáver de su hija, *muerta con la fé de la ilusion*, se consuela

> Mirando el cortejo, y viendo
> Tantos que sin fé viviendo,
> Llevan muerto el corazon?

Muchas más composiciones pudiera citar en apoyo de lo que digo.

Yo creo que, prescindiendo completamente de la forma (puesto que tanta variedad hay en ella), puede determinarse con bastante exactitud la significacion de la palabra *dolora*, fijándose únicamente en su espíritu. Yo diria que la dolora es una composicion poética, en la cual debe hallarse *constantemente* unida á un sentimiento melancólico, más ó ménos acerbo, cierta importancia filosófica. En efecto, no recuerdo ni una sola que no posea estas dos condiciones en mayor ó menor grado. Se me responderá que ni aún así constituye la dolora un género nuevo de poesía. ¿Por qué no? ¿Qué más razones, qué títulos más legítimos pueden alegar en abono del suyo, los géneros restantes que conocemos? Campoamor ha hecho lo que Linneo, Tournefort y otros célebres naturalistas hicieron en botánica: vieron individuos vegetales diseminados en la inmensidad del globo, y observando en unos caractéres que los asimilaban á otros, los reunieron por clases, órdenes, familias, géneros, especies y variedades, formularon sus sistemas, y de aquí nació la ciencia, es decir, un conjunto de verdades que han aumentado considerablemente el tesoro de las que poseia la inteligencia humana.

Que ántes de Campoamor ya se habian escrito doloras, ó lo que es lo mismo, que ántes de que Campoamor formulara su sistema, ya existian en los amenos vergeles del Parnaso flores aisladas, con todos los caractéres de la dolora, segun yo la concibo, cosa es tan sabida, que sería ocioso entretenerse en demostrarla. La famosa décima que empieza: *Cuentan de un sábio que un dia*, es una dolora compuesta más de doscientos años ántes que la bellísima titulada *Muertos que viven*, cuyo gusto calderoniano y gallardo corte la hacen digna del autor de *La vida es sueño*; pero es innegable el mérito del poeta de nuestros dias por haber dado en su libro la fórmula de este género, creando, con la agrupacion de séres espirituales y análogos, la interesante personalidad estética, á que, como dice muy bien uno de los críticos aludidos, la prescripcion ha dado carta de naturaleza en el arte.

Y pasando, ahora, á consideraciones de un órden mas elevado, examinemos las tendencias de la dolora. ¿La dolora es, ó ha querido su autor que sea, una obra didáctica, una obra docente? Yo creo que no; Campoamor tiene una idea mas alta

de la poesía. La poesía es, en su esencia, la expresion desinteresada y exclusiva de lo bello, independientemente de lo útil; lo bello posée en sí mismo la virtud y la eficacia suficientes para interesar. El poeta que, al coger la pluma, dice para sí: «Voy á enseñar moral, voy á explicar filosofía, historia, religion, política, etc., etc.», de sacerdote de Apolo, se convierte en pedagogo ó en sacristan; en vez de lira, debe tomar la palmeta y las disciplinas, y calarse las gafas de dómine, ó despojándose de su alba túnica, ponerse una sotana, subir al púlpito, y con la elocuencia de un buen misionero ó con la estrafalaria y gárrula facundia de Fr. Gerundio de Campazas, realizar su intento laudable. No, y mil veces no; Campoamor es moralista, filósofo y teólogo, porqué, aunqué quisiera, no podria ménos de serlo; porqué la naturaleza de su genio le impele irresistiblemente en esa direccion; porqué su temperamento, sus inclinaciones, y hasta los estudios en que se emplea, le conducen á ese terreno. O no es verdad aquello de que el estilo es el hombre — frase atribuida á Buffon, si mal no recuerdo, aunqué pronunciada siglos ántes por un español — ó las doloras representan la individualidad psicológica de Campoamor, y son un reflejo de sus creencias sobre varias cuestiones trascendentales. Pero Campoamor no moraliza ni filosofa con homilías y discursos en variedad de metros: hijo hasta la médula de sus huesos de un siglo escéptico y materialista, cantor de un mundo que enseña, como otro Job — sin la santidad de Job — la podredumbre de su alma, sentado sobre el muladar de sus miserias, entona sus salmos, sus doloras crueles, unas veces con pavoroso acento, otras con una alegría que tiene algo de siniestra, ora embriagándose en las locuras de un sarao, ora aspirando el delicioso aroma del café; pero mostrando siempre con brazo inflexible, la llaga inmensa de la sociedad. En sus cantos parece que palpitan sordamente, que se oyen los golpes de la zapa que va minando los cimientos de esta impura Babilonia.

Para dar á conocer el rostro de *su* hombre, no se entretiene en pintar una por una sus facciones, ocultas bajo un antifáz hipócrita, sino que se lo arranca sin misericordia; así como para dar á conocer el alma del mismo, no se contenta con levantar una punta del manto de esta misteriosa tapada, sino que la despoja de él audazmente. Así moralizan y así filosofan las doloras. No es en este libro el poeta de las esperanzas y los consuelos; por el contrario, en su portada pudiera escribir la tremenda inscripcion que puso el Dante en la del infierno: *Lasciate ogni speranza, voi ch' entrate.* En *Glorias de la vida*, celebra un *auto de fé* con el amor, á quien arroja al fuego por hereje contumáz; en *Ventajas de la inconstancia*, considera las relaciones de los enamorados como un comercio de

mala fé, en el que entrámbas partes se engañan recíprocamente; en *Vanidad de la hermosura*, dice que todo es viento é ilusion en la tierra. *La Comedia del saber*, *La Metempsícosis*, *La dicha es la muerte*, *Las dos tumbas*, *Muertos que viven*, ya citadas, y otras muchas, que dejo de citar por no ser difuso, tampoco alegran, por cierto, el cuadro del mundo cotemporáneo. El autor es de sentir que el mal posée el dominio eminente del espíritu humano; el autor duda del bien aquí abajo, no porque deje de existir, sino — á mi juicio — porqué él no lo vé; pero alguna vez la intensidad de su amargura le hace levantar los ojos al cielo, como en el final de *Las creencias*, y prorumpe así, por boca de uno de los interlocutores de este pequeño drama:

¡Inútilmente, traidora,
Dardos la impiedad te lanza,
Religion, que el mundo adora
Fuente de nuestra esperanza,
De esta virtud que no llora!

¡Nunca el alma racional
Podrá creer que eres sueño,
Bálsamo de todo mal,
Luz á través de la cual
Todo en el mundo es pequeño!

Y alguna vez, apartando los ojos de la ruina de las cosas perecederas, alienta nuestro espíritu, como en el *Porvenir de las almas*, con la dulce promesa de la inmortalidad. Así, pués, el *Porvenir de las almas*, y otras análogas son como floridos y amenos oásis, donde se percibe la frescura de las arboledas del cielo, y el eterno y armonioso murmullo de sus fuentes.

Dice Lamartine que la poesía venidera será la razón cantada; no sé yo hasta qué punto llegará á relizarse este pronóstico; pero si, en efecto, la poesía hiciera la evolucion que anuncia el autor de las *Meditaciones*, yo — con perdon sea dicho — temeria por los futuros destinos de la poesía. Es evidente que esta se ha agitado en el vacío durante épocas enteras, y que ha existido poco ménos que como un entretenimiento del espíritu; es evidente que algunos escritores — aunque contados — proclaman y hasta bendicen la ignorancia, como cosa indispensable para que el poeta conserve el pelo de la dehesa, y no pierda el candor, la virginidad y la robustez de sus inspiraciones, olvidándose (al citar en apoyo de su extravagante doctrina tal cual excepcion rarísima) de que los colosos del arte, en todas las naciones, pertenecieron tambien al número de los hombres mas ilustrados de sus respectivas épocas. Homero, Virgilio, Dante, Cervántes, Comoëns, Calderon, Lope de Vega, Fray Luis de Leon, Quevedo, Shakespeare, Milton, Schiller, Gœthe y Byron no fueron, que yo sepa, unos motiones. Pero nótese al propio tiempo, que siempre que la ciencia

traspasa las fronteras que tiene marcadas en el imperio del arte vienen las grandes decadencias de este.

Campoamor, que tanta importancia da á la razon en sus doloras, evita felizmente en ocasiones, como diestro piloto, los escollos que ofrece aquella al poeta; pero no todos son Campoamor; sin embargo, yo prefiero *La Opinion*, poema de diez y seis versos, lleno de movimiento, de verdad y de ternura, ó la vaga y melancólica dolora *Músicas que pasan*, á *La Fé y la Razon*, certámen metafísico, al que todo el ingenio humano quizá no bastaria para despojarle de la aridéz que el muy perspícuo y ameno de su autor no ha conseguido quitarle. Poesía que no se comprenda con el corazon, ó mejor dicho, que haya de comprenderse con la cabeza solo, corre peligro de no ser poesía: la ciencia rimada es pájaro de vuelo bajo y torpe, y que nunca logrará escalar las altas cimas donde tienen su nido las águilas, y que tanto ha frecuentado nuestro insigne vate. La reina de Suecia, disputanto en verso con Descartes sobre materia filosófica, trae á mi memoria todas las argucias, nebulosidades, sutilezas, sofismas y alambicamientos del escolasticismo en su época decadente, el cual, si con razon fué echado poco ménos que á puntillones de las universidades y academias, con mayor lo fué de los dominios de la poesía, en donde, con los nombres de discreteo, culteranismo, etc., etc., reinó tambien despóticamente largo tiempo en todas las literaturas europeas.

El estilo de las doloras no se confunde con el de ninguno de nuestros poetas. Hablando de ellas uno de sus prefacistas, dice con muchísimo acierto: «El nuevo género se distingue por una orginalidad picante; esta cualidad suele rayar en lo peligroso; pero en Campoamor tiene aplicacion el cánon del dereho marítimo; *el pabellon cubre siempre la mercancía*, y el pabellon es en nuestro autor el estilo.» Y es tan propio y peculiar, que quien haya leido algunas doloras con el nombre de Campoamor al pié, leyendo después otras del mismo, anónimas, puede asegurarse que no se las atribuiria á nadie mas que á él. Si Campoamor se hubiese presentado con su libro como un filósofo ceñudo, hipocondríaco y gruñon, el lector más intrépido no hubiera podido pasar de las primeras páginas: tantas y tan grandes son las tésis que en estas composiciones se plantean y desenvuelven; pero es tan pérfidamente seductora su frase, su elegancia en el decir es, en general, de tan buen tono, sorprende de tal modo, ya con la desenfadada causticidad de sus profundos apotegmas, de sus epígramas, de sus agudezas humorísticas de sus ironías y genialidades cruelmente amables, y con rasgos de ternura casí siempre amarga, á la manera de Heine, que verdaderamente juega con el corazon del lector. El retruécano, el concepto y la antítesis — tres elementos exteriores

de su *manera* — que en otro autor serian insorportables, yo los perdonaria en este, por el modo que tiene de usarlos, si mi perdon sirviese para que en lo sucesivo no fuera tan pródigo de ellos.

Campoamor analiza poco, no es el anatómico que, como Balzac, tiende el alma humana sobre la mesa del anfiteatro, y se complace en disecar una por una todas sus fibras; Campoamor es mas inclinado á la síntesis; á veces en una sola redondilla condensa la materia que á otros bastaria para escribir una obra de dimensiones tres veces mayores.

En suma, este libro, uno de los más originales que ha producido la moderna musa española, lleva el sello de la época, y refleja perfectamente su fisonomía moral é intelectual.

VENTURA RUIZ AGUILERA.

JUICIO CRÍTICO DE LAS DOLORAS.

DÉCIMA EDICION.

La inspiracion es tan necesaria al prosista como al poeta, al crítico como al artista. Tiempo ha que deseábamos escribir sobre las DOLORAS de Campoamor, con el propósito, no solo de examinarlas en concreto, poniendo de resalto los lunares que las deslustran y las singulares bellezas que las avaloran, así en su fondo como en su forma, así en su conjunto como en sus pormenores, sino tambien de fijar y definir, en cuanto nos fuese posible, las aún no bien determinadas naturaleza y calidades específicas de aquel linaje de composiciones; pero, faltos de inspiracion, no acertábamos, por más empeño que en ello poníamos, á ver claro en el asunto, ni á coordinar nuestros pensamientos, ni á revestirlos de expresion adecuada, como si una fuerza invisible nos atajase los pasos, ó el camino que intentábamos recorrer estuviese asombrado por la oscuridad de la noche, en que apénas se distinguen los objetos. Así pasámos más de dos años, pugnando en vano por cumplir nuestro anhelo, hasta que el excelente prólogo del Sr. Ruiz Aguilera, y las filosóficas notas del señor Menendez Rayon, han venido á inspirarnos, á iluminarnos, disipando como por encanto las tinieblas en que esta materia aparecia envuelta á nuestros ojos, y sacando de su vaguedad primera las ideas relativas á ella, que en nuestro espíritu germinaban y bullian confusamente. Ha llegado, pués, el momento propicio para

que formulemos el concepto que las DOLORAS y su ilustre autor nos merecen.

Campoamor es indudablemente uno de los mas originales y vigorosos ingenios del siglo XIX. La novedad y grandeza de sus concepciones, el atrevimiento y profundidad de sus ideas, la franqueza, energía y peculiaridad de su estilo — prendas en que pocos le igualan y nadie le aventaja — son universalmente reconocidas y de cuantos á las letras rinden culto estimadas, levantándole muy por cima de la mayor parte de los escritores contemporáneos. De eminente poeta le acreditan las TERNEZAS Y FLORES, en que emula á Góngora y excede á Melendez; los AYES DEL ALMA, que Calderon adoptaria por suyos; sus FÁBULAS, dignas de los mejores apologuistas modernos; el magnífico poema COLON, único entre cuantos á cantar el descubrimiento de América se han consagrado, y finalmente, las DOLORAS, en que no tiene competidor, ni es probable que en mucho tiempo lo tenga. Proclámanle genial y *unilógico* filósofo todas sus producciones; pero muy particularmente las POLÉMICAS, donde se muestra hábil, discreto y valiente controversista; EL PERSONALISMO; el admirable discurso LA METAFÍSICA LIMPIA, FIJA Y DA EXPLENDOR AL LENGUAJE, que leyó al ingresar en la Real Academia Española, y sobre todo, LO ABSOLUTO, obra recientemente publicada, breve en el tamaño, pero tan vasta y magnífica en el plan, que parece concebida por la elevada inteligencia de un Balmes ó un Donoso Cortés. Tantos y tan notables son los libros que han granjeado á Campoamor el alto renombre de que goza en la república literaria.

Debe, empero, su gran popularidad, no inferior á la de ningun autor de la edad presente, más bien que á sus otros escritos, á las DOLORAS, de que van tiradas ya nueve ediciones, y que han llegado á formar escuela, siendo por muchos, y algunos muy sobresalientes, ingénios imitadas. Y esto se comprende bien si consideramos que las DOLORAS son el resúmen, la síntesis de toda la vida intelectual de Campoamor, el más completo y bello trasunto de su personalidad moral y literaria, á la vez que de nuestra civilizacion contemporánea. De ellas pudiera decirse, remedando á Cervántes, que los niños las manosean, los mozos las léen, los poetas las imitan, los sábios las comentan y los viejos las celebran; y finalmente, son tan trilladas y tan leidas y tan sabidas de toda casta de gentes, que apénas han visto alguna composicion poética, en que se hermanan y compenetran lo filosófico de la idea, lo melancólico del sentimiento y lo desenfadado del estilo, cuando dicen: — «Hé ahí una *dolora.*» — No se ha de extrañar, por lo mismo, que una persona tan erudita y de tan graves estudios como el Sr. Menendez Rayon haya acometido la em-

presa de ilustrarlas y declararlas con sus sábias notas críticas, pagando así un justo y especial tributo de aprecio al mérito insigne del autor, á la manera que el Brocense, Fernando de Herrera, Faria y Sousa y Salcedo Coronel lo verificaron en su tiempo respecto de Juan de Mena, Garcilaso, Camoëns y Góngora; pués no puede ménos de haber mucho que estudiar y desentrañar en creaciones poéticas, que, como las DOLORAS, forman, no obstante su escaso volúmen, las delicias de toda una generacion, sobre distraida por mil lecturas diversas, agitada por el vértigo de la política y de los adelantos materiales, tan poco favorable al desarrollo y progresos del arte.

Y ¿qué es *dolora?* ¿Es un género de poesía nuevo, propio exclusivamente de Campoamor?

No faltará tal vez quien juzgue ocioso y aún pueril el dilucidar estas cuestiones, teniéndolas por nimiedades á que no debe descender el literato filósofo. Las clasificaciones menudas de la Poética, dirá, son de todo punto vanas é inútiles, como no sea para debilitar las alas del ingenio y convertir su espontaneidad en rutinario amaneramiento. La escuela no tiene derecho para obligarle á vaciar todos sus partos en determinados moldes preexistentes. Ciertos principios generales de lógica y de buen gusto bastan al poeta, el cual no necesita, al emprender su canto, curarse de que este pertenezca al género A ó al género B, sino de que exprese de un modo bello los encendidos afectos de su corazon y las luminosas visiones de su fantasía. Así encontramos en las colecciones de los más renombrados vates muchas y excelentes poesías que en ninguna de las categorías establecidas por los preceptistas caben. ¿A qué, pués, entretenernos en clasificar las obras poéticas? ¿A qué perder el tiempo en definir sus géneros y especies?

Dios nos libre de poner, ni aún de pensamiento, la mas ligera cortapisa á la inventiva de los poetas, cuando precisamente tratamos de defenderla defendiendo á la *dolora.* Realicen ellos la belleza, y realícenla como mejor les plazca. Más ¿en qué contrarían su libertad de invencion las clasificaciones de la Preceptiva?

Tanto valdria decir que las clasificaciones de la Botánica, por ejemplo, se oponen á que hagan nuevos descubrimientos los exploradores de la naturaleza, siendo así que más bien les sirven de ayuda y guia que de estorbo, dado que para avanzar en cualquiera serie de progresos conviene poseer un conocimiento claro y metódico de los adelantos ya conseguidos. Pues lo mismo sucede en literatura. Al clasificar las manifestaciones del númen poético, no dice: — «Hé aquí los eternos troqueles del arte,» sino: «Hé aquí las formas que

hasta el dia ha creado el ingenio.» — De esta suerte facilita al crítico el estudio histórico de las letras; así, enseñándole lo pasado, allana al poeta el camino del porvenir. Las clasificaciones literarias siguen, no preceden, á los poetas; no son absolutas é inflexibles; se ensanchan y modifican progresivamente á medida que surgen nuevos tipos en la esfera del arte, bien como se modifican y ensanchan en las clasificaciones botánicas, segun que el número y variedad de plantas observadas crece. Compárense las Poéticas del siglo pasado con las que hoy salen á la luz pública, y se verá cuán cierto es lo que afirmamos. La *leyenda* y la *balada*, v. gr., completamente omitidas en las Poéticas antiguas, aparecen ya clasificadas y definidas en las modernas. Todavía existen, es cierto, poemas irreducibles á las clasificaciones establecidas, pero esto solo prueba que los límites del arte, lo mismo que los de la naturaleza, exceden á la comprension humana, y que tales clasificaciones son por lo mismo incompletas y susceptibles de perfeccionamiento, no que sean inútiles y vanas, como no lo son, á pesar de sus defectos, las de las ciencias naturales. Cabalmente á perfeccionarlas tiramos, haciéndolas ménos incompletas al intentar definir y caracterizar la *dolora*, la cual, del propio modo que la *fantasía*, tan cultivada por los poetas de la época actual, reclama un lugar en ellas, en nuestra opinion con justicia, atendidas su importancia y su esencial diferencia de las demás suertes de poesía que con nombres especiales se designan en los tratados de literatura.

¿Qué es *dolora?* volvemos á preguntar. — «Muchos son los críticos, dice el exclarecido cantor de los *Ecos nacionales*, que se han ocupado en definir la palabra *dolora*, sin que hasta el presente hayan podido ponerse de acuerdo acerca de su verdadera significacion; y no, en mi concepto, por las dificultades que ofreciese aquella, sino por haber intentado comprender bajo una misma definicion el fondo y la forma, la sustancia y el accidente, lo principal y lo accesorio.» — No podemos convenir en este punto con el Sr. Ruiz Aguilera, pués, á nuestro modo de ver, la forma, léjos de ser un *accidente*, léjos de ser un elemento *accesorio*, es tan esencial como el fondo en las producciones artísticas. — «En la esfera de las bellas artes, dice Villemain, la forma pertenece al alma tanto como el mismo sugeto.» Si prescindimos de la forma, ¿qué diferencia notable hallaremos entre las *Geórgicas* y un *Tratado* cualquiera de *agricultura*, entre la *Conquista de Méjico*-poema, y la *Conquista de Méjico*-historia, entre la *Epístola á Fabio*, de Rioja, y sus *Odas morales?* Ninguna. Y ¿habrá nadie, sin embargo, que las considere pertenecientes á idénticas especies de obras literarias? De fijo que no.

Luego no van fuera de camino, ántes bien proceden muy acertadamente, los que intentan comprender bajo la definicion de la *dolora* su fondo y su forma juntamente, con tanta mayor razon, cuanto que uno de sus caractéres principales procede de la índole recíprocamente antitética que dichos dos elementos presentan en ella. ¿Por ventura los naturalistas, al definir y clasificar los vegetales, atienden solo á sus propiedades internas? ¿No tienen presentes tambien su estructura y calidades extrínsecas, y las relaciones de estas con aquellas? Verdad es que así se hace mas difícil el dar buenas definiciones; pero no puede pasarse por otro camino, si han de ser completas, exactas y precisas. De ello nos suministra excelente prueba el mismo Sr. Ruiz Aguilera cuando define la *dolora*, diciendo que «es una composicion poética, en la cual debe hallarse *constantemente* unida á un sentimiento melancólico, más ó ménos acerbo, cierta importancia filosófica.» Si esta definicion fuese exacta, las citadas epístola y odas de Rioja, y varias de Melendez, de Lista, de Martinez de la Rosa, del Duque de Rivas y de otros muchos poetas antiguos y modernos, serian verdaderas *doloras*, puesto que en ellas se juntan la melancolía de los afectos y la importancia filosófica. De consiguiente, no son estas dos las únicas condiciones características de la *dolora*, por más que siempre las posea en mayor ó menor grado. Constituirán quizá su *género próximo*; pero ¿dónde está su *última diferencia*? Menester es buscarla en la *forma*; en esa forma de que, mirándola como cosa accidental y accesoria, prescinde el Sr. Ruiz Aguilera.

¿Tiene la *dolora* en su forma caractéres propios y determinados? Los tiene sin duda alguna. Si nos fijamos en su expresion general, observaremos que, por lo comun, el fin didáctico ó filosófico de las *doloras* se realiza constantemente, no de un modo directo, no disertando, como en las epístolas y en los discursos poéticos, sino indirecta, experimentalmente, mediante ejemplos, escenas dramáticas ó figuras simbólicas, como en la parábola, en el apólogo ó en la comedia. Notaremos en segundo lugar que su estilo es siempre ligero y con frecuencia humorístico, aún cuando aspira á parecer grave, como si el poeta jugase con sus penas y sus filosofías, ó quisiese hacerlas resaltar más y más por medio de los contrastes, mezclando todos los tonos y todos los colores. Advertiremos, por último, que la elocucion de la *dolora* es naturalmente lacónica y concentrada, diciendo mucho en poco, tanto que una sola redondilla contiene á menudo la sustancia, la quinta esencia de un libro.

Sintetizando ahora los elementos que nos ha dado el anterior análisis de la *forma*, y los que con el señor Ruiz

Aguilera descubrimos en el *fondo* de la *dolora*, tendremos que esta — «es una composicion didáctico-simbólica en verso, en que armonizan el corte ligero y gracioso del epigrama, y el melancólico sentimiento de la endecha, la exposicion rápida y concisa de la balada y la intencion moral ó filosófica del apólogo ó de la parábola.» — Esta definicion, abarcando todas los elementos integrantes de la *dolora*, impide confundirla con ninguna otra especie de poesía. Es casi la misma que hace tiempo dió Campoamor en su *Carta-contestacion al Conde de Revillagigedo*, que figura á la cabeza de anteriores ediciones. — «¿Qué significa *dolora*?... — Significa una composicion poética, responde, en la cual *se debe hallar unida la ligereza con el sentimiento, y la concision con la importancia filosófica.*» — Las demás definiciones que, mirando á corregir esta, se han dado de la *dolora*, son aún más vagas y defectuosas que la del Sr. Ruiz Aguilera, no por la causa que él señala, sino por una diametralmente opuesta; por no abrazarse en ellas el fondo y la forma juntamente.

Pero ¿es la *dolora* un género de todo punto nuevo, parto exclusivo del ingenio de Campoamor, sin raíces ni antecedentes en la historia del arte? No. El mismo Campoamor lo confiesa en su mencionada *Carta*. — «Algunas de las poesías ya escritas, dice, pertenecen por su *concepto* y su *expresion* á esta clase de composiciones; y sin pretender yo haber descubierto ninguna idea perdida en los abismos del pensamiento humano, lo único que me he propuesto al escribir las DOLORAS ha sido reducir á *sistema* un género de poesía, en el cual algunos autores solo se han ensayado inconexa é *incidentalmente.*» — Así es. En nuestros antiguos cancioneros y en nuestro teatro, particularmente en el de Calderon, se hallan no pocos fragmentos y composiciones que reunen todos los caractéres propios de la *dolora*, que son, á no dudarlo, verdaderas *doloras*. Sirva de ejemplo aquella famosa décima de *La Vida es sueño*:

Cuentan de un sábio, que un día
Tan pobre y mísero estaba,
Que solo se alimentaba
De unas hierbas que cogía.
¿Habrá otro (entre s decía)
Más pobre y triste que yo?
Y cuando el rostro volvió,
Halló la respuesta, viendo
Que iba otro sabio cogiendo
Las hierbas que él arrojó.

Sabido es tambien que Campoamor ya habia escrito *doloras* mucho tiempo ántes de que pensase en reducirlas á sistema, cual las han escrito, y muy notables por cierto, ignoramos si ántes ó después, pero de seguro sin acordarse de la fórmula *campoamoriana*, poetas de tan subidos quilates

como Carolina Coronado, el Marqués de Molins y Eulogio Florentino Sanz. ¿Quién, por ejemplo, negará la calidad de *dolora* á la siguiente bellísima composicion del segundo de estos escritores, que, con manifiesta impropiedad, la intitula *madrigal?*

EL 31 DE DICIEMBRE DE 1851.

Á MI AMIGO DON HERIBERTO GARCÍA DE QUEVEDO.

Se deshace nuestra vida
Como esa blanca nevada,
A la mañana formada
Y á la tarde derretida.
Hoy la que en el monte cuaja
Sirve á dos años rivales:
Al que viene, de pañales:
Al que se va, de mortaja.
Los dos con la misma priesa
Van tras la propia fortuna:
El viejo hácia nuestra cuna,
Y el niño hácia nuestra huesa.
¡Ay, alma, y os dan á vos,
Como presente importuno,
Memoria el cincuenta y uno,
Anhelo el cincuenta y dos!
Decidme, ¿qué os satisface,
Si no hay presente, y si infiere
Que es nada el año que muere.
Y nada el año que nace?

En las literaturas extranjeras, Byron y Heine entre otros, han dejado asímismo muchas poesías en que brillan todas las propiedades de la *dolora*. No otro título merecen algunas de Gœthe. ¿Qué es el *Fausto*, si bien se mira, más que una inmensa *dolora* dramática? No cabe, pués, negar lo que Campoamor declara: hubo *doloras* en España y fuera de España, ántes que nadie intentase sistematizarlas y determinar sus leyes y condiciones genéricas. De todas las especies de poesía puede decirse lo mismo: la práctica ha precedido siempre á la teoría en el órden cronológico. Pero esto, mas bien que en contra, redunda en pro del nuevo género, pues demuestra que la *dolora* no es un capricho ingenioso de Campoamor, ni un mero accidente de nuestra literatura contemporánea, sino una forma poética, natural, universal, y por ende legítima, que brota espontáneamente en tiempos y lugares diversos, como expresion propia y adecuada de ciertos momentos y estados de la vida de la humanidad. La *dolora*, en efecto, refleja y simboliza admirablemente en su complexidad esas épocas críticas y reflexivas de la historia, en que la discordancia entre lo real y lo ideal es más per-

ceptible y dolorosa, apareciendo más que nunca mezclados el esceptismo y la fé, la risa y el llanto, la profundidad en el sentir y el pensar, y la ligereza en el decir y obrar. Así la vemos despuntar en el siglo XV, tomar cuerpo en el XVII y desarrollarse y extenderse en el XIX, hasta que, por fin, recibe de Campoamor fórmula y nombre.

La fórmula queda ya establecida; ¿es admisible el nombre? Que era necesario uno, salta á la vista, supuesto que no existia palabra equivalente. Campoamor, pués, estaba en su derecho al inventarle, é inventó el bien formado y sonoro de *dolora*, no sabemos si en honor de alguna Dolores que fuese á la sazon señora de sus pensamientos, ó si queriendo significar con él la índole un tanto elegíaca de sus versos, ó bien, lo que parece muy probable, por ámbas razones á la vez. Sea de esto lo que quiera, fuese una ú otra la causa ocasional de semejante vocablo, lo cierto es que á su formacion presidió ese superior instinto, propio de los grandes ingenios, de los ingenios metafísicos que saben estereotipar las ideas, vinculándolas á términos tan felices y apropiados que parecen consustanciales con ellos. Solo así se explica que la voz de que tratamos haya llegado á arraigarse y generalizarse tanto en España, á despecho de ceñudas críticas y de epigramáticas burlas. El uso, juez más sábio y filosófico en punto á lenguaje que los eruditos, como que se funda en el sentido comun y tiene mucho de providencial, la ha sancionado y naturalizado en nuestro idioma, viendo en ella, no un sonido arbitrario, sino un cuerpo vivo de una idica tambien viva, la expresion legítima de algo esencial y permanente. De lo contrario, hubiera llevado el mismo camino que tantas otras, hijas de la moda, que con la moda nacen y con la moda fenecen. La intuicion de los pueblos responde siempre á la del genio, y se compasa con ella y la confirma. ¿Qué mayor justificacion necesita dicho nombre? ¿Tienen otra, por ventura, muchas de las palabras que forman el caudal de los idiomas?

Pero no solo la novedad del nombre; tambien ha sido censurada — y esta es cuestion más grave — la tendencia moral de la *dolora*, tachándola de escéptica, cuando no de materialista. No negaremos que entre los diferentes géneros literarios, hay unos más peligrosos que otros bajo este punto de vista. El epigrama es más resbaladizo que el soneto, la anacreóntica más que la oda sublime, la novela más que la historia. ¿Podrá deducirse de aquí que la novela, la anacreóntica y el epigrama son esencialmente inmorales? No en verdad. Así como hay historias, odas sublimes y sonetos llenos de impiedad ó de lascivia, así tambien existen epigramas, anacreónticas y novelas inocentes y aún laudables

bajo el aspecto de la moral y la religion; por donde se patentiza que ninguno de estos géneros es en sí mismo reprensible, sino que lo vituperable es el abuso que de ellos han hecho algunos escritores, convirtiéndolos al culto de ideas perniciosas y de pasiones impuras. Otro tanto decimos de la *dolora*. Préstase indudablemente á la expresion de pensamientos livianos y escépticos; más de aquí no se sigue que le sean connaturales la liviandad y el escepticismo. Muchas veces no hay forma más á propósito para la manifestacion del sentimiento cristiano. De ello tenemos palpables ejemplos en las DOLORAS de Campoamor.

Limítanse estas en ocasiones, cumpliendo el inferior entre los fines del arte, á pintar la superficie del mundo moral, los fenómenos fugitivos de la existencia, lo que hay de vano y deleznable en la vida de la humanidad. Suelen pecar entónces, efectivamente, de un tanto epicúreas, como reflejos de una filosofía puramente sensualista, siendo ligeras sus sentencias y poco intensa su melancolía, que, al decir de un eminente crítico, tiene más de la languidez que sucede al placer en una naturaleza sana y pagana, que de verdadera y legítima melancolía. Tal vemos en las tituladas *Ventajas de la inconstancia*, *Quien vive olvida*, *Beneficios de la ausencia*, *Vaguedad del placer*, *Propósitos vanos*, etc., notables generalmente por la viveza, donaire y soltura del estilo. Otras veces, elevándose á miras verdaderamente trascendentales, revelan un pensamiento y sentido más profundos, exponiendo la vida y el universo en toda su diversidad, en sus aparentes contradicciones y presentando el hombre y su existencia como un enigma insoluble. Á esta clase pertenecen las *doloras*, *Nada de nada*, *¿Qué es amor?* *Todo es uno y lo mismo*, *Las Dos grandezas*, *Las Creencias*, *Amar al vuelo*, *Vivir es dudar*, *Las Dos linternas*, *La Trasmigracion*, *El Concierto de las campanas*, *La Comedia del saber*, etc.; composiciones todas cuyo sentido más general, tácito ó expreso, se resume en máximas, sentencias y conclusiones del tenor siguiente:

Ama mucho, mas de modo
Que estés siempre enamorada
De un cierto todo que es nada,
De un cierto nada que es todo.

Todo es segun el color
Del cristal con que se mira.

Todo espectáculo está
Dentro del espectador,

¡Ay! que el variar de destino
Sólo es variar de dolor.

Los sabios al escuchar,
Ignora el pueblo qué hacer,
Si ha de dudar ó creer,
Si ha de reir ó llorar.

Si todas las *doloras* de Campoamor fuesen por el estilo de las que acabamos de citar ó de las que mas arriba hemos mencionado, razon de sobra tendriamos para calificarle de liviano y escéptico, aunque no para inferir de aquí que la *dolora* lo sea. Pero el arte tiene todavía otro fin superior, que conviene preferentemente al poeta cristiano: no solo debe exponer el enigma de la existencia, sí que tambien resolverle, haciendo brotar de las tinieblas la luz, de la duda la fé, de la muerte la vida, del dolor la gloria, de las contradicciones la armonía. Campoamor realiza perfectamente este mas sublime ministerio del arte en *La Dicha es la muerte*, *Porvenir de las almas*, *La Opinion*, *La Fé y la razon*, y otras *doloras* que demuestran que el sentimiento creyente y el amor hermoso y la santa esperanza no están reñidas con este linaje de poesía. Díganlo, sinó, los versos que á continuacion trasladamos, y en que aparece compensado el espíritu que las anima y vivifica:

¡No es mi verdad, la verdad,
No es mi razon, la razon!

La virtud es inmortal;
Si el mundo es un cenagal,
Buscadla siempre en la altura.

..... para las almas puras,
Morir es resucitar... .;

El poeta, — *¡un ángel más!* —

Campoamor ha ido subiendo progresivamente del mundo de los sentidos al mundo psicológico, y de este al de lo absoluto; y esos tres grados de elevacion moral, que señalan indudablemente otros tantos períodos culminantes de la vida íntima de nuestro poeta, mostrándonosle epicúreo al principio, escéptico luego, y por fin creyente, Horacio ántes, Byron después, Calderon á la postre, no aparecen inconexos en las Doloras, sino que, por el contrario, derivados unos de otros sucesivamente, como de la semilla que se corrompe en la tierra, el árbol á quien combaten opuestos vientos é influencias, y del árbol el fruto con que el hombre se alimenta y regala, vienen á formar, en su relacion filosófica, una verdadera trilogía, un solo y completo y armónico organismo literario. No es difícil percibir su mútuo enlace en los gérmenes de escepticismo que, al través de las *doloras picarescas*, asoman, y en los principios de fé y esperanza que entre las sombras de las *escépticas*, de vez en cuando se descubren. Miradas, pués, en conjunto, — y así deben serlo para valorar-

las con acierto bajo el punto de vista moral y filosófico — las DOLORAS se ofrecen á la consideracion de la crítica, como cifra y compendio del complicado drama de la vida, con su *exposicion* en la esfera de los sentidos, su *nudo* en las profundidades del alma, y su *desenlace* en el cielo. Así expone y pinta Campoamor esta lucha perenne y universal entre la luz y las tinieblas, la verdad y el error, la vida y la muerte, que llena los tiempos y los espacios; así la resuelve, dando la victoria definitivamente al espíritu sobre la materia, sublimándole purificado por el dolor, y coronándole, en fin, con los eternos resplandores de la gloria en el seno del Infinito. Ahora bien; si el *desenlace* fija y determina el pensamiento trascendental de todo poema dramático; si allí es donde el carácter é intencion del poeta se manifiestan de lleno, ¿podremos con justicia tildar á Campoamor de sensualista y escéptico en las DOLORAS? Nó: ántes bien deberemos calificarle de creyente y espiritualista en sumo grado. De lo contrario, tambien mereceria la nota de sensualista y escéptico Calderon, el gran poeta de la fé, puesto que, en sus mas profundas y cristianas comedias, recorre frecuentemente los mismos senderos y presenta las mismas fases que Campoamor, ántes de llegar á la glorificacion final de *La Vida es sueño*, *El Príncipe constante* y *La devocion de la Cruz*.

No faltan críticos qué, aún prescindiendo de si es buena ó mala la filosofía de Campoamor, le censuran por haber concedido excesiva importancia al elemento racional en sus DOLORAS, y mostrado asáz al descubierto propósitos doctrinales que juzgan impropios de la poesía. Tenemos por exajerada, cuando ménos, semejante opinion, que está en pugna con las más respetables tradiciones y con la naturaleza misma del arte. No existe literatura alguna, antigua ni moderna, asiática ni europea, en que, bajo una ú otra forma, no haya dado muestra de sí la poesía didáctica; lo cual efectuándose á la par en todas las naciones, prueba evidentemente que aquella no es un género artificial y meramente escolástico, sino fruto legítimo, manifestacion espontánea y natural del espíritu humano.

Por otra parte, toda obra artística, para ser bella, necesita encerrar cierto sentido didáctico, supuesto que, como dice Platon, y con diferentes palabras han repetido los más famosos estéticos, *lo bello es el resplandor de lo verdadero*. El arte no difiere de la ciencia por su fondo, sino por su forma. Ámbos tienen por asunto la *verdad*; solo que la ciencia nos la ofrece en fórmulas abstractas y generales, miéntras que el arte la expone revestida de imágenes concretas y particulares; aquella habla á la razon, que es el sentido de lo universal y de lo absoluto; éste á la imagina-

cion y á la sensibilidad, que viven de lo relativo; pero en su fin principal — la expresion de la *verdad* — coinciden necesariamente la ciencia y el arte. El arte, vacío de *verdad*, pareceríase á una serie de fenómenos sin una sustancia que les sirviese de fundamento. No es, pués, censurable en sí la intencion filosófica que las DOLORAS revelan. ¿Lo será tal vez la manera que Campoamor ha tenido de realizarla? Seríalo ciertamente si él hubiese tratado de enseñar directamente con simples y descarnados raciocinios á guisa de filósofo especulativo, en vez de verificarlo, como verdadero poeta, mediante cuadros y figuras animados por el calor del sentimiento y visibles á los ojos de la fantasía. Nada de esto sucede en las DOLORAS. Su importancia filosófica en nada perjudica á su valor poético, ántes bien le aumenta; así como éste, léjos de menoscabar aquella, la ilustra y corrobora, sensibilizándola. Exclarecen la mente del que como filósofo las considera; deleitan el gusto del mero aficionado á la poesía; pero aprende más y descubre mayores excelencias en ellas quien bajo ámbos conceptos las abraza y estúdia. Tan estrechamente ligados están en las DOLORAS el pensamiento y la imágen, el elemento filosófico y el elemento poético.

Para evidenciar la exactitud de estas observaciones, pondremos por ejemplo *La Fé y la razon*, la más didáctica, la mas árida de todas las *doloras*, tanto que al Sr. Ruiz Aguilera le recuerda las argúcias y nebulosidades del escolasticismo en su época decadente. Separad en ella dichos dos elementos, ¿qué queda? Por un lado, lo que el señor Ruiz Aguilera dice, un intrincado certámen metafísico tan solo; por el otro, una historieta frívola é insustancial únicamente. Pero unidos, ¡cuánto movimiento é interés, cuánto realce y claridad no recibe el primero, puesto en accion, dramatizado por el poeta! ¡Cuánto valor é importancia, el segundo, informado de sentido trascendental por el filósofo! ¡Cuán felizmente se acuerdan la dialéctica y la poesía para hacer brotar, aquella de sus raciocinios, ésta de su animado relato, idénticas conclusiones!

Y si tal se verifica en *La Fé y la razon*, donde el elemento didáctico predomina y se muestra sin velos, ¿qué no diremos de aquellas otras *doloras* cuyas tésis aparecen desenvueltas y demostradas por medios enteramente poéticos, y cuyo sentido filosófico se siente más bien que se comprende, emanando, como un aroma espiritual, del conjunto de los hechos, pasiones y figuras en ellas concertadamente expuestos? Dice el Sr. Menendez Rayon, en són de censura, al juzgar la que se intitula *Todo es uno y lo mismo*, que — «el arte prueba de diverso modo que la ciencia.» — Cierto; pero ¿qué hay de comun entre el modo de probar usado en dicha *dolora*

y otras por el estilo, y el de que un filósofo se valdria? ¿En qué se parecen la prueba que resulta de una cadena de argumentos lógicos y la que nace del contraste de los sentimientos y de las situaciones de la vida? — «Con estos ensayos, añade el Sr. Rayon, la filosofía no progresa y el arte padece.» — No progresará la filosofía; pero se popularizarán sus problemas y se despertará el deseo de resolverlos. Y, por lo que respecta al arte, si tal vez sale mal librado de semejantes tentativas, acháquese á falta de ingénio, no á que sean ajenas de su ministerio, ni tampoco á la índole especial de los asuntos. Por excelencia metafísicos son en el fondo los que Valera canta en *El Fuego divino* y en *Las aventuras de Ciai Yahye*, composiciones notabilísimas, sin embargo, por la riqueza, elegancia y armonía de la elocucion, llena de lumbres y matices poéticos.

Altamente metafísicos son, tambien, los que Campoamor desarrolla en *Todo es uno y lo mismo* y en *La Trasmigracion;* y, á pesar de esto, el mismo Sr. Rayon alaba en la primera — «la gracia y chiste de la exposicion, lo acertado y malicioso de las reflexiones y sentencias, y en general la facilidad y tersura de la rima,» — y en la segunda — «el estro, la energía y variedad de tonos..... y la diccion poética;» — es decir, cuanto constituye la legítima y sincera poesía; de donde se infiere que el arte en nada padece por hacerse eco de las elucubraciones de la filosofía, cuando un egregio vate lo maneja.

Pasando ya al exámen de la manera de sentir y de expresarse nuestro poeta en las Doloras, parécenos oportuno reproducir las felices observaciones de los Sres. Menendez Rayon y Ruiz Aguilera, pués difícilmente pudiéramos juzgarla con más discrecion, perspicuidad y acierto.

— «Es Campoamor, dice el Sr. Menendez Rayon, un poeta de mucha variedad, pero poco propenso por carácter á la morbidez y á la blandura, describe con exactitud y concision, narra con naturalidad y dialoga con mucho carácter; pocas veces peca por el argumento cuando no se inclina á la paradoja; en la invencion y composicion es sobrio, y sus cuadros tienen una terminacion feliz y bien graduada, el estilo es á menudo más nervioso que flúido, severo y cortado más que dulce y rítmico, y sus períodos, concisos en demasía á veces, le quitan riqueza, abundancia y número; pero si los versos no alcanzan siempre todas estas cualidades, sobresalen en cambio por el brio y por la sentencia.» —

— «El estilo de las Doloras, segun Ruiz Aguilera, no se confunde con el de ninguno de nuestros poetas. Hablando de ellas uno de sus prefacistas, dice con muchísimo acierto: «El nuevo género se distingue por una originalidad picante;

esta cualidad suele rayar en lo peligroso; pero en Campoamor tiene aplicacion el cánon del derecho marítimo: *el pabellon cubre siempre la mercancía*, y el pabellon es en nuestro autor el estilo.» Y es tan propio y peculiar, que quien haya leido algunas *doloras* con el nombre de Campoamor al pié, leyendo después otras del mismo anónimas, puede asegurarse que no las atribuirá á nadie más que á él. Si Campoamor se hubiese presentado con su libro como un filósofo ceñudo, hipocondríaco y gruñon, el lector más intrépido no hubiera podido pasar de las primeras páginas; tantas y tan grandes son las tésis que en estas composiciones se plantean y desenvuelven; pero es tan pérfidamente seductora su frase, su elegancia en el decir es, en general, de tan buen tono, sorprende de tal modo, ya con la desenfadada causticidad de sus profundos apotegmas, de sus epigramas, de sus agudezas humorísticas, de sus irónicas genialidades, cruelmente amables, ya con rasgos de ternura, casi siempre amarga, á la manera de Heine, que verdaderamente juega con el corazon del lector. El retruécano, el concepto y la antítesis — tres elementos exteriores de su *manera* — que en otro autor serian insoportables, yo los perdonaria en este, por el modo que tiene de usarlos, si mi perdon sirviese para que en lo sucesivo no fuera tan pródigo de ellos.» —

Por lo que á nosotros toca, no solo le perdonamos sus paradojas, antítesis, conceptos y retruécanos, sino que, por regla general, se los aplaudimos, pues contribuyen notablemente á la energía y claridad de su estilo, sin menoscabo de la naturalidad ni aún de la sencillez, haciendo que las ideas hieran vivamente la imaginacion de los lectores y se graben de un modo indeleble en su memoria. Quizá no haya existido un poeta mas feliz en el empleo de las mencionadas formas de expresion, lo cual proviene, sin duda, de la exacta correspondencia que las mismas guardan con la índole de su ingénio y con la naturaleza de los argumentos sobre que escribe, tanto que, despojado de ellas, nos parecería ménos propio y natural su estilo. Pero esto mismo indica con cuánta parsimonia deben usarlas los que de diferente constitucion mental se hallan dotados y en asuntos de otra especie se ejercitan. Así es que, alabándolas en Campoamor, distamos muchísimo de recomendarlas á los demás cultivadores de la poesía. La imitacion, casi siempre peligrosa para la sinceridad del estilo, sería en este punto peligrosísima.

Véanse ahora, en confirmacion de lo expuesto, algunas muestras del de Campoamor. En *¡Quién supiera escribir!* dolora llena de fuego y de efusion, en medio de sus contrastes humorísticos, leémos, entre otros muchos conceptos igualmente delicados, los siguientes:

Escribidle, por Dios, *que el alma mía*
Ya en mí no quiere estar,
Que la pena no me ahoga cada día,
Porqué puedo llorar.

. . . . . .

Que mis ojos, *que él tiene por tan bellos*,
Cargados con mi afán,
Como no tienen quien se mire en ellos,
Cerrados siempre están.

. . . . . .

Que, *siendo por su causa*, el alma mía
¡Goza tanto en sufrir!
Dios mio, ¡cuántas cosas le diría
Si supiera escribir!

Principalmente los versos que hemos puesto de cursiva son de una belleza insuperable, sobre todo la exclamacion contenida en los dos últimos, encantadora por su sencillez é ingenuidad.

Admirable es tambien la conclusion de *Nunca olvida quien bien ama*, por lo verdadero é intenso, á la vez que extraño, del sentimiento, por la novedad de la idea y por la enérgica concision de la frase. Próximo á morir el poeta, dice á la mujer querida:

— Con toda el alma perdono
Hasta á los que siempre he odiado:
¡A tí, que tanto te he amado,
Nunca te perdonaré!

¡Qué extremada ternura no se descubre al través de este, en la apariencia, rencor sin límites!

No son ménos dignas de encomio las quintillas de *La Trasmigracion*, singularmente la que el poeta pone en boca del sábio:

Hombre, al fin, ciencia y verdad
Buscando en lid malograda,
Fué desde mi tierna edad,
Mi objeto la inmensidad,
Y mi término la nada.

Hé aquí un pensamiento profundo, vigorosamente concebido y formulado.

Las mismas buenas prendas brillan, no obstante la diferencia de tonos, en *Los Dos espejos:*

En el cristal de un espejo
A los cuarenta me ví,
Y hallándome feo y viejo,
De rabia el cristal rompí.
Del alma en la trasparencia
Mi rostro entónces miré,
Y tal me ví en la conciencia,
Que el corazon me rasgué.

Y es que en perdiendo el mortal
La fé, juventud y amor,
¡Se mira al espejo, y mal!
¡Se vé en el alma, y peor!

Tendríamos que trascribir la mayor parte del libro de Campoamor si hubiésemos de citar todas las sentencias profundas, todos los pensamientos atrevidos y originales, todos los pasajes patéticos, todos los rasgos de vis cómica, todas las bellezas, en fin, de estilo, lenguaje y versificacion que contiene; lo cual, sobre no caber en los términos de este artículo, nos parece excusado, siendo, como son, aquellos de tanto bulto, que el lector ménos perspicaz puede por sí mismo advertirlos y saborearlos, cuanto más que ahí están para ayudarle á ello las discretas notas del Sr. Menendez Rayon.

Distínguese este ilustrado comentarista por su copiosa doctrina filosófica, por su sagacidad en desentrañar el sentido esotérico de las Doloras, y por su clara comprension de las leyes estéticas á que las mismas deben ajustarse para la conveniente ponderacion y armonía entre las partes y el todo, entre el espíritu y el cuerpo de ellas, condicion necesaria de lo bello. Sus juicios, con frecuencia nuevos y casi siempre acertados, son por su profundidad notables en ocasiones, si bien más sintéticos que analíticos, más atentos al conjunto que á los pormenores, no siempre corre parejas su utilidad práctica para la juventud estudiosa con el interés que en todo entendimiento filosófico despiertan. El crítico no ha de mirar solo á hacernos sentir la belleza general de las creaciones del arte, sino tambien á dirigirnos por las sendas del buen gusto, poniendo á nuestra vista los elementos particulares que la constituyen, y las manchas que, en mayor ó nenor grado, la deslustran. Debe ser, por lo mismo, analítico-sintético su procedimiento. ¡Cuántas veces un giro prosáico, un verso poco cadencioso, una metáfora incongruente ó una cláusula mal construida destruyen el encanto de las más bellas poesías! ¡Cuántas veces no depende de éstas, al parecer pequeñeces, gran parte del placer ó desagrado que muchas composiciones nos causan!

Sentimos, sin embargo, que el Sr. Menendez Rayon no haya comentado todas las *doloras* de Campoamor, por más que en la eleccion anduviese, generalmente hablando, acertado. Todas encierran perfecciones dignas de estúdio y alabanza; de todas ellas pueden sacarse muy útiles enseñanzas, así morales como literarias. Por otra parte, tiene especial atractivo para los amantes de las letras el ver reunidas todas las producciones de un autor, especialmente cuando, como las Doloras, constituyen, no solo por su unidad genérica, sino tambien por la del espíritu que las anima, un organismo

íntegro y completo, segun queda notado en lugar oportuno. Así, pués, rogamos al Sr. Menendez Rayon que no omita *dolora* alguna, ni deje ninguna sin ilustracion, cuando se reimprima su trabajo. Desearíamos, igualmente, que reuniese, anotase y publicase una coleccion selecta de *doloras* de diversos autores, antiguos y modernos, cual medio el más eficáz de demostrar la realidad y consistencia de esta especie de poesía, de fijar sus límites y condiciones propias, y de asentarla definitivamente en la espaciosa esfera del arte de las artes.

GUMERSINDO LAVERDE RUIZ.

IMPRENTA DE F. A. BROCKHAUS, LEIPZIG.

LS.
C198nz
166
Author Campoamor
Title Obras escogidas. Vol.1

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU